ALLISON SAFT
Autora best seller del New York Times
Una Marea Oscura y Letal

Una Marea Oscura y Letal

ALLISON SAFT

Una Marea Oscura y Letal

Traducción de Mia Postigo

UMBRIEL

Argentina • Chile • Colombia • España
Estados Unidos • México • Perú • Uruguay

Título original: *A Dark and Drowning Tide*
Editor original: Del Rey, un sello de Random House,
una división de Penguin Random House LLC
Traducción: Mia Postigo

1.ª edición: febrero 2025

Todo el contenido del presente libro, incluidas las imágenes e ilustraciones de cubierta, es original y se encuentra sujeto y protegido por las actuales normativas de Propiedad Intelectual españolas y europeas. Su uso y/o reproducción, ya sea total o parcial, para el entrenamiento de tecnologías o sistemas de inteligencia artificial, así como cualquier tipo de minería de datos, queda terminantemente prohibido. El editor en tanto que titular de los derechos de la obra ejecutará las acciones que considere necesarias ante cualquier uso no autorizado.

Reservados todos los derechos. Queda rigurosamente prohibida, sin la autorización escrita de los titulares del *copyright*, bajo las sanciones establecidas en las leyes, la reproducción parcial o total de esta obra por cualquier medio o procedimiento, incluidos la reprografía y el tratamiento informático, así como la distribución de ejemplares mediante alquiler o préstamo público.

© 2024 *by* Allison Saft
Publicado en virtud de un acuerdo con Del Rey, un sello de Random House, una división de Penguin Random House LLC
All Rights Reserved
© de la traducción 2025 *by* Mia Postigo
© 2025 *by* Urano World Spain, S.A.U.
Plaza de los Reyes Magos, 8, piso 1.º C y D – 28007 Madrid
www.umbrieleditores.com

ISBN: 978-84-10495-25-8

Fotocomposición: Urano World Spain, S.A.U.

Para Moses, Gilbert y Alexander.

Parte I
La Yeva entre las espinas

Uno

Sylvia había vuelto al río. Lorelei no tenía que verla para estar segura de ello. Al fin y al cabo, las multitudes eran lo que nutría el alma de Sylvia.

Encorvándose un poco para protegerse del viento, Lorelei intentaba disimular su creciente hastío, por mucho que se le diera de pena. En cuestión de una hora, todo el alumnado de la Universidad Ruhigburg se había presentado en la ribera del Vereist. Entre vítores, empujones y codazos, se mataban entre ellos por ser quien tuviese la mejor vista hacia el río. O, para ser más precisos, al espectáculo que se les había prometido. Como era de esperar, la mayoría de ellos tenía una botella de vino aferrada en la mano.

Conforme se acercaba a donde empezaba el gentío, vio gargantas que relucían gracias a la plata y muñecas adornadas con cadenas de hierro. Llevaban las chaquetas del revés y unas herraduras colgadas al cuello. Unos cuantos (de los admiradores más devotos de Sylvia, sin duda) se habían puesto unas coronas de serbal y se habían adornado el pelo con hojas de trébol. No cabía duda de que esperaban que corriera la sangre. Nunca en la vida había visto tantos amuletos protectores.

Menuda ridiculez. Si de verdad querían protegerse de la magia feérica, tendrían que haber guardado sus distancias con el río en lugar de plantarse frente a él como unos pasmarotes. Pero suponía que no debía sorprenderle; el sentido común tendía a huir despavorido de cualquier lugar que frecuentara Sylvia von Wolff.

Al parecer, algún pobre desgraciado casi se había ahogado hacía cosa de una hora: el canto de una nixe errante lo había atraído hacia las profundidades insondables del río. Resultaba casi sorprendente, dado que no se había avistado a ninguna tan cerca de la ciudad desde hacía una década. Había oído que una chica les contaba los espantosos detalles de la historia a sus amigos, hasta que, con una mirada embelesada que casi le produjo arcadas, agregó:

—¿Habéis oído que Sylvia von Wolff ha prometido mantener bajo control a la nixe?

Lorelei casi había entrado en combustión espontánea ahí mismo.

La profesora Ziegler les había pedido a Sylvia y a ella que se reunieran con ella hacía quince minutos. Por la noche, el mismísimo rey de Brunnestaad iba a celebrar un baile de despedida en honor de la expedición y se suponía que las tres iban a ofrecer una gran entrada: la querida profesora y sus dos estudiantes estrella. Si hacían que Ziegler llegara tarde…

No, ni siquiera podía pensarlo.

Se abrió paso entre la multitud a empujones.

—Apartaos.

El efecto fue inmediato. Un hombre dejó caer sus prismáticos para el teatro al dar un salto para apartarse de su camino. Otro soltó un grito cuando el dobladillo de su sobretodo negro le rozó la pierna. Otra pobre desafortunada trastabilló hacia adelante cuando el hombro de Lorelei le dio un golpecito en el suyo.

«Víbora», oyó que alguien murmuraba a sus espaldas.

Si hubiese tenido tiempo que perder, a lo mejor se habría dejado provocar. La gente necesitaba que les diera un recordatorio de tanto en tanto de cómo se había ganado el apodo.

Se abrió paso con los codos hasta llegar a la parte delantera de la multitud y echó un vistazo por la ribera. Incluso bajo la luz pálida del atardecer, las aguas del Vereist parecían de un color negro espeluznante y sin vida, un río que atravesaba el campus como una mancha de tinta que se negaba a desaparecer. Y allí, oculta entre las ramas de un sauce llorón, estaba Sylvia.

Desde donde estaba, Lorelei no podía verle la cara, aunque su cabello sí que quedaba a la vista. Si bien ya hacía cinco años que la conocía, este siempre conseguía dejarla sin palabras por lo blanco y crudo que era, como la muerte. Se había sujetado aquellas ondas rebeldes en un recogido a la altura de la nuca con una cinta de seda color rojo sangre, pero unos cuantos mechones se habían resistido y habían conseguido escapar. En sus momentos de debilidad, Lorelei pensaba si hundir las manos en él sería como adentrarlas en el agua más fría.

Se acercó a ella dando unas cuantas zancadas y, con todo el veneno que podía aunar en unas meras dos sílabas, pronunció:

—Von Wolff.

La aludida ahogó un grito, volviéndose hacia ella. En cuanto sus miradas se cruzaron, el rostro de Sylvia palideció hasta adquirir el adorable color de la leche agria. Lorelei se permitió disfrutar de ese instante de espanto alarmado antes de que consiguiera volver a colocarse su careta plácida y perfecta. De algún modo, tras todo ese tiempo, no había conseguido acostumbrarse a que la odiara.

Y vaya que Lorelei la detestaba.

—¡Lorelei! —Su sonrisa atormentada hizo que se le formara un hoyuelo en la cicatriz que le cruzaba la mejilla, producto de un duelo—. Qué agradable sorpresa.

Estaba sentada en la orilla, con los pies colgando en el agua y la falda de su vestido de damasco recogida a su alrededor. Sus sandalias descansaban olvidadas a un lado, cubiertas de barro, y sobre el regazo llevaba abrazada nada más y nada menos que una guitarra.

Una jaqueca motivada por el estrés empezó a hacer que le latieran las sienes a Lorelei. Era como si de pronto hubiese perdido todo su dominio del idioma brunnés o como si la hubieran transportado a alguna dimensión extraña en la que una podía enfrentarse como si nada a una de

las criaturas más letales de Brunnestaad enfundada en un vestido. Pero bueno, Sylvia tenía toda la pinta de haberse vestido a toda prisa solo para salir a deambular por el bosque. Y bien podría ser eso mismo lo que había hecho, a juzgar por los pétalos que llevaba enredados en el pelo. De flor de cerezo, según notó Lorelei, distraída. La primavera había llegado pronto ese año, pero un frío húmedo los seguía acompañando como una fiebre que se negaba a abandonarlos.

—Vas tarde.

Sylvia tuvo el detalle de hacer una mueca avergonzada, aunque siguió afinando su guitarra.

—Seguro que Ziegler lo entenderá. Ya has oído lo del ataque de la nixe, ¿verdad? Alguien tenía que hacer algo al respecto.

Lorelei notó que unos impulsos asesinos la recorrían entera.

—Eso no quiere decir que tuvieras que ser tú. Hay que ser necia y arrogante.

Sylvia se echó hacia atrás, ofendida.

—¿Perdona? ¿Me has llamado arrogante?

Lorelei le echó un vistazo intencional al gentío que tenían a sus espaldas, a los cientos de ojos posados en Sylvia. Casi podía saborear su hambre en el aire, aunque no estaba segura de si lo que querían era ver a Sylvia usar su magia tan extraña o cómo se derramaba su sangre por el río. En cualquier caso, habrían obtenido el espectáculo que habían ido a ver.

—Insaciable, entonces —soltó con un resoplido—. Ya tendrás a una legión de simpatizantes para decirte adiós dentro de unas horas y, aun con todo, te mueres de ganas de que te presten más atención.

La amargura se le coló en la voz. Hacía seis meses, Ziegler había prometido nombrar a una de sus estudiantes como colíder de la Expedición Ruhigburg y aquella noche, en el baile de despedida, por fin iba a anunciar a quién había escogido. Lorelei nunca había albergado ninguna esperanza de que la escogieran; a sus veinticinco años, Sylvia era una de las naturalistas más prestigiosas y adoradas del país. Y Lorelei no era nadie; nada más que la hija de un zapatero a la que habían sacado del Yevanverte.

Aun así, soñar era gratis.

Con ese tipo de reconocimiento, cualquier editor se ofrecería encantado a publicar sus investigaciones. Y lo que era mejor aún, haría que el rey supiera de su existencia. Los anteriores soberanos solo habían contado con yevaníes en su corte como tesoreros o asesores de finanzas, pero el rey Wilhelm solía rodearse de artistas y académicos. Lorelei no era lo bastante guapa como para poder susurrar al oído del rey lo que más deseaba en el mundo y pretender que le hiciera caso. No poseía ningún encanto o habilidad que hiciera que sus perseguidores cayeran rendidos a sus pies. Lo único que tenía en su haber era su mente. Si la nombraban colíder de la expedición que el rey había encargado, tendría la influencia necesaria para pedirle que la convirtiera en una shutzyeva: una yeva bajo la protección directa del rey.

Había aprendido que, para sobrevivir al nido de víboras que era la Universidad Ruhigburg, tenía que convertirse en la peor de ellos. Solo que, fuera de los terrenos de la universidad, su reputación no significaba nada. Si se convertía en shutzyeva, le otorgarían todos los derechos de una ciudadana oficial. Podría vivir una existencia libre de amenazas e incordios fuera de las murallas del Yevanverte. Y con una conexión directa con el rey, podría defender a su pueblo. Aun con todo, su deseo más secreto y egoísta era bastante sencillo. Al ser ciudadana, podría adquirir un pasaporte: su billete a un mundo que solo había conocido a través de las páginas. Era lo que más quería en la vida, lo único que se había permitido anhelar: la libertad para convertirse en una naturalista de verdad.

Si bien Wilhelm no había nombrado a ningún shutzyeva durante su breve mandato, era un honor de lo más excepcional. Uno que Lorelei estaba segura de que podía conseguir.

—No hago esto para llamar la atención. —Parecía que la había puesto nerviosa—. Lo hago porque…

—Lo que haces es hacernos perder el tiempo a todos —la interrumpió Lorelei con brusquedad. Ya había soportado demasiados discursitos sobre la *noblesse oblige* como para dejar que Sylvia continuara con sus excusas—. A mí, a Ziegler y a su majestad, incluso. Has pasado demasiado tiempo jugando a ser la aventurera de tu propia investigación, así que ya va siendo hora de que asumas tu responsabilidad con la expedición, como debe ser.

Sylvia se sonrojó y sus ojos claros parecieron arder en llamas. Esa mirada hacía que la sangre de Lorelei se acelerara por los nervios y le dejaba la boca seca.

—Vuelve a acusarme de descuidar mis responsabilidades con Wilhelm y te lanzaré de cabeza al río.

Lorelei sabía que había puesto el dedo en la llaga. La mayoría de las provincias se había resistido a la unificación del reino a retales que era Brunnestaad y ninguna había luchado con más valentía que las tierras que habían visto nacer a Sylvia: Albe. Incluso veinte años después de su incorporación, seguían reclamando su independencia. Lorelei suponía que podía entenderlos. Tenían su propia religión, hablaban su propio dialecto y, en cuestión de terreno, se equiparaban al resto de Brunnestaad en su totalidad. El resto del reino los tildaba de herejes, de paletos de la montaña, listos para volverse y pegarte un mordisco en cualquier momento. Como era de esperarse, Sylvia era la heredera de su ducado.

—Y bueno —siguió Sylvia, muy indignada—, que no tardaré nada. Ya he aprendido cómo tratar con las nixes.

Si bien Lorelei nunca había visto a una nixe, al ser la folclorista de la expedición, había registrado incontables historias sobre los wildeleute en el transcurso de los años. La mayoría de los lugareños que había entrevistado creía que eran monstruos, y en ocasiones hasta dioses. Los de naturaleza más pacífica se aislaban en lugares muy remotos y se lo pasaban bien al hacer que

los viajeros se perdieran. Otros se desplazaban sin rumbo por los campos e iban haciendo trastadas por las aldeas e intercambiando encantamientos insustanciales por cortezas de pan o tarros de nata.

Y luego estaban las criaturas como las nixes. Enfrentarse a una solo armada con una guitarra y tres kilos de seda no le parecía la mejor de las ideas.

—¿Y cómo es que piensas encargarte precisamente? ¿Le vas a dar un porrazo con tu guitarra? ¿O la invitarás a tomar el té?

—No me seas ridícula —contestó Sylvia de mal humor—. Voy a cantarle. Llevo meses practicando.

—¿A cantarle? —se burló Lorelei—. Eso sí que es ridículo.

Sylvia alzó la barbilla.

—Recuérdame cuántos libros has publicado sobre las nixes, anda.

Se hizo un silencio sepulcral. Ambas sabían a la perfección que Lorelei no había publicado ni una palabra aún.

—Búrlate si quieres, pero, según lo que he investigado, las nixes suelen reunirse cerca de fuentes de magia —dijo Sylvia—. Aprender a comunicarnos con ellas podría ser de lo más valioso para nuestra expedición.

Lo dudaba bastante. En los pasillos de la universidad aún se debatía sobre el origen exacto y la naturaleza de la magia, pero la teoría más aceptada entre la mayoría proponía que se trataba del éter, una sustancia natural que solo se encontraba en el agua. Los taumatólogos, especialistas en el estudio de la magia, ya habían desarrollado instrumentos para medirla y esos eran muchísimo menos letales y bastante más precisos que las nixes, la verdad.

Al sentir un pinchacito de rencor, hizo un ademán hacia la superficie inerte del río.

—Vale, pues veamos en acción los sorprendentes resultados de tu investigación, venga. ¿O es que las nixes han aprendido a disfrazarse tan bien como los alp?

La gente se iba inquietando. Río arriba, se percató de que un grupo de chavales estaba gritando y armando jaleo mientras lanzaban por los aires a uno de sus amigos. Era obvio que pretendían lanzarlo al río. Lorelei puso los ojos en blanco. Había una razón por la que nadie nadaba en el Vereist. Una vez que uno se sumergía bajo sus aguas, resultaba imposible orientarse en la más absoluta oscuridad. Fuera gracias a una nixe o no, era obvio que alguien iba a acabar muerto aquel día.

Sylvia volvió a sonrojarse por la indignación.

—Ya vendrá.

—Adelante, entonces. No dejes que te distraiga.

—¡Estupendo! —sonrió Sylvia, encantada de la vida—. Ahora hazme el favor de cerrar el pico.

Estuvo tentada a empujarla hacia el río como respuesta, pero se contuvo y obedeció.

Sylvia tocó un arpegio un poco desafinado y se puso a cantar. Lorelei la observó por el rabillo del ojo. La luz del ocaso se filtraba por las ramas en lo alto y estas proyectaban unas sombras como de encaje sobre su rostro. Sonreía mientras movía los dedos con algo de torpeza sobre las cuerdas. Lorelei nunca se había cruzado con alguien que fuese así de demostrativo. Había pasado gran parte de su vida rodeada de norteños y se había acostumbrado a su eficiencia cortante y fría. Solo que en Albe, sus habitantes hacían cosas de lo más extrañas como cantar en público y, lo que era incluso peor, saludarse con abrazos. La mayor parte del tiempo, la calidez natural de Sylvia y lo fácil que le resultaba dejarse llevar por sus emociones sacaban de quicio a Lorelei. En otras ocasiones, le recordaba demasiado a todo lo que había tenido que dejar atrás.

Apartó la vista con brusquedad y reafirmó el agarre que tenía en su propia nostalgia. Frente a ella, el Vereist brillaba como una lámina de cristal oscuro. Aunque siempre había sido algo que la perturbaba, no se trataba del río más extraño que surcaba Brunnestaad. Al norte estaba el Salz, donde una podía chapotear por su superficie en movimiento y cruzar hasta la otra ribera a pie. Hacia el oeste, podías adentrarte en el Heilen y este sanaría todas y cada una de tus heridas. Y en algún rincón de aquel reino traicionero y extenso yacía el propósito de la Expedición Ruhigburg: el Ursprung, el supuesto origen de toda la magia y la obsesión principal del rey Wilhelm.

—¡Mira! —dijo Sylvia, aferrándola del brazo.

Antes de que Lorelei pudiese apartarse de su agarre, unas ondas se extendieron sobre el agua. Muy despacio, algo emergió desde la oscuridad del río. La niebla se despejó y un rostro pálido se las quedó mirando, tan grisáceo y liso como la luna llena contra las nubes.

Unos gritos ahogados y otros de verdad se dejaron oír desde la multitud a sus espaldas. Lorelei no consiguió enfadarse. Tenía que reconocer que había cierta novedad provincial en el hecho de ver a una wildeleute en medio de la ciudad, como si alguna fábula o algún cuadro pintoresco hubiesen cobrado vida. Todos los detalles que había leído en las historias de los viajeros no tenían ni punto de comparación con ver a la criatura en persona, tan real y sólida como temible. La piel de la nixe centelleó y su cabello se extendió sobre la superficie del río como si de una mancha de tinta se tratara. Sin embargo, le pareció que sus ojos transmitían un rechazo frío y visceral. Eran de un negro tan intenso como las profundidades del propio Vereist y muy similares a los de un reptil; una lámina fina y traslúcida se deslizó sobre ellos cuando la vio parpadear.

—Mírala —dijo Sylvia, con asombro en la voz—. ¿No te parece una maravilla?

No, quiso contestar Lorelei. *Es horrible.*

Un tintineo capturó su atención. Sylvia tenía un enredo de colgantes que descansaban contra su clavícula, cada uno de ellos grabado con el icono de un santo. No recordaba la última vez que la había visto sin ellos y siempre le habían parecido de lo más inusuales. En la provincia de Neide, donde estaban, los que no eran yevaníes tendían a mostrarse más cautos con su fe. Pero Sylvia,

albense hasta la médula, se dedicaba a sus rezos sin la más mínima modestia, como hacía con todo lo demás. Se quitó uno a uno los colgantes hasta dejar un montoncito a su lado. Y así, se desprendió de toda protección que pudiese reducir siquiera un poco los efectos de la magia de la nixe.

Muy para su disgusto, Lorelei podía comprender la fascinación tan retorcida de la que era presa el gentío. Nunca había visto a Sylvia en acción. Y tenía que reconocer la especie de emoción que despertaba el ver a alguien lanzarse sin miramientos hacia el peligro. Durante los últimos años, Sylvia se había labrado cierta reputación gracias a su… metodología poco usual. Publicaba historias cortas y sencillas sobre sus aventuras con los wildeleute, unas en las que ella misma se involucraba con la magia feérica con el fin de poder contar lo sucedido. Los diarios de sus viajes tenían maravillados a sus lectores y los hacían creer que era toda una visionaria. Sin embargo, estos no tenían ni una pizca de mérito científico. Se trataban de una afrenta al empirismo, se basaban en datos anecdóticos sin fundamento y, lo que era peor, en simples caprichos. Lorelei había comprendido que lo que sucedía con Sylvia era que gozaba de una suerte espectacular y que también la aquejaba una estupidez tremenda. El canto de una nixe albergaba una magia hipnótica muy poderosa y muchísimas personas habían muerto ahogadas por culpa de ello.

La nixe se acomodó con delicadeza sobre una roca lisa que sobresalía del río y Lorelei se esforzó por no echarse hacia atrás. La criatura tenía el cabello enredado con flores de loto y se veía tan áspero como un montón de espadañas. Caía en cascada sobre sus hombros huesudos y se le amontonaba en el regazo. En el lugar en el que empezarían las piernas de un humano, sus caderas estaban cubiertas de unas escamas iridiscentes que acababan en una cola larga y sinuosa. Tenía los labios ligeramente entreabiertos, lo justo para insinuar el brillo de sus dientes como sierras. Se trataba de una sonrisa que hizo que a Lorelei la recorriera un escalofrío de puro terror.

—Von Wolff —le advirtió.

—Tranquila, Lorelei. —El que Sylvia pronunciara las palabras cantando no hacía nada para mejorar la situación—. Solo le damos curiosidad.

¿Se suponía que eso tenía que tranquilizarla? Un grito se alzó desde detrás de ellas. Lorelei echó un vistazo sobre el hombro y descubrió que su público había aumentado con creces, así como su desparpajo. Cada vez estaban más cerca y no dejaban de murmurar, emocionados, mientras señalaban con el dedo.

Panda de idiotas, no cabía duda.

—Quedaos atrás —soltó cortante—. A no ser que queráis morir ahogados.

Un siseo hizo que devolviera su atención al río. Conforme la nixe inhalaba, las branquias que tenía en las costillas ondearon y se ensancharon. Entonces se puso a cantar y el mundo hizo un silencio absoluto.

Se trataba de un canto que recordaba al mar; la canción más tierna que Lorelei había escuchado en la vida. Se alzó hasta llegar a lo más alto, inexorable e irresistible según se entrelazaba con la canción de Sylvia en una armonía perfecta. En un momento, Lorelei tenía los pies bien plantados en la tierra. Y, al siguiente, sintió como si no pesara nada, como si flotara. Jamás se había sentido tan… completa, como si respirara en sincronía con cada ser del planeta. Durante un momento glorioso e incandescente, pudo verla: la belleza salvaje y llena de vida del mundo. El éter se encontraba en el interior de todos ellos, de todo en general. Centelleaba entre la niebla y el río Vereist relucía de mil colores distintos, tan brillante que casi la llevó al borde de las lágrimas. ¿Cómo había creído que era un lugar oscuro?

Dio un paso hacia el agua y luego otro. Justo cuando rozó con la punta de los pies el borde de la ribera, la cadena de hierro que llevaba en el cuello empezó a escocerle, como si hubiera tocado un hierro al rojo vivo. Contuvo el aliento y recobró el sentido. El río —de nuevo oscuro y apagado como el metal— burbujeaba entre centelleos a unos pasos de ella. Casi se le escapó una maldición. Si no se andaba con cuidado, iba a terminar ahogándose en la propia orilla como una idiota.

Presta atención, zopenca.

Se mordió el interior del labio. Cuando el regusto metálico de la sangre le cubrió la lengua, la magia de la nixe se disipó por completo. Un lamento espantoso atravesó la niebla de sus pensamientos e hizo que se le congelara la sangre.

Conque así era como de verdad sonaba su canto.

Sylvia, sin embargo, continuaba bajo su hechizo. Estaba de pie y completamente quieta, con una mirada singular llena de un embelesamiento absoluto. Resultaba un poco extraño verla tan de cerca, cuando siempre se encontraba en movimiento. Sus ojos eran de un gris tan pálido que casi llegaban a ser de color violeta. Al igual que gran parte de la nobleza, los duelos le habían dejado un entramado de cicatrices que le adornaban las sienes: cada una un dudoso emblema de honor por haber soportado un golpe en la cara. La más grande de todas, un corte que le cruzaba la mejilla entera, brillaba como el hielo bajo el sol. Sylvia dejó su guitarra en el suelo, aún tarareando su melodía desentonada y escalofriante. El barullo de la multitud volvió a dejarse escuchar.

En medio del escándalo, Lorelei oyó que alguien gritaba:

—*¡Lo va a conseguir!*

Un flechazo de alarma la recorrió entera.

—¿Qué crees que haces?

Sylvia pasó de ella según avanzaba hacia el río. Las puntas de su cabello danzaron con el viento y los últimos brillos rojizos del día lo iluminaron hasta hacer que pareciera un fuego blanco. La nixe extendió una mano palmeada en su dirección. Mientras Sylvia seguía caminando

hacia la criatura, a Lorelei le resultó facilísimo imaginar cómo se hundiría. Su vestido elegante y de color ciruela se extendería a su alrededor como una rosa al florecer. Su cabello plateado se vería tan pálido como un hueso contra la penumbra del río. Por desgracia, Ziegler jamás se lo perdonaría si se limitaba a hacer de espectadora mientras la naturalista chapoteaba hacia su muerte. Así que iba a tener que intervenir.

Por norma general, Lorelei no hacía uso de su magia donde alguien pudiera verla. Aun así, con el transcurso de los años había aprendido a disfrazarla. Tras respirar hondo, convocó su magia. El poder se le expandió por el pecho y fluyó hasta las puntas de los dedos. Se imaginó que cerraba una mano en torno al éter que circulaba por el agua y… justo ahí. Por un instante sintió que se abrumaba, cuando su voluntad tiró inútilmente contra el río. Pero entonces la conexión se forjó y notó al Vereist como una extensión de sí misma, como un miembro fantasma. La corriente le rugió en los oídos como si fuese su propia sangre fluyendo por las venas. Unas perlitas de sudor le empaparon la frente. No le quedaba mucho tiempo hasta perder el agarre que tenía en el río, pero tampoco le hacía falta.

Con una exhalación, hizo que el agua se saliera de su curso, lo suficiente como para tirar a la nixe del lugar en el que se había posado. Sylvia se frenó como si le hubieran cortado las cuerdas que la ataban. Y, por fin, Lorelei pudo soltar su magia. El alivio y el agotamiento quisieron hundirla con su peso.

La nixe salió a la superficie un segundo después y le dedicó a Lorelei una mirada que casi parecía de indignación. Con un movimiento de su melena, la criatura se volvió a sumergir en el río para luego desaparecer. Toda la escena le pareció tan propia de una humana que Lorelei se quedó un poco confusa.

—¡Espera! —exclamó Sylvia, en vano.

Como se pusiera a seguir a la criatura, le iba a dar un buen…

Antes de poder pensárselo mejor, Lorelei acortó la distancia entre ambas y aferró del codo a la naturalista.

—¿Es que te has vuelto loca? Ven para aquí en este instante.

Sylvia se volvió hacia ella con la boca abierta, sin duda para escupirle algún comentario petulante y borde, pero Lorelei no tuvo oportunidad de oírla. Su ademán para zafarse fue tan brusco que la hizo perder el equilibrio… y llevarse a Lorelei con ella. Por un instante horrendo, el tiempo pareció detenerse. El ruido de unos chillidos la alcanzó desde mil kilómetros más allá.

Y ambas cayeron al agua.

La oscuridad la envolvió, tan absoluta que ni siquiera podía ver su propia mano frente a la cara. El frío no tardó nada en arrebatarle todo el oxígeno. A base de patadas, consiguió volver a la superficie y dar una bocanada de aire.

Sylvia ya se las había arreglado para arrastrarse hasta la orilla, con toda la pinta de un gato

mojado. Estaba hecha una furia, el vestido se le pegaba a la piel y la melena le colgaba lisa sobre los hombros. La gente ya había empezado a dispersarse, con expresiones de lo más decepcionadas.

—Mira lo que has hecho —la acusó Sylvia—. Se estaba comunicando conmigo.

—¿Lo que he hecho yo? —Era un poco complicado ponerse en actitud digna cuando tenía el pelo pegado a la cara. La boca le sabía a agua del río y sedimento. De algún modo se las ingenió para superar el peso desorbitado de su sobretodo empapado y llegar a la orilla—. Pero si todo esto ha sido culpa tuya.

Sylvia la apuntó con un dedo a la cara. Qué cosa más graciosa resultaba que alguien a quien le sacaba una cabeza de altura pretendiera amenazarla.

—Lo tenía todo bajo control. Me has hecho quedar en ridículo.

—No, si eso ya lo haces tú solita. —Lorelei sacó el reloj que llevaba en el bolsillo delantero—. Tenemos que darnos prisa si queremos…

La segunda manecilla no dejaba de sacudirse débilmente en su sitio, estropeada. Había alcanzado su triste y prematuro final, atascada para siempre a cinco minutos pasada la hora en la que debían haberse marchado.

Iban a llegar tarde y Ziegler iba a asesinarlas a ambas.

Dos

Cuando por fin llegaron al lugar de encuentro, ya no quedaba más por decir. Lorelei había estrujado hasta la última gota de hostilidad que sabía del idioma brunnés y también unas cuantas de yevanés. Sylvia lo había soportado todo con una expresión de víctima resentida y había pasado a quedarse en silencio, escarmentada.

Ziegler estaba apoyada contra el carruaje e irradiaba un cabreo que casi resultaba palpable. Según se acercaban, clavó en ambas una mirada seria y poco impresionada.

—Subíos ya —les dijo, para luego meterse ella misma primero.

La siguieron sin decir ni mu. Lorelei ocupó el asiento frente a su profesora, y Sylvia, la muy atrevida, escogió el que estaba a su lado y se acomodó la cola empapada de su vestido. Lorelei tuvo que apretar la mandíbula para que no le castañearan los dientes.

El río había hecho que su camisa perdiera el almidón y, por alguna razón, eso la enfurecía tanto como el hecho de haber llegado tarde. Si bien no se podía permitir ser vanidosa, aquello se trataba de una cuestión de decoro. De orden. Se había acomodado el pañuelo una y otra vez hasta alcanzar la perfección, y las puntas del cuello de su camisa habían llegado a trazar unos ángulos fuertes y marcados respecto a su barbilla. Sylvia, por otro lado… Incluso embutida en un vestido empapado y lleno de barro se las arreglaba para ostentar una belleza de cuento de hadas, como si fuese una princesa en un féretro de cristal. Cuando posaba la vista sobre ella, notaba que el estómago se le revolvía con una emoción a la que prefería no ponerle nombre.

Hacía muchísimo tiempo, la semilla de la amargura se había arraigado en su interior. Con el transcurso de los años, esta había crecido y le habían salido unas espinas que se le habían enroscado en torno al corazón. No era que envidiase a Sylvia; ella nunca había querido ser bella. Aun así, en ocasiones le dolía que ni siquiera pudiera declararse como alguien convencionalmente apuesta. O, como mínimo, de una apariencia brunnense clásica: de cabello claro y mirada azul muy pálida. Se había cortado sus rizos oscuros hasta dejarlos muy cortos, salvo por uno que le caía con rebeldía sobre la frente, el estilo que estaba más a la moda entre los caballeros. Sin embargo, con sus pómulos afilados y su nariz aguileña, su apariencia se volvía seria y arisca, en lugar de elegante, unos aires que no mejoraba en absoluto al abrir la boca.

Finalmente, cuando el carruaje se puso en movimiento, Ziegler se decidió a echarles la bronca.

—¿Me hacéis el favor de explicarme por qué os habéis presentado tan tarde?

Y tanto que se lo pensaba contar.

—Pues… —Lorelei cuadró los hombros para empezar con su explicación cuando Ziegler la interrumpió.

—O por qué parecéis un par de pollos mojados.

Sylvia se hundió en su sitio.

—Es que…

—O por qué habéis decidido provocarme justo hoy, de entre todos los días posibles. —Con cada pregunta que les hacía, su voz se iba volviendo más estridente y las palabras se le escapaban más y más rápido.

—Si nos dejara…

—¿Qué parte de «la carrera de todos depende del éxito de la expedición» os resulta tan complicada de entender? —A Lorelei le llevó un segundo darse cuenta de que su profesora se había puesto a hablar en javenés. Ziegler había pasado gran parte de su vida adulta en Javenor antes de que el rey anterior solicitara su presencia de vuelta en su hogar haría cosa de quince años. Aunque había vuelto a regañadientes, muchos de sus actos (como su acento javenés muy marcado y su desdén por todo aquello que fuera de origen brunnense) hacían que pareciera que nunca había abandonado su verdadera ciudad—. ¿Acaso tengo que explicároslo mejor?

Cuando ninguna de las dos pupilas contestó, añadió:

—¿Y bien?

—¿No? —probó suerte Sylvia.

—¿No? ¿Entonces por qué estáis intentando sabotearlo todo? Tener que llegar así de tarde y con ambas en el estado en que os encontráis, para colmo, ¡menuda vergüenza me haréis pasar!

—El rey y yo somos viejos amigos —se excusó Sylvia, muy arrepentida—. Le aseguro que ha visto cosas peores.

—Y yo llevo de asesora política más años de los que tú llevas en este mundo —repuso Ziegler —. Esta reunión se supone que debe transmitir estabilidad. Unidad. *Confianza.* ¿Qué impresión crees que va a causar que su mayor rival política se presente hecha unos zorros?

—¡No tengo ninguna intención de ser su marioneta!

—Pues mala suerte, porque esta noche todos lo somos. —Ziegler se arrellanó más en su asiento y se cruzó de brazos. Parecía sentirse entre derrotada y malhumorada, con su mirada de acero clavada en la ventana—. Me da igual hace cuánto lo conozcas o la buena voluntad que tenga. Nada de eso importa si cree que la estabilidad de su reinado peligra.

Ahí llevaba razón. Ningún hombre que sintiera que su mandato estaba afianzado desperdiciaría recursos al buscar el Ursprung. De hecho, muy poca gente creía en su existencia fuera de los cuentos de hadas.

La mayoría tenía cierta habilidad para ejercer la magia. Los más habilidosos podían extraer la humedad del aire o congelar la superficie de un estanque con un simple ademán. Pero el

Ursprung (si estabas dispuesto a pagar el precio, claro) te concedía un poder inimaginable. Las historias populares que Lorelei había compilado en el transcurso de los años nunca se ponían de acuerdo sobre cómo funcionaba exactamente ni qué terrible destino le esperaba a quien buscara su poder.

—Quince años —dijo Ziegler, con un resentimiento de lo más evidente—. La familia real me tiene prisionera en el palacio con una cadena de oro desde hace quince años. Encontrar este condenado manantial será el último servicio que le deba.

Hacía mucho tiempo, Ziegler había emprendido expediciones de varios años y había pasado el tiempo libre en un apartamento muy bien situado en la ciudad más popular en Javenor. Sin embargo, en aquellos momentos había pasado a ser la chambelán de Wilhelm, un papel que odiaba, pero del que no podía zafarse. El rey la llamaba su enciclopedia con patas.

«Más bien su mono de feria», solía refunfuñar ella.

—Necesito aire fresco. Necesito gente interesante —continuó—. Me he esforzado muchísimo para llegar hasta aquí como para que un par de advenedizas como vosotras me lo eche a perder.

Advenedizas. A Lorelei le escoció más de lo que creía. Aunque era obvio que Ziegler no lo decía en serio; solía desquitarse cuando estaba de mal humor. Aun con todo, no pudo evitar sentirse como la muchachita desamparada que había sido con sus doce años, cuando Ziegler la había acogido bajo su tutela: tan desesperada por complacer como por escapar.

—Todo ha sido culpa de Von Wolff. —Si bien le repateaba oír la petulancia en su propia voz, no pudo hacer nada para impedirlo—. Yo sí que iba a tiempo.

Sylvia le dedicó una mirada rencorosa.

—Estaba probando una teoría que podría demostrar ser de un valor inestimable si…

—Basta. Haréis que me duela la cabeza. —Ziegler se pellizcó el puente de la nariz y soltó un suspiro largo y exasperado—. Ni siquiera puedo miraros a ninguna de las dos.

Lo primero que invadió a Lorelei fue un pinchazo de vergüenza. Pero, conforme se quedaba mirando a Sylvia, lo que la consumió fue un odio intenso y visceral. No tenía nada seguro. Ni su orgullo ni su posición, ni siquiera el afecto de su mentora. Para cuando se graduaran, Sylvia von Wolff se lo habría arrebatado todo.

Lorelei se colocó de tal modo que solo pudiera ver la ventana y se quedó contemplando la ciudad mientras avanzaban. Según el sol se ponía como un carbón inclinado por el horizonte, cayó en la cuenta de que era la víspera del día de descanso. Sus padres y su hermana menor, Rahel, no tardarían mucho en dirigirse a la ceremonia vespertina. No recordaba la última vez que había rezado ni tampoco cuándo había dejado de sentirse culpable por ello. Aun así, no consiguió someter la añoranza que se despertó en ella al ver los chapiteles del templo, que se alzaban entre la niebla.

Echaba de menos las horas de ajetreo antes del atardecer, cuando su familia cocinaba y lo

limpiaba todo como si se estuviesen preparando para la llegada del mismísimo rey. Extrañaba el ritmo tranquilo de la voz de su padre mientras bendecía el vino en la cena, el aroma tan dulce del pan trenzado. En ocasiones, hasta echaba de menos las ceremonias matutinas interminables. No era que sufriera la pérdida de su fe, sino la de la chica que había sido antes de conocer a Ingrid Ziegler, aquella que aún formaba parte del Yevanverte. Cada noche, cuando volvía a casa con su familia, lo hacía más como una desconocida que la noche anterior: más como alguien de Brunnestaad que como una oriunda del Yevanverte.

Y no era que se lo reprocharan, claro, pero ella no era tonta. Veía cómo les dolía que les hablara en brunnés por accidente o que no recordase cuál de los hijos de los vecinos se había casado el mes anterior o que quemaba otra vela más hasta no dejar rastro por tener que quedarse trabajando hasta altas horas de la noche, cuando todos ya se habían ido a dormir. Aun con todo, seguía despertándose cada mañana con una taza de té y un trozo de pastel de manzana en la mesa. Todas las noches, volvía a casa y veía que le habían guardado un lugar en la mesa. Soportaba todas sus preocupaciones sobre su bienestar y su felicidad y sus expectativas de matrimonio. Incluso si habían dejado de entenderla, su familia la quería. Y a ella le gustaría poder decir que todo lo que estaba haciendo era por ellos.

Quizás algún día pudieran sacar algo de todo su egoísmo.

El palacio real no tardó en aparecer frente a ellas. Solo lo había visto desde lejos: como un borrón pálido al otro lado de la ventana del solitario despacho de Ziegler. De cerca, se trataba de una extensión opulenta de piedra blanca coronada con una cúpula de cobre. La luna parecía balancearse en su punto más alto y bañaba los jardines de un color plateado muy suave. El ambiente estaba cargado del aroma dulzón y espeso de las rosas: gracias al ejército de botánicos que tenía el rey, las rosas florecían de todos los colores habidos y por haber, desde un dorado apagado hasta el más puro de los blancos. Sin embargo, lo que Lorelei más admiraba eran sus espinas, pues cada una de ellas era como un flechazo plateado en medio de la penumbra.

El cochero las llevó hasta el final de una fila de carruajes. Un lacayo corrió para ayudar a Sylvia a bajar del vehículo. Poniendo los ojos en blanco, Lorelei abrió su propia puerta de un tirón.

Otro sirviente se presentó a su lado.

—Ni se te ocurra tocarme —le advirtió, antes de que pudiera abrir la boca para decirle nada.

Las tres subieron juntas por las escaleras de mármol del palacio. Las puertas enormes que se alzaban frente a ellas podrían haber resultado todo un espectáculo, de no ser por lo horteras que eran. Los paneles de madera tenían incrustaciones de oro y el dintel tenía tantos grabados de nixes —menuda ironía— que surgían desde la espuma del mar. A su favor, Lorelei tuvo que reconocer que Sylvia no dijo nada al respecto.

Cuando se había imaginado cruzando esas puertas aquella misma noche, había sido de forma

triunfal: como el final de un arduo y largo trayecto. El propio rey le habría dado la bienvenida y le habrían presentado a los naturalistas más importantes del país. Pero la realidad era muchísimo peor que cualquiera que hubiese podido imaginar.

Sin decir nada, Ziegler le entregó sus invitaciones al portero, quien tras revisarlas bien pasó a observarlas a ellas, claramente juzgándolas por su apariencia.

—Bienvenidas.

Al abrir las puertas, el sonido de las conversaciones y las carcajadas pareció derramarse de ellas. Tras aclararse la garganta, las presentó en voz alta:

—Con ustedes la profesora Ingrid Ziegler, líder de la Expedición Ruhigburg; la señorita Sylvia von Wolff, naturalista de la Expedición Ruhigburg, y Lorelei Kaskel, folclorista de la Expedición Ruhigburg.

Fue como si las hubiese encerrado dentro de una campana de cristal. Todo pasó a sonar amortiguado y confuso. Algunos las miraban con diversión, otros era obvio que se morían de la vergüenza ajena y otros tantos no parecían haberse afectado en absoluto. Lorelei se sintió como un espécimen clavado en la mesa de un naturalista, preparada para que la diseccionaran.

Era probable que tuviese el ceño fruncido, pues Sylvia se inclinó hacia ella y le clavó un codo en las costillas. Lorelei se obligó a esbozar una mueca que parecía una sonrisa, lo que hizo que el noble que tenían más cerca se echara hacia atrás como si le hubiera lanzado aceite caliente a los pies.

—¡Buenas noches a todos! —exclamó Sylvia, de un humor demasiado radiante para ser creíble —. Muchísimas gracias por haber venido.

Y, con ello, el hechizo se rompió. La gente siguió con sus conversaciones, la música volvió a oírse a todo volumen y Lorelei aprovechó la oportunidad para desaparecer entre la multitud.

El brillo de los candelabros y el zumbido constante del gentío volvió a sacar a la superficie la jaqueca que no había conseguido mantener a raya. Si bien se le pasaría con una buena noche de sueño, no pudo evitar sentirse fastidiada consigo misma. No tendría que haber usado su magia de forma tan frívola. O temeraria, ya que estamos. La magia siempre drenaba a quien la canalizaba; en qué medida dependía del volumen y de la velocidad del agua, así como de la aptitud del canalizador. Según la opinión general, no tendría por qué haber intentado lo de aquella noche, pero la mirada hambrienta y peligrosa en los ojos de la nixe había despertado un impulso altruista en su interior. Tuvo que contenerse para no soltar un gruñido enfurruñado.

Para la próxima, dejaría que Sylvia chapoteara hacia una muerte sin sentido.

Mientras navegaba por el mar de cuerpos, mantuvo la cabeza en alto. Entre toda aquella finura, resultaba excepcional en su falta de excepcionalidad. Se había vestido, como era su costumbre, toda de negro. Su madre le había insistido para que llevaran la chaqueta a un sastre, quien le había bordado las solapas y los puños con unas rosas en un hilo negro y brillante. En aquellos

momentos deseaba no haber cedido. La extravagancia arruinada del conjunto la avergonzaba más que su propia apariencia desaliñada y tampoco era como si tuviese nada que celebrar en aquella velada.

No le llevó más de un minuto situar el rincón olvidado en el que el resto de los antisociales se habían reunido. Ya había llegado hasta allí. No tenía más dignidad ni expectativas que pudiesen arruinarse. Lo único que le quedaba era sobrevivir hasta el final de la noche. Cuando un sirviente pasó por su lado con una bandeja de plata con copas de vino, agarró una al vuelo y se la bebió de un trago.

—Kaskel —dijo una voz que conocía bien.

Como si la velada no fuese ya bastante mal.

Se volvió para ver a Johann zu Wittelsbach, el médico de la expedición y el futuro duque de Herzin, plantado frente a ella con su uniforme militar al completo. Se había echado la mitad de la melena hacia atrás, para que no le tapara la cara, y el resto le caía hasta los hombros como oro líquido. Llevaba un sable ceremonial y una expresión que sugería que su presencia aquella noche lo sorprendía casi tanto como lo insultaba.

Cabía agregar que el sentimiento era mutuo.

—Johann —saludó ella, cortante—. Está claro que te has acercado por algún motivo. ¿Qué necesitas?

—Pero qué hostilidad —comentó él—. He venido para mantenerte vigilada.

—¿Y qué he hecho yo para ganarme tu escrutinio?

Se acercó tanto a ella que la diferencia de estaturas quedó de manifiesto, pero Lorelei se negó a retroceder. Así de cerca podía oler el alcohol en su aliento. Hizo que la piel se le erizara por el más puro desagrado. El alcohol y los hombres como Johann no eran una buena combinación. Lo único que hacía era volverlos más atrevidos.

Bajo las gafas, tenía unos ojos de un azul glacial inexpresivo.

—Haber venido.

Entendía perfectamente aquello que no había pronunciado: *Y no tendrías que haberlo hecho, yeva asquerosa.*

—Estoy aquí gracias a la invitación de su majestad —contestó, haciendo hasta lo imposible por contener su furia.

Un atisbo de fastidio cruzó el rostro de Johann.

—Un desliz por su parte. Wilhelm siempre ha tenido el defecto de ver lo bueno en la gente.

Lorelei supuso que él lo sabría bien. Johann y el resto de los miembros de la expedición (los Cinco de Ruhigburg, como se los conocía por el campus) habían pasado los veranos de su infancia juntos, correteando a su antojo por aquellos mismos pasillos. Albergaban entre ellos las mismas rencillas y resentimientos medio enterrados que unos hermanos de verdad. Aunque todos

tenían unos veintitantos años, había comprendido que Johann había asumido el papel del hermano mayor: como abusón o como protector, de acuerdo a su humor.

No iba a sacar nada bueno al provocarlo, pero estaba tan cabreada que contenerse le resultó imposible.

—Qué suerte la mía que me han asignado a un perro guardián tan bien portado.

La mirada de Johann se volvió dura como la piedra al captar su burla.

—Sé muy bien cómo pretendes devolverle el favor por su hospitalidad.

—¿Cómo? —siseó ella.

Johann le devolvió una sonrisa déspota y eso fue suficiente respuesta para ella.

Por instinto, Lorelei bajó la vista a la cadena que él llevaba en el cuello. De ella colgaba el colmillo de un roggenwolf: el símbolo de una orden sagrada ya extinta conocida como los Sabuesos. Su grupo se había formado hacía cientos de años y les daban caza a wildeleute peligrosos (o demonios, como ellos los llamaban) con plata bendecida. Sin embargo, hacía algunas décadas, se habían propuesto librar Herzin de todas sus «plagas»: gente como Lorelei y también como Sylvia, cuyas religiones aberrantes corrompían la pureza espiritual de su territorio. Cuando Johann heredara el cargo de su padre, suponía que no iba a tardar mucho en volver a instaurar la orden.

—Llevo mucho tiempo observándote, Kaskel. He visto hasta dónde puede llegar tu ambición desesperada y llena de argucias. —Entonces se agachó para murmurarle—: Tengo muchas ganas de verla hecha trizas esta noche.

Y, con eso, se alejó de ella.

Lorelei se limitó a verlo marchar con una furia impotente hirviendo en su interior. No le sorprendía su actitud en absoluto. Una vez había pedido prestado de la biblioteca el primer libro que Johann había publicado… solo para terminar devolviéndolo casi de inmediato, tras leer la frase «Aquellos que provienen de una rama superior de la humanidad están morfológicamente mejor adaptados para canalizar el éter» como a la mitad de la primera página.

Desde entonces, no se lo había podido tomar en serio como académico. En contra del ridículo taxón de la humanidad que él y su grupito habían desarrollado, los yevaníes podían hacer uso de la magia.

La primera vez que Lorelei lo había hecho, su padre le había cruzado la cara de un guantazo. Fue la primera vez que lo hizo y también la última. Durante unos segundos, lo único que ella había podido hacer fue quedarse mirándolo, con un pitido en las orejas. Su padre le había devuelto la mirada horrorizado, pálido y temblando. Al final, cuando se había disculpado con ella y había secado tanto sus lágrimas como las de Lorelei, se había arrodillado frente a ella y le había acunado el rostro con las manos.

—Ni se te ocurra volver a hacer eso donde alguien pueda verte —le había advertido—. Todos

creen que no tenemos ningún poder y les perturba muchísimo ver pruebas de lo contrario. ¿Lo entiendes?

Incluso entonces, Lorelei lo entendía bien. Pero había pasado a preguntarse si habría sido su obediencia lo que le había costado la vida a Aaron.

El reflejo de las llamas de las velas en los cristales de los candelabros hacía que la estancia entera pareciera estar bajo el agua. Desde donde estaba, podía ver todo el esplendor vacío que se extendía frente a ella. Los invitados mantenían sus bebidas frías con un roce distraído y se quitaban el sudor del ceño con apenas un ademán instintivo con los dedos. Unas perlitas de hielo brillaban frías como las estrellas en los bordes de sus chaquetas y la niebla se enroscaba alrededor de las colas de los vestidos. Era verdad que la magia no tenía ningún valor para aquellas personas.

Más allá de los torbellinos relucientes de faldas y levitas, distinguió a Ziegler charlando con la madre de Sylvia: Anja von Wolff. A diferencia de su hija, la duquesa pasaba casi inadvertida: de huesos frágiles, ojos hundidos y piel pálida como la muerte. No se parecían en nada salvo por el gesto obstinado de su barbilla; parecía que Sylvia no había heredado su cabello níveo de su madre.

¿De qué estarían hablando esas dos? Ziegler solía aconsejar a los políticos en cuestiones de conservación de tierra y colonización, algo a lo cual se oponía con decisión y sin miedo, pero a Anja von Wolff se la conocía por su estrategia militar, no por su mente ávida de conocimiento.

La curiosidad de Lorelei pudo más que su instinto de preservación, por lo que se quedó observándolas. Mientras hablaban (¿o quizás discutían?) Anja pinchó a Ziegler con un dedo. Sin poder evitarlo, notó un atisbo de simpatía al ver lo conocido que le resultaba el gesto. Al parecer, Sylvia sí que había heredado algo de su madre.

Tras haber comunicado su mensaje, Anja se dio media vuelta y desapareció entre los invitados. Ziegler se quedó sin saber qué hacer durante algunos segundos, hasta que, como si Lorelei la hubiese llamado, su mirada se encontró con la suya desde el otro lado del salón. La sorpresa de su profesora se convirtió en algo que Lorelei no supo interpretar y, apenas un momento después, desvió la mirada con intención, como si no se conocieran de nada.

Antes de que la decepción calara en ella, oyó el tintineo de una risa a sus espaldas.

—Pobrecita Lori. Eres como una spaniel que aún se sorprende cuando le dan una patada.

Heike van der Kaas: astrónoma de la expedición, heredera mimada de la provincia costera de Sorvig y corrían rumores de que también se trataba de la mujer más hermosa de todo Brunnestaad. Cuando uno veía su melena castaña rojiza y sus impresionantes ojos verdes, era difícil decir lo contrario. Sin embargo, Lorelei jamás había conseguido ver más allá de su crueldad tan mezquina.

—No sé de qué me hablas —contestó.

—No necesitas hacerte la fuerte por mí. —Heike agitó un abanico de color blanco hueso frente a ella—. Si Ziegler está enfadada contigo, eso no augura nada bueno para el momento del anuncio, ¿a que no?

—¿A mí que más me da? —dijo Lorelei, con frialdad—. Nunca ha sido una competición.

Al menos no una que ella hubiera esperado ganar, desde luego.

—Bueno —añadió Heike, claramente decepcionada al no haber conseguido provocarla—. Yo aún tengo esperanzas de que seas tú, aunque solo sea para ver la cara que pone Sylvia.

El resentimiento tan crudo que teñía la voz de Heike ya no la sorprendía en absoluto. Durante los meses en los que se habían ido preparando para la expedición, Lorelei había visto incontables rencillas formarse y deshacerse entre los integrantes del grupo casi a diario. Solo que la tensión que parecía hervir a fuego lento entre Heike y Sylvia tenía la apariencia de ser algo muchísimo más antiguo que nunca se habían perdonado, como un hueso que no sanaba bien del todo.

Tras unos segundos, Heike se inclinó hacia ella, para hablarle en tono conspirativo:

—Y la de Johann, ya que estamos. ¿Te lo imaginas siguiendo tus órdenes? No podría parar de reírme.

Lorelei había soportado demasiados insultos aquel día como para dejar que la astrónoma se fuera de rositas.

—Pues yo también tengo la esperanza de que seas tú —repuso, antes de poder pensárselo mejor.

La sonrisa coqueta de Heike flaqueó un poco.

—Pero qué considerado de tu parte —dijo, con todo el veneno del mundo.

Durante los últimos dos años, todos habían ido embarcándose en sus propias expediciones con el objetivo de recopilar información para Ziegler, algo que ella usaba para dar con la ubicación exacta del Ursprung. Tras haber pasado doce años en su compañía, Lorelei comprendía bastante bien la teoría. La densidad y los tipos de flora, el comportamiento de los wildeleute, incluso el número de portadores de magia en una determinada población… Todo ello estaba relacionado con la concentración de éter en los cuerpos de agua cercanos. Si el Ursprung resultaba ser la fuente original de toda la magia, lo único que tenían que hacer era seguir la información como un caminito de migajas a través del bosque. Ziegler no había compartido los resultados de su investigación con ninguno de ellos, salvo con Heike, a quien, hacía algunas semanas, le había encomendado que trazara el mapa que debían seguir. Desde entonces, la astrónoma había estado de un humor vengativo y de lo más desagradable. Y Lorelei podía adivinar por qué.

Wilhelm había prometido que se casaría con alguien de la provincia en la que se encontrara el manantial y Heike siempre había dejado bien claro qué era a lo que aspiraba: hacerse con la mano del rey y ocupar el trono a su lado. Pero era obvio que el Ursprung no se encontraba en Sorvig.

Una voz interrumpió el silencio helado que se había asentado entre ellas:

—Con su permiso, señorita Van der Kaas.

Un muchacho, uno de los innumerables pretendientes de Heike a juzgar por su expresión esperanzada y la copa de ponche con gotitas de condensación que llevaba en la mano, se les acercó.

—¡Mi copa, cierto! —Aceptó la bebida que le extendió—. Muchas gracias, Walter.

—Werner —la corrigió él.

—Eso. —Heike se lo quedó mirando como si no pudiera comprender por qué el tipo no se había esfumado ya—. ¿Necesitas algo más?

El chico se removió en su sitio, incómodo.

—Me prometiste que bailarías conmigo.

—¿Ah, sí? —contestó ella, con una sorpresa fingida—. Me temo que estoy demasiado cansada para eso. Pero la señorita Kaskel aquí presente no ha bailado en toda la noche.

—Ni tengo intención de hacerlo —repuso Lorelei.

Como era de esperar, el joven lord se echó para atrás. Por mucho que intentara esconderlo, el acento de Lorelei revelaba quién era. Hacía cincuenta años, los yevaníes solían bordar anillos en sus capas con hilos de oro, pero aquella costumbre ya no tenía sentido en la actualidad. Su propia lengua hacía que se distinguiera, del mismo modo que el apellido que le había otorgado el gobierno.

—Es que es muy tímida. —La sonrisa de Heike se volvió taimada—. Venga, invítala a bailar.

—Pero si lo hago —vaciló él—, ¿qué van a decir los demás?

—Invítala a bailar —repitió la astrónoma, con cualquier rastro de dulzura en su voz totalmente olvidado—. Si eres lo bastante galante, quizás aúne fuerzas para bailar contigo.

Entonces Lorelei entendió qué era lo que pretendía Heike. Casi sintió una pizca de simpatía —o quizás lástima— por el pobre desgraciado, de no ser porque la estaba mirando como si le fuese a lanzar algún embrujo malvado en su dirección. Resignado y abatido, le extendió una mano. Y lo único que Lorelei pudo hacer fue quedarse mirándola, estupefacta.

Heike se miró las uñas.

—¿Esa es toda la cortesía con la que puedes pedírselo?

El tipo clavó la vista en Lorelei, con unos ojos llenos de furia, humillación y resentimiento.

—Señorita Kaskel, ¿me harías el gran honor de concederme este baile?

La indignación le subió por la garganta.

—No.

Heike se echó a reír.

—Vale, vale, ya está. Me has convencido. Bailaré contigo, buen señor.

Werner un poco más y se desmayó del alivio. Según enroscaba una mano en el codo del lord,

Heike se volvió para guiñarle un ojo a Lorelei.

—Buena suerte.

Pero Lorelei no necesitaba suerte. Lo que necesitaba era otra copa.

Justo antes de que la orquesta empezara una nueva canción, la voz fuerte y clara de un heraldo se alzó entre las conversaciones:

—Con ustedes, su majestad imperial el rey Wilhelm II.

Se hizo el silencio entre los invitados. Las puertas del balcón situado sobre la pista de baile se abrieron y el mismísimo rey Wilhelm avanzó hasta situarse bajo la luz de los candelabros. Iba vestido como siempre que tenía un evento público: con su traje militar de color escarlata adornado con brillantes medallas de oro. Como era de esperar, se había ganado todas y cada una de ellas. Cuando había retomado la guerra de su padre por la unificación del imperio al inicio de su reinado, había liderado a sus ejércitos él mismo y se rumoreaba que habían disparado a tres de sus monturas mientras iba cabalgando antes de que empezara a domar dracónidos. Su apariencia también era destacable: alto y de hombros anchos, con el cabello castaño oscuro correctamente echado hacia atrás para que no le cayera sobre el rostro.

Nadie osó moverse mientras su majestad observaba en derredor.

—Buenas noches a todos. —Una enorme sonrisa se le extendió por el rostro. Siempre resultaba un poco extraño ver la transformación de un rey en un hombre—. Os agradezco mucho que hayáis venido esta noche. Sé muy bien que la mayoría habréis venido por la comida, pero, si me lo permitís, me gustaría hablaros un poco sobre un sueño. El sueño de mi padre, en realidad.

Alguien se rio de buena gana entre la multitud y la sonrisa de Wilhelm adquirió un tinte algo tímido.

Llamarlo «sueño» sin duda era una posible denominación. El padre de Wilhelm, el rey Friedrich II, se había propuesto conquistar todos los territorios en los que se hablara el idioma brunnés bajo un mismo estandarte: el suyo. Lorelei tenía que reconocerle la eficiencia tan despiadada que había demostrado. Antes de su muerte, Friedrich consiguió anexar a casi todos en una campaña militar de lo más ambiciosa y procedió a ejecutar a cualquiera que se negara a jurarle lealtad. Una vez que las calles se empaparon de la sangre de los traidores, se apoderó de sus tierras y las redistribuyó entre aquellos que él consideraba sus seguidores más leales; o al menos los que más le convenían.

A sus dieciocho años, Wilhelm había heredado tanto la corona como el sueño de su padre. A los veinte, se había hecho con las últimas regiones libres. Cinco años después, se encontraba allí frente a ellos: el rey de un Brunnestaad unido por los pelos.

—Lo que me ha enseñado el unificar nuestro reino es lo siguiente: cada habitante de Brunnestaad, sin importar la provincia de la que vengamos, sin importar nuestra clase o nuestro credo, tiene el espíritu de un guerrero. Somos los más testarudos que existen. Y pocos lo son más

que mis amigos, lo cual es parte importante de la razón por la que los he escogido para que emprendan esta expedición. Ninguno de ellos necesita que lo presente, es obvio, pero, en aras de continuar con nuestra ceremonia, me apetece avergonzarlos un poco.

»En primer lugar, tenemos a la encantadora Heike van der Kaas, la astrónoma y navegadora de nuestra expedición. —Wilhelm le guiñó un ojo y le extendió una mano a la aludida—. Acompáñame aquí arriba, ¿vale?

Heike se dirigió hacia él con unos andares presumidos, se apartó la melena sobre un hombro y deslizó con sensualidad sus dedos enfundados en guantes por la barandilla. Cuando por fin llegó hasta donde Wilhelm la esperaba, este la tomó de la mano y le depositó un beso en los nudillos. Tras apoyarse levemente en uno de los brazos del rey, Heike se puso de puntillas para susurrarle algo al oído. Wilhelm ahogó una carcajada y prácticamente la apartó de un empujón.

—También tenemos a Adelheid de Mohl, nuestra taumatóloga —continuó el rey, tras recobrar la compostura.

Pronunció el nombre de la taumatóloga con una añoranza que llamó la atención de todo el mundo por su claro interés. A Lorelei le parecía muy absurdo que un hombre de su posición se atreviera a demostrar su debilidad con tanto descaro. Adelheid, por su parte, le devolvió la mirada con una indiferencia glacial.

Cuando empezó su avance, los invitados se apartaron de su camino como si estuviesen dejándole paso a una reina. Era una mujer imponente, no tan alta como Lorelei, aunque sí con una silueta fuerte y de líneas firmes: hombros anchos, músculos marcados y rasgos afilados. El cabello, de un rubio apagado como un lúgubre atardecer de verano, lo llevaba trenzado en una corona que le adornaba las sienes. Adelheid tenía un pragmatismo que no se asemejaba al de ninguno de sus compañeros de expedición y era algo que se podía apreciar tanto en la sencillez de su vestido blanco como en la franqueza que caracterizaba su forma de hablar. Al haberse criado en la provincia de Ebul, donde solo lo más férreo conseguía prosperar, incluso las mujeres de la nobleza se curtían. En cuanto llegó al balcón, Heike enroscó un brazo en torno al suyo.

—Johann zu Wittelsbach, héroe de la Batalla de Neide y nuestro médico.

Johann se pavoneó escaleras arriba, con los bordes de su sombra bien delineados sobre el mármol. Wilhelm le dio una palmada en el hombro y luego un apretón, aunque Lorelei no supo si era una muestra de afecto, posesividad o ambas. Johann no se atrevió a moverse hasta que el rey lo soltó.

Se colocó al lado derecho de Adelheid y apoyó una mano en la empuñadura de su espada, como si estuviera listo para desenvainarla ante la más mínima señal de peligro. Esos dos formaban un dúo casi inseparable, y allí donde fuera Adelheid, Johann la seguía como si de su sombra se tratara.

—Ludwig von Meyer, nuestro botánico.

El aludido salió de entre la multitud como un espécimen venenoso: con unas vestimentas llamativas que casi hacían daño a la vista. O, lo que era más probable, como un hombre que tenía algo que demostrar. Tras saludar al rey con un apretón de manos, se colocó al lado de Heike. Le susurró algo al oído y ella le dio un pellizco en venganza. Adelheid se los quedó mirando a ambos, para obligarlos a comportarse.

—Y por último, aunque no por ello menos importante, nuestra naturalista, Sylvia von Wolff. —Según Sylvia enfilaba hacia el balcón, Wilhelm la miró con una ceja alzada—. Quien parece que nos visita directo de una de sus aventuras, por lo que veo.

La multitud ahogó unas risitas.

Lorelei reconocía la expresión de fastidio que portaba Sylvia. Y parecía que el resto del grupo también, pues se quedaron con la vista clavada al frente, todos igual de incómodos. Sylvia, por su parte, recogió su falda empapada con ambas manos y le dedicó una reverencia al rey. Parecía que incluso ella era lo bastante sensata como para no ponerse a discutir con su majestad en frente de todos.

Cuando se volvió a incorporar, avanzó a paso decidido por delante de los demás, con la cabeza bien alta. Johann la miró con desdén y una sonrisa tan maliciosa que hizo que a Lorelei se le erizara la piel. Sylvia se limitó a ignorarlo y a situarse al lado de Ludwig, quien le dio un golpecito alentador con el hombro.

Un silencio impresionado se extendió por toda la sala. Ni siquiera Lorelei podía obligarse a dejarse llevar por la amargura, pues tenía que reconocer que el cuadro que tenía en frente era digno de reconocimiento. Todos eran tan luminosos y extravagantes como estrellas en el cielo. Durante su primera visita a la universidad, el esplendor que esta desprendía la había dejado sin palabras. Pero sin duda lo que más destacaba en todo el campus eran los Cinco de Ruhigburg.

Todos iban un curso por delante de ella y se paseaban por el campus como si fuesen una sola entidad (como una hidra con sus cabezas siempre en disputa) o también un grupo de héroes que se habían escapado de un mito. Circulaba una cantidad ingente de rumores sobre ellos, desde los más mundanos y risibles hasta los más disparatados. Que todos habían combatido juntos en la guerra (cierto, salvo por Ludwig y Heike); que Johann era el único superviviente de la Batalla de Neide (poco probable); que Adelheid había hecho que expulsaran como mínimo a diez estudiantes por plagio (bastante probable) o que Sylvia había ocupado el lugar, así de improviso, de una soprano que lideraba una orquesta y que había tenido un accidente tan solo unos minutos antes de que empezara el espectáculo (falso, con algo de suerte).

Hasta el año anterior, cuando Ziegler había incluido a Lorelei en el equipo, ni se le había pasado por la cabeza que alguno de ellos se fuera a dignar a dirigirle la palabra.

—Nuestro pueblo es vasto —continuó Wilhelm—, pero da igual de qué provincia vengamos, si somos de la nobleza o de unos orígenes más humildes, nos une un hilo invisible. Nuestra

magia, nuestro idioma y, lo que es más importante, nuestras historias. ¿A quién no le han contado de pequeño la historia del Ursprung?

Hizo una pausa para provocar la reacción de su público y unos murmullos se extendieron por toda la sala.

—Que conste en acta que ya no se trata solo de una historia, pues lo hemos encontrado. —Alzó la voz por encima de los murmullos de la gente, que no dejaban de volverse más fuertes—. Reclamar su poder hará que Brunnestaad se reafirme como un reino unido, uno que no se puede vencer. Nada podrá separarnos de nuevo, sea dentro o fuera de nuestras fronteras.

El ambiente pareció espesarse por la tensión. Lorelei echó un vistazo entre los invitados. Aunque muchos le dedicaban miradas hambrientas, la misma cantidad había distinguido la clara amenaza en sus palabras.

—Hoy no es más que el comienzo —continuó, suavizando nuevamente el tono—. Pero, antes de que disfrutemos del baile y de la celebración, me gustaría cederle la palabra a la líder de la expedición y mi enciclopedia con patas, la profesora Ingrid Ziegler.

La sonrisa de su mentora era tensa mientras subía las escaleras y ocupaba su lugar en el balcón. Por primera vez en toda esa noche, Lorelei la vio de verdad. Por mucho que supiera que, en términos matemáticos, Ziegler tenía cuarenta y siete años, su rostro falto de arrugas y su expresión resplandeciente hacían que pareciera alguien atemporal. Ziegler se lo achacaba a lo mucho que caminaba. Aunque Lorelei tenía sus dudas al respecto, tampoco es que tuviera ninguna explicación para ello. Se trataba de una mujer fornida y de mejillas sonrojadas, con una melena castaña salpicada de canas y unos ojos azules muy claros. Llevaba un vestido de satén de color rojo intenso, adornado con cintas y perlas. Si bien la corte brunnense había adoptado las últimas tendencias de la moda, seguían bastante por detrás del resto del continente. De pie frente a todos ellos, Ziegler parecía un ave exótica.

—Buenas noches —empezó—. Quiero ofrecerle mi más sincero agradecimiento al rey Wilhelm por actuar como mecenas de las artes y las ciencias durante todo su reinado y también por su generosidad para relevarme de mis deberes en la corte durante esta travesía. Es un gran honor para mí poder representar a la Universidad Ruhigburg esta noche. Ahora me gustaría presentaros a la colíder de esta expedición. Será mi mano derecha durante nuestro viaje.

Y ahí estaba: el momento que Lorelei había temido durante meses. No sabía si podría tolerar ver a Sylvia deleitarse bajo la adoración del público. No soportaba pasar una noche más como su sombra, lloriqueando justo en los límites de su resplandor.

De verdad que no.

—Es versada en las ciencias —prosiguió Ziegler—, se le reconoce su labor como académica y ha demostrado tener un carácter y constitución excelentes, así como una generosidad de espíritu y mente, los cuales son vitales para este proyecto. Me enorgullece mucho poder presentárosla

esta noche.

Sylvia parecía tan ligera como la brisa, lista para ponerse a flotar.

—Lorelei Kaskel —anunció Ziegler—, ¿me harías el honor de acompañarnos aquí arriba y pronunciar algunas palabras?

—¿Cómo? —exclamaron Sylvia y Lorelei al unísono.

Sus palabras se oyeron por encima del frágil silencio que se había extendido en la sala. Todos la miraban. Unos murmullos se esparcieron por la multitud, pero lo único que era capaz de oír, en algún lugar que no eran sus propios pensamientos, era la misma acusación que reverberaba para sus adentros:

Víbora yevaní.

Ladronzuela yevaní.

Tres

La oscuridad se había asentado entre las murallas del Yevanverte.

Lorelei estaba sentada en el tejado de casa de sus padres, con una taza de café olvidada en la mano. Como casi siempre le costaba mucho dormir, aquello se había convertido en una especie de costumbre: montar guardia según la luna vertía su luz sobre la callejuela angosta que era su hogar. El café había conseguido amainar un poco lo peor de su jaqueca, aunque no la había ayudado en absoluto a tranquilizar sus pobres nervios. En menos de una hora, iba a abordar un barco para salir de aquella ciudad por primera vez en la vida.

Lo peor de todo era que así lo había querido. Lo había querido con desesperación, pero no conseguía encontrar dentro de sí ni una pizca de felicidad.

Víbora yevaní.

Nunca había lamentado su reputación. Alentar lo que se decía de ella ayudaba a que su vida fuese más fácil. Nadie la importunaba cuando sabía lo afilada que podía ser su lengua. Pocos se atrevían a mostrarle hostilidad abiertamente cuando había rumores (falsos, por desgracia) de que tenía la facultad de arrancarle a un hombre la sangre de las venas. Durante mucho tiempo, había creído que sus espinas podrían protegerla. Que si compartía su idioma y escalaba puestos, estaría a salvo y quizás hasta la podrían aceptar. Menuda inocencia la suya.

Ladronzuela yevaní.

Con manos temblorosas, bebió un sorbo de café. Le sentó como veneno en la lengua. Antes de que pudiera pensárselo mejor, estrelló su taza contra el tejado. El estruendo que causó empeoró sus nervios, frágiles y en tensión. En algún lugar de la calle, un perro se puso a aullar. Lorelei cerró los ojos con fuerza y respiró hondo. Necesitaba… Bueno, primero tenía que limpiar el desastre que había hecho y deshacerse de las pruebas. Y luego tenía que reponerse un poco. No iban a tardar en pasar a por ella para acompañarla hasta el puerto.

Aun con todo, no podía dejarlo estar.

¿Por qué le había hecho eso Ziegler? El cumplir sus sueños de pronto le parecía una maldición espantosa, la verdad. Había transcrito los suficientes cuentos populares para saber que los finales felices solo les correspondían a las chicas como Sylvia. Las de las historias bonitas sobre chicas de campo que besaban príncipes que se habían convertido en sapos, con madres árboles que les daban zapatos con bordados de luz de luna, que derrotaban a los villanos más malvados con su ingenio y su dulzura y su elegancia; y, por otro lado, estaban las historias para las chicas como

Lorelei. Las más horribles iban más o menos así:

En aquellos tiempos en los que los deseos aún albergaban poder, existió un niño, el más leal y listo de todos los sirvientes de su amo, que conoció a un elfo en el bosque. A cambio de los tres ducados que el niño había ahorrado, el elfo le entregó un violín que obligaba a bailar a cualquiera que oyera su música, una cerbatana con una puntería siempre certera y el poder de que le concedieran cualquier favor que pidiese. Más tarde aquel mismo día, el sirviente se encontró con una yeva que estaba contemplando a un ave posada en lo alto de un zarzal, con unas plumas de un color tan intenso que parecían en llamas y brillantes como el diamante.

—Ojalá tuviera una voz así de hermosa —suspiró la yeva—. Ojalá mi abrigo fuese igual de elegante.

—Si eso es lo que deseas de verdad —le dijo el chico—, ¿por qué no vas y lo consigues?

Entonces le disparó al ave con su cerbatana. Mientras la yeva se metía a gatas entre el zarzal para recuperar su premio, el sirviente dijo:

—Ya has consumido a suficientes personas. Ha llegado la hora de que el matorral haga lo mismo contigo.

Y empezó a tocar el violín. Hechizada por su magia, la yeva se puso a bailar entre las espinas hasta que su sangre tiñó el zarzal de rojo y le ofreció todo el oro que tenía en su monedero a cambio de piedad. Sin embargo, en cuanto el chico se quedó con su dinero y la liberó del encantamiento, la yeva se puso a planear su venganza. Se acercó a la aldea más cercana y se postró frente al juez.

—¡Ay de mí! —exclamó—. He sido víctima de un agravio. Tengo la piel hecha jirones, la ropa hecha harapos y me han arrebatado lo poco que tenía.

Cuando el juez hizo que el sirviente se presentara ante él, el chico se excusó diciendo que la yeva le había ofrecido su oro por su propia voluntad.

—¿Te crees que soy idiota? —contestó el juez—. Ninguna yeva haría eso en la vida.

Conforme lo conducían al bloque del verdugo, el sirviente pidió que le concedieran un último deseo antes de morir: poder tocar su violín una última vez. Tras desestimar las protestas de la yeva, el juez, motivado por la magia del elfo, decidió cumplirle su último deseo. El sirviente, muy listo, empezó a tocar su melodía y el pueblo entero empezó a sacudirse sin control. La canción se elevó más y más y todos siguieron bailando, dando vueltas y saltos cual marionetas, hasta que se quedaron sin respiración y el juez tuvo que ofrecerle al sirviente perdonarle la vida a cambio de piedad. Este aceptó, pero con la condición de que la yeva le contara al juez de dónde había sacado su monedero lleno de oro.

—Lo robé —dijo la yeva—, mientras que tú lo ganaste honestamente.

Y con eso, la llevaron a la horca por ladrona.

Lorelei casi podía admirar la justicia tan cruel y despiadada de aquellos mundos de cuentos de

hadas. Existía el bien y también el mal. Aquellos a los que se premiaba y aquellos a los que se castigaba. Solo que ella jamás iba a ser la pobre jovencita en una capa del color de la sangre ni la huérfana con cabello de oro que encandilaba al príncipe con su belleza tan frágil. Siempre iba a ser la criatura que obligara a las doncellas a convertir la paja en oro usando una rueca. Siempre iba a ser la yeva entre las espinas.

En cuanto se descuidara y bajara la guardia, perdería todo por lo que tanto había luchado. Aquel lugar se había encargado de convertirla en una víbora, por lo que, si estaba destinada a perder, pensaba hacerlo siseando como una. Hasta el día en el que inevitablemente le dieran la espalda, se dedicaría a proteger lo que era suyo, sin importar a quién tuviera que arrastrar junto a ella.

—¿Lorelei?

Casi se cayó del tejado por la sorpresa. Cuando abrió los ojos, descubrió a Sylvia mirándola desde abajo, justo fuera de la puerta de su casa.

Parecía más ella misma que en el baile. Su cabello seguía igual de rebelde, pero se había cambiado el vestido por una camisa de lino holgada que se había metido en unos pantalones. No llevaba pañuelo, chaleco ni tampoco chaqueta. Aunque, como era de esperar, tenía su sable enganchado a la cadera. La empuñadura tenía la forma de un nido de serpientes grabadas en un patrón de filigranas muy intrincado. La hoja brillaba en la oscuridad, tan lisa y pálida como un rayo de luz de luna, e igual de poco práctica también. Estaba hecha de plata pura, por lo que era probable que fuese efectiva contra los wildeleute, pero era prácticamente inservible contra el acero de un oponente humano.

Aunque Lorelei se recordó que no debía quedarse mirando, su mente se negó a procesar la orden. Sylvia von Wolff estaba allí mismo, era testigo de su vida tal cual era. Quiso lanzarse del tejado y arrancar el pergamino protector que tenían colgado en la jamba de la puerta. Quería prenderle fuego al jardincito de hierbas anémico que había plantado su padre.

—¿Se puede saber que estás haciendo aquí? —siseó.

Sylvia echó un vistazo por encima del hombro, como si Lorelei se hubiese dirigido a alguien más de forma tan grosera.

—He venido a devolverte el favor que me hiciste al ir a buscarme. —Hizo una pausa y una sonrisa tiró de las comisuras de sus labios—. Aunque debo confesar que no se me ocurrió que debía escalar una pared para ir a por ti.

Lorelei la fulminó con la mirada. ¿Cómo podía alguien estar tan de buen humor a aquellas horas intempestivas? Había esperado que cargaran a Ludwig o quizás a Adelheid con la tarea de pasar a buscarla. Y lo cierto era que le disgustaba la idea de que cualquiera de ellos tuviera que hacerlo. Por una cuestión de ley, todos los yevaníes debían estar tras las puertas del Yevanverte entre las horas del ocaso y el amanecer, salvo que contaran con la compañía de algún ciudadano

de Brunnestaad.

—Baja la voz y ni se te ocurra trepar nada, por Dios. Iré… —Se interrumpió en mitad de la frase, pues Sylvia ya había empezado a subir por el enrejado que parecía a punto de venirse abajo. Con algo de suerte, este colapsaría por su peso—… ya mismo.

Consideró el desastre que había hecho con la taza y decidió, por una cuestión de conveniencia, que lo mejor sería amontonar los restos en una pila ordenada. Siempre que Sylvia (o su madre) no los vieran, no había pasado nada.

Sylvia se impulsó hasta alcanzar el tejado y se acomodó a su lado. Se puso a contemplar el Yevanverte, con sus casas amontonadas de cualquier manera y sus callejuelas apretujadas. Lorelei imaginó que soltaría un comentario de lástima o asco, pero Sylvia se limitó a esbozar una pequeña sonrisa.

—Qué vistas más bonitas tienes aquí.

Lorelei intentó que no se le notara la sorpresa. Desde donde estaba, no alcanzaba a ver nada extraordinario que no fuese la propia muralla y, de tanto en tanto, algún vistazo por la ventana de sus vecinos, lo que sin duda no calificaría como algo precisamente bonito. Como no tenía nada bueno que decirle, decidió quedarse callada. La luz de las estrellas se las arregló para dar con Sylvia, incluso en un lugar como aquel. La naturalista tenía un don de lo más irritante para aparentar que se sentía en paz o como en casa fuera donde fuera.

—¿Lo habéis echado a suerte o te ha tocado seguir las órdenes de Ziegler? —quiso saber Lorelei.

—Me he ofrecido voluntaria, la verdad.

—¿Y por qué has hecho eso?

Sylvia tuvo el descaro de ofenderse.

—Porque quería felicitarte. Saliste por patas antes de que pudiera hacerlo.

—No salí por patas, no exageres.

Sylvia le dedicó una mirada significativa que Lorelei decidió pasar por alto. Siendo sincera, se había escondido en un balcón hasta que Ludwig la había convencido de subirse a su carruaje al final de la velada, pero no estaba dispuesta a admitir algo así.

—En ese caso, enhorabuena.

Lorelei se preparó para recibir alguna advertencia o desafío, pero no fue el caso.

—Gracias —contestó, con todo el recelo del mundo.

—Te has esforzado muchísimo —continuó Sylvia—. Debo confesar que me inspiraste a hacer lo mismo, incluso si…

—¿Con esas estamos, Von Wolff?

—¡No lo digo por decir! —protestó—. Lo digo de corazón. En serio.

Lorelei apartó la mirada de la suya.

—Me cuesta creer que necesites un empujoncito para esforzarte. Eres implacable.

Sylvia le dedicó una sonrisa vacilante.

—Me lo tomaré como un cumplido.

—Como prefieras —dijo Lorelei algo nerviosa, aunque sin saber por qué—. ¿De verdad has venido por eso? ¿Para darme un cumplido?

Sylvia dudó un poco.

—No, supongo que no.

Y tanto que no. Lorelei se odió a sí misma por sentir un pinchacito de decepción. No tendría que haber esperado nada de ella.

—Pues suéltalo de una vez.

Sylvia le dedicó una mirada dudosa al borde del tejado.

—Quizás deberíamos irnos primero. Te esperaré fuera.

—Anda —soltó Lorelei, sin ápice de diversión—, esto pinta muy bien.

Y, con eso, trepó hasta la ventana de su habitación. Una vela seguía encendida, muy tenue, sobre su escritorio, con una llama diminuta sobre un charquito de cera. Bajo su luz parpadeante, recogió sus maletas. Si bien su familia habría querido que los despertase, era muchísimo más sencillo desaparecer sin más. No era lo bastante valiente para verlos llorar ni para soportar que sus dos mundos entraran en contacto.

Sylvia se puso en acción ni bien Lorelei cerró la puerta de su casa a sus espaldas.

—Deja que te ayude. —Antes de que pudiera protestar, Sylvia le quitó una de sus maletas de las manos y soltó un sonidito de sorpresa al cargar con su peso—. Cielos, Lorelei, ¡cómo pesa! ¿Qué llevas aquí?

—Nada —repuso, de forma automática—. Déjala en el suelo ahora mismo.

—¿Por qué? —Sylvia la miró, asustada—. ¿Es peligroso?

—Claro que no. —Lorelei hizo una pausa, mientras fingía que se lo pensaba—. Pero no hagas movimientos bruscos.

No le gustaba que la separaran de sus posesiones más preciadas: un juego de plumas de marfil que su madre le había regalado al cumplir los dieciocho; una colección de libretas con forro de cuero llenas de historias que había transcrito e ilustrado; el sedante más potente que Johann había estado dispuesto a prepararle y su maltrecho ejemplar de *Crónicas de los Trópicos,* la única indulgencia de valor sentimental que se había permitido.

De pequeña, recorría las calles del Yevanverte con total libertad. Recolectaba viales de agua del río para analizarlos y se llenaba los bolsillos de plantas que recogía de los jardines de sus vecinos. También le gustaba coleccionar insectos y solía meterse escarabajos en la boca para evitar que se le escaparan… hasta que uno le había secretado ácido en la lengua y le había puesto fin a esa costumbre en particular. Se sentaba en el tejado a contemplar los barcos del puerto: un

bosque negro de mástiles y velas que se mecían y se agitaban con el viento. Había hecho rabiar a sus padres al llenar la casa con todas su colecciones, hasta que, un día, su padre volvió a casa con un libro: *Crónicas de los Trópicos,* de Ingrid Ziegler. Un libro que, según le dijo, había escrito la mujer más famosa de Brunnestaad.

Lorelei se había quedado despierta hasta las tantas, devorando cada palabra hasta que las velas se le consumieron y se volvieron un charquito en su alféizar. Le transmitía un paisaje tan exquisito que había llorado de puro anhelo. Tras haber leído los últimos trabajos de Ziegler, Lorelei sabía que no era más que una obra propia de su juventud. Solo que ese libro había conseguido abrir su mundo de par en par. Era un lugar lleno de maravillas, de aventuras. Y, por primera vez en la vida, su anhelo tuvo nombre: naturalismo. Aquel sueño lejano la mantuvo satisfecha durante un tiempo. Aunque, conforme se hizo mayor, comprendió que a las chicas del Yevanverte no se les permitía abandonar sus fronteras.

No tenía dinero para comprar equipamiento, ninguna influencia para persuadir a alguien y que financiara una expedición ni tampoco ningún documento legal que le permitiera viajar. Se había limitado a ser un sueño de opio hasta que Ziegler había contestado a su carta tan absurda e infantil. Formarse como folclorista había sido su billete de entrada a la universidad. Solo que, sin contar con el favor del rey, al llegar su graduación iban a volver a echarla de aquel mundo. No sería nada más que una donnadie.

Sylvia se acomodó la maleta entre los brazos con sumo cuidado. Y entonces empezó a caminar. Lorelei dio una gran zancada para alcanzarla y se situó a su lado. Siguieron la calle angosta que daba hacia la puerta septentrional, un trozo de madera podrida colocado en un arco bajo. Los muros de piedra que encerraban el Yevanverte carecían de adornos y estaban cubiertos de musgo, de modo que le recordaban a unas tumbas amontonadas unas contra otras. Sylvia dejó la maleta en el suelo el tiempo suficiente para abrir la puerta y hacerlas pasar. Lorelei respiró hondo el aire húmedo y disfrutó del silencio. Los escaparates de las tiendas estaban a oscuras y las zonas de construcción, vacías: a aquellas horas intempestivas, la ciudad aún dormía.

Siempre le sorprendía lo sencillo que resultaba marcharse. No había ningún guardia ni cerraduras o protecciones complicadas. Ningún perro entrenado para dar caza. Nadie que viviera dentro de las murallas querría exponerse a los peligros que esperaban fuera y a los de Ruhigburg les daba igual si alguien se colaba en el interior.

En especial, les daba igual lo que pasara una vez que lo hacían.

Lorelei apretó el puño cuando la invadió la misma sensación de furia de siempre.

—Y bueno, ¿qué querías?

—Cierto. —Sylvia soltó un suspiro nervioso—. He venido a pedirte que reconsideres y no aceptes el cargo. Me preocupa que Ziegler no haya tomado la mejor de las decisiones.

—¿Ah, sí? —repuso Lorelei, tensándose.

—Por favor, escúchame antes de que intentes inmolarme —protestó la naturalista—. Wilhelm está sobrepasado. Puede que en título sea el rey, pero, dentro de sí, no es más que un soldado. La estrategia se le da de maravilla, pero la política no es lo suyo. Se ha limitado a seguir los pasos de su padre y no tiene ninguna visión para lo que le depara el futuro.

»Las tierras de sus antepasados son pequeñas y no tienen muchos habitantes. La carga administrativa de adquirir tantísimas tierras en un periodo tan corto es… Bueno, no pienso aburrirte con los tecnicismos de la política. Lo que importa es que se han producido muchas revueltas en estas últimas décadas y es el pueblo quien está pagando los platos rotos.

—Ya, ya, eso ya lo entiendo —dijo Lorelei, impaciente. Tenía que reconocer que le sorprendía coincidir con todo lo que había dicho Sylvia hasta el momento y también que esta tuviera en consideración a la plebe más allá de su sentido abstracto del deber—. ¿Qué pretendes con todo esto?

Algo de alivio pareció suavizar un poco la expresión de Sylvia. Aprovechando su ventaja, continuó:

—Wilhelm no está preparado para gobernar en tiempos de paz. Pero yo llevo preparándome toda la vida para dirigir un territorio muy extenso. Después del éxito de la expedición, tenía la intención de pedir que me hiciera parte de su comitiva.

Lorelei ya sabía por dónde iba. El ego herido de Sylvia se camuflaba bajo una actitud de *noblesse oblige*. Solo que la pasión que había percibido en su voz… Hablaba como si de verdad creyera lo que decía. Al final, eso era lo que más la enfurecía. Siendo quien era, ¿qué tenía que demostrar? No solo era amiga de Wilhelm, sino que había muchísimas otras formas en las que una mujer de la nobleza podía asegurarse un lugar en la corte.

—Y lo serás. Quizás te complazca saber que el Ursprung no está en Sorvig. Todavía hay posibilidades de que se case contigo.

Sylvia soltó un suspiro exasperado.

—No me interesa en absoluto casarme con Wilhelm.

—¿No? Pero si ya os peleáis como una pareja de casados.

—Según la filosofía que sigue él mismo, una sana rivalidad es un buen instrumento para alcanzar el progreso.

—No me digas —comentó Lorelei, sin sorprenderse en lo más mínimo.

—Es distinto cuando se discute entre iguales. —Sylvia soltó un resoplido—. Wilhelm necesita que alguien cuestione sus decisiones. Pero tú te escabulles y te escondes por los rincones como un sabueso maltratado, igual que haces con Ziegler. ¿Cómo pretendes serle de utilidad si actúas así?

Sus palabras le sentaron como una bofetada. Conque eso era. Sylvia no creía que Lorelei mereciera el puesto. Quizás no tuviera demasiados conocimientos sobre los detalles más sutiles

de un gobierno, pero Wilhelm tenía prácticamente un ejército de consejeros para orientarlo. Aunque ella no fuera lo bastante valiente como para cuestionar sus decisiones, Sylvia jamás entendería lo que implicaba obligarse a pasar desapercibida. Si lo perdía todo, al menos seguiría siendo Sylvia von Wolff. Con todo y su orgullo absurdo.

No le quedó nada más que hacer que echarse a reír. Para entonces ya había aprendido que su risa no era un sonido precisamente agradable, sino uno grave y que Heike había descrito una vez como «siniestro». Un escalofrío apenas perceptible recorrió a Sylvia de pies a cabeza.

—¿Qué te hace tanta gracia? —le preguntó ella, con una preocupación evidente.

Lo que me hace gracia es que a ti te lo han dado todo y ni siquiera eres capaz de verlo. Sería muy sencillo decírselo y ver que Sylvia se ponía de mal humor de inmediato. Solo que, por extraño que resultase, Lorelei no tenía ganas de discutir. Al menos no a las cinco de la madrugada.

—Nada, nada —se limitó a contestar, obligándose a conformarse con la clara decepción en el rostro de Sylvia.

Cuando llegaron al puerto, la barcaza se alzaba frente a ellas: una monstruosidad de tres plantas que cortaba una silueta negra contra la niebla que se agitaba inquieta sobre la superficie del río. El nombre de la embarcación estaba pintado en un cartel de letras escarlata muy claras situado sobre la rueda de paletas: *Prinzessin.* Y, debajo, el lema de la Universidad Ruhigburg: *Amoenitate veritas.* «En la belleza está la verdad». Lorelei tuvo que valerse de todas sus fuerzas para no poner los ojos en blanco.

Apenas unos segundos después de abordar, un lacayo se materializó para quitarle a Sylvia la maleta de Lorelei. Los marineros iban y venían a su alrededor, cargando con los últimos suministros para el viaje. Resultaba desconcertante la cantidad de cachivaches que tenían. Había barómetros y termómetros, microscopios y telescopios, sextantes y brújulas, viales para semillas y tierra, todos ellos a salvo en unas cajas forradas en terciopelo. El pobre lacayo de alguien estaba sufriendo lo suyo para cargar con una pila de ellas. Se le balanceaban de forma precaria en los brazos y un pergamino cayó desde lo más alto hasta la cubierta, para luego desenrollarse como la larga cola de un vestido de boda.

—Ten cuidado —siseó Lorelei—. Esos instrumentos valen más que tu vida.

Y no estaba exagerando precisamente. Si alguno de ellos se rompía, dados los pocos fondos con los que contaba la expedición, no iban a poder permitirse arreglarlo. El lacayo le dedicó una mirada aterrorizada.

—¡Sí, señor! ¡Lo lamento mucho!

—No puedes pretender ganarte el respeto de los demás a través del miedo —la riñó Sylvia—.

Una buena líder…

—Seguro que tienes mejores cosas que hacer que andar siguiéndome, ¿no?

—Ahora que lo dices, sí —admitió la naturalista, como si justo entonces hubiese caído en la cuenta—. Debería terminar de ponerme con las protecciones.

Y, con eso, Lorelei por fin se quedó sola y en paz.

La ceniza se enroscaba en torno a las chimeneas como si estas fuesen la cazoleta de una pipa, de un naranja brillante que contrastaba con la oscuridad del cielo. Los restos de carbón llovían suavemente sobre la cubierta y se le enredaban en el pelo como si de copos de nieve se tratasen. Le incomodaba inhalar el olor de la madera quemada mezclado con la peste húmeda y fangosa del río. La mayoría de los barcos de la época se impulsaban gracias a la magia, y era así por algo. Si bien los motores a vapor eran la forma más barata y eficiente de viajar, las calderas solían explotar debido a la presión. No le gustaba pensar en la cantidad de embarcaciones que debían yacer dormidas bajo las profundidades del río. Por desgracia, su escaso presupuesto no les había permitido contratar a una tripulación lo bastante grande como para impulsar la barcaza con magia y Ziegler carecía de la paciencia necesaria para incluir descansos en el camino.

—¡Lorelei!

Alzó la vista y se encontró a Ludwig, el botánico de la expedición, saludándola con la mano… e inclinado sobre la borda de la cubierta de paseo, dos plantas por encima de donde estaba ella. El estómago le dio un vuelco al verlo.

—Mira si vas a terminar cayéndote por tonto —exclamó—. Espera, que ahora subo.

Para cuando llegó a su lado, Ludwig ya se había acomodado mejor sobre la barandilla.

—Saludos, mi capitana —le dijo, con una sonrisa llena de picardía.

Lorelei hizo una mueca.

—Hola.

Ludwig von Meyer era el único de los Cinco de Ruhigburg que la trataba con amabilidad. Después de volver de su última expedición, la había buscado para charlar con tanta insistencia que se había visto obligada a aceptar que eran amigos. Se habían tirado horas en las laberínticas oficinas del departamento de ciencias naturales convirtiendo sus apuntes caóticos en algo que casi podría denominarse manuscritos. Y, cómo no, intercambiando cotilleos. La cantidad de información que había recopilado tanto sobre plantas etéreas como sobre quién estaba cortejando a quién en el campus era algo que le ponía los pelos de punta.

Se trataba de un muchacho esbelto, de facciones similares a las de un zorro, una sonrisa agradable siempre presente en el rostro y un cabello castaño que una vez había oído que uno de sus compañeros coladito por él describía como «alborotado con maestría». Aquel día llevaba un pañuelo verde y un chaleco de seda rosa y amarillo pintado a mano con unos diseños de unos nenúfares. Unos anillos relucientes le adornaban cada uno de los dedos y en una oreja llevaba un

zafiro enorme. Parecía que ni siquiera cuando se iba de expedición podía dejar a un lado sus pretensiones.

—¿Y bien? —le preguntó—. ¿Emocionada?

—¿Tú sí?

—Pues claro. —Los ojos le centellearon por la travesura—. Podré pasar tiempo con mis queridísimos amigos de toda la vida. ¿Qué más podría pedir?

Lorelei soltó un resoplido.

—Bastantes cosas, supongo. Imagino que echarás de menos a… ¿cómo era que se llamaba? ¿Hans? ¿O es que os habéis vuelto a acordar de vuestras diferencias irreconciliables?

—Venga ya —la regañó, pasando por alto su pullita deliberadamente—. No son tan malos una vez te acostumbras. La mitad de lo que se cuenta sobre ellos ni siquiera es cierto.

Lorelei se tensó. Aunque sabía que no tenía malas intenciones, no le gustaba que le recordaran que ella no era y nunca iba a ser una de ellos.

—¿Y cuánto les llevó a ellos acostumbrarse a ti?

Al fin y al cabo, Ludwig no tenía ni una gota de sangre noble en las venas. Su padre había amasado una pequeña fortuna como comerciante y, con ella, había adquirido un título y había hecho donaciones de lo más generosas para la campaña bélica de Friedrich. Su lealtad le había ganado un lugar en la corte, y a su hijo, una amistad con el heredero al trono. Aun así, Lorelei no creía que fuesen a tratarlo nunca como a un igual.

Si lo había ofendido con su comentario, Ludwig no lo demostró. Su sonrisa agradable permaneció fija en su lugar.

—Un consejo, Lorelei: descolócalos lo suficiente como para que olviden por qué te odiaban. Quizás te convenga probar siendo maja, para variar.

—Muchísimas gracias por tu sabio consejo —contestó de mala gana.

—No hay de qué —repuso él, encantado de la vida—. ¿Qué te parece si lo practicamos un poco? Vamos a pasar quién sabe cuánto tiempo atrapados en esta barcaza y ya sabes que a mí no me gusta meterme donde no me llaman, pero es que Sylvia y tú…

—Bah, no empieces. ¿Es que no te cansas de andar chismorreando?

—Jamás —contestó—. ¿Sabes? Me han dicho por ahí que a Sylvia le gustan las personas altas y taciturnas.

Lorelei se atragantó con su propia saliva.

—Eres un cerdo —consiguió articular, dándose golpecitos en el pecho—. Me largo.

Ludwig se rio contra su manga, como si estuviese disimulando un estornudo. Era la única debilidad que había podido encontrar en él: le avergonzaba el espacio entre sus dientes delanteros.

—Nos vemos en la reunión. Seguro que nos lo pasamos muy bien.

Ziegler les había pedido a todos que se reunieran con ella a las siete —en unos quince minutos — para revisar la logística y por fin revelarles a dónde se dirigían.

—Hasta ahora.

Lorelei se dirigió hacia la popa del barco para contemplar cómo se alejaban del muelle. Los radios de la rueda de paletas agitaban sin cesar el agua hasta hacerla espuma y el motor traqueteaba. Más allá de la proa que se abría paso entre el agua, juraría que veía unas caras pálidas (nixes o quizás los fantasmas de los ahogados) devolviéndole la mirada. Con el estómago hecho un nudo, clavó la vista en el horizonte.

Poco a poco, la ciudad fue quedando atrás hasta dar paso al mundo fuera de las murallas. El viento le alborotaba el cabello y hacía que los faldones de su sobretodo se agitaran. No sintió ninguna alegría al ver el paisaje ante ella ni tampoco admiración. Hasta que salieran de la provincia de Neide (siempre que tuvieran que dejarla atrás, claro está), no iba a haber mucho más que ver que prados y pantanos. El reino le parecía una simple expansión de lodo infinito.

Nada iba como había soñado.

Un graznido suave la sacó de sus pensamientos. Tras echar un vistazo, apartó rápidamente la mirada ahogando una maldición. Había un nachtkrapp posado en la barandilla, acicalándose sus plumas oscuras y afiladas. Parecía bastante inofensivo, casi idéntico a un cuervo normal, pero Lorelei sabía bien lo que era.

Un mal augurio.

Hacía unos años, Ziegler había adquirido un espécimen para disecarlo y colocarlo de adorno en su oficina. Lorelei la había ayudado a prepararlo. Cuando había fijado sus alas dentadas a la mesa de trabajo, había descubierto los ojos rojos que escondía en cada una de las alas, como un par de rubíes enormes en un joyero de terciopelo negro. Los afortunados que se encontraban con esos ojos horrendos morían de inmediato. Los que no lo eran tanto sufrían una enfermedad devastadora que los iba pudriendo lentamente de dentro hacia fuera.

Lorelei intentó ahuyentarlo, pero la criatura se limitó a dar un par de saltitos más allá en la barandilla y a agitar las plumas en un ademán indignado. Entonces pensó que Sylvia probablemente tendría algún modo elegante de deshacerse de él. Y la idea la puso de peor humor incluso.

—¡Que te largues de una buena vez! —exclamó, agitando los brazos con insistencia.

El nachtkrapp soltó un chillido estruendoso antes de alzar el vuelo. Lorelei se dejó caer sobre la barandilla sin fuerzas, agradeciendo para sus adentros que nadie más hubiera sido testigo de su humillación.

—Bien hecho —dijo Adelheid.

Lorelei pegó un salto ante el sonido de su voz. Adelheid estaba sentada en la cubierta a unos cuantos metros de donde estaba ella, al parecer completamente concentrada en lo que estaba

haciendo. Con una precisión automática, medía unas largas espirales de cable antes de cortarlos con un par de tijeras de hierro. En sus manos amplias y firmes, las cuchillas casi parecían algo frágil. De cerca, Lorelei podía ver las pecas que le salpicaban el puente de la nariz por culpa del sol y las arrugas prematuras que le habían salido en la frente y alrededor de los ojos.

—¿Cuánto tiempo llevas ahí?

—Lo suficiente. —Adelheid se puso a enroscar los cables hasta juntarlos en un entramado muy complicado—. Estaba preparando mi equipamiento, no pretendía molestarte.

Su tono era tan educado que casi podía considerarse frío. Y seguía sin apartar la mirada de su labor. Al haber pasado meses trabajando con ella, Lorelei se había percatado de que le hablaba a todo el mundo con la misma distancia. Así que había decidido no tomarse a pecho su indiferencia. La taumatóloga se esforzaba mucho en su trabajo y no le iban los jueguecitos. Lorelei lo respetaba.

—¿Para qué son los cables?

Adelheid alzó las cejas.

—No sabía que te interesaba la taumatología.

Lorelei se percató del insulto velado: resultaba sorprendente que una yeva pudiera mostrar interés en la magia. Se limitó a esbozar una sonrisa tensa.

—Todo lo que sucede en este barco es de mi interés.

—Tienes razón. —Al fin, Adelheid se dignó a alzar sus ojos verdes y apagados hacia ella—. Parece que debemos felicitarte.

A Lorelei le dio la impresión de que se estaba burlando de ella, por lo que tras erguirse cuan alta era, le dijo:

—Sea lo que sea que estés haciendo, será mejor que pares ya. Nos están esperando.

El disgusto tensó las comisuras de los labios de Adelheid, pero se dispuso a recoger sus cosas. Era obvio que no le gustaba que le dieran órdenes.

Se dirigieron hacia la puerta que daba a las habitaciones de los miembros de la expedición, una a la que solo se podía acceder con magia gracias al cerrojo etéreo innecesariamente complicado que tenía. Solo alguien tan paranoico como Ziegler podría haber elaborado semejante método de tortura. Adelheid cerró los ojos y frunció el ceño para concentrarse mientras manipulaba el agua que había dentro del mecanismo. Hizo un mohín de fastidio cuando el cerrojo se le resistió, pero al final consiguió abrirlo.

Nadie iba a interferir con su trabajo. Ni tampoco a robarlo.

Un pasillo se extendía frente a ellas. El *Prinzessin* parecía algo sacado de las pesadillas de Lorelei, lo que equivalía a decir que era muy hortera y exagerado. Sin embargo, al verlo más de cerca, resultaba evidente lo viejo que era: las finas astillas de la madera, los bordes desiguales del papel pintado de damasco o las baldosas del suelo de mármol que encajaban unas con otras como

una dentadura torcida. Se trataba de un esplendor bajo el cual podía deslizar los dedos, como un azulejo un poco suelto o un tablón de madera hinchado por la lluvia. Una parte supersticiosa en su interior temía la podredumbre que podría encontrar si terminaba de descascararlo.

Una fila de candelabros iluminaba su camino, con la luz de los cristales danzando por el suelo como puñados de esquirlas. Lorelei las condujo a paso rápido más allá de las habitaciones y por las puertas dobles de lo que habían pasado a llamar la sala de guerra.

El centro lo ocupaba una mesa enorme, de alguna madera de secuoya antiquísima pulida e importada desde el otro lado del mar. El sol se colaba a través de la celosía de las ventanas angostas y dibujaba unos patrones enrevesados sobre su superficie. El ambiente estaba embargado por un ligero olor a manzanilla y jengibre. Cosa de Ludwig y Sylvia, seguro. Ambos estaban yendo de aquí para allá, muy ocupados y discutiendo entre ellos, por lo que parecía. Sylvia hacía gestos con una cucharilla que tenía en la mano.

Heike estaba sentada con la cabeza apoyada en la mesa y, por alguna razón, Johann se había despatarrado sobre su silla. Las gafas se le habían deslizado por el puente de la nariz y las llevaba torcidas, pero no hizo ningún ademán por acomodárselas.

Lorelei se contuvo para no comentar nada mientras ocupaba su sitio en la cabecera de la mesa. Por desgracia, eso la dejaba justo al lado de una de las mascotas favoritas de Ziegler, un elwetritsch que había adoptado en su primera expedición y que en aquellos momentos estaba acicalándose en su percha. Se trataba de una criatura similar a un ave con los cuernos de una cabra y las escamas iridiscentes de una serpiente. La miró ladeando la cabeza y con uno de sus ojos como canicas amarillas.

—Hola. ¿Buena chica?

No, quiso contestarle. *Más bien bestia demoniaca.*

Johann pegó un bote al oír la voz del animal y lo fulminó con la mirada con una mezcla de horror y asco. Dirigió la mano con sutileza hacia la espada que llevaba en el cinturón.

Era lo único en lo que todos estaban de acuerdo.

Adelheid se apretó el puente de la nariz según contemplaba la escena que tenía en frente.

—¿Qué está pasando?

—Me temo que se están muriendo —contestó Ludwig, al tiempo que servía agua hirviendo en una taza.

—Johann está mareado —explicó Sylvia, muy harta.

Adelheid le dedicó una mirada a Heike.

—¿Y esta?

—También mareada —dijo la aludida, al tiempo que Ludwig interponía:

—Está con resaca.

Heike alzó la cabeza para dedicarle una mirada asesina al botánico, aunque se conformó con

aceptar la taza de té que este le había dejado cerca. Tras dar un sorbo, le dedicó una sonrisita traviesa a Adelheid.

—Ha sido una noche muy larga.

Adelheid no pareció sorprenderse en absoluto, si bien el más ligero de los sonrojos le coloreó las mejillas. Lorelei tuvo que contenerse para no poner los ojos en blanco.

Era la primera vez que estaban todos juntos sin cargar con el peso de tener que planificar la excursión. La folclorista, la naturalista, el botánico, el médico, la taumatóloga y la astrónoma. Parecía el inicio de un cuento de hadas de lo más rebuscado. Eso o un chiste muy malo.

Las puertas se abrieron de par en par y Ziegler se adentró en la sala.

—Genial, ya estáis todos.

Aquel día iba vestida con un abrigo negro sencillo, aunque el cuello de su camisa tenía montones y montones de volantes de encaje. Era muy llamativo, siguiendo el estilo de Javenor, y gritaba «Ziegler» de pies a cabeza. La idea casi la hizo sonreír.

Ziegler les dio un repaso rápido a todos, con los brazos en jarra.

—Estáis demasiado callados. ¿Ha pasado algo?

—Es que tenemos ganas de empezar —dijo Sylvia, claramente en un intento por demostrar la alegría que les faltaba a los otros cinco.

—¡Y yo! —Ziegler dio una palmada—. Lorelei, ¿te parece si nos pones en situación?

Todas las miradas se centraron en ella y todas menos la de Ludwig rebosaban de hostilidad o recelo. A Lorelei se le subieron los calores. Aunque no se había preparado para algo así, si demostraba siquiera una pizca de debilidad, jamás se la iban a tomar en serio.

Se puso de pie muy despacio.

—Me gustaría empezar dándoos las gracias a todos por vuestro trabajo estos últimos años. Todos habéis contribuido con una parte necesaria para la tarea que tenemos por delante y habéis hecho que esta expedición sea posible.

»Como sabéis, he dedicado el último año a desarrollar un sistema de categorización para posibles Ursprung. —Echó un vistazo por la sala—. Ludwig, tus apuntes sobre la distribución de las distintas especies de flora por todo Brunnestaad han sido de un valor incalculable, así como las estimaciones de Adelheid sobre dónde se concentra el éter en nuestra red acuática.

La mirada de Lorelei se posó en Sylvia.

—Y tus interacciones con los wildeleute, Von Wolff, también nos han proporcionado muchísima información extra —dijo, de la forma más civilizada que le fue posible.

Sylvia parecía lista para ponerse a discutir, pero Ludwig la contuvo al apoyar una mano sobre la suya.

—Si bien esta expedición ha sido idea del rey Wilhelm, tiene un valor científico muchísimo más importante de lo que se podría haber imaginado. O del que tenía pensado. En el transcurso

de su larga y versada carrera, la profesora Ziegler ha trabajado en aras de una idea nueva y radical sobre el mundo natural: que todo está conectado y que no se puede analizar nada de forma aislada. Como escribió en la primera entrega de *Kosmos:* «Cada planta, cada ser humano, cada wildeleute y cada gota de agua es un hilo. Y juntos conforman el gran tapiz de la vida. Si se suelta siquiera una de sus puntadas, el tapiz entero se podría deshacer».

Le echó un vistacito a su mentora por el rabillo del ojo y la vio sonreír de oreja a oreja con lo que parecía ser orgullo. Sintiéndose valiente, Lorelei continuó:

—La magia está en todos lados y cada ápice de ella apunta directamente a su fuente.

—¿Y dónde está? —preguntó Sylvia, con lo que rompió por fin su silencio.

—Qué buena pregunta —contestó Lorelei, sin emoción en la voz—. ¿Heike?

Aunque bastante cabreada, Heike no se quejó mientras subía con dificultad un pergamino a la mesa. Le quitó el nudo que lo mantenía cerrado y lo desplegó con cuidado. Sus dedos delicados, manchados por la tinta y brillantes gracias a todos los anillos que llevaba, estiraron el pergamino con movimientos temblorosos. Cuando contempló su trabajo, lo hizo con una especie de arrepentimiento.

Se trataba de un mapa ilustrado de Brunnestaad con todo lujo de detalles; una obra maestra. Su joven reino era extenso y tenía la forma de una rueda, acunado entre dos cadenas montañosas y atravesado en vertical por el río Vereist. Heike lo había plasmado en una tinta negra reluciente, con una vasta red de afluentes que se extendía en unos tonos de azul pálido.

En el centro estaba la provincia de Neide, el insulso asentamiento del rey, siempre anegado de agua. Heike lo había plasmado casi sin esforzarse en absoluto; los únicos lugares que se había molestado en perfilar eran el exagerado palacio de Wilhelm, la universidad y las propiedades de Ludwig (una encantadora mansión en el centro de Ruhigburg y su casa de campo, ambos con trazos cariñosos pero distraídos, como si ya hubiese dibujado esas mismas formas muchísimas veces).

Al oeste se encontraba Herzin, con sus bordes afilados como los de un arma blanca a la diestra de la capital. Unos bosques oscuros y traicioneros cubrían casi la totalidad de la zona y unos ojos parpadeaban desde las profundidades de unos arbustos espinosos. Al norte se hallaba el hogar de Heike, Sorvig; una delgada extensión de tierra que se estiraba casi con anhelo hacia su vecino del norte, Gansland, al otro lado del mar. En las aguas, Lorelei vislumbró un lindworm deslizándose bajo las olas y enroscándose en torno a los barcos que se mecían en la bahía.

La provincia más hacia el este, Ebul, que solía quedar bastante olvidada en la mayoría de los mapas, en aquel había sido plasmada con todo lujo de detalles. Heike había dibujado a lápiz los campos de tulipanes por los que antaño había sido conocida, muchísimo antes de las Guerras de la Unificación, así como sus valles fértiles y sus viñedos. Todos los trazos eran suaves y difusos, como si fuese más el recuerdo de un lugar que su representación propiamente dicha. Por último,

en lo que era casi la totalidad de la zona sur, se encontraba Albe, dibujada con unas líneas bien marcadas y toscas. Entre cordilleras y bosques oscuros, se asomaban unos castillos en medio del campo como unas costillas que sobresalían de la carroña.

Semejante detalle (y todo el sentimiento que contenían) dejaron a Lorelei boquiabierta. Seguía contemplándolo cuando Ziegler clavó con brusquedad una chincheta en pleno mapa. Marcaba un punto en algún lugar de la cadena montañosa y congelada de las fronteras meridionales del reino.

—Está en Albe —anunció Ziegler.

¿En Albe? Lorelei frunció el ceño, incapaz de ocultar la confusión que se le dejaba ver en el rostro. Según su propia investigación, aquel era uno de los lugares menos probables donde podría haber estado el manantial.

Heike y Adelheid intercambiaron una mirada sobre la mesa. Mientras tanto, la expresión de Sylvia era de puro horror. Miró en derredor de un lado para otro, como si estuviera buscando alguna especie de salvación. Algún escape.

—Debe de haber un error.

—Exacto. —La voz de Johann sonó cortante gracias a la furia que apenas era capaz de contener—. Me niego a creer que el Ursprung pueda estar en un lugar tan retrógrado como…

—¡Cuidado con lo que dices! —Sylvia se volvió hacia él de sopetón.

—Johann… —le advirtió Adelheid.

—Ah, pero sí que está allí —dijo Ziegler, casi con burla—. Los argumentos de Lorelei son muy convincentes.

¿Sus argumentos? Solo había estado aplicando la metodología de Ziegler, pero tanto Johann como Sylvia parecieron creérselo. El médico la fulminó con la mirada y la naturalista tuvo el atrevimiento de mirarla como si la hubiera traicionado.

¡Si yo no sabía nada!, quiso decirle.

Solo que entonces recordó que se había burlado de Sylvia hacía tan solo unas pocas horas: «Quizás te complazca saber que el Ursprung no está en Sorvig. Todavía hay posibilidades de que se case contigo».

—Pensándolo bien, supongo que tiene sentido. —Sylvia soltó una carcajada; un sonido casi vacío que a Lorelei le pareció de lo más forzado—. El linaje de los Von Wolff puede presumir de algunos de los practicantes de magia más talentosos de todo el reino. Si el Ursprung está cerca, esa podría ser la razón. Pero bueno, disculpadme un momento.

Y, con eso, abandonó la sala a toda prisa. Si bien Lorelei quería que su escenita le pareciera la mar de ridícula, las palabras «Debe de haber un error» se le repetían una y otra vez en la mente. ¿Acaso ella no había pensado lo mismo?

—¿Cómo podéis quedaros aquí de brazos cruzados? —Johann estampó la palma contra la mesa—. Una yevaní liderando a la nobleza… ¡Y pronto tendremos una reina albense! ¿Y luego

qué? ¿Qué será de nosotros? Wilhelm está encaminando este reino hacia la depravación.

Heike parecía encantada de la vida.

—Deberías escribirle. Tus misivas rabiosas siempre resultan muy persuasivas.

Johann se puso de pie, tambaleándose.

—Menuda farsa —murmuró, al tiempo que se marchaba de la sala de guerra dando zancadas furiosas.

—¿Por qué te ha parecido que provocarlo era buena idea? —preguntó Adelheid, sin emoción en la voz.

—Ay, no te estreses —la tranquilizó Heike, con dulzura—. A los dos les viene bien una dosis de humildad de vez en cuando. Los volverá más resistentes.

Adelheid se la quedó mirando con una incredulidad exasperada.

—Vale. Pues ya me encargaré yo de hablar con ambos.

La taumatóloga dio un portazo al marcharse. Tras unos pocos segundos en silencio, Heike y Ludwig intercambiaron una mirada, intentando por todos los medios no echarse a reír.

—¿Buena chica? —gorjeó el pájaro infernal de Ziegler.

Lorelei apoyó la frente en la mesa. No llevaban ni dos horas de expedición y ya había perdido el control por completo.

Cuatro

Debe de haber un error.

Horas después, la sorpresa tan absoluta de Sylvia seguía haciendo mella en Lorelei. Sola en su habitación, le dio vueltas y vueltas a la misma imagen: la expresión anonadada de Von Wolff, con todo rastro de la luz y la exuberancia que la caracterizaba esfumado en un instante… Solo para no tardar en cubrirlo todo con una sonrisa forzada.

No sabía decir si envidiaba a Wilhelm por ser capaz de generar tanta desesperación en la naturalista o si a quien resentía era a Sylvia por creerse demasiado digna como para casarse con un rey. Lo viera como lo viera, su reacción no tenía ninguna lógica. Si la coronaban reina de Brunnestaad, podría defender todas las políticas complicadas que tenía en mente. Incluso podría echar la vida de Lorelei a perder si decidía arrebatarle su lugar en la corte por puro rencor. Solo que no parecía creer que el Ursprung estuviera en Albe y, por mucho que le disgustara, Lorelei estaba de acuerdo con ella.

El simple hecho de contemplar la posibilidad parecía una traición. La expedición era la culminación de décadas de trabajo de Ziegler. Y, aun con todo, Lorelei había dedicado la última hora a revisar sus propios apuntes, mientras las dudas la carcomían.

Una vez, Ludwig había dicho que sus apuntes parecían hechos por una desquiciada, pero ella se enorgullecía bastante del sistema que había desarrollado. El orden era esencial para identificar los patrones en un proyecto de aquella magnitud. Había clasificado las historias que había recopilado según su tema y la estructura básica de su argumento. Para cada una incluía una transcripción de la conversación con la persona que se la había contado, sus apuntes sobre la historia en sí (que eran básicamente comentarios desatinados) y la versión final, compuesta por todas sus fuentes.

Durante el último año, Ziegler le había llevado gente de distintos lugares del reino para que los entrevistara. Cada provincia (y cada aldea, incluso) tenía su propia versión de la leyenda del Ursprung. La versión básica de la historia siempre contenía los mismos hechos, aunque nunca se ponían de acuerdo sobre quién era el protagonista, qué pruebas había tenido que superar durante su viaje, qué había perdido en el triste desenlace de la historia o incluso qué poder se le había concedido. En un reino tan grande como Brunnestaad, era de esperar que hubiera distintas versiones. Sin embargo, ninguna de ellas ubicaba al Ursprung en las montañas de Albe.

Lorelei había pasado meses sufriendo al pensar cómo podría presentar una versión definitiva.

Qué detalles podía omitir, qué texturas debía simplificar y qué moraleja debía resaltar. Al final, se había decidido por lo siguiente:

En aquellos tiempos en los que los deseos aún albergaban poder, existió un monarca cuyo reino estaba pasando unos tiempos muy difíciles. Solo que, sin importar la escasez de las cosechas o la hostilidad de sus enemigos, contaba con una bendición: todos los cuerpos de agua de sus tierras contenían una magia extraña y poderosa. De todos ellos, el mayor tesoro del rey era un estanque que respondía una sola pregunta de cada persona que se le acercara. Aunque no hablaba, unas imágenes nadaban sobre su superficie como si de un espejo oscuro se tratase. Construyó una cámara alrededor del manantial en su castillo, con una claraboya que dejaba pasar los rayos plateados de la luna.

Un día, el rey le preguntó al estanque dónde podría encontrar el poder suficiente para salvar a su pueblo de aquellos que querían destruirlo. Como respuesta, una imagen se formó en el agua. Le mostró un manantial que nunca en la vida había visto, escondido en las marismas de las cuales había emergido la raza humana. A aquel que considerara digno le concedía un poder inconmensurable. Y aquellos que no lo eran aún podrían tener acceso a ese poder…, solo que pagando un precio.

El rey se embarcó en su travesía y, como era de esperarse, tuvo que enfrentarse a tres arduas pruebas en el camino para probar su valía. Al final de su periplo, dio con un amplio lago que parecía estar hecho de la luz de las estrellas. Aunque, al acercarse, este no despertó. No era lo bastante digno.

Hecho una furia, el rey se sumergió en sus aguas y, cuando volvió a la superficie, supo que poseía aquello que tanto anhelaba. Podía arrasar con aldeas enteras en la costa. Podía inundar las tierras de cultivo de sus enemigos. Podía hacer que granizara unos pedruscos del tamaño de puños sobre los ejércitos de sus oponentes. Sin embargo, no tardó en descubrir que el poder que había arrebatado se cobraba un alto precio, pues, cada vez que lo usaba, este le drenaba la vida un poco más.

Antes de soltar su último aliento, se aseguró de esconder todo rastro tanto del estanque como del manantial. Prometió que nadie más volvería a sufrir o a causar el sufrimiento como él había hecho.

Algunas versiones sugerían que el rey tuvo una muerte lenta y dolorosa por desangramiento. Como era lógico, una aldea a unos pocos días a caballo desde Ruhigburg había conservado su sangre como una reliquia. Y eso lo sabía porque había oído que Heike se quejaba de que Wilhelm la había llevado de vuelta al palacio e insistía en llevarla consigo a todas partes. Si eso se debía a un sentido del humor de lo más macabro o si tenía una vena dramática era algo que desconocía.

Alguien llamó a su puerta, y Lorelei cerró su cuaderno de golpe, fastidiada.

—Adelante.

Conforme la puerta se abría, la cadena de campanitas de protección que Sylvia había instalado repiqueteó con alegría. El sonido le molestaba muchísimo, pero suponía que era mejor eso que una muerte prematura a manos de algún wildeleute.

Se sorprendió al ver a Ziegler de pie en el umbral. Bajo la luz de la mañana, parecía suave y apacible, con un abrigo de piel que se cerraba con fuerza. El cabello (¿acaso siempre había tenido tantas canas asomándose por doquier?) se le agitaba ligeramente con la brisa que se colaba por la ventana abierta. No fue hasta entonces que Lorelei pudo apreciar lo que todos esos años en Ruhigburg le habían hecho a su mentora. Antes de que empezara a prepararse para la expedición, se había desplazado por el mundo como un león enjaulado. Pero en aquel momento brillaba. Casi parecía la misma mujer que había conocido hacía doce años: una aventurera de treinta y tantos años envalentonada por el éxito rotundo de su primera publicación.

La sonrisa que Ziegler había tenido en el rostro se esfumó.

—¿Qué ocurre?

—Nada —contestó Lorelei, de inmediato. Ante la mirada escéptica que le dedicó su mentora, añadió—: Nada importante.

Ziegler se acomodó en el borde de la cama.

—Cuéntame.

—He estado pensando desde lo de nuestra reunión. —Bajo la intensidad de la mirada de su mentora, de pronto le resultó muy complicado hilar las palabras. Menuda ridiculez. Carraspeó un poco y se obligó a seguir—. Tengo curiosidad por cómo es que ha llegado a esa conclusión.

La expresión de Ziegler se volvió distante.

—Tú también dudas de mí.

Lorelei apartó la vista hacia la ventana abierta mientras intentaba obligar al río a alzarse y llevársela consigo. Una muerte segura parecía preferible a lo que tenía delante, pero no era propio de ella darle la espalda al camino que había escogido.

—Es que no es la conclusión a la que habría llegado yo basándome en mi propia investigación —se explicó, una vez que el silencio se había extendido tanto que resultaba imposible de soportar.

—¿Confías en mí?

Por supuesto que confiaba en ella. Para bien o para mal, Ziegler la había convertido en la persona que era.

En algún momento después de haberse leído *Crónicas de los Trópicos* unas trece veces o así, Lorelei había decidido escribirle una carta a Ziegler, por mucho que sus padres le hubieran aconsejado no hacerlo. El recuerdo la avergonzaba demasiado como para darle muchas vueltas. La carta había estado compuesta de un montón de florituras y halagos propios de su ingenuidad.

Solo que, muy para su sorpresa, Ziegler le había contestado. Y lo que había sido más sorprendente aún: le había prometido ir a verla al Yevanverte. Claro que la chica que Ziegler había conocido no fue la misma que había escrito dicha carta.

Siendo sincera, Lorelei no podía recordar mucho sobre esa época en su vida. Los días posteriores a recibir la respuesta de Ziegler habían sido un borrón lleno de emoción. Y entonces, una semana después, Aaron había muerto.

Cuando Ziegler había llegado, motivada por el *shock* de su pérdida, a Lorelei le había parecido totalmente distinta a lo que se había imaginado y, al mismo tiempo, tal como la había idealizado. Era corpulenta y locuaz, generosa tanto en mente como en espíritu. Solo que también poseía una brusquedad y franqueza que resultaban de lo más refrescantes. La bombardeó con preguntas sobre lo que había observado de la naturaleza en el Yevanverte. Le preguntó qué idiomas hablaba y qué historias conocía. Incluso le exigió (por mucho que sus padres insistieran que su hija no podía mover ni siquiera una gota de agua) que le hiciera una demostración de su magia. Y se había sentado en silencio durante todo el proceso, tomando apuntes con una velocidad alarmante y en gran cantidad.

Y, tal que así, se había marchado.

Dos días después, a Lorelei le había llegado otra carta en la que la invitaba a estudiar las ciencias naturales. Con todo el tiempo que había pasado, aún podía recitar la carta entera, palabra por palabra, aunque se había aferrado a dos frases con tanto fervor que estas habían quedado grabadas a fuego en su corazón: «Me parece a mí que tienes demasiado potencial como para desperdiciarlo fabricando zapatos y estando triste. ¿Qué te parecería ser extraordinaria?».

Desde entonces, Lorelei se había aferrado a esa promesa. Su paciencia —su devoción y su confianza— se había visto recompensada. Ziegler se la había ganado mil veces. Solo que lo evasiva que estaba siendo la ponía nerviosa. No era algo propio de su mentora y le hacía un flaco favor.

—Sin ánimo de ofender —argumentó Lorelei, con más frialdad de la que pretendía—, no veo qué tiene que ver aquí la confianza.

Ziegler guardó silencio unos segundos antes de sentarse más recta.

—Tienes razón, por supuesto. Los datos nos indican…

—Que hay una gran concentración de éter —la interrumpió Lorelei. Cuanto más hablaba, más convencida se sentía—. Pero también existen muchísimas más por todo Brunnestaad. Depender solo de una fuente no es sensato. No…

—Lo has hecho muy bien.

¿Y entonces por qué parecía que no tenía en cuenta lo que le decía? Lorelei vaciló un poco.

—Siempre he querido serle de ayuda.

—Y lo has sido, Lorelei. Siempre tan lista. —Ziegler cruzó la habitación para apoyarle las

manos en los hombros. Entonces Lorelei se preguntó cuándo había sido que había conseguido sacarle tantos centímetros de altura a su mentora. Al principio, Ziegler le había parecido casi una giganta—. Estás agotada. Estos últimos meses no has apartado la vista de tu trabajo.

Le llevó unos segundos comprender lo que su mentora le estaba diciendo.

—Cree que me he equivocado.

—Creo que has malinterpretado los datos —dijo Ziegler antes de que Lorelei pudiera decir nada, con una voz más decidida que antes—. Aun así, me he valido mucho de tus apuntes, si bien no de tu teoría. Puedes quedarte tranquila con que estoy bastante convencida de a dónde tenemos que ir.

La certeza de sus palabras no dejaba lugar a discusión.

—Vale. —Fue lo único que Lorelei pudo contestar.

Ziegler le dio unas palmaditas en los hombros, claramente aliviada. Hacía mucho que no le dedicaba ningún gesto maternal e hizo que a Lorelei le diera un retortijón en el estómago. Pero ¿de qué sensación en concreto? ¿Añoranza? Se dio asco a sí misma. Por alguna razón, lo único en lo que podía pensar era en la ferocidad apenas contenida de las palabras que Sylvia le había dicho antes: «Pero tú te escabulles y te escondes por los rincones como un sabueso maltratado, al igual que haces con Ziegler».

—Te dejaré descansar —concedió su mentora—. Ven a buscarme cuando estés lista para hablar sobre la logística.

Cuando la puerta se cerró detrás de Ziegler, Lorelei volvió a abrir su cuaderno. No sabía qué era lo que estaba buscando y su propia letra le parecía un idioma totalmente desconocido. Lo cerró de un golpe y buscó el frío consuelo de la furia. Le habían dado una sola tarea. Una de lo más sencilla. ¿Cómo podía haber malinterpretado…?

La comprensión cayó sobre ella como un jarro de agua fría. El folclore no era una ciencia que dependiera de cálculos y Lorelei no era de las que cometía errores por descuido. Tampoco Ziegler. Su conclusión era lógica, eso era obvio, solo que no había querido explicar cómo había llegado a ella.

Y, por tanto, había mentido.

La sorpresa fue lo primero que la embargó y luego una especie de confusión dolorosa que se asentó pesada como una roca en su pecho. Era lo mismo que había sentido cuando su padre la había abofeteado. Sin darse cuenta, se llevó una mano enfundada en un guante para acariciarse el dolor fantasma de la mejilla.

Qué cosa más rara, pensó. Ziegler jamás le había mentido.

Lorelei no durmió nada bien. En sus sueños la perseguía un sonido, suave y misterioso, tan

esquivo como el viento soplando entre las ramas desnudas de los árboles. Con cada paso que daba, el sonido temblaba y repiqueteaba, atrayéndola más y más cerca hasta que…

Se despertó de golpe. El sedante que se había tomado hacía que las ideas se le volvieran papilla y no tenía cómo saber qué era real y qué era producto de su imaginación. Entonces volvió a oír ese tintineo insistente. *Las campanillas de protección,* comprendió.

Había alguien al otro lado de la puerta.

Tras apartar las mantas de un tirón, se las arregló para encender con torpeza el farol de gas que tenía en la mesita de noche. Aunque la llama parpadeó hasta encenderse, la oscuridad era un velo espeso que no podía atravesar. La habitación parecía ladearse y cambiar de lugar y los tablones del suelo tenían un brillo enfermizo, como el sudor de la fiebre. Fuera de su ventana, lo único que veía era el agua oscura, agitándose sin cesar. El cristal se cubrió de condensación al tocarlo, y vio que estaba manchado del agua de la lluvia. El sol aún no había salido.

¿Quién podría estar dando vueltas a aquellas horas que había conseguido despertarla?

Pues mucha gente, no me seas paranoica.

El *Prinzessin* tenía una tripulación de unas quince personas que se encargaban de mantener encendida la caldera, conducir la barcaza y básicamente asegurarse de que no se morían de hambre. Todos trabajaban desde muy temprano y algunos incluso la noche entera. Y, si no eran ellos, quizás algún miembro de la expedición se había levantado temprano y les había dado a las campanillas al pasar. Fuera lo que fuese que hubiera oído, no era un wildeleute; la cadena de hierro que llevaba en el cuello seguía fría e inerte sobre su piel.

Pero echar un vistazo no la mataría. Como mínimo, echarle la bronca a alguien la haría sentir mejor. Se puso los guantes que había dejado en el cajón de la mesita y luego fue a por el abrigo que había colgado sobre el respaldo de la silla de su escritorio. Farol en mano, salió al pasillo.

La oscuridad la recibió. Juraría que podía oír los ecos de unas risas, el estruendo de un cristal al romperse. Se le aceleró la respiración.

Tranquilízate de una buena vez.

Incluso tras doce años, la única debilidad con la que no había conseguido acabar era aquel miedo tan infantil que le tenía a la oscuridad. Como era costumbre, su mente tergiversó las sombras hasta volverlas monstruos que llevaban la cara de hombres. Con sangre pegajosa goteando hasta el suelo. El fantasma de Aaron con unas esquirlas de hueso que brillaban entre su cabello apelmazado. Lorelei se clavó la palma de una mano en un ojo, para obligarse a parpadear y alejar los recuerdos que se colaban en la realidad.

Nada de aquello era real. Los muertos estaban muertos.

El *Prinzessin* se mecía sobre su ancla. El agua se agitaba con suavidad. Lorelei siguió avanzando por el pasillo bajo la luz de su farol. Al pasar por una ventana, vio que la luna se abría paso entre la niebla. Arrojaba su luz sobre el suelo y sobre las puntas de sus botas. El corazón le

latía con fuerza en las orejas.

Las puertas de la sala de guerra estaban abiertas y la luz de una lámpara cortaba el umbral como una espada. Una parte de ella, diminuta y fantasiosa, recordó que de pequeña solía pasearse por los pasillos de la casa de Ziegler. A veces se quedaba a pasar la noche si sus lecciones se alargaban y, cuando las pesadillas la atormentaban hasta despertarla, iba a buscar a Ziegler a su oficina. Entonces su mentora hablaba sin cesar sobre lo que fuera en lo que estuviera trabajando hasta que Lorelei se quedaba dormida en una butaca.

—Ziegler —la llamó en voz baja, pero no obtuvo respuesta.

Siguió avanzando por el pasillo hasta detenerse justo antes de llegar a la puerta.

—¿Ziegler? —volvió a llamar, insegura.

Y nada.

Quizás había vuelto a la cama sin apagar las luces o se había quedado dormida con su manuscrito como almohada. Cuando estaba inmersa en un proyecto se volvía muy despistada. Lorelei empujó la puerta para abrirla y esta chirrió sobre sus bisagras.

En la sala de guerra, una lámpara de aceite a punto de apagarse derramaba unas sombras bien definidas sobre la pared. Una figura oscura se había desplomado sobre la mesa. Unas gotitas de agua caían sin cesar desde sus dedos, los cuales colgaban inertes a un lado. El líquido recorría la mesa hasta esparcirse por los tablones del suelo como la gangrena.

Solo que no era agua, sino sangre.

—¡Ziegler!

El mundo de Lorelei se redujo a un único punto mientras se acercaba a la profesora. No la oía respirar. La sujetó del hombro y la hizo girar, pero la cabeza se le venció en un ángulo grotesco y vio que tenía la piel bañada en un brillo pálido y ceroso. Había sido apuñalada en el pecho y de la herida seguía brotando la sangre poco a poco. Por un momento, Lorelei no consiguió comprender lo que veía. Lo que tenía ante ella carecía de sentido.

Los ojos sin vida de su mentora se clavaron en los suyos, sin verla.

Lorelei ahogó un grito que se le quedó atascado en la garganta y la quemó como el ácido. Su respiración se volvió agitada y frenética.

—No —murmuró—. No, no, no.

Estaba muerta.

Los labios azulados de Ziegler estaban entreabiertos en una acusación muda y salpicados de espuma. Y, justo por detrás de su hombro, el brillo invernal de un espectro se alzó sobre el suelo.

Aaron.

Sus ojos tan negros como el propio Vereist se clavaron en los de Lorelei, abiertos de par en par e incapaces de ver nada por el miedo. La sangre se derramaba desde el cráneo del espectro como un lazo agitándose al viento.

Me abandonaste, le reprochó. *Me dejaste morir.*

Le costó más y más respirar.

—No…

La has matado.

Lorelei no había podido impedirlo en aquel entonces, del mismo modo que le había pasado con su mentora. La muerte la seguía sin descanso. Por muy lejos que huyera, por muy alto que trepara, por mucho que intentara protegerse, siempre la encontraba. ¿Cómo podía explicárselo?

—¡Lo siento! Por favor perdóname, *sheifale,* te lo suplico…

A sus espaldas, los tablones del suelo soltaron un quejido.

Es tu imaginación, se dijo a sí misma. *Te lo estás imaginando todo.*

Solo que el ruido no cesó. Los pasos que se ralentizaron hasta detenerse fuera de la sala de guerra eran reales.

La puerta crujió al abrirse y una voz llamó con suavidad:

—¿Lorelei?

Cinco

Había una mujer en la puerta con un delicado candelabro de hierro en la mano. La llama que danzaba sobre la mecha hacía que su rostro pareciera cetrino. Con su delgado camisón y su cabello largo, ambos tonos blancos parecían algo sacado directamente de las pesadillas de Lorelei. Otro fantasma más. Eso o una wiedergänger había dado con ella. Cuando olían la muerte o el dolor de la pérdida en el ambiente, acudían al lugar cual tiburones tentados por la sangre y se ponían las caras de los muertos.

—Largo de aquí. —Lorelei avanzó tambaleante hacia la puerta y llenó el marco con su imponente silueta. Fuera un fantasma o no, nadie podía entrar en aquella sala. Nadie podía ver a Ziegler en aquel estado. Necesitaba tiempo para pensar, para procesar lo que había pasado. Para…

Con un desapego casi clínico, se percató de que la estaban sacando de la sala de guerra y la hacían sentarse en el suelo, donde se dejó caer sobre los tablones del pasillo y se acurrucó contra sí misma. Le parecía que estaba atrapada detrás de un cristal y que no tenía cómo liberarse. Al otro lado, el mundo estaba ligeramente distorsionado, como algo que podía ver pero no tocar. Los labios de la fantasma se movían, aunque Lorelei no tenía ni idea de qué le decía.

—¡Lorelei! —El sonido de su nombre la hizo volver en sí de sopetón—. Respira.

Eso hizo. O, como mínimo, lo intentó. Cada jadeo entrecortado que conseguía llevar a sus pulmones era pura agonía. En medio de su delirio, se las arregló para por fin reconocer que era Sylvia quien la estaba sosteniendo de los hombros. La vergüenza, ardiente e implacable, se apoderó de ella. De todas las personas que podrían haberla visto en aquel estado, que podrían haber sido testigo de lo humillante que era ser tan frágil, pues claro que tenía que ser ella. Que le llegara su muerte allí mismo sería una bendición. Quería atravesar la pared con el puño, sumergir su poder en el río y volcar la barcaza entera con la fuerza de su furia. En el pasado, había sido demasiado cobarde como para proteger a sus seres queridos. Y en el presente, había llegado demasiado tarde.

Nada iba a cambiar nunca.

—Cierra la puerta —soltó Lorelei con voz cortante—. Que te va a oír.

Las almas de los muertos no se marchaban. Hablar de su muerte en un lugar en el que podían oírlos era la mayor falta de respeto que se podía imaginar. Se aferraba casi con histerismo a sus tradiciones yevaníes, pero era lo único que le quedaba.

Sylvia hizo lo que le pedía sin quejarse. Al volver, se arrodilló frente a ella y se sacó un pañuelo de algún lugar en el que lo llevara guardado. Lorelei lo aceptó con manos temblorosas y se lo pasó por las lágrimas que ya se le estaban secando en el rostro. Se trataba de un cuadradito bien doblado de seda color ciruela y con bordes de encaje, con el mismo exceso de volantes que tenía su camisón. Olía a agua de rosas y tarta de limón. Al igual que su dueña, cómo no. Aquel detalle tan absurdo fue lo que consiguió que Lorelei volviera a poner los pies en la tierra. Respiró hondo hasta que la niebla que le había inundado la mente comenzó a disiparse y el mundo a su alrededor le pareció más sólido.

No había ningún fantasma con ella aquella noche.

Cuando se atrevió a volver a mirar a Sylvia, la preocupación en sus ojos pálidos dejó a Lorelei sin palabras. La gruesa cicatriz que tenía en la mejilla parecía brillar como recién hecha bajo la luz de las velas.

—Lorelei, ¿puedes contarme qué ha pasado?

Una parte de ella quería cerrar los ojos y hacer como que los últimos diez minutos jamás habían sucedido. Otra parte de su interior, más salvaje, quería arrancar el candelabro que había a su lado y estrellarlo contra el cráneo de Sylvia para reemplazar un problema con otro. Solo que no había ninguna escapatoria de la pesadilla que estaba viviendo. Ziegler había muerto y habían encontrado a Lorelei sola con su cadáver. No había ninguna explicación que pudiera darle a Sylvia que fuera a incriminarla menos.

—No estoy en mis cabales —contestó con voz ronca—. No tengo ganas de hablar.

—¿Cuándo lo estás? —repuso Sylvia, aunque sin maldad—. Cuéntame qué ha pasado.

—Ziegler… —Decirlo en voz alta iba a hacer que fuese cierto y no sabía si podría aceptar algo así—. Ziegler está muerta.

—¿Cómo que está muerta? —La voz de Sylvia sonó tan alta como un cristal al romperse en la quietud del pasillo.

—Que está muerta, Von Wolff. Por Dios. —Su voz sonaba desolada. Enterró la cara entre las manos; por alguna razón, ni siquiera tenía las fuerzas necesarias para discutir con Sylvia—. No sé cómo decirlo de otro modo.

Pero no parecía posible.

Ziegler había sobrevivido a todo lo que sus aventuras le habían puesto por delante. Había escalado montañas en lo peor de una tormenta de nieve y había atravesado selvas con jaguares que seguían cada uno de sus pasos. Había cruzado desiertos con una sola cantimplora de agua y todo su equipamiento a la espalda. Para Lorelei había sido como una diosa, intocable e intachable. Sin embargo, había visto su cuerpo destrozado. Lo había tocado.

Su mentora de verdad estaba muerta.

Era como si una estrella se hubiese apagado. Menuda muerte más absurda. Tantísimo

desperdicio. La brutalidad tan despiadada con la que le habían puesto fin a su vida, la mera injusticia del acto, hizo que Lorelei se quedara sin respiración. Hacía menos de doce horas, Ziegler había estado llena de vida y le había mentido. Ni siquiera podía recordar las últimas palabras que le había dicho. Lo único que recordaba era todo lo que había querido reprocharle.

—Qué horrible. —La expresión de Sylvia se transformó en una de pena—. Lamento muchísimo que hayas sido tú quien…

Las espinas que le envolvían el corazón se lo estrujaron con tanta fuerza que casi no era capaz de ver a través de la rabia. Tras todos los años que habían pasado, tras todos los insultos que habían intercambiado, ¿cómo se atrevía a pretender que se preocupaba por ella? Quería estrangularla. Quería devolver su simpatía con una dosis de crueldad. La furia, al menos, era un bálsamo para la crudeza de su dolor. Solo que estaba demasiado cansada como para afilarla y volverla una daga, de modo que decidió envolverse en ella como si de una coraza se tratase.

—Gracias —contestó, con la frialdad propia de una noche de invierno.

Sylvia vaciló.

—Deberías descansar. Ya me encargaré yo de despertar a los demás. Querrán saber qué ha pasado.

Un latigazo de pánico se disparó en el interior de Lorelei. Sin pensarlo, aferró a Sylvia del codo.

—¡No!

Ambas se quedaron con la mirada fija en su mano. Lorelei la soltó muy despacio y flexionó los dedos como si estuviese intentando aliviar un calambre. Por su parte, Sylvia la miraba como si le hubiese dado un porrazo.

—Es que… Quiero darte tu espacio para llorar su pérdida, por supuesto —dijo en un hilo de voz—. Pero no creo que esto sea algo que vayamos a poder ocultarles a los demás durante mucho tiempo.

—Claro que no. Pero no puedes contárselo aún y mucho menos tú sola. Piensa un poco, ¿quieres? Si no les presentamos la misma versión, van a sospechar.

—¿Estás insinuando que van a creer que alguna de las dos la ha asesinado? —A medida que una posibilidad más básica se abría paso en su mente, se fue poniendo más pálida—. Insinúas que alguno de nuestros amigos la ha matado.

Decir «nuestros amigos» era pasarse un poco, pero Lorelei decidió no mencionarlo.

—La han apuñalado.

—¿Cómo dices? —Sylvia palideció aún más—. ¿Por qué le harían algo así?

—Wilhelm quiere el Ursprung para asegurar su mandato. Los herederos de todas las provincias importantes están a bordo de esta barcaza. No todos creen que deba existir un Brunnestaad unificado o que deba ser Wilhelm quien esté al mando. —La furia justificada que se estaba

desentramando en su interior resultaba embriagadora, como un dulce veneno que hacía que su sufrimiento desapareciera—. Y ahora también va a escoger a una reina albense, la cual muy seguramente seas tú. Quizás a alguien no le gustaba mucho la idea.

A Johann y a Heike no, desde luego.

—Si no recuerdo mal —continuó—, a ti tampoco te hacía mucha ilusión la idea.

—No, pero yo jamás… —Un aire desesperado e indignado tiñó la voz de Sylvia—. ¿Qué insinúas ahora? Si eres tú quien la ha encontrado. Eso implica que eres la más sospechosa de las dos.

Lorelei no tenía nada que objetar. La verdad levantaba sospechas sobre ella, pero no iban a llegar a nada de ese modo.

—Tranquilízate. No te estoy acusando de nada.

—No puedo creer que incluso ahora seas tan… —Al darse cuenta de lo que Lorelei había dicho, toda la furia de Sylvia pareció apagarse de golpe—. ¿Eh?

—Que no creo que hayas sido tú. —Casi que le decepcionaba admitirlo. Sin embargo, cuando le había dado la vuelta al cadáver de Ziegler, este aún seguía tibio. Lorelei hizo a un lado el pánico que amenazaba con apartarla de la realidad una vez más.

Venga, piensa, se regañó.

Si el cadáver seguía tibio, los tiempos no encajaban. Era poco probable que Von Wolff hubiese asesinado a Ziegler para luego volver a su habitación, cambiarse de ropa y entonces volver a la escena del crimen con pintas de que se acababa de despertar. E incluso si así había sido, ¿por qué había vuelto para acusar a Lorelei? Sylvia no era idiota.

Y no solo era eso. Lorelei sabía, en lo más hondo de su ser, que Sylvia era inocente. Su convicción no necesitaba ninguna lógica; le bastaban los años que había pasado observándola. La conocía bien. Sabía qué le asustaba y cuándo mentía. Conocía su forma de escribir y sabía que esta reflejaba a la perfección la exuberancia que caracterizaba su forma de hablar. Sabía cómo le gustaba el té (con suficiente azúcar como para que se le pudrieran todos los dientes), cuál era su color favorito (amatista y no morado) y los puntos débiles en los que clavar las dagas que eran sus palabras. Era tan franca que resultaba molesto. Si estaba feliz, se reía. Si estaba triste, lloraba. No reconocería la sutileza así esta le diese un guantazo en la nariz.

Así que no, Sylvia no estaba hecha para unas maquinaciones a sangre fría. Era demasiado ruidosa, demasiado sincera, demasiado heroica, incluso. Si bien había luchado en la guerra, Lorelei imaginaba que había cumplido con su deber de una forma idealista. Cabalgando hacia la batalla enfundada en una armadura brillante. Arrastrando a sus compañeros de armas para sacarlos del campo de batalla. Quizás incluso derribando a un batallón entero solo armada con su sable y un soliloquio improvisado sobre la inevitable tragedia de la guerra. Pero imaginarla matando a alguien de una forma tan deshonrosa…

No encajaba en absoluto con ella.

—No eres capaz de hacer algo así —sentenció Lorelei, a regañadientes.

—Ni tú tampoco, por mucho que te gustaría que los demás pensaran que sí. —Sylvia esbozó una sonrisa que casi se podría decir que era cariñosa—. Sé cómo son los monstruos de verdad.

Saber que Sylvia podía ver más allá de su careta era más de lo que podía soportar. La parte mezquina de Lorelei, aquella que la acompañaba desde hacía muchísimo tiempo, quería que se alzara sobre ella, que la amenazara e hiciera todo lo que estuviese en sus manos para demostrar que se equivocaba. Solo que estaba demasiado cansada para discutir. Lo único que quería era que la dejaran sola para poder dormir una década entera.

—En ese caso, creo que lo que más nos conviene es respaldarnos mutuamente.

—Sí, tienes razón. —Sylvia respiró hondo, como si estuviese preparándose—. Solo por esta ocasión, puedo obligarme a reconocer quién eres en realidad. Me costará, pero creo que con la preparación suficiente podría…

—Pero ¿qué dices? No hace falta ningún discursito. Solo tenemos que decirles que las dos la hemos encontrado muerta.

—¡Pero eso no es cierto! —protestó la naturalista—. Y, siendo sincera, es bastante difícil de creer. ¿Qué podríamos haber estado haciendo tú y yo en mitad de la noche?

No, no pensaba responder a eso. Algo tan horrible ni siquiera era digno de consideración.

—Será una mentira piadosa con el propósito de protegernos la una a la otra. Será nuestro secreto. Estoy segura de que es algo que tu honor puede soportar.

Tras una breve eternidad, Sylvia alzó los brazos en señal de rendición.

—Pues vale.

—Vale.

Entonces Lorelei comprendió qué era exactamente lo que estaba haciendo. Si alguien descubría que estaban mintiendo la una por la otra, todo sería muchísimo peor. Con aquel pacto tan poco convincente, estaba poniendo su vida en manos de Sylvia. Y Sylvia había hecho lo mismo con la suya.

Bajo la pálida luz de la luna, con la niebla presionando sus dedos con insistencia contra el cristal, Sylvia seguía pareciendo un espectro. Como algo que a Lorelei se le podría escapar entre los dedos si se atrevía a apretar demasiado fuerte.

Las dos habían ido puerta por puerta para despertar al resto del equipo hasta que todos se encontraron en el pasillo, con cara de cansancio y aún en pijama. Una vez Lorelei les contó lo que había sucedido, se hizo un silencio tan sepulcral que tuvo que preguntarse si de verdad la habían oído.

Y entonces llegó el caos.

—¿Cómo?

—¿Cuándo ha sucedido esto?

—¿Dónde está?

Lorelei dejó que las preguntas le resbalaran con un aire de despreocupación frío y muy estudiado. Las lámparas de gas ardían sin mucha potencia en sus apliques, con lo que suavizaban los bordes de la oscuridad. El amanecer apenas había empezado a extenderse con cuidado sobre el horizonte, como una perla de sangre que se derramaba sobre el agua.

—Aún no tenemos ninguna respuesta —contestó con la seriedad necesaria para interrumpir el barullo—. Von Wolff y yo la hemos encontrado hace tan solo unos minutos.

Sylvia parecía sufrir un dolor físico. A Lorelei le dio un vuelco el corazón como si hubiese sufrido un traspié en unas escaleras a oscuras. Por un instante, se preguntó si la naturalista se iba a arrepentir e iba a exponer su mentira. Mil futuros horribles se le vinieron a la cabeza y todos acababan con ella en la horca.

Si Sylvia de verdad quería acabar con ella, no le iba a hacer falta mucho esfuerzo.

—Exacto —asintió Sylvia, y Lorelei casi se desplomó por el alivio—. Creímos que lo mejor sería que lo habláramos entre todos porque parece que ha habido… eh… malas intenciones de por medio.

—¿Malas intenciones? —preguntó Johann, y la curiosidad quedó muy clara en su voz—. ¿Creéis que la han asesinado?

—La han apuñalado —contestó Lorelei, muy tensa.

Un silencio incómodo se extendió entre los miembros de la expedición. Ludwig parecía a punto de vomitar, aunque la expresión que tenían los demás era de lo más reservada.

—Pues nada —dijo Johann—. Dejadme echar un vistazo.

Fue a su habitación a por su maletín y, una vez volvió al pasillo con los demás, Lorelei los condujo a la sala de guerra. Bajo la luz tenue del amanecer, la caminata casi parecía suceder en un sueño. En la estancia, todo estaba tal cual lo había dejado. El cadáver de Ziegler se encontraba totalmente quieto y la piel se le había empezado a hinchar y decolorar en las zonas en las que los fluidos se habían concentrado. Tenía la mirada clavada en un vacío infinito. El agua que se había derramado como un espejo sobre el escritorio y el suelo estaba moteada de sangre. Lorelei se quedó mirando la taza que había en el escritorio de su mentora: aquella que tenía incrustaciones de caracolas y el asa con la forma de un coral. Ziegler siempre la escogía porque su exuberancia le hacía gracia. Casi sin ser consciente de ello, Lorelei se percató de la brisa húmeda que se colaba por la ventana abierta y de que el elwetritsch de su mentora ya no se encontraba en su percha. La bestia ingrata debía de haberse ido volando una vez que su dueña había muerto.

Pues hasta nunca.

Aunque nadie dijo nada, Lorelei sintió que el horror se extendía por los integrantes del grupo como el frío del invierno. Heike, aferrada al brazo de Adelheid, le enterró el rostro en el hombro para ahogar un sollozo.

Lorelei creía haber sabido lo que implicaba el dolor de la pérdida. Aquella noche hacía doce años le había arrancado algo de su interior, algo que jamás había conseguido sellar. A través de esa herida, unos trocitos de Aaron se habían colado en ella. Su miedo a la sangre. El atisbo de su sombra que siempre la seguía en medio de la oscuridad. Las carcajadas sonoras de sus asesinos. Para entonces ya había aprendido a vivir con los fantasmas, por lo que no se había imaginado que volver a ver a su mentora de ese modo no la hiciese sentir nada.

La expresión de Johann no se alteró al agacharse al lado del cadáver de Ziegler. Tras cerrar los ojos, extendió las manos sobre su cuerpo. Agitó los dedos ligeramente, como si estuviese manipulando a un títere con unos hilos tan frágiles como la gasa. Mientras que la mayoría de las personas poseían talento para la magia, solo unos pocos (aquellos con la técnica más precisa posible) podían volverse médicos. Estudiaban durante años hasta dominar el arte de detectar cualquier anomalía en los fluidos del cuerpo. Lorelei no se imaginaba lo que sería aquello. El cuerpo humano estaba compuesto en su mayoría de agua; para sus sentidos poco entrenados, todo le parecía una masa sin apenas distinciones.

—Diría que ha muerto a eso de las dos de la mañana. —Cuando abrió los ojos, un brillo extraño pareció haberse apoderado de ellos, algo como la intriga. A Lorelei se le revolvió el estómago de puro asco—. Tiene los pulmones llenos de líquido. De sangre, supongo. La puñalada parece ser la causa de la muerte. Es un corte limpio, probablemente hecho con un arma blanca.

—Ha sido un humano, entonces. —Adelheid apretó los labios hasta que estos se volvieron una línea pálida—. Pero los de la tripulación no tienen acceso a estas habitaciones.

Heike se esforzó bastante por hacer que su voz pareciera desinteresada.

—¿Insinúas que uno de nosotros la ha matado, entonces?

—Esa sería la explicación más lógica —convino Johann.

—A ver, no nos adelantemos. —Ludwig alzó ambas manos en ademán tranquilizador—. Seguro que como mínimo hay otra explicación plausible.

—¿Como cuál? —preguntó Johann. Sacó un bisturí de su maletín y le hizo un corte muy fino en el brazo a Ziegler. La sangre brotó sin prisas hacia la superficie, y acercó un vial a la herida para recogerla. Lorelei tuvo que apoyarse contra la pared cuando un súbito mareo la invadió de golpe.

—Tiene que ser una broma, ¿no? —Heike soltó una carcajada nada divertida—. Os conozco a todos desde que erais unos mocosos y ninguno es un asesino.

—Bueno —empezó Ludwig, con voz débil—, técnicamente eso no es cierto.

A veces era fácil olvidar que la mitad de ellos —Adelheid, Johann y Sylvia— se habían alzado en armas para defender la causa de Wilhelm. En el caso de Ludwig, al solo ser parte de la nobleza por una cuestión de título y no de nacimiento, no se había esperado que fuera a luchar. Heike se había abstenido por una «cuestión de principios». Lorelei sospechaba que esos principios tenían más que ver con sus instintos de supervivencia que con cualquier sentimiento pacifista. En Sorvig no se entrenaba a los críos para la batalla como sí pasaba en Herzin o en Ebul. Se trataba de un territorio diminuto y acaudalado que valoraba más una mente afilada que el manejo de las armas.

Ni Johann ni Adelheid se afectaron por la absurda objeción de Ludwig, pero Sylvia reaccionó con el cuerpo entero. Hundió los hombros y, por unos instantes, sus ojos plateados se quedaron ausentes. Lorelei detestaba eso. Aquel cambio tan rápido, como una vela al apagarse, la perturbaba demasiado.

—¿Se consideran asesinatos si estábamos en guerra?

Heike apuntó con el dedo a Ludwig.

—Tú cierra el pico, que no ayudas. Y tú —entonces se volvió hacia Johann— los estás provocando. Para ya.

Johann le puso el tapón al vial de sangre para luego ponerse de pie. Su sombra dividió la sala en dos.

—Cree lo que quieras, pero no podrás huir de la verdad. Te han mimado y sobreprotegido en ese castillo que tienes junto al mar y lejos de todo lo demás. Siempre ha sido así.

—Johann —siseó Adelheid.

—Cómo osas. —La voz de Heike tembló con su furia apenas contenida—. Sabes que no es así.

—La cuestión es —continuó el médico, sin afectarse— que todos los aquí presentes teníamos una razón para querer la muerte de Ingrid Ziegler.

La indignación hizo que los ojos de Sylvia brillaran por la furia.

—Puede que así sea, pero solo uno de nosotros tiene la capacidad para hacerlo.

Por fin, la oscura diversión en los ojos de Johann desapareció por completo. Tensó la mandíbula al tiempo que le devolvía la mirada con seriedad a la naturalista.

Lorelei ya no podía soportar cómo se ponían a discutir con tanto desparpajo el asesinato de su mentora. Una jaqueca se le formó en las sienes y se sintió demasiado cerca de perder el control de su poder.

—¡Basta ya!

Todos dejaron de hablar a la vez. Muy despacio, Lorelei se obligó a destensar los puños.

Había algo que le molestaba en aquella escena; algo que no había sabido determinar hasta ese momento.

—A Ziegler no se le daba muy bien la magia. ¿Por qué alguien querría apuñalarla en lugar de

ahogarla sin más? Parece una forma de complicarse la vida absurdamente.

Johann le devolvió la mirada a Lorelei con intenciones claras.

—Quizás es que no podía.

Lorelei notó la atención de todos puesta sobre ella.

—Yo que tú tendría cuidado con lo que insinúas.

—Johann —interpuso Sylvia—. No quiero tildarte de mentiroso, pero los dos sabemos que esto no parece una muerte por apuñalamiento.

—Hay algunas anomalías —concedió él sin prisas—, pero es la explicación más sencilla.

A Adelheid se le oscureció la expresión al comprender de qué hablaban.

—Casi no hay sangre. Ni en la sala ni en su cuerpo.

—¿De qué estáis hablando? —exigió saber Heike, que parecía un poco mareada.

—Apuñalar a alguien… lo deja todo perdido. —Sylvia hizo una mueca—. Es probable que le hayan hecho esa herida una vez que el corazón ha dejado de latir. —Se acercó al cadáver y le alzó una mano. Los dedos de Ziegler tenían una tonalidad azul moteada, como amoratada—. Y este patrón de decoloración suele indicar falta de oxígeno, ¿verdad?

—Sí —murmuró Johann, entre dientes—. Tienes razón. No me había percatado.

—Claro que no —repuso Lorelei, cortante. ¿Acaso había estado intentando incriminarla?—. Se ha ahogado, entonces.

—Es posible —concedió Johann a regañadientes—. Aún no puedo determinar cómo murió. No hay ninguna contusión ni señal de que haya forcejeado. Si ha muerto ahogada, no se ha resistido. Y la gente no se deja matar sin oponer resistencia.

—Las protecciones de la puerta no están. —Adelheid pasó los dedos por el dintel de madera —. Si algún wildeleute la hechizó, eso podría explicar que no se hubiese resistido.

Ante la mención de sus preciadas criaturas, Sylvia volvió a la conversación.

—Que yo sepa, no hay ningún wildeleute que pueda hacer esto. Si hubiese sido una nixe, no habría cadáver. Y los alps asfixian a sus víctimas, pero con su peso, no con agua. Eso sin contar que ninguno de ellos lleva un cuchillo encima.

No quedaban dudas, pues. Alguno de los allí presentes había asesinado a Ingrid Ziegler.

—Entonces, ¿qué hacemos aquí plantados? —exclamó Heike—. ¡Cualquiera de nosotros podría ser el siguiente! Tenemos que salir de este barco y volver a casa. Pero ya.

—No —soltó Lorelei—. Lo que tenemos que hacer es actuar de forma calmada y racional. Si Ziegler no está, la líder de la Expedición Ruhigburg soy yo. Le escribiré a Wilhelm para pedirle consejo. Mientras tanto, Johann, quiero una autopsia como debe ser. Ludwig, quiero que analices su sangre y busques rastros de veneno. Heike y Adelheid, aseguraos de que no nos desviamos de nuestro rumbo. Y Von Wolff, vuelve a poner las protecciones.

Por un segundo, todos se quedaron boquiabiertos en su sitio, mirándola.

—Ya sabéis lo que tenéis que hacer —dijo, sorprendiéndose a sí misma por la fría convicción de su voz—. Así que andando.

Seis

A la noche siguiente, el cuervo mensajero se coló por la ventana abierta de la sala de guerra.

Sus plumas eran casi de color añil y tenían el mismo brillo aceitoso que el escritorio barnizado. Una brisa de aire fresco inundó la sala, así como una punzada de frío que Lorelei notó en las mejillas. Una vez más, una niebla espesa se había asentado sobre ellos tras colarse por el bosque como la luz de una vela bajo una puerta cerrada. Desde donde estaba le llegaba el chirrido del motor y el rumor constante del río al agitarse. Se había acostumbrado a él como si se tratara de su propio pulso.

Desató la cuerda de la pata del cuervo y encontró una carta con el sello de Wilhelm: un dragón en tonos azulados oscuros e intensos. Tras él había una sola hoja de papel doblada con cuidado en unos cuadraditos. Con manos temblorosas, Lorelei desplegó el pergamino y empezó a leer.

Lorelei,

Me gustaría poder darte las gracias por tu misiva, pero, dado su terrible contenido, me resulta imposible. Lo que sí valoro muchísimo es tu candor y tu concisión y, dentro de lo que me resulte posible, procuraré responderte de igual forma. En resumen: continuad con la expedición. Si se descubriera que este proyecto ni siquiera recibe el visto bueno de mis amigos más cercanos, mis enemigos no tardarían en echárseme encima. No me puedo permitir mostrarles ni la más mínima debilidad.

Conozco de sobra a todos los integrantes de la expedición y, si bien me gustaría decir que ninguno de ellos es capaz de cometer semejante atrocidad, no estaría siendo sincero. Si alguno de ellos está decidido a sabotear mi expedición, no pienso dejar que se salga con la suya. Sospecho que la culpabilidad o la presión terminará revelando de quién se trata.

He adjuntado otra carta sellada y dirigida para el grupo entero en la que expreso mis deseos: que se proceda con la expedición y que seas tú quien continúe como líder. Ziegler, que Dios la tenga en su gloria, siempre hablaba muy bien de ti, así que pienso honrar la decisión que tomó antes de morir.

Lo que mejor recuerdo es cómo admiraba tu atención al detalle y tu capacidad de análisis. Te pido que las uses en favor de la corona. Me gustaría saber quién es el

responsable antes de vuestra vuelta a Ruhigburg. Si no puedes proporcionarme esa respuesta, espero que comprendas que alguien deberá responder por el asesino de Ziegler. La unidad requiere sacrificios. No obstante, si tienes éxito, estaré encantado de tenerte a mi lado como consejera.

Quema esta carta después de leerla. Encuentra el Ursprung. En cuanto al cadáver, haz lo que consideres pertinente.

Un cordial saludo,
Wilhelm

—Será cabronazo —musitó Lorelei.

Leyó la carta dos veces más antes de lanzarla sobre su escritorio, asqueada.

Wilhelm podía tener toda la pinta de ser un galán encantador, pero su corazón era incluso más frío que el de ella. Era un frío desolado y sobrecogedor, como una larga noche invernal. Casi podría ser algo que admirase, de no ser por el horror que estaba a punto de salir a la superficie.

La unidad requiere sacrificios.

El plan de Wilhelm era simple e implacable, uno que conocía a la perfección: crear un enemigo común. Los yevaníes llevaban siendo los chivos expiatorios favoritos de los habitantes de Brunnestaad desde hacía siglos y habían cargado con la culpa de la mayoría de las desgracias del reino, desde las plagas hasta los levantamientos. Incluso cuando Ziegler le había proporcionado todo lo que siempre había querido en bandeja de plata, incluso si todos creían que Lorelei era incapaz de usar la magia, si la sangre llegaba al río, el odio que sentían por ella les nublaría el juicio sin miramientos.

Salvo que diera con el verdadero asesino, claro.

En su opinión, solo había dos posibles sospechosos. Johann: un soldado fanático que la odiaba lo suficiente como para querer incriminarla, se negaba a servir a una reina albense y estaba en contra de la tolerancia relativa que ejercía Wilhelm. Si de verdad creía que Brunnestaad iba a quedar infestado de la gente que consideraba seres inferiores, era evidente que iba a pelear con uñas y dientes para preservar lo que era suyo.

Y, por otro lado, estaba Heike. Menos convincente, sí, pero Lorelei podía imaginarse un motivo detrás de sus acciones. Llevaba años en conflicto con Sylvia y se le había dejado sola junto a su ambición frustrada y despechada. Si lo que quería era prevenir el ascenso de Sylvia (o vengarse de Wilhelm por haberla dejado de lado), sabotear la expedición era la forma perfecta de hacerlo.

Si bien era obvio que no podía acusar a ninguno de los dos sin tener pruebas, ponerse a investigar podía terminar matándola. Ni bien descubrieran que iba a por ellos, ella misma se

convertiría en un objetivo.

Aun con todo, no podía hacer a un lado su curiosidad del mismo modo que tampoco podía aplacar el espíritu de justicia que se alzaba en su interior. Ziegler la había escogido por algo. Para escapar de la muerte, iba a tener que pensar como había hecho su mentora: de forma holística. Todo estaba conectado. Del mismo modo que la magia apuntaba a sus orígenes, ocurría lo mismo con todo lo que el asesino había hecho. Y lo que era más importante: debía pensar como una folclorista. Aquel grupito no era nada más que una colección de cuentos populares que debía catalogar y diseccionar. Se encargaría de abrir sus corazas muy muy despacio… Y ninguno de ellos se percataría de nada.

Todo ello para servir a un rey que no dudaría ni un segundo en señalarla como su culpable escogida a dedo.

Aunque según él quería hacerse con el Ursprung para estabilizar su reinado, Lorelei no las tenía todas consigo. Con el poder del manantial, Wilhelm podría ahogar a ejércitos enteros sin importar donde se encontraran. Podría inundar los terrenos de cultivo de sus enemigos y matarlos de hambre poco a poco. Podría usar el poder como le viniera en gana y sin ningún control.

Pero ¿acaso importa? Wilhelm era un rey lo bastante tolerante. No había incitado ninguna persecución contra los yevaníes ni los había echado de sus tierras. Más valía malo conocido que bueno por conocer, en su opinión. Una vez que acabaran con la expedición, podría hacerse escuchar y tendría su libertad.

Y todo lo demás iba después de eso.

Podía conseguirlo. Bajo la cantidad adecuada de presión, alguno de ellos terminaría quebrándose. Confesarían o cometerían un error grave. O quizás hasta ya lo hubiesen hecho; algo que hubiera pasado por alto. Le dio un tirón a un cajón, pero se lo encontró cerrado. El siguiente también traqueteó sin ceder ni un centímetro y más de lo mismo con un tercero.

Qué remedio. Le quitó el tapón a una cantimplora que llevaba en el bolsillo y, tras respirar hondo, se concentró en el agua que había en su interior hasta que notó su poder expandirse. Con un ademán de la mano, el agua se alzó de su prisión y se enroscó en torno al cerrojo. Lorelei apretó el puño y la escarcha se extendió por el metal. Rebuscó entre el sinfín de cachivaches que Ziegler tenía en su escritorio hasta dar con un abrecartas con un mango perlado de grabados delicados. Antes de que se lo pudiera pensar mejor, le dio un buen golpe al cerrojo valiéndose del mango del abrecartas. El metal cayó con un tintineo y unas esquirlas de hielo se resbalaron por el suelo.

El cajón estaba vacío.

Lorelei se pasó el pulgar por el labio. Quien fuera que hubiera asesinado a Ziegler pretendía que no siguieran adelante con la expedición. Nadie más que Lorelei sabía cómo su mentora organizaba sus documentos, lo cual era… sin orden ni concierto, la verdad. Hizo a un lado ese

detalle para examinarlo más adelante. De momento, sabía lo que tenía que hacer. Wilhelm le había extendido un arma y había llegado la hora de volverla hacia los demás.

Se reunieron en la sala de guerra. Mientras los contemplaba a todos, la tensión era palpable, espesa como la niebla. Nadie se atrevía a devolverle la mirada, como si fuese a ver la verdad pintada en sus ojos. Lorelei lo dudaba bastante.

Había un cuento popular que había transcrito muchísimas veces, uno sobre el asesinato de un yeva. Había estado llevando de vuelta sus enseres a la ciudad cuando a un sastre, que había caído en desgracia, se le ocurrió un plan malvado: tenía pensado matar al yeva y robarle todo su dinero. Con su último aliento, el yeva le echó una maldición: *El brillo del sol hará que todo salga a la luz.*

Cuando se apagó la luz de sus ojos oscuros, el sastre descubrió con pesar que el yeva no tenía ni una sola moneda con él. Quejándose de su suerte, lo enterró bajo un enebro y dejó su carro abandonado.

Años después, la suerte del sastre había cambiado por completo. Su hogar estaba lleno de objetos preciosos y su hermosa mujer se encargaba de que todo estuviese en orden. Estaba sentado en su porche con una taza de café y, cuando el sol se alzó en lo más alto, sus rayos le iluminaron la bebida y dibujaron unos círculos dorados sobre el techo. Conforme los observaba relucir y ondear, se acordó del yeva que había asesinado hacía tanto tiempo y se echó a reír de buena gana.

Cuando su mujer se acercó a preguntarle qué le parecía tan gracioso, el sastre contestó:

—Al brillo del sol le gustaría que todo saliera a la luz, pero las cosas no son así.

Su mujer le insistió para que le contara a qué se refería y le aseguró con dulzura que no se lo contaría a nadie, por lo que terminó confesándole lo que había hecho, así como la maldición que le había echado el yeva. Como era de esperar, en cuestión de horas el vecindario entero se había enterado del crimen que había cometido y, al día siguiente, cuando lo juzgaron por ello, se le condenó a muerte.

A Lorelei nunca le había gustado mucho esa historia. ¿Qué consuelo había en advertir a la gente sobre las tonterías que podía cometer una esposa cotilla y sin amigos? Con sus doce años había comprendido que en el mundo no existía la justicia de verdad.

—Ya tenemos la respuesta del rey —informó, lanzando la carta sellada sobre la mesa.

Cada uno la leyó en un silencio expectante. Cuando Heike acabó de leerla, partió el pergamino en dos y escondió el rostro entre sus manos.

—¿Cómo nos va a dejar aquí tirados?

—Está intentando evitar una guerra civil —señaló Adelheid, sin alterarse—. Es un riesgo

calculado.

—Exacto. —Lorelei entrelazó las manos bajo la barbilla—. Ziegler no formaba parte de vuestro grupo, al igual que yo. Imagino que asume que no os volveréis unos contra otros.

—Claro que no —dijo Ludwig, a media voz—. A fin de cuentas, lo prometimos.

—¿Lo prometisteis? —Lorelei se olía que había algo más detrás de aquellas palabras.

Al principio, nadie dijo nada.

—Nuestras provincias se anexaron durante la Primera Guerra de Unificación —ofreció Sylvia —. Las negociaciones que se desataron como consecuencia de esa campaña no fueron precisamente agradables y nuestros padres pasaban mucho tiempo en Ruhigburg debido a asuntos oficiales. Pero mientras nuestros padres se saltaban a la yugular entre ellos en la corte, nosotros seis jugábamos juntos. Tengo bonitos recuerdos de esa época.

Ludwig la miró con las cejas alzadas.

—¿Incluso de la vez que te dejamos tirada en el lago?

Los demás ahogaron una risita. Hasta Adelheid sonrió por lo bajo.

—Menos de ese día —siguió Sylvia, cortante y claramente avergonzada—. ¡Pero bueno! Wilhelm nos hizo prometer que, cuando llegáramos al poder, nunca permitiríamos que se produjera el tipo de violencia con la que crecimos. Que nunca nos volveríamos unos contra otros ni permitiríamos que uno de nosotros sufriera.

Se trataba de una noción muy romántica y extravagante: justo el tipo de idea que solo Wilhelm podía proponer y que solo unos niños podrían creer. Y, pese a eso, nadie se estaba burlando de ella. Lorelei se percató de que ninguno de los integrantes de la expedición quería que los demás supieran que habían faltado al voto que le habían hecho al rey.

Qué curioso. Conque Wilhelm les caía bien de verdad.

—En ese caso, espero que cumpláis con vuestra palabra —interpuso, enérgica—. Mientras tanto, ¿podemos abordar el tema que nos ocupa?

—La causa de muerte oficial es la presencia de fluido en los pulmones: muerte por ahogamiento —declaró Johann, con la clara intención de dejar atrás las reflexiones sentimentales sobre su infancia compartida.

—No he detectado ningún veneno de origen botánico —añadió Ludwig—. Aunque sí tenía rastros de hidrato de cloral en el sistema.

Heike soltó un bostezo.

—¿Es decir…?

—Que la drogaron antes de asesinarla. —Las comisuras de los labios de Johann amenazaron con alzarse en una sonrisa, una llena de malicia. Lorelei sintió que se le helaba la sangre. No hizo falta que lo dijera en voz alta para saber por dónde iba: *El mismo sedante que usas para dormir.*

Aquel que él le había preparado.

—Quien sea que la haya asesinado sabe usar la magia —continuó—. En teoría, es posible que alguien de la tripulación haya podido abrir el cerrojo…

—Poco probable —lo interrumpió Adelheid con una mueca—. Es demasiado enrevesado.

Ludwig frunció el ceño.

—¿Quizás alguien se dejó la puerta abierta?

—Claro —interpuso Lorelei, fastidiada—. Y dio la casualidad de que pasaba por ahí y aprovechó la oportunidad para drogar y matar a Ziegler.

—Ya —dijo Ludwig, con una mueca—. Lo capto.

—Tu sarcasmo no sirve de nada. —Sylvia le dedicó una mirada de reproche—. En cualquier caso, si todos estamos de acuerdo con lo de la causa de la muerte, eso implica que Lorelei no pudo haberla matado.

—Podría ser una bruja. —Johann apretó la mano en torno al colmillo de plata que descansaba sobre su clavícula—. Los yevaníes pueden hacerse con magia usando medios antinaturales. Tratos con demonios, bebiendo bastante sangre de brunnenses para absorber su poder…

—Cállate, Johann. —Heike y Sylvia reaccionaron a la vez.

Intercambiaron una mirada sorprendida, como si ninguna de las dos se pudiera creer que hubieran coincidido en algo. Heike apartó la vista con un gesto tajante y añadió:

—A nadie le interesa.

Johann se quedó callado, aunque siguió fulminando con la mirada a Lorelei. Nada de lo que había dicho la sorprendía, pero prepararse para el golpe nunca hacía que doliera menos.

—En ese caso tampoco podemos ser Lud o yo —siguió Heike—. Ninguno de los dos tenemos tanta habilidad con la magia como vosotros.

—No hace falta mucha magia para ahogar a alguien —acotó Johann con frialdad.

Lorelei se quedó boquiabierta mientras Heike le dedicaba a Johann unos parpadeos inocentes y fingidos.

—En ese caso, aunque no sea ninguna genio como vosotros, si lo pensamos un poquito, queda bastante claro quien lo hizo, ¿no Sylvie?

—¿Yo? —soltó Sylvia.

La sonrisa de Heike se volvió venenosa.

—Seguro que te escoció que te quitaran el puesto que querías. Además, tu madre lleva mucho tiempo esperando una oportunidad así, ¿verdad?

—A ver, a ver —interrumpió Ludwig—. Es cierto que podría haber sido Sylvia. Pero considerad esto: también podría haberlo hecho yo.

Adelheid soltó un suspiro largo y hastiado.

—Ese es el problema, ¿lo veis? Si la asesinaron a las dos de la madrugada, ninguno de nosotros tiene una coartada. —Pasó la mirada por todos y, con una ligereza de lo más casual,

añadió—: Eso es si asumimos que Johann ha dicho la verdad con lo de la hora de la muerte.

—¿Por qué iba a mentir sobre eso?

—No lo harías —concedió Ludwig, para darle la razón—. Pero si se te pasó un detalle…

El ambiente empezó a llenarse de sospecha hasta que eso fue lo único que se percibía en el aire.

—Basta de tonterías —dijo Lorelei. Había llegado la hora de dar inicio a su plan. Si podía convencerlos de que dejaran estar el tema, si podía asegurarles que el asesino no suponía ninguna amenaza para ellos, podría llevar a cabo su propia investigación sin que nadie la molestara—. Lo más probable es que este asesinato haya sido un acto puntual de desesperación, con un único propósito: persuadirnos para dar marcha atrás. El asesino ha fallado. Por el bien de la expedición, vamos a pasar página.

Johann la miró con cierto grado de asombro.

—¿Vas a dejar que la muerte de Ziegler pase sin más? Es cierto que los tuyos no saben lo que es la lealtad.

La acusación le dolió más de lo que esperaba. Era como si Johann pudiera ver a través de su corazón y de todas las cosas que quería ocultar con desesperación. Y tenía razón, al fin y al cabo. Lorelei había abandonado a Aaron en sus últimos momentos. Había dejado que sus asesinos quedaran impunes. Pero no pensaba volver a cometer el mismo error. Daba igual todo lo que tuviese que mentir y humillarse a los ojos de aquellos nobles. Con aquella pizca de poder que Wilhelm le había concedido, pensaba asegurarse de que quien fuera que hubiera asesinado a Ziegler terminara siendo arrastrado hasta la horca.

Lorelei alzó la barbilla.

—Lanzad a Ziegler al río y continuemos con la expedición. Zarparemos al amanecer.

—¿Lanzarla al río? —Sylvia le dedicó una mirada llena de horror—. No puedo creer que precisamente tú quieras insultarla así. ¡Ziegler merece un entierro digno!

Como si Lorelei no lo supiera. En el Yevanverte, los ritos funerarios eran algo sagrado y que se llevaban a cabo con toda la celeridad posible. Habrían lavado el cadáver con agua caliente y lo habrían envuelto en una mortaja blanca y sin adornos. Se habría mantenido bajo vigilancia día y noche hasta que fuese enterrado en un sencillo ataúd de pino. Habrían organizado la shivá, con comida e invitados. Habrían permitido que su pérdida los uniera a todos un poco más.

—También le habría venido bien una muerte más digna —comentó Johann con sarcasmo.

—Podéis hacer una ceremonia si queréis —masculló Lorelei, frotándose las sienes—. Pero que sea rápida.

En cuestión de una hora, reunieron unos largos rollos de cuerda que ataron a las muñecas y tobillos de Ziegler por un lado y, por el otro, a unas piedras. No había ningún modo elegante de lanzarla por la borda, por lo que colocaron su cadáver sobre una plataforma y la hicieron

descender hasta el río con unas poleas. Ludwig encontró suficientes flores secas en su equipaje como para improvisar una corona que colocarle en la cabeza. Por unos segundos, los seis se quedaron allí, observándola mecerse y flotar sobre la superficie. La corriente le acariciaba las extremidades, voraz.

Heike alzó los brazos, y el agua se alzó hacia adelante, con lo que barrió el cadáver de Ziegler con torpeza de la plataforma. Lorelei la fulminó con la mirada por el rabillo del ojo. No hizo falta más que un segundo para que el cadáver desapareciera bajo la superficie.

Y, tal que así, Ingrid Ziegler ya no estaba.

Lorelei murmuró una plegaria por lo bajo, una que llegó a ella sin mayor emoción. La única idea clara en su mente era: *No pienso desperdiciar la oportunidad que me has dado.*

Lorelei encontró a Sylvia en la cubierta de paseo, con los brazos apoyados en la barandilla. Bajo la luz de la luna y la niebla, parecía una criatura de otro mundo y casi como si fuese víctima de la soledad. El viento sopló y agitó los faldones del sobretodo de Lorelei.

Como si hubiera notado su presencia, Sylvia se volvió hacia ella. Hizo una mueca como si fuese a soltarle algún comentario desagradable, pero, al final, se limitó a preguntarle:

—¿Podemos hablar?

—Pero entremos primero, hace frío.

La condujo a la sala de guerra y Sylvia vaciló antes de cruzar el umbral.

Lorelei había recogido todo y había limpiado la estancia hasta que no quedó rastro de la peste a muerte. Había algunos de los libros de Ziegler por ahí: unos tomos gruesos y encuadernados en cuero, con el lomo partido y descascarados por los años. Todo lo demás estaba hecho para parecer antiguo, como una imitación improvisada de sus vidas en Ruhigburg. No quedaba nada que de verdad le hubiera pertenecido a Ziegler en aquella sala.

Nada que no fuera su fantasma.

Lorelei apartó esa idea y la encerró en un rincón de su mente, donde correspondía.

—Dime —dijo, tras sentarse detrás del escritorio.

—Todo esto… —Sylvia dejó la frase a medias mientras buscaba la palabra exacta— da muy mal rollo, incluso viniendo de ti. Ziegler no lleva muerta ni veinticuatro horas.

Lorelei abrió su cuaderno, decidida a no dejarse provocar por los insultos de Sylvia.

—Venga, no te cortes. Imagino que quieres pedirme un favor y diciéndome esas cosas tan bonitas seguro que lo consigues.

Sylvia cerró la puerta a sus espaldas, con un poco más de fuerza de la necesaria. Lorelei dejó a un lado su pluma y entonces se percató de la apariencia de Sylvia. Tenía el cabello hecho un desastre (más que de costumbre, vaya), las mejillas sonrojadas y los ojos con un brillo salvaje.

Algo en ella, en toda su furia que no sabía cómo articular, hizo que Lorelei vacilara un poco.

—Quiero saber qué estás haciendo, Lorelei.

—Me temo que vas a tener que ser un poco más específica.

—¿No pretendes investigar el asesinato de Ziegler?

Ah. Conque eso era. Pensándolo mejor, suponía que tendría que habérselo visto venir.

—Es lo que he dicho, sí.

—No pretendes hacer nada —declaró Sylvia, claramente preparándose para soltarle uno de sus discursitos—. ¿En serio? ¿Dónde te has dejado tus principios? ¿Y tu hambre por la verdad?

—Mis principios —resopló—. Si empezamos a dar problemas, ¿a por quién crees que vendrán primero?

—Pero…

—¿Has terminado? —inquirió Lorelei. Aunque había pretendido sonar fría y desinteresada, sus palabras sonaron fastidiadas—. Porque estoy muy liada.

—¿Ah, sí? —Sylvia le arrebató el cuaderno, y lo último que le quedaba a Lorelei de paciencia terminó de evaporarse.

—Pretendo vivir para contarlo —siseó.

—¡Y yo también! —Sylvia apoyó ambas manos sobre el escritorio con un golpe seco. Parecía como si estuviese lista para lanzarse sobre ella y estrangularla. Lorelei fue muy consciente de la forma en que el corazón se le aceleraba, ansioso por salir al encuentro de su furia—. No puedes resolver todos tus problemas haciendo como que estás por encima de ellos. ¡O fulminándolos con la mirada!

—Claro —repuso Lorelei, burlona—. Lo que hay que hacer es ir a lo bruto y llevárnoslos por delante.

Sylvia la ignoró a propósito.

—La mayor amenaza para Wilhelm es Albe. ¿Qué pasa si decide acusarme a mí de haber asesinado a Ziegler?

Lorelei la miró, sin ceder ni un ápice.

—¿Por qué iba a hacer algo así?

Sylvia le devolvió la mirada confusa, como si Lorelei no comprendiera la urgencia de la situación.

—Acusaría a mi madre de traición y nos encerraría a ambas. Y, sin nosotras, podría nombrar a cualquier lamebotas para que ocupe mi lugar. ¿Es que no lo entiendes? ¿Eres incapaz de ver más allá de tu propio orgullo o es que llevarme al límite de la desesperación es lo que siempre has querido? Porque, si es así, felicidades, lo has conseguido.

Sylvia von Wolff le estaba pidiendo ayuda. Menuda ridiculez. Incluso más que el que de verdad creyera posible que Wilhelm fuese a culparla a ella cuando tenía una opción de lo más

obvia: una yeva.

—No me seas dramática, que no te pega.

—Te lo suplico.

Algo en aquellas palabras la calaron por dentro. En contra de su voluntad, Lorelei bajó la mirada un segundo hacia los labios de Sylvia.

¿Hasta dónde te rebajarías para conseguir lo que quieres?, era lo que quería preguntar. *¿Cómo pretendes convencerme?*

Cuando devolvió la mirada a los ojos de Sylvia, vio que se había quedado completamente quieta. Por un segundo, mientras se contemplaban la una a la otra sin poder creérselo, el ardor de su discusión pareció chisporrotear.

A Lorelei le perturbaba sobremanera que una parte de ella disfrutara con todo aquello. Que un deseo desconocido y desquiciado hubiese estado a la espera de aquel momento para dejarse ver: Sylvia von Wolff, a su entera disposición.

—No —sentenció, decidida a apartar ese pensamiento de vuelta al abismo infernal del que había salido.

Sylvia pareció despertar de su estupor.

—¿No?

Lorelei sabía que lo más sensato sería cambiar de opinión. Sylvia podía traicionarla en cualquier momento. Sin embargo, el subidón de poder se extendió por su interior como un trago de *whiskey*, dulce, ardiente y totalmente embriagador. Fue incapaz de contenerse.

—No pienso ayudarte.

—¿Cómo puedes…? ¿En serio eres tan mezquina, tan rencorosa? —Sylvia respiró con dificultad, como si estuviese intentando calmarse—. De acuerdo. En ese caso, si no me dejas más remedio, tendré que retarte a un duelo. Si pierdes, harás lo que te pido. Y no hay duda de que perderás, así que ahórrate la vergüenza y ayúdame.

Lorelei se echó a reír, con lo que Sylvia retrocedió un paso.

—Si de verdad me crees capaz de tanta maldad, ¿crees que me importa el honor? No pienso cambiar de opinión. Si tanto quieres que se haga justicia, juega a los detectives tú solita.

—¿Cómo osas hablarme así? —El rostro se le había puesto colorado—. Si soy… —Entonces se interrumpió, al comprender lo mismo que Lorelei: por una vez en su miserable vida, su nombre no significaba nada.

Lorelei se puso de pie y su sombra oscureció a Sylvia de pies a cabeza. Con toda la calma del mundo, se fue acercando a la naturalista, paso a paso, hasta que pudo sentir el calor que emanaba su cuerpo, hasta que pudo oírla contener el aliento. En momentos como aquel, Lorelei valoraba mucho todos los centímetros que le sacaba a Von Wolff, quien tenía que echar la cabeza hacia atrás para poder mirarla.

—¿Eres qué?

Sylvia no se dejó intimidar. Cuadró bien los hombros y la fulminó con la mirada como si fuese la primera vez que la veía por quien era en verdad.

—No tienes corazón.

—Eso dicen. Ya puedes irte.

Sylvia se abrió paso por su lado con un empujón de camino a la puerta.

Había podido con ella. Lorelei suponía que debía saborear su victoria, pero, por alguna razón, no se parecía a nada que hubiese imaginado. Exhausta de pronto, se dejó caer de nuevo en su silla y se pasó una mano por el cabello. Se trataba de una victoria ponzoñosa. En el silencio de la sala de guerra, una horrible verdad se volvió muy clara: hasta que volvieran a Ruhigburg, no tenía en quién confiar, no tenía a quién recurrir, que no fuese Sylvia von Wolff.

Parte II
Aguas Ensangrentadas

Siete

Lorelei casi no había pegado ojo. Por las noches, el barco se volvía un lugar embrujado. Su mente conjuraba fantasmas de cualquier cosa: el recuerdo de la risa estruendosa de Ziegler, la imagen del lazo de la horca que la esperaba, el resentimiento infinito que había visto en los ojos pálidos de Sylvia. Todo ello le recordaba con amargura que no podía fallar; ya no. Para cuando salió el sol, había conseguido minimizar la parte más intensa de sus sentimientos y encontrar claridad en medio de su agotamiento. Llorar y lamentarse no la ayudarían, pero quizás ponerse en acción sí.

Lo más sensato parecía empezar su investigación por el eslabón más débil… O, como mínimo, el que estaba más dispuesto a hablar.

Llamó a la puerta que quedaba a la izquierda de su propia habitación: la de Ludwig. Cuando la abrió, lo primero que notó fue su cabello alborotado. Lo siguiente, que no había terminado de abrocharse los botones con hilos dorados de su camisa. Era obvio que se acababa de despertar. Lorelei hizo acopio de todas sus fuerzas para suprimir su instinto de hermana mayor y regañarlo por andar con esas pintas. Qué barbaridad. Si ya eran las siete en punto, una hora perfectamente razonable para hacer una visita.

Ludwig alzó la vista para mirarla con lo que parecía ser lástima. A Lorelei le dio un escalofrío.

Antes de que se atreviera a darle algo tan desatinado como el pésame, le dijo:

—Quiero preguntarte algo.

—Directa al meollo —dijo él—. Ni siquiera un buenos días primero. Qué bien.

Lorelei le dedicó una mirada exasperada, pero se adentró en la habitación cuando él se apartó. Al pasar por su lado, un ligero aroma a flores secas le llegó a la nariz.

Algo distraída, se puso a observar la habitación. Los botánicos no necesitaban mucho equipamiento para hacer su trabajo. Su vasculum de hierro lacado (decorado por un pintor especializado en paisajes cuyo nombre no recordaba) estaba colgado en el respaldo de la silla de su escritorio. Se percató de que la herramienta le servía tanto para guardar los especímenes de sus plantas como para alejar a los wildeleute cuando salía de aventuras. Había una lupa con un mango de madera de caoba sobre una pila de libros, así como lo que parecía un montón de anillos desperdigados propios del botín de un dragón.

Siempre le había parecido que Ludwig necesitaba cubrirse de una armadura de riquezas y aquello la frustraba muchísimo. No le hacía falta demostrar su valía frente a los insípidos de sus

amigos y compañeros cuando sus logros académicos hablaban por sí mismos. Desde que había acabado los estudios hacía un par de años, había identificado más de doscientas nuevas especies de plantas, muchas de ellas con propiedades mágicas. Imaginaba que, para entonces, ya habrían nombrado como mínimo diez en su honor.

Hizo el amago de sentarse a su escritorio, pero Ludwig se interpuso en su camino casi con urgencia.

—No, no. Tú a la cama, que es mucho más cómoda.

Lorelei se acomodó en el borde de la cama, algo recelosa. Los muelles del colchón chirriaron en medio del silencio.

Ludwig se puso sus anillos y luego movió un poco una pila de papeles hasta que los dejó más o menos ordenados.

—¿Por qué tengo la impresión de que me he metido en un lío?

—¿Por qué a Heike no le cae bien Von Wolff? —preguntó ella, enganchando el talón sobre la rodilla opuesta.

Ludwig se quedó callado unos segundos antes de abrir el cajón de su escritorio y meter los papeles que había estado ordenando. Cuando acabó, por fin se volvió hacia ella con una sonrisa divertida y cauta a la vez.

—¿Quieres que me ponga a chismorrear sobre mis amigos sin siquiera haberme bebido el café aún? ¿Por quién me tomas?

—No quieres que te conteste a eso —dijo Lorelei, con una sonrisa burlona—. Limítate a contarme lo que quiero saber y ya.

Desde que se conocieron, hacía meses, había pasado a asociarlo con la historia de «El lobo y el zorro», un cuento corto pero brutal, con una moraleja bastante sencilla: si uno no podía ser la criatura más fuerte del bosque, siempre podía ser la más astuta. Si uno era lo bastante agradable, podía intercambiar favores por promesas a futuro. Se podía persuadir a la gente para que revelara sus puntos débiles y hacerlos creer que habían compartido un regalo. Eso era lo que hacía que Ludwig fuese tan peligroso: tenía un semblante que pedía a gritos que se confiara en él y una sonrisa tan afilada como una daga clavada por la espalda.

—Eres muy intensa, ¿lo sabías? —El cajón soltó un chasquido al cerrarse—. La verdad es que no debería contarte nada.

Pero su tono dejaba claro que tenía pensado hacerlo de todos modos.

—No deberías, no —dijo ella, para motivarlo a continuar.

—La cosa es que, cuando teníamos unos quince años, la madre de Heike le propuso un matrimonio de conveniencia a la madre de Sylvia.

De todas las cosas que Lorelei había esperado que Ludwig le contara, *esa* no era una de ellas.

—¿Cómo dices?

—Lo sé. —Bajó la voz en tono conspiratorio—. Sylvia se negó, claro. Aún recuerdo la carta que me envió para contármelo. Fue como leer una novela: «¡Semejante injusticia! La malvada de mi madre pretende venderme como una vaca en el mercado, pero me niego a dejar que me siga utilizando. Te escribo para pedirte asilo, Ludwig, pues sé que eres el único en este mundo que podría comprenderme. ¡Pienso huir de casa esta misma noche!».

Sonaba como si le estuviera contando uno de sus chistes favoritos: igual de ensayado. ¿Cuántas veces habría leído esa carta? ¿Y cuántas veces se habrían burlado de ella los demás?

—Es muy reconfortante saber que Von Wolff no ha cambiado en absoluto en los últimos diez años —soltó Lorelei con un resoplido—. Imagino que desde entonces Heike se la tiene jurada, entonces.

—Exacto. —Ludwig se dejó caer sobre el respaldo de su silla—. Por mucho que Sylvia haya intentado arreglar las cosas entre ellas incontables veces.

Lorelei frunció el ceño.

—Pero seguro que Heike no se pierde nada. Esas dos harían una pareja terrible.

—Es una cuestión de principios. Heike… —vaciló, como si hubiese llegado al límite de lo que podía contarle sobre el tema—. Siempre ha querido marcharse, costara lo que costara. Y Sylvia lo sabía. Todos lo sabíamos.

Pues claro que Heike se la tenía jurada. Sylvia le había arruinado los planes. Y dos veces, para colmo.

—Entonces pasó a concentrarse en Wilhelm —siguió Ludwig—, pero ese solo tiene ojos para Adelheid. Y seguro que te has dado cuenta de que…

—Heike y Adelheid. —Era más que probable que todos hubiesen captado las miradas de añoranza que se dedicaban la una a la otra y cómo se las arreglaban para intercambiar cualquier roce. Era muy cansino todo—. Ya.

Ludwig chasqueó los dedos y luego la señaló, como si quisiera decirle que había dado en el clavo.

—Sobra decir que ha complicado las cosas. Y, por tanto, todos seremos víctimas de su amor imposible hasta el fin de los tiempos. Aunque claro, tú seguro que no sabes cómo se siente eso de tener un amor imposible.

Lorelei lo fulminó con la mirada.

—No sé de qué me hablas.

Antes de que él pudiera responder, la barcaza se agitó como si hubiese chocado contra un muro sólido. Ambos se pusieron de pie de un salto. La botellita de tinta que había en el escritorio se derramó y unos cuantos libros de texto cayeron hasta el suelo con un estruendo. Tras un vistazo a la ventana, comprobaron que no había ningún obstáculo en su camino y la ausencia de gritos implicaba que ningún horror había surgido desde las profundidades del Vereist. La única

respuesta posible era la incompetencia.

—¿Qué ha sido eso? —preguntó Ludwig.

—No sé —contestó ella—, pero pienso averiguarlo.

Ludwig pareció asustarse un poquitín al oír su tono tan sombrío.

—¿Y si te acompaño?

Dado que no tenía una víctima mejor con la que desquitar toda su frustración, se volvió hacia él:

—Pero si ni te has vestido.

Ludwig se limitó a encogerse de hombros.

Y así fue como se dirigieron al puente de mando, tras esquivar a los marineros de cubierta que se les cruzaban por el camino mientras se gritaban unos a otros. Lorelei prácticamente abrió la puerta del despacho de la capitana de una patada.

—¿Se puede saber por qué nos hemos detenido?

Emma, la capitana del *Prinzessin*, se encontraba al lado de los ventanales que abarcaban la pared entera y un manto de luz apagada la cubría de pies a cabeza. Su cabellera estaba compuesta de una nube de rizos grises y tenía un aire de misterio que hacía que pareciera que todas sus palabras eran un presagio de muerte.

—La señorita Heike y la señorita Adelheid han pasado por aquí hace unos minutos como si de una tormenta se tratase.

Pues claro, tendría que haberlo imaginado.

—¿Por qué?

—No se deciden sobre por dónde deberíamos ir. —Le dio una calada a su pipa—. El río se bifurca un poco más adelante. Podríamos seguir recto y atravesar Albe o ir por un afluente que cruza Herzin.

Si se lo preguntaban a Lorelei, ella siempre evitaría Herzin.

Todas las leyendas sobre el Ursprung que circulaban en aquella provincia empezaban con un hombre que se aventuraba en el bosque en busca de poder. Tarde o temprano, se veía rodeado de monstruos: un lobo cuya voz le resonaba en la mente; tres hombres que le prometían regalos (y, casi siempre, estos resultaban ser más bien maldiciones) a cambio de una migaja de pan, o una doncella que se transformaba en serpiente cuando se detenía para ofrecerle ayuda. Como era de esperar, los aniquilaba a todos. La mayoría de los héroes de los cuentos tendían a ser más listos que sus adversarios, pero los de Herzin nunca se habían encontrado con un enemigo o un problema que no se pudiera vencer a base de puñetazos. Porque el derramamiento de sangre y la valentía eran aquello que demostraba que eran un receptáculo apropiado para el poder del Ursprung, cómo no. Los que no se merecían el poder se limitaban a perderse en las profundidades del bosque hasta dar con su muerte.

—Hablaré con ellas. ¿Dónde están?

Emma señaló con uno de sus dedos nudosos por la ventana. Heike y Adelheid se encontraban prácticamente nariz con nariz en la popa del barco, en plena discusión. El rostro de Adelheid se había congelado en una expresión de calma que provenía de una certeza inamovible. Heike tenía lo que Lorelei asumía que era un mapa arrugado en una mano y un sextante aferrado como un arma en la otra. Un intento de intimidación más bien pobre, ya que Adelheid le sacaba al menos diez kilos de músculo a la navegadora y tenía los hombros el doble de anchos.

Lorelei suspiró de hartazgo solo de verlas.

Ludwig la siguió mientras se dirigía a la cubierta.

—¿Os importaría explicarme por qué habéis hecho que mi barco se detenga? —espetó al acercarse.

—¡Ay, Lorelei! Justo a quien quería ver. —Heike se las arregló para pronunciar la frase entera con un suave ronroneo. Y luego se puso a batir las pestañas, por si acaso—. Sé buena y ayúdame a resolver este asunto, ¿quieres?

—No lo hará —sentenció Adelheid—. Porque, a diferencia de ti, Lorelei sí que tiene una pizca de sentido común.

Ludwig se apoyó sobre uno de los misteriosos cachivaches de radiestesia que tenía Adelheid, como si se estuviese acomodando para disfrutar del espectáculo.

Estuvo tentada a volverse sobre los talones y marcharse por donde había venido.

—No pienso formar parte de este enredo. Encargaos vosotras.

—Ah, eso sí que no —dijo Heike, aferrándola del codo—. Estoy segura de que una vez que escuches lo que quiero decir…

—Tengo datos que respaldan mi argumento —la interrumpió Adelheid.

—Uh, datos —repitió Ludwig—. Ya me ha convencido.

Heike fulminó con la mirada la máquina sobre la que el botánico se había apoyado como si estuviera pensando en darle una patada para tumbarla junto con Ludwig.

—Imagino que me arrepentiré de haberlo preguntado, pero ¿qué problema hay? —quiso saber Lorelei. Cuando ambas abrieron la boca para ponerse a hablar, se apretó el puente de la nariz con los dedos—. Una a la vez, si sois tan amables.

Adelheid hizo un mohín, fastidiada por tener que ceder a las órdenes de Lorelei.

—La concentración de éter está aumentando a unos ritmos verdaderamente alarmantes si seguimos por esta trayectoria. Lo más sensato sería cambiar de rumbo.

Heike hizo un ademán de exasperación.

—Seguir el éter y encontrar el Ursprung. ¿No era eso lo que pretendía Ziegler? En serio que no me entero de cuál es el problema.

—Si estuviésemos de camino al Ursprung, me esperaría un aumento de éter más gradual. Unos

auges de actividad mágica como estos suelen ser señal de… anomalías. —Su expresión se volvió muy seria al pronunciar la última palabra.

—¿Y eso qué significa? —inquirió Lorelei.

Ludwig se animó un poco, lo que nunca auguraba nada bueno.

—Ya hemos tenido anomalías. Johann dijo que vio un ciervo con el rostro de una mujer anoche.

—¿Cómo? —Adelheid parecía perturbada de verdad—. No digas tonterías.

—Ludwig, me decepcionas. —Heike se apoyó una mano en la cadera—. No me creo que le hayas vuelto a dar una seta de dudosa procedencia a ese pobre hombre después de lo de la última vez.

—Oye, eso no fue culpa mía —se excusó el aludido—. Yo me limité a señalarla y nada más.

Adelheid soltó un suspiro antes de masajearse las sienes con fuerza.

—No hablemos del tema. Vivirlo una vez fue más que de sobra.

—Por fascinante que me resulte esta conversación… —Lorelei los fulminó con la mirada a los tres—. ¿Me explicáis de qué anomalías estamos hablando?

—Son cambios en el ambiente —dijo Adelheid—. O…

—Todos sabíamos que este viaje iba a ser arriesgado —la cortó Heike, con una insistencia casi ferviente—. Si vamos por Herzin, nos tomará más días llegar. Y al menos yo no quiero quedarme en este barco más tiempo del necesario.

—Pero nos estás conduciendo al foco de éter más grande que he visto en todos mis años como taumatóloga —le explicó Adelheid muy despacio—. No sé con qué nos vamos a encontrar allí. Eso es lo que me preocupa.

—Pues yo sí sé lo que nos vamos a encontrar en Herzin. —Heike le dedicó una mirada significativa a Lorelei. Una que decía: «Gente que te quiere muerta». Empezó a enroscarse un mechón de pelo. La luz pálida del día lo hacía parecer del color del óxido—. Así que, ¿qué decides, Lorelei?

Lorelei vaciló un segundo.

—Dile a Emma que mantenga el rumbo fijo hacia Albe.

—Sí, señor. —La sonrisa de Heike era una de victoria mientras se alejaba hacia el puente de mando con unos andares presumidos.

Por su parte, Adelheid también le dedicó una mirada cargada de significado. Una que la tildaba de cobarde y que le dolió más de lo que esperaba.

Ludwig entrelazó las manos bajo la barbilla.

—Os habéis estado peleando más de lo normal últimamente vosotras dos. ¿Qué os pasa?

Adelheid lo echó de su maquinaria.

—¿No tienes nada mejor que hacer?

—Siempre es un placer hablar contigo. —Ludwig le guiñó un ojo—. Me largo.

Adelheid no le hizo ni caso. Con una mueca de resignación, se arrodilló junto a su máquina y se puso a toquetear unos cuantos cables sueltos. El artilugio era más sencillo de lo que Lorelei se habría imaginado: un tubo de cristal largo fijado en una base de madera. Dentro tenía unos cuantos cables de metal que se bifurcaban como las ramas de un árbol.

Lorelei consideró dejarla para que siguiera con su trabajo, pero no podía desaprovechar una oportunidad de hablar con Adelheid sin que los demás —en especial Johann— anduvieran por ahí de cotillas.

—¿Me puedes mostrar cómo funciona? —preguntó.

Adelheid dejó lo que estaba haciendo, claramente sorprendida, aunque sin alzar la mirada.

—Si quieres.

Lorelei notó unos pinchacitos que le helaron la nuca, y entonces una sombra larga se cernió sobre ella.

—¿Seguro que quieres hacer eso? —preguntó Johann.

Lorelei se volvió para mirarlo.

—¿Cuánto tiempo llevas ahí escondido?

Los ojos azules y gélidos del hombre se clavaron en los suyos.

—Siempre estoy vigilando, Kaskel. No lo olvides.

Adelheid le dedicó una mirada que parecía ser de una exasperación cariñosa.

—Haya paz, Johann.

Con una última mirada prolongada hacia Lorelei, el médico asintió y se marchó. Adelheid negó con la cabeza.

—Te cuida mucho —dijo Lorelei, como si tal cosa.

—Sí. Piensa tan mal de los demás como de sí mismo. —Adelheid giró unos cuantos diales sin mirarla—. ¿Te encuentras bien?

—De maravilla —contestó Lorelei, fastidiada.

Cuando cerraba los ojos, podía ver los labios azulados de su mentora y el blanco de sus ojos inyectados en sangre. Aún notaba la sensación inerte de su brazo al haberle dado la vuelta sobre el escritorio. Respiró hondo, obligándose a permanecer en su cuerpo. Le resultaba muy fácil darse al abandono, dejar que los horrores oscuros de aquella noche tiraran de ella.

Con ganas de cambiar a un tema que no tuviese nada que ver con su marchito bienestar, preguntó:

—¿Y tú piensas mal de él?

Hizo una mueca en cuanto las palabras abandonaron sus labios. Quizás había sido demasiado directa.

—Menuda pregunta. —Un atisbo de diversión cruzó las facciones de Adelheid—. Pero no. Ya

no. Antes lo aborrecía.

Eso sí que era una sorpresa. Durante los últimos cinco años, Lorelei podía contar con los dedos de una mano las veces que había visto a Adelheid sin Johann a su lado. Era como su sombra, tétrica y siempre de un humor de perros, que oscurecía cada umbral por el que ella pasara y se bebía todas y cada una de sus palabras como si fuesen miel.

—¿Por qué?

Adelheid le dedicó una mirada como si la respuesta fuera obvia.

—Incluso de pequeño, siempre ha sido cruel y rencoroso. Supongo que, con el tiempo, he aprendido a entenderlo. Su padre tampoco le dio mayor opción.

Adelheid se acomodó a un lado del barco. La mugre de la cubierta le había manchado el dobladillo del vestido y unas cuantas astillas se enganchaban en el áspero tejido, pero a ella no parecía importarle. En su lugar, se concentró en ir desenredando una madeja de cable que fue haciendo descender poco a poco hacia el río. Tenía los dedos llenos de asperezas y unas líneas delgadas alrededor de los ojos de tanto entrecerrarlos por culpa del sol. Su sencillez era casi impresionante: el tipo de mujer de la nobleza que no tenía problema con ensuciarse las manos si hacía falta.

—Nos criaron con las mismas historias sobre caballeros y nos llenaron del mismo palabreo sobre lo que implica ser de la nobleza. Pero, mientras yo admiraba su gallardía, Johann se obsesionó con su coraje. Le atraía la idea de matar dragones, no de proteger a la gente a la que atormentaban. Cuando lo enviaron a la guerra, como parte del batallón de mi hermano, para colmo, me puse hecha una furia. No iba por las razones correctas. De pequeño siempre se aburría mucho. Lo que quería era algo que lo entretuviera un rato.

Si bien la guerra parecía una opción un tanto extraña para buscar distracciones, Lorelei se contuvo para no decir nada.

—No sabía que conocía a tu hermano.

Adelheid mencionaba a Alexander con cierta frecuencia, del mismo modo que alguien hacía cuando tenía un santo de su preferencia. Aunque no conocía los detalles, Lorelei sabía que había muerto en combate. Entre los habitantes de Brunnestaad —y en especial, entre la nobleza—, era la muerte más honorable que uno podía tener.

—No le gusta hablar del tema —dijo, algo tensa—. Pero sí, se conocían. Le juró a Alexander que me protegería, parece que fue su último deseo. Cuando me lo contó, le contesté con un puñetazo.

—¿Con un… puñetazo?

—Exacto. —Una sonrisita se le asomó en los labios—. Pero bueno, no necesitaba su protección antes y tampoco la necesito ahora. Creo que por eso forma parte de esta expedición.

—¿Preferirías que estuviera en otro lado?

—No —contestó la taumatóloga—. Lo quiero mucho y le hace bien tener algo que hacer. Si no, se pone muy inquieto. Ahora siéntate, que te enseñaré cómo funciona esto.

Lorelei se acomodó a su lado en la cubierta. Sin saber muy bien cómo, comprendió que de verdad quería saber cómo funcionaba aquel cachivache. Adelheid solía viajar mucho por trabajo, por lo que nunca había tenido la oportunidad de aprender de ella directamente.

—Cuando el instrumento detecta magia, los cables de dentro te dan una señal. Y entonces el contador te da un número. —Adelheid le dio un golpecito a un círculo de cristal que había en la base de la máquina. Este relució como la superficie de un reloj.

—¿Y ya está? —preguntó Lorelei con escepticismo.

Por segunda vez en cuestión de cinco minutos, le dio la impresión de que había decepcionado mucho a Adelheid. Esta le pasó una libreta.

—Es una máquina sencilla, pero hace falta práctica para interpretar los datos —le dijo, a la defensiva—. Empieza a apuntar.

Lorelei observó los cables moverse de arriba abajo, como un barco surcando la marea. De vez en cuando, una lucecita azul brillante atravesaba la cámara de la máquina y Adelheid soltaba un sonidito de desaprobación. No parecía que hubiese ningún patrón que Lorelei pudiese determinar. Adelheid leía un número cada pocos segundos y Lorelei tomaba nota, obediente. Para cuando había pasado una hora, tenía casi tres páginas llenas de números, con cinco columnas cada una. No parecía nada probable que aquella serie de dígitos fuese a conducirlos al Ursprung.

Según trabajaba, le dio vueltas a su conversación. Si bien Johann era mezquino y cruel, también era lo bastante leal como para mantener una promesa que le había hecho al hermano muerto de su amiga. Si los conceptos como el honor y el deber le importaban de verdad, ¿sería capaz de traicionar a Wilhelm incluso si no estaba de acuerdo con él? Suponía que eso dependía de si valoraba más las exigencias de su dios que las de su rey.

—Johann es…

—Nunca te habías interesado por nosotros. —El tono correcto y la expresión neutra de Adelheid no delataban nada de lo que pasaba por su cabeza.

Sin embargo, Lorelei estaba segura de que la había descubierto.

Hizo todo lo que pudo para no reaccionar.

—Claro que sí. Sois personas interesantes.

—No soy idiota, Lorelei. No soy tan elocuente como Sylvia ni tan sensible como Heike. —Pronunció los calificativos con el mismo tono que habría usado para describir una enfermedad mortal—. Pero sé lo que es perder a alguien. Llora su muerte, pero no te permitas obsesionarte con el tema. De lo contrario, solo conseguirás hundirte.

Lorelei se puso de pie de golpe y se alisó las solapas de su sobretodo.

—Muchas gracias por el consejo —contestó con frialdad.

Adelheid dejó que se marchara sin pronunciar palabra.

Lorelei volvió a la cabina del *Prinzessin.* «No te permitas obsesionarte». Quiso soltar un resoplido ante semejante idea. Solo que, de tanto en tanto, le daba la impresión de que había sido condenada a la desdicha, como la víctima de alguna maldición de cuento de hadas. Se trataba de una tristeza que la consumía, del tipo que no se volvía más ligera cuando uno la compartía con alguien. Había desempolvado todos los recuerdos de su vida, con la intención de dar con el origen de dicha sensación. Si la plasmaba en tinta como hacía con sus historias, quizás así pudiera verle algún sentido.

En aquellos tiempos en los que los deseos aún albergaban poder, existió un zapatero que tenía tres hijos. Su hija más joven era igual de radiante que un amanecer tras una larga noche invernal y tenía la calidez de una brisa de verano. Su único hijo, el hermano del medio, era el más adorado por todos: el chaval más bueno de todo el Yevanverte de Ruhigburg, quien se llevaba bien con todos los que tenían el gusto de conocerlo. Y, por último, estaba su incontrolable hija mayor, que dedicaba sus días a levantar piedras para ver qué se escondía en la fría y oscura tierra.

Lorelei y su hermano, Aaron, siempre habían sido inseparables, aunque él no se parecía en nada a su hermana; era el tipo de niño que suplicaba para que lo dejaran atar todas las cajas de zapatos solo con el lazo más elaborado y perfecto posible. El que hacía todo lo que le pedían con una sonrisa en los labios. Sin embargo, conforme se fue haciendo mayor, empezó a temer por su futuro. Se había estado formando como aprendiz del carnicero. Un día, los dos hermanos contemplaron cómo el carnicero degollaba a una cabra con uno de sus relucientes cuchillos: un corte rápido en la garganta y luego un río de sangre que le caía por el cuello. Aaron perdió totalmente el color al ver al animal derrumbarse y Lorelei tuvo que sacarlo a rastras cuando perdió el conocimiento. Se agachó a su lado y le secó el sudor frío que le perlaba la frente hasta que el color le fue volviendo a los labios.

—No quiero decepcionarlo —se quejó su hermano—. ¿Qué voy a hacer?

Tras semanas y semanas de insistirle, Lorelei por fin consiguió convencerlo de que la acompañara en una de sus «expediciones» a la zona del río que sus padres le habían dicho que jamás podía visitar ella sola: donde el muro del Yevanverte bloqueaba el resto de la ciudad y proyectaba su larga sombra. Iban de vuelta a casa, con los bolsillos llenos de especímenes, cuando un grupo de hombres de Ruhigburg abrieron las rejas, entre carcajadas escandalosas. Se pusieron a destrozar los escaparates de las tiendas según avanzaban e hicieron que unos ruidos chispeantes y frágiles como la lluvia resonaran por los callejones.

Gran parte de aquella noche le resultaba confusa. Pero Lorelei recordaba la cara que habían puesto al ver los tzitzit de su hermano… Y al comprobar que iban los dos solos. Había

distinguido el hambre en sus ojos, la mirada maliciosa y aterradora de una manada.

La de unos hombres que habían descubierto que podían hacer lo que les viniera en gana.

—Si usas tu magia, te seguirán el rastro —le había dicho Aaron, aferrándola de la mano—. Corre.

Lo que más recordaba era el grito de su hermano, las carcajadas burlonas de los hombres, el sonido que había hecho su cráneo al partirse. Su sangre se derramó sobre el suelo adoquinado, brillante como el acero fundido bajo la luz de la luna. Y, al final, Lorelei hizo lo que su hermano le había dicho: salió corriendo.

Era aquel momento el que la torturaba, el que no dejaba de atormentarla. La cobardía de dejar a su hermano en manos de sus asesinos, de dejarlo morir solo.

Tras la muerte de Aaron, Lorelei descubrió que había cientos y cientos de fantasmas en el Yevanverte. Se alzaban de los tablones del suelo mientras cosía las pieles que usaban para fabricar zapatos. Se apretujaban contra el cristal empañado de su ventana cuando intentaba dormir. La perseguían por los callejones oscuros y serpenteantes y la miraban con odio desde las filas y filas de casas coloridas. La mayoría eran desconocidos, con unos ojos que brillaban con una luz fría y sobrenatural. No obstante, a algunos sí que los reconocía. Una mujer que había vivido en la casa que había bajo la suya y que iba por el sendero del río cada mañana, sin falta. Un niño pequeñito que había caído enfermo hacía algunos años y que lloraba con lo que parecían ser unos pulmones llenos de líquido. Y el peor de todos era su hermano. Sus ojos como platos, su cráneo hundido y la sangre que se esparcía a su alrededor, como un amanecer espeluznante. Sus padres no tenían ni idea de qué hacer con ella, con la hija atormentada por aquello que no podían ver.

Y entonces había conocido a Ziegler.

Día tras día, durante seis largos años, le envió un carruaje para que la llevara hasta su apartamento en el centro de Ruhigburg. Día tras día, le dio clases de ciencias y magia y se aseguró de eliminar los rasgos más marcados de su acento. Día tras día, Lorelei volvía al Yevanverte hecha polvo. Hasta que al fin, al cumplir los dieciocho, le hizo un regalo: una plaza que le había conseguido en la Universidad Ruhigburg. Lorelei aún recordaba la dicha que había sentido, casi demasiada como para poder aferrarse a ella.

Apenas había superado su primera semana cuando se dirigió al apartamento de Ziegler en el centro de la ciudad después de clase y le dijo que pensaba dejarlo. Porque, en cuanto había abierto la boca, todos sus compañeros habían descubierto qué era. Muchos de ellos ni siquiera habían conocido a alguien como ella, pero sí que habían oído las historias que contaban sus institutrices, por lo que no tenían duda de qué clase de monstruo era. La yeva entre las espinas. La yeva enterrada y olvidada.

Una villana perfecta. Una víctima ideal.

Ziegler se la quedó mirando como si se hubiese puesto a hablarle en yevanés. No concebía cómo algo tan mundano como la crueldad pudiera interponerse en el camino de Lorelei en busca del conocimiento.

—¿Qué pasa? —le había dicho—. ¿Quieres volver a casa de tu padre y fabricar zapatos el resto de tus días? Mírame a la cara y dime que así serías feliz. No puedes. No harías más que sufrir. Estarías desperdiciando todo tu potencial.

¿De verdad habría sido un desperdicio haberse criado con su pueblo? ¿No haber tenido que arrancarse partes de sí misma? Aquellas preguntas la atormentaban. Quizás se habría quedado satisfecha con el destino que Dios le había dado si aquella noche de hacía doce años no hubiera sucedido. Quizás se habría limitado a ser la hija mayor del zapatero, la que cosía cuero, escondía su magia y soñaba con lugares remotos.

Sin embargo, aquel tipo de juegos eran tan absurdos como crueles. Porque Lorelei jamás conocería esa versión de sí misma. Jamás sabría cuánta de la amargura en su interior era algo propio de quien era y cuánta había llegado a ella gracias a la crueldad ineludible de la vida. Su historia había quedado escrita hacía muchísimo tiempo, con tinta indeleble y sangre.

Y no había ninguna posibilidad de cambiarla.

Ocho

Aquella noche, Lorelei soñó que se ahogaba.

Se hundía hacia las profundidades de las aguas oscuras, tan frías que le arrebataron la última bocanada de oxígeno de los pulmones. Las burbujas le escapaban de los labios. El cabello se le agitaba descontrolado a su alrededor, en dirección al fino hilo de luz que se filtraba desde la superficie. Solo que, cuando alzaba la vista, lo único que había era oscuridad por encima de ella y también en derredor.

A lo lejos, aparecieron unas formas pálidas que la llamaban junto al brillo de la luna. Conforme se acercaba nadando, su visión se distorsionaba. Lo que veía no tenía ningún sentido. Había filas y filas de cadáveres flotando en un mar infinito. Uno a uno, volvían su cara pálida en su dirección. Y allí, en medio de todos, los vio.

A Ziegler, con los ojos abiertos como platos y su taza rota en la mano. A Aaron, con sangre que le goteaba de la herida en la cabeza como una nube de humo en ascenso.

Aquellos a los que no había podido salvar.

Lorelei se estiró hacia ellos casi a ciegas. Aunque unas manos pálidas la aferraron de las muñecas, no sintió miedo. Después de todos los fracasos de su vida, ¿sería tan terrible si muriera y ya? Dejar que sus extremidades se relajaran y cerrar los ojos una última vez. Estaría muy a gusto si, después de todos esos años que había pasado luchando, por fin pudiera descansar.

Nos dejaste morir, le siseó una voz al oído.

Lorelei se despertó con un sobresalto y tratando de respirar un aire que se negaba a entrarle en los pulmones. Tenía el cuerpo paralizado salvo por los ojos, que no dejaba de mover. Le ardían los pulmones como si alguien se los hubiese llenado de piedras. Una extraña e ingrávida sensación se le extendió por el cráneo. No, aquello no había sido un sueño. Se estaba ahogando de verdad, solo que con el propio aire.

Un alpdrücke.

Apenas podía distinguir al alp entre la penumbra y sus propios delirios. Lo que sí podía ver era el brillo de sus dientes afilados y amarillentos y también su condenado tarnkappe. El sombrero rojo y brillante se dejaba ver entre la oscuridad como si fuese una baliza. El alp se le había agazapado sobre el pecho y consumía su fuerza vital con cada aliento que Lorelei era incapaz de llevar hasta los pulmones. Se estrujó el cerebro para intentar recordar algo, lo que fuera, que Sylvia hubiese escrito sobre aquellas criaturas.

Pero qué patético sería que justo ella termine salvándome la vida, pensó.

Sin embargo, lo que era incluso más patético era que lo último en lo que pensara antes de morir fuera en ella. Se las ingenió para ordenar un poco sus pensamientos y… ¡Sí! Ya lo recordaba.

—Café —consiguió articular con voz ronca.

El alp clavó sus ojos redondos en ella. Cuando algo de la presión que sentía en el pecho cedió, aprovechó la oportunidad para incorporarse a trompicones y poner un poco de distancia entre ambos. Se apretujó contra el cabecero de la cama y se aferró por instinto a la cadena de plata que llevaba en el cuello.

Había desaparecido.

—¿Café? —repitió la criatura, con una pizca de interés en la voz. Lo notó como un susurro junto a la oreja, un eco en el cráneo. Hasta la forma de su cuerpo la eludía al cambiar entre las sombras como la luz sobre las ondas del agua. Lo único que era lo bastante sólido era su condenado sombrerito.

—Sí —jadeó, tragándose las palabrotas que quería soltar—. Café. Te gusta, ¿a que sí? Si me dejas ir, te traeré un poco.

—¿Mentiras? —preguntó, con un dejo de esperanza infantil.

—No —le aseguró Lorelei muy despacio. Se sentía de lo más ridícula al estar hablando con aquella criatura—. No es mentira. Ahora quita. Una vez que esté en el pasillo, puedes seguirme.

Sintió su alegría en lugar de verla, un chisporroteo en el aire similar a un rayo. Tras un parpadeo, la criatura se había transformado en una cinta de sombras que se estaba colando por el ojo de la cerradura.

Lorelei apoyó la cabeza en las rodillas e inhaló grandes bocanadas de todo el aire que no había podido respirar. Mientras se le iba despejando la mente y notaba el dolor en el pecho, quiso echarse a llorar por alguna extraña combinación de angustia y alivio, pero se contuvo. En su lugar, decidió concentrarse en la claridad mental que acababa de obtener.

Se colocó el sobretodo, encendió una lámpara y escudriñó la habitación. Aunque su ventana estaba cerrada, sus campanillas y limones de protección estaban hechos un gurruño en el suelo como un juguete abandonado. No era muy complicado descifrar lo que había sucedido: uno de sus queridos compañeros había entrado en su dormitorio, había arrancado las protecciones del dintel y le había quitado la cadena que llevaba en el cuello mientras dormía. Habían intentado matarla de la forma más cobarde e indirecta posible. Casi podía decir que la habían impresionado.

En lo que cruzaba la habitación, algo que reflejaba la luz en el suelo le llamó la atención. Lo recogió y lo alzó para verlo contra la luz de la lámpara. Se trataba de un botón de latón, abandonado como un zapato de cristal en medio de un baile.

Era demasiado grande para que se hubiera soltado de un camisón y no lo bastante elegante como para ser de Ludwig. No, había visto ese tipo de botones muchísimas veces en personas distintas: era parte del uniforme militar. Lo apretó dentro del puño mientras una sensación retorcida de triunfo la invadía entera.

Johann.

Se había descuidado. Si bien no era una prueba contundente para convencer a los demás, ya contaba con un objetivo en mente. Aquella noche, sin embargo, lo único que tenía que hacer era lidiar con su visitante no deseado.

Salió al pasillo sin hacer ruido. Las campanillas de la puerta de Sylvia —la que quedaba justo frente a la suya— relucieron en la oscuridad. Ver sus protecciones intactas la llenó de un alivio que no tenía ni la más mínima intención de reconocer. Podía notar al alp tras ella, casi vibrando de la más pura emoción, aunque solo consiguió ver un atisbo de su apariencia oscura con el rabillo del ojo. No pensaba alejarse de las sombras.

Había leído varios de los informes que Sylvia había redactado sobre sus encuentros con alps, unas historias que contaba con más adornos de los necesarios. Como era de esperar, se avergonzaban bastante de su apariencia. Por lo que, si una los miraba directo a la cara, estos se volvían invisibles; se fusionaban con los rincones más oscuros de una sala o se transformaban en algo muchísimo más agradable a la vista. Sylvia tenía una historia bastante popular de cómo había conseguido desterrar a uno al ponerle un espejo enfrente. Aunque Lorelei no sabía cómo funcionaba su magia con exactitud, sí que sabía que necesitaban su tarnkappe para cambiar de forma.

Condujo al alp hacia la cocina. La estancia tenía un aire sombrío a aquellas horas de la noche, sin el cocinero y el sirviente aturullado que les llevaba las comidas. Se movió de aquí para allá: puso agua a hervir y rebuscó en las alacenas hasta dar con lo que buscaba. Intentó dejarlo todo como lo había encontrado, para que el cocinero no les saliera —otra vez— con que el lugar estaba embrujado.

Víctima de un momento de histeria, consideró si debía preguntarle cómo le gustaba el café. ¿Cómo era que su vida se había salido tanto de control? Hacía tan solo dos días, había estado en camino a convertirse en una de las folcloristas más reconocidas del país. Y de eso había pasado a atender los caprichos de una bestiecilla.

Una vez listo, inhaló el oscuro y potente aroma del café antes de servirlo en una taza. Sin querer, había escogido la taza favorita de Sylvia, la que tenía el asa de plata con grabados y un esmaltado de champlevé. Que no tuviera problemas para reconocerla era algo que le repateaba. Se agachó al lado de las sombras que no dejaban de agitarse y vio que el tarnkappe de la criatura se movía de arriba abajo, rojo como la sangre en medio de la penumbra. Recordó su sueño, la sangre que se evaporaba de la herida de su hermano, y contuvo un escalofrío.

—Toma —dijo, con toda la dulzura de la que fue capaz—. Es para ti.

El alp aceptó la taza y, justo cuando rodeó el asa con los deditos arrugados que tenía, Lorelei le quitó el sombrero de la cabeza. La criatura soltó un chillido y se echó para atrás. La taza se hizo añicos. La porcelana salió disparada por el suelo, del mismo modo que las sombras al revelar a la pequeña y repugnante criatura cubierta de un pelaje muy áspero. Lorelei ni se molestó en ocultar el asco que le dio.

—¡Mentiras! —chilló la criatura, arañándose la cara.

Toda la escena parecía demasiado teatrera para resultar convincente.

—A ver, déjate de numeritos. Te daré tu café y tu tarnkappe si me dices qué haces aquí. ¿Alguien te ha dejado pasar?

—¡Nadie! ¡Nadie! —lloriqueó—. ¡Dame!

—Piénsatelo bien —lo animó Lorelei, con una sonrisa malvada—. Porque si no, lo partiré en dos, ¿y qué harás entonces?

Le dio un tironcito a las costuras y cuando uno de los puntos se soltó, el alp se puso a lloriquear de nuevo.

—¿Se puede saber qué está pasando?

Lorelei dio un brinco al oír la voz de Sylvia. Estaba plantada en la puerta de la cocina con una expresión que iba del cabreo al espanto. El cabello le caía por encima de los hombros, tan salvaje como unas llamas. Una vez más, Lorelei tuvo que apartar de su mente la estúpida idea de que, bajo la luz de la luna, la naturalista bien parecía un espectro.

—Baja la voz —le gruñó—. ¿Qué haces tú aquí?

—¡Siempre te escabulles de tu habitación! —Sylvia murmuró las palabras en un susurro fingido que hizo que Lorelei apretase los dientes de pura rabia—. Y parece que he hecho lo correcto al seguirte, ya que te he encontrado atormentando a esta pobre criatura.

—Esta pobre criatura, como la llamas tú, ha intentado matarme mientras dormía.

El alp soltó un sollozo lastimero.

—Han roto las protecciones de mi puerta —siguió—. Y alguien lo ha dejado subir a bordo. Asumo que la misma persona que mató a Ziegler. Esta criatura sabe algo.

—Los alps no juran lealtad a nadie —dijo Sylvia con tono exasperado—. Tienes su tarnkappe. Si tuviera la respuesta a tu pregunta, ya te lo habría dicho.

—¡Eso! ¡Eso! ¡No respuestas! —El alp asintió, con un gesto suplicante hacia Sylvia.

La naturalista le dedicó a Lorelei una mirada que, sin lugar a dudas, decía: «Devuélveselo ya».

Escarmentada, Lorelei soltó un suspiro y le lanzó el sombrerito de vuelta a su dueño. La criatura se aferró a su tarnkappe con sus garritas y se lo puso a toda prisa sobre los cuernos.

—Otro día volver —siseó, con una mirada llena de rencor.

—Cuando quieras.

Las sombras ofuscaron su respuesta y, sin más, la criatura se desvaneció con la misma seriedad que un crío encerrándose de un portazo en su habitación.

—Habrase visto —soltó Sylvia por lo bajo—. ¿Cómo se te ocurre ponerte a discutir con un alp? No quiero ni imaginar lo que sería si te encuentras con una criatura igual de obcecada que tú.

—Alguien como tú, entonces.

—Pues sí. —Sylvia se sonrojó y, tras un instante, la miró con expresión contrariada—. ¿Eso ha sido un cumplido?

—Tómatelo como quieras. —Entonces se percató de que seguía agachada a los pies de la naturalista. Con un ligero carraspeo, se puso de pie y se acomodó el collar alto de su sobretodo.

Sylvia se cruzó de brazos, con una mueca pensativa.

—¿De verdad crees que alguien ha mandado un alp a matarte?

—¿Tus protecciones son seguras?

—¡Claro que sí! ¿Por quién me tomas?

Lorelei hizo una mueca. ¿Siempre tenía que ser tan escandalosa?

—Entonces no tendría que haber podido entrar en mi cuarto sin ayuda.

—¡Pues mal vamos! Me dijiste, muy convencida tú, que estaríamos a salvo siempre y cuando no nos pusiéramos a investigar nada. Y ahora casi te matan con un alpdrücke. —Lo dijo con tantísimo desdén, como si fuese una muerte de lo más indigna, que Lorelei casi se ofendió—. ¿Y cómo te las has arreglado para escapar?

—Le he ofrecido café.

Sylvia se la quedó mirando con una expresión muy extraña.

—No recuerdo haber hablado contigo sobre los alps.

—¿Ah, no? —A Lorelei se le subieron los colores—. Seguro que los has mencionado alguna vez. O quizás lo leí en algún lado.

—Es probable, aunque que yo sepa solo hay un libro que habla sobre la debilidad que sienten los alps por el café. —Una sonrisa presumida y horrenda tiró de los labios de la naturalista—. Lorelei, ¿acaso… te has leído mis libros?

—Claro que no —le espetó—. Tengo cosas más importantes que hacer.

—¡Claro que sí! —Sylvia dio una palmada—. Ay, ni siquiera sé qué decir. ¿Te gustaron?

Siendo sincera, Lorelei había leído todas y cada una de las palabras que Sylvia había publicado.

Durante sus primeros meses en la Universidad Ruhigburg, no había sabido cómo se llamaba. Solo la conocía como la chica de cabello blanco que asistía a todas las conferencias de académicos que pasaban por la universidad con la clara intención de discutir. Alzaba la mano una y otra vez; a veces hasta el cuerpo entero, si se sentía con ganas de defender su punto de

vista de forma tajante. Fue después de un tiempo que alguien la interrumpió en mitad de uno de sus discursos para decirle: «Ya basta, señorita Von Wolff»

Von Wolff. Conocía ese nombre. Antes de la Primera Guerra de Unificación, habría sido de la realeza, pero en aquellos momentos vivía entre sus captores, mientras la mantenían bajo vigilancia a la espera de que se volviera en su contra. Sin embargo, Lorelei la reconocía principalmente por ser un nombre que aparecía junto al suyo. Ziegler llevaba una lista de todos los estudiantes del departamento de ciencias, ordenados según sus capacidades.

Ponerle un rostro al nombre hizo que la inundara una sensación que no supo describir. Siempre había admirado a regañadientes a su rival anónima. Ella también debía entender lo que era tener éxito cuando todos los demás querían verla fallar. Pero ver que era una sabelotodo presuntuosa, una niña bonita de voz chillona y sonrisa fácil…, era un golpe muy bajo para su pobre orgullo.

Había sido entonces que había decidido odiar a Sylvia von Wolff.

En menos de un año, Sylvia publicó su primer libro. Lorelei lo había devorado con un hambre voraz, así como el resto que le siguieron. Se negaba a albergar un odio desinformado.

¿Qué podía decir sobre sus obras? Sylvia surcaba todos los vientos y danzaba en cada riachuelo. No eran más que chorradas. Unas que conseguían capturarla, a pesar de todo. Porque sus historias tenían encanto y detallaban todas las aventuras que Lorelei tanto había ansiado vivir. Su sinceridad exuberante y emotiva bastaba para meterse en el bolsillo hasta a aquellos que más desconfiaban de ella. Y había conseguido que el resentimiento de Lorelei se acrecentara más y más.

—¿Que si me gustaron? —repitió—. ¿De verdad quieres que te conteste a esa pregunta?

—Pensándolo bien, mejor no. —Sylvia soltó un suspiro, decepcionada—. ¿Qué vamos a hacer?

—Nada. —Lorelei apretó con el talón de la bota uno de los trocitos de porcelana que había en el suelo hasta oír un chasquido muy satisfactorio—. Mañana llegaremos a Albe.

—¡Pero alguien ha intentado matarte! No puedo quedarme de brazos cruzados.

—Pues vas a tener que intentarlo. —Lorelei se interrumpió, para luego quedarse mirándola con recelo. Había algo que no le cuadraba y no sabía qué era—. ¿Por eso me estás siguiendo de aquí para allá?

—¿Yo? ¿Siguiéndote? —Sylvia soltó una risa demasiado nerviosa para ser real—. Qué tonterías dices. ¿Por qué iba yo a…?

—Justo eso me pregunto yo. Y, aun así, aquí estás. Me encontraste con… el cadáver. —Se resintió con su voz por fallarle—. Y ahora me has encontrado aquí.

—Porque nuestras habitaciones están muy cerca y, por alguna razón, tienes la costumbre de ir dando pisotones a altas horas de la noche. No es culpa mía que te oiga sin querer.

A Lorelei no le sentó nada bien que le dijera que iba dando «pisotones» por ningún lado.

—Para hacer, como ya has presenciado, las cosas más indecibles. Así que tu curiosidad me resulta de lo más curiosa.

Sylvia la fulminó con la mirada.

—¿De qué hablabas con Adelheid ayer?

—De nada importante —contestó a la defensiva—. ¿Por? ¿No tengo permiso para hablar con Adelheid?

—Porque nunca hablas con nadie si no tienes una razón para ello.

Eso no podía discutírselo.

—Ya que llevas la cuenta —comentó en un intento de redirigir la conversación—: También hablé con Ludwig. Y me contó algo de lo más interesante sobre Heike y tú.

—Ludwig —farfulló indignada en voz baja—. Eso no es asunto suyo. Y tuyo tampoco, ya que estamos. Debería… —Entonces se interrumpió, ahogando un grito—. ¡Lo sabía! Estás husmeando por ahí.

—Claro que no —sentenció—. ¿Qué decías?

—No me cambies de tema —siseó Sylvia—. ¿No piensas aceptar que alguien te ayude ni una vez en la vida?

—Te aseguro que no hay nada con lo que necesite ayuda. —Lorelei estaba muy cerca de perder la paciencia. Ya ni recordaba por qué discutían. Lo único de lo que estaba segura era de que bajo ninguna circunstancia quería la ayuda de Von Wolff. Lo echaría todo a perder con su falta total de sutileza y, lo que era peor, se pondría en peligro a sí misma sin razón alguna. Ya había demostrado que carecía de sentido de autoconservación, si le gustaba ir a perseguir nixes y cualquier criatura con la que se cruzara por la noche—. En serio, no entiendo por qué te quejas tanto. Imagino que estarías la mar de contenta si alguien por fin consigue matarme.

Sylvia se la quedó mirando algunos segundos. Abrió la boca, como si quisiera decirle algo, pero al final pareció que se lo pensaba mejor y terminó cerrándola.

—¿Sabes qué, Lorelei? A veces también lo creo.

Y, con eso, se volvió y se fue hecha una furia. En aquella oscuridad tan espesa, Lorelei la recordó de pie junto al río. Se había imaginado su cabello blanco deslizándose cada vez más abajo, hacia las profundidades, ondeando fuera de su alcance. De pronto, le vino el impulso de estirarse para atrapar un blanco mechón entre los dedos. En su lugar, apretó el puño con fuerza y clavó la vista en su propia expresión confusa, que le devolvía la mirada desde un charquito de café frío en el suelo.

Nueve

Por primera vez desde que habían zarpado, el sol tuvo éxito y consiguió disipar la niebla. El paisaje había pasado de los pantanos deprimentes que se extendían por la zona central del imperio a unas cordilleras que parecían rozar la parte baja de las nubes. Se trataba de unas montañas altísimas y escarpadas, similares a la columna de un dragón, como si uno hubiese decidido plegar las alas y tumbarse un rato a descansar. El agua bajo el *Prinzessin* era de un verde oscuro y transparente. La luz centelleaba sobre su superficie y resultaba casi cegadora tras haber pasado tanto tiempo sobre la oscuridad infinita del Vereist.

La mañana siguiente a su encuentro con el alp, Emma les dijo que no podían continuar con la expedición a bordo del *Prinzessin.* La trayectoria que Heike había trazado los llevaba por los afluentes del Vereist, que se extendían por todo Albe como venas en el dorso de una mano delicada.

—Son aguas poco profundas —había explicado la capitana, con sus ojos grises concentrados en algún punto en el horizonte a lo lejos—. A partir de ahora, es cosa vuestra.

Les prepararon tres elegantes botes de remo para lo que les quedaba de viaje, cada uno de ellos cargado con recipientes de instrumentos científicos y cajas de madera vacías para cargar con cualquier espécimen que encontraran. Lorelei avanzó por la cubierta, esquivando a la tripulación que iba y venía mientras se preparaban para echar el ancla.

Sylvia ya estaba esperando en la cubierta, con la mochila colgada a los hombros y los brazos cruzados apoyados sobre la barandilla. La luz de la mañana la pintaba de una calidez muy suave mientras contemplaba las montañas. Su hogar. Podía verlo clarísimo en el brillo de sus ojos y en la delicada sonrisa que le tiraba de las comisuras de los labios. Le parecía que se estaba inmiscuyendo en lo que no le correspondía y aquello desencadenó una extraña sensación de envidia y melancolía en su interior. ¿Cómo se sentiría eso de pertenecer de verdad a un lugar? No creía que fuese a llegar a descubrirlo en algún momento.

Antes de que pudiera anunciar su presencia, Sylvia se volvió hacia ella.

—Hola, Lorelei.

—Hola —contestó algo tensa.

Sylvia la observó con frialdad. Suponía que se lo merecía después de la discusión que habían tenido la noche anterior. Lo único en lo que podía pensar era en el fuego decidido que había ardido en los ojos de la naturalista cuando le había dicho que no se podía quedar de brazos

cruzados.

Por alguna razón, la culpabilidad se apoderó de ella, por lo que se sorprendió a sí misma al decir:

—Debes estar contenta por estar en casa.

Aunque Von Wolff la miró con sospecha, no estaba lo bastante enfadada como para pasar por alto el esfuerzo de Lorelei de iniciar conversación.

—Aún no he llegado. Estamos en Waldfläche, conocido por sus macizos, si no me equivoco. Aun así, es bellísimo, ¿no crees?

—¿Por sus macizos? —preguntó Lorelei, sin comprender.

Sylvia la miró como si se hubiese quedado sin palabras.

—Las montañas.

—Ah. —Lorelei echó la cabeza hacia atrás para contemplarlas, más que nada por una cuestión de cortesía. Un poco a regañadientes, se percató de que estaban coronadas por un blanco reluciente. Si aún había nieve tan entrada la primavera, era probable que esta no llegara a derretirse. Estupendo. Si tenían que cruzarlas o escalarlas, eso haría que su viaje fuese más incómodo y bastante más complicado. Seguro que alguien terminaba perdiendo una extremidad o dos—. Pues sí.

Según parecía, no era la respuesta ideal, porque Sylvia soltó un suspiro apenado.

Antes de que Lorelei pudiera rescatar la conversación, el resto del grupo llegó junto a ellas. Todos iban vestidos para el viaje con capas forradas en piel y pantalones de lana remetidos en unas botas de cuero de becerro. Heike y Ludwig iban agarrados del brazo y soltaban risitas por algo que solo ellos sabían. Adelheid se acercó con Johann a un lado. Con tan solo verlo, Lorelei sintió que la furia se encendía en ella y que las manos le temblaban por la intensidad de la emoción. Como si pudiera percibirlo, el médico le devolvió la mirada con un brillo retador. Aunque no parecía para nada sorprendido al verla.

Qué extraño. ¿Acaso habría esperado que sobreviviera al ataque?

—¿Listos para irnos? —preguntó Sylvia.

Cada bote estaba destinado para cargar solo con dos pasajeros y ya se habían formado las parejas. Sin embargo, aquello le daba una oportunidad para aislar a Johann, una que no podía permitirse desperdiciar. Tenía que estar totalmente segura antes de acusarlo de nada o se arriesgaba a que los demás le dieran la espalda.

—No puedo viajar con Von Wolff, terminaremos volcando el bote. —Fue la primera excusa que se le ocurrió.

Sylvia se quedó boquiabierta y mirándola como si no se pudiese creer lo que había dicho.

Ludwig sonrió con travesura.

—Ya voy yo contigo, Lorelei —dijo con un tono cargado de inocencia.

Heike se volvió hacia él.

—Pero si yo tampoco puedo ir con ella.

—¿Otra vez con lo mismo? —Sylvia sonaba dolida de verdad, lo que hizo que a Lorelei le diera un pinchacito de culpabilidad—. Estoy harta de que me hagáis sentir como si fuera…

—¿Insignificante? ¿Una apestada? —preguntó Heike sin mayor emoción en la voz—. Mira tú por dónde.

—A callar todo el mundo. Parecéis unos críos. —Adelheid soltó un suspiro, agotada—. Sylvia, vente conmigo.

Adelheid y Heike pasaron la una de la otra (de una forma muy obvia, según Lorelei). Era evidente que su discusión del día anterior las había distanciado un poco. Y que Adelheid hubiera rescatado a Sylvia de las pullitas hirientes de Heike seguro que no ayudaba mucho.

Johann le dedicó a Lorelei una mirada cargada de malicia.

—Andando.

Al menos se había salido con la suya.

Solo que, dentro de todas sus elaboradas maquinaciones, no había tenido en cuenta el minúsculo detalle de su estatura. Tanto ella como Johann tenían unas piernas larguísimas, por lo que tuvo que doblarse de forma muy incómoda solo para evitar que alguna de sus extremidades terminara escapándose por la borda. Ninguno de los dos dijo nada, pero prácticamente podía sentir el desagrado de Johann estrellándose contra ella como si fuese una ola sólida. De tanto en tanto, hundía su remo en el agua con semejante fuerza que los hacía girar con brusquedad hacia la orilla del río.

Consideró la opción de darle un porrazo con su remo en el cogote, pero terminó pensándoselo mejor. Ni a él ni a Adelheid les iba a hacer mucha gracia y tampoco es como si quisiera provocarlo en vano. Terminó enterrando su remo en el barro y empujando para corregir el rumbo.

—¿Tan despreciable te resulta mi compañía?

Johann soltó un resoplido, pero no contestó.

Lorelei subió su remo y clavó una mirada enfurruñada en su nuca.

—Quería devolverte algo.

Johann se volvió hacia ella, con pinta de haberse ofendido por que le hubiese dirigido la palabra sin su permiso.

—¿Qué me has robado?

—No te he robado nada.

Lorelei pasó por alto su expresión incrédula y se sacó el botón que llevaba en el bolsillo de su sobretodo. El latón brilló bajo la luz del sol. Johann lo agarró y se acomodó las gafas. Durante unos cuantos segundos, se quedó mirándolo con los ojos entrecerrados y una mirada confusa.

Ningún atisbo de reconocimiento iluminó su mirada, tan solo simple curiosidad.

—¿De dónde lo has sacado? —le preguntó.

—Lo encontré. En mi habitación, de hecho. —A Lorelei le resultaba imposible ocultar el fastidio en su voz. Había esperado arrancarle alguna reacción—. Es tuyo, ¿no?

—Pues no. —Johann frunció el ceño y se lo devolvió. Le sorprendió muchísimo que se limitara a entregárselo sin soltar ningún comentario o acusación, porque seguro que creía que había algún ritual oscuro con un botón y un mechón de cabello que supuestamente ella sabía llevar a cabo. De pronto, como si hubiera recordado con quién estaba hablando, añadió en un tono condescendiente y belicoso—: ¿Es que no has visto el grabado? No es de mi batallón.

Lorelei no tenía cómo confirmar ese dato. Tenía que estar mintiendo.

—Ah —contestó.

Meneando la cabeza con hartazgo, Johann le volvió a dar la espalda.

Al girar el botón entre los dedos, lo único que pudo ver fue el grabado casi invisible de un dragón. Fuera como fuese, pensaba atraparlo. Se metió el botón en el bolsillo de nuevo y volvió a sujetar su remo.

La corriente del río era fuerte, con unas rocas rodeadas de espuma que se asomaban en su superficie. Había algo muy reconfortante en poder ver las piedras lisas que había en el fondo, como un mosaico de grises y azules. Unos bancos de peces plateados se dejaban ver en el agua y, cerca de las riberas poco profundas, unas tortugas tomaban el sol sobre unos maderos cubiertos de musgo. Era todo bastante encantador; totalmente normal. No detectó ningún brillo de magia en el agua, ninguna bestia extraña o sobrenatural ni tampoco alguna flora inusual. Si ella misma no hubiera visto los datos, habría sospechado que Adelheid le mentía.

Por alguna razón, terminó centrando su atención en Sylvia. Su bote iba unos diez metros por delante del de ellos, por mucho que fuese la única que remaba. Adelheid estaba concentrada en la superficie de cristal de su máquina de radiestesia. La luz del sol hacía que su cabello rubio adquiriera unos brillos dorados, pero tenía la mandíbula tensa y el ceño fruncido por la preocupación. Incluso desde lejos, Lorelei podía ver los músculos de los antebrazos de Sylvia en funcionamiento y cómo se le ajustaba la tela blanca de su camisa de lino. Se había enrollado las mangas y había dejado su abrigo doblado en el asiento a su lado.

Lorelei apartó la vista de sopetón. ¿Qué carajos le pasaba últimamente?

El bote de Ludwig y Heike iba rezagado. Ludwig remaba cuando no se distraía recogiendo nenúfares del río y espadañas de la ribera. Los ejemplares empapados que iba reuniendo desaparecían en el vasculum que llevaba colgado al cuello. Heike, mientras tanto, tenía su remo apoyado en el regazo y descansaba la barbilla sobre el dorso de la mano, como si estuviese dando un paseo en carruaje. Si hasta había llevado una sombrilla y todo.

Sin razón aparente, a Lorelei le dio un escalofrío. El río reflejaba los árboles que delineaban la

ribera por ambos lados, altos pero inclinados en unos ángulos extraños, como dientes torcidos. La tierra bajo ellos era oscura y estaba empapada, y las orillas del propio río parecían haberse hundido. La hierba que había más allá era casi inexistente, ya fuese porque la hubiesen pisoteado o arrancado desde la raíz. El ambiente se volvió espeso, como si una gruesa manta de lana los cubriera, e hizo que desaparecieran todos los sonidos que no fueran el rugido del río.

Miró de reojo a Adelheid. El cable de la máquina de radiestesia vibró de una forma muchísimo más intensa de lo que Lorelei había visto antes, hasta que se quedó totalmente quieto.

Y el cristal se rompió.

Con toda la calma del mundo, Adelheid alzó la vista hacia Lorelei para decirle:

—Tenemos un problema.

La corriente los condujo hacia una extensión más ancha del río. Parecía como si alguien hubiese cavado en la tierra hasta dejarla con la forma de un ojo abierto. Muchos de los árboles en el lado norte parecían haberse partido en dos, como huesos rotos. Otros yacían tirados en la tierra y les habían arrancado la corteza en unas tiras largas y desiguales. Ya fuera que estuviesen de pie o caídos, la mayoría estaban marcados por unos cortes profundos que derramaban savia. Cuando Lorelei echó un vistazo por la borda, casi perdió el equilibrio por el vértigo. El agua que tenían debajo era del azul más puro e impactante que hubiese visto y se extendía lo que parecían ser kilómetros río abajo.

En lo más hondo del río, Lorelei vislumbró un atisbo de rojo que centelleó como una moneda en el fondo de un pozo. La imagen de la sangre derramándose sobre el suelo adoquinado se le coló en la mente y el estómago le dio un vuelco. Afianzó su agarre en el remo y procuró concentrarse en el sonido que hacían sus guantes de cuero al aferrarse a la madera, en el temblor de sus respiraciones aceleradas.

Sylvia se inclinó por un lado de su bote y se puso muy pálida.

—Esto no pinta bien.

Como si hubiese estado esperando su señal, el agua empezó a ondear a un ritmo que parecía los latidos de un corazón. La mancha roja que había al fondo del pozo se empezó a mover y Lorelei juraría que vio unos ojos brillando en medio de la oscuridad. La imagen desapareció cuando el agua empezó a agitarse bajo ellos. Lo único que podía ver era un montón de burbujas.

—Sospechaba que podría pasar algo así. —Adelheid se aferraba con fuerza a su máquina conforme las olas sacudían sus botes.

—Quizás deberías guardarte los regodeos para más tarde —siseó Heike.

Antes de que Lorelei pudiera volver a llevar aire a los pulmones, algo salió despedido desde las profundidades del río como unas espirales de cuerda cubiertas de barro. Primero asomó la cabeza, luego el cuello y por último dos extremidades con unas garras tan largas como la propia Lorelei. Estas se hundieron en la tierra cuando la bestia se impulsó para salir del agua y un árbol

cercano soltó un crujido al partirse en dos. El agua se derramaba de las escamas de la criatura a chorros.

Un dragón de color rojo sangre se los quedó mirando con unos ojos verdes llenos de motitas doradas. Cuando parpadeó, una lámina iridiscente se deslizó en diagonal sobre el ojo.

Johann hizo una rápida sucesión de movimientos con las manos que Lorelei solo consiguió reconocer a medias: alguna especie de protección religiosa. Murmuró algo en voz baja y lo único que pudo distinguir fue la palabra «demonio».

Heike ahogó un grito.

—¿Qué es esa cosa?

—Eso de ahí —contestó Sylvia con voz débil— es un lindworm.

Lo único que decían los diarios de viaje de Sylvia sobre aquellas criaturas era hasta dónde había llegado para evitarlas.

Ludwig se acurrucó sobre sí mismo hasta apoyar la frente sobre las rodillas.

—Vamos a morir aquí mismo, ¿a que sí?

—Si no entráis en pánico… —exclamó Sylvia.

Pero entonces la criatura dejó escapar un gruñido bajo, como un traqueteo, desde lo más hondo de sus entrañas. La superficie del agua vibró ante el sonido. La bestia se fue enroscando más y más, preparándose para atacar. Tenía su mirada hambrienta concentrada en Sylvia, quien llevó una mano hacia el sable que tenía en la cadera, aunque pareció cambiar de opinión.

¿Por qué no hacía nada?

Lo único que Lorelei podía imaginar era su expresión pálida y aterrorizada reflejada en aquellos ojos horribles. Lo único que podía ver era su cabello blanco manchado de sangre. Así que no se lo pensó. Alzó los brazos e invocó su magia.

El éter respondió de buena gana, con unos chispazos de color azul claro brillando en el aire. Apretó los dientes para tolerar el peso y la fuerza del río y, en un instante, el hilo que unía su voluntad con la del río se volvió tan frágil que amenazaba con romperse. Un hilillo de sangre le bajó por la nariz hasta llegarle a los labios. Era demasiado y demasiado pronto. No iba a poder.

Y entonces, de golpe, todo el peso desapareció.

A su lado, Johann se había puesto de pie de un salto para ayudarla a levantar un muro de agua y su rostro apenas tenía un ligero sonrojo por el esfuerzo. Era obvio que había entrenado para hazañas muchísimo más difíciles que aquella. No quería pensar hasta dónde podían llegar sus capacidades.

En el preciso instante en que el lindworm se abalanzó sobre el bote de Sylvia y Adelheid, ambos cerraron las manos en puño y congelaron el muro hasta volverlo de hielo. Este se hizo añicos con el impacto e hizo llover unos trozos de hielo que parecían cristales rotos. Por instinto, Lorelei se cubrió con su sobretodo y vio caer unas esquirlas de hielo afiladas a sus pies.

La bestia soltó un siseo enfurecido antes de sumergirse en el agua. A Lorelei le costó mantener el equilibrio mientras el bote se agitaba por el movimiento.

Johann la miró como si fuese la primera vez que posaba sus ojos sobre ella.

—¿Puedes usar magia?

Se percató de su error demasiado tarde. Aunque un pinchazo de pánico la recorrió de pies a cabeza, se las arregló para decir con voz calmada:

—¿Y si lo hablamos en otro momento?

El dragón surcó el agua como si de una flecha se tratase, casi demasiado rápido como para seguirlo, tan solo un destello rojo en las profundidades. A su lado, Sylvia se dejó caer hecha un ovillo en el fondo del bote, con los brazos a la altura del rostro como si se estuviese protegiendo de un golpe. Estaba muy pálida, pero lo peor era el brillo atormentado que tenía en los ojos. Lorelei lo reconoció de inmediato: estaba atrapada en algún momento y lugar muy lejanos. Adelheid se plantó frente a ella y adoptó una posición de pelea.

—No te distraigas, Kaskel. —La voz de Johann era un gruñido bajo.

El lindworm surgió del río. Las olas que impactaron contra el bote fueron tan violentas que Lorelei perdió el equilibrio. El suelo desapareció bajo sus pies y, durante un segundo, lo único que pudo ver fue el cielo. Entonces se dio en la cabeza contra el respaldo de su asiento y unos puntitos negros le inundaron la visión.

La cola llena de pinchos de la criatura se alzó por lo alto y se estrelló contra otro bote. El ruido de unos gritos y de la madera al romperse atravesó la niebla que se le había formado a Lorelei en los pensamientos. Se obligó a ponerse de pie para ver a Adelheid salir a la superficie, escupiendo agua. Se aferró a uno de los trozos del bote que flotaba en la corriente.

¿Dónde estaba Sylvia?

—¿Adelheid? —la llamó Johann, claramente víctima del pánico.

—Estoy bien —contestó ella—. Tú encárgate de eso.

La mirada de Johann se tornó asesina al volverse hacia la criatura. Se movió como si hubiese nacido para pelear. La forma tan natural en la que extrajo agua del río para luego convertirla en lanzas de hielo que se estrellaron contra las escamas de la bestia fue casi una obra de arte, aunque no logró hacerle daño. Con un grito de frustración, se apoderó de otra ola y la condujo hacia lo alto hasta que esta se congeló con unas puntas serradas.

Era obvio que Johann se estaba dejando llevar por su ira, Lorelei podía ver que cada vez era menos preciso. Casi no podía pensar con el pitido que oía dentro del cráneo. Con los otros fuera de combate, todo se reducía únicamente a ellos dos. El párpado traslúcido del lindworm se retiró y el peso intenso de su mirada furiosa se centró en Lorelei. Le proporcionó la descarga de adrenalina suficiente como para ayudarla a pensar con claridad.

—El ojo —soltó de pronto.

Johann la miró de refilón, con la expresión congelada en una mueca de furia.

—¿Qué dices?

—No pierdas tiempo intentando atravesar sus escamas.

Tras un segundo, la comprensión se abrió paso entre su sed de sangre y asintió, decidido. Cuando la criatura retrocedió para volver a atacar, Johann echó el brazo hacia atrás y desató una fina y letal lanza de hielo en su dirección. Esta dio en el blanco y se hundió hasta lo más profundo del ojo verde.

La criatura soltó un chillido, entre sacudidas. El agua se agitó con violencia, los sacudió a todos con ella y llegó hasta la tierra mojada de las riberas. Unas perlas de sudor motearon las sienes de Johann mientras apretaba más y más los puños, para asegurarse de que clavaba la lanza hasta el fondo del cráneo de la bestia.

Con un último chillido, el cadáver del lindworm cayó sobre la orilla. La sangre que manaba de sus escamas se derramó hacia el río. Una espuma de color rosa le rodeó el cuerpo y la sangre fue expandiéndose poco a poco sobre la superficie del agua. Al ver aquel cuerpo destrozado, brillante incluso en su muerte, Lorelei casi perdió los papeles. Se dejó caer contra un lado del bote, respirando con dificultad, y se clavó los pulgares en las sienes. Tenía el estómago revuelto.

—No es muy sensato darle la espalda a un oponente moribundo, ¿sabes? —dijo Johann—. Todo se vuelve más despiadado y más hermoso en sus últimos momentos.

Lorelei alzó la mirada hacia él. Aunque estaba de perfil, consiguió ver la curva de una sonrisa satisfecha en sus labios mientras contemplaba lo que había hecho.

—¡Johann!

Pareció perder todas sus fuerzas al oír la voz de Adelheid, que se encontraba en la otra orilla junto a Sylvia, ambas tiritando en sus capas empapadas. Aunque Lorelei no pudo interpretar su expresión tensa, una acusación terrible y suplicante brillaba en sus ojos. Pareció que intercambiaban una conversación entera en la simple mirada que compartieron. Johann apretó los puños hasta que, poco a poco, los fue abriendo para posar la mirada sobre sus palmas temblorosas. Pareció horrorizado y, un segundo después, avergonzado.

Como si aquello pudiera excusar la actitud de hacía unos segundos. Cuando había llevado la máscara de un monstruo.

No, pensó. *La de un asesino.*

Diez

Llevaron los botes que les quedaban hasta la orilla, para luego atarlos y cubrirlos como bien pudieron con hojas y ramas sueltas. Sylvia estaba muy callada, algo nada común en ella, y se había quedado a un lado con los hombros caídos, como si no le dieran las fuerzas para sostenerse recta. Ludwig le pasó el brazo por los hombros y, por mucho que tuviera la capa totalmente empapada, dejó que le apoyara la cabeza en la curva del cuello.

Hizo un ademán con la mano, como si quisiera extraer el agua de su ropa, pero apenas consiguió escurrir unas cuantas gotas.

—Perdona, eso es lo único que puedo conseguir —se excusó con una sonrisa de disculpa.

Sylvia le devolvió el gesto con una un tanto triste.

Heike los miró con un ligero desagrado. Pasó la mirada por el resto del grupo como si estuviese buscando un blanco para desquitar su molestia y, para sorpresa de nadie, escogió a Lorelei.

—Conque puedes hacer magia.

Pese a que fingía desinterés, su tono iba cargado de un veneno empalagoso. Lorelei sintió un retortijón en el estómago mientras la advertencia de su padre resonaba en sus adentros: «Ni se te ocurra hacer eso donde alguien pueda verte».

Durante años se había asegurado de tener muchísimo cuidado. Un error, un estúpido acto altruista, había sido lo único que había hecho falta para echarlo todo por la borda. Una cosa era que la gente sospechara que era un monstruo. Y otra muy distinta es que les entregara las pruebas en bandeja de plata.

No podía apartar la vista de la espada de Johann, que relucía bajo la pálida luz de la luna.

—No sé de qué me hablas —murmuró en un tono sorprendentemente tranquilo.

—¿Ah, no? —Heike hizo una mueca de desdén—. Me ha fallado la vista, entonces.

—Yo no he visto nada —interpuso Ludwig.

—Pues yo sí. Ha canalizado el éter. —Johann se había quitado las gafas para secarlas con una esquina de su camisa. Cuando se las volvió a poner, Lorelei no fue capaz de entender su expresión—. Aunque es probable que su rapidez mental haya sido lo que os ha salvado la vida.

El ímpetu de la gratitud que sintió Lorelei la dejó sin aliento. A su mente le llevó un momento procesar que Johann zu Wittelsbach, simpatizante de los Sabuesos, la hubiera defendido.

—¿Qué has dicho?

Heike se había quedado con la boca abierta.

—¿Te encuentras bien? Pero si es…

—Una bruja, sí. —Johann puso mala cara—. Pero incluso así…

—No, pedazo de zoquete supersticioso. Es una mentirosa. —Heike avanzó un paso hacia Lorelei y concentró la mirada en su rostro—. ¿A que sí, Lori? Qué conveniente que nos hayas dejado creer que eras la única que no era capaz de matar a Ziegler.

—Yo que tú me andaba con cuidado antes de decir algo de lo que puedas arrepentirte —advirtió Lorelei con calma.

—¿Podemos dejarlo estar? —Ludwig parecía bastante desesperado, algo inusual en él—. Al menos hasta que hayamos entrado en calor. No me gustaría perder ningún dedo, a poder ser.

Tras unos interminables segundos, Heike soltó un suspiro y pareció que el enfado escapó de ella con ese gesto.

—Venga, vale.

—Seguro que todo esto tiene un lado positivo. —Ludwig probó suerte—. Seguro que aún tenemos el mapa.

—No. Ni la máquina de radiestesia, ya que estamos. —Heike se escurrió el pelo mojado como si de una toalla se tratase—. Estamos bien jodidos. Espero que estéis contentos —añadió con un tono optimista de lo más mordaz.

Adelheid dejó escapar un ruidito de fastidio. Era lo más alterada que Lorelei la había visto nunca. Tenía el vestido empapado y manchado de barro y su cabello rubio le colgaba lacio por la espalda. Aun con todo, parecía tan imponente como siempre.

—Ojalá hubiésemos tenido otra ruta que seguir.

Heike la señaló con un dedo.

—Ni se te ocurra culparme por esto.

—Claro que no —contestó Adelheid—. Si tú eres la víctima aquí, como siempre.

—Mira quién fue a hablar. —Heike le dedicó una sonrisa cargada de veneno.

—Basta ya —interrumpió Lorelei—. No puedo pensar con las dos cacareándome en la oreja.

Un silencio muy tenso se extendió por el grupo.

Tras respirar hondo, continuó:

—En todas las historias, los lindworms se alimentan de ganado. Debería haber un pueblo por aquí cerca.

Aunque Sylvia tenía sus ojos pálidos clavados en ella, su mirada carecía de su fuego característico. Lo vacíos que parecían la ponía de los nervios.

—Tiene razón.

Johann hizo un gesto hacia el surco que había dejado la barriga de la criatura en la tierra. Estaba llena de árboles rotos y unas marcas sobre la hierba arrancada que parecían estar llenas de

sangre. Era probable que ese hubiera sido el camino que seguía hacia el pueblo. Lorelei podía imaginarlo a la perfección arrastrándose de vuelta al río, tras haberse zampado unos cuantos borregos indefensos.

—¿Sugieres que sigamos estas huellas hasta el pueblo?

—Salvo que alguien tenga una mejor idea —dijo Lorelei—, pues sí. Como mínimo podremos reorganizarnos allí.

Empezaron la marcha a pie con la niebla rodeándoles los tobillos. Poco a poco, la noche fue cubriendo el cielo como si de unas aguas oscuras se tratase. El rastro del lindworm los condujo a través de un bosque espeso de abetos y abedules de tronco blanco. Unas setas pálidas como huesos habían brotado de las cortezas de los árboles que se estaban pudriendo y se estiraban hacia la luz de la luna que conseguía colarse entre las ramas.

Lorelei avanzó sola por detrás del grupo y con las manos metidas hasta el fondo en los bolsillos de su sobretodo. Ludwig seguía con el brazo apoyado sobre los hombros de Sylvia mientras andaban. Heike iba unos cuantos pasos por detrás de ellos y parecía irradiar desdicha y autocompasión. Adelheid y Johann la seguían detrás, hablando entre ellos en una voz tan baja que Lorelei no conseguía captar ni media palabra. Johann tenía la cabeza gacha, como si estuviera rezando. O quizás esperando su castigo. Tras una pequeña pausa, Adelheid apoyó la mano sobre la de él por un instante. Y el gesto acabó casi antes de haber empezado. Luego avanzó para caminar junto a Heike. Lorelei vio que Heike se ponía a la defensiva de inmediato, antes de relajarse cuando Adelheid empezó a hablar. Al final, la astrónoma terminó entrelazando los dedos con los de su compañera.

Según parecía, todo había quedado perdonado. La facilidad del intercambio le recordó con un pinchazo de dolor a sus discusiones con su propia hermana.

Una jaqueca insistente le empezó a palpitar en la base del cráneo por alguna espantosa mezcla de estrés y agotamiento; una que empeoró al notar que Johann se retrasaba a propósito para ir a su paso. Quizás si mostraba el desinterés suficiente la dejara en paz. Pero no hubo suerte. Marchó a su lado en un silencio perturbador, escudriñándole el rostro con sus ojos hundidos.

A regañadientes, Lorelei le devolvió la mirada. Por primera vez, se percató de que tenía cicatrices como las de Sylvia, marcadas en las sienes y de un brillo pálido bajo la luz de la luna. Solo que las de él se veían menos y parecían más antiguas. Era obvio que solía ganar sus duelos en lugar de perderlos.

—Supongo que esperas mi gratitud —le dijo.

—No —contestó él, con una mueca de desagrado—. No lo he hecho por ti. A veces Heike tiene que aprender a cerrar el pico.

—¿Qué quieres, entonces?

—Quiero hacerte una pregunta. —Pronunció cada palabra como si estuviese escupiendo un

montón de cristales rotos—. ¿Cómo obtuviste tus poderes?

—Pues igual que tú, supongo —contestó ella con frialdad.

Johann la miró con los ojos entornados. Era evidente que no le creía ni media palabra.

—¿Y quién te enseñó a usarlos?

—Ziegler. —El dolor que le estrujaba el pecho casi la dejó sin respiración. Desesperada por cambiar el rumbo de la conversación a uno más seguro, añadió—: Es bastante común entre los de mi pueblo, pero no muchos practicamos la magia.

La magia se encontraba en el agua; era un fenómeno que podía comprobarse de forma científica. Los habitantes de Brunnestaad se enorgullecían mucho de su habilidad con ella y la veían como un vínculo intrínseco entre la tierra y ellos mismos. Los yevaníes, por el contrario, no encajaban bien en esa narrativa. Los llamaban «Errantes»: acostumbrados a buscarse la vida y a vivir en ciudades. Que los yevaníes pudieran usar la magia hacía que la gente de Brunnestaad se sintiera incómoda, y la incomodidad los volvía violentos. Era más sencillo pasar de la magia por completo que invitarlos a que se adentraran en sus murallas con sus piedras y antorchas. Ziegler siempre había detestado aquel tipo de prejuicios. Cualquier institución que buscara enterrar la verdad no tenía lugar en su mundo. Y fue así como le había enseñado a Lorelei a manipular el agua como parte de sus estudios.

—Con un poco de entrenamiento, luchar se te daría bien —dijo Johann—. Salvo que te estés conteniendo. He oído que los yevaníes pueden manipular la sangre en tus venas.

—Por desgracia, aún no he encontrado a nadie que me enseñe a hacer eso —repuso ella de mala gana—. Tienes una idea equivocada sobre nosotros.

—No sobre ti. —Le devolvió la mirada con firmeza—. Puede que nos hayas defendido hoy, pero eso no cambia nada. Nos darás la espalda cuando más te convenga.

—Qué convencido te veo —murmuró ofendida—. ¿Cómo te las vas a arreglar para seguir viviendo cuando tengas que obedecer a una reina albense?

De pronto, Johann parecía bastante fastidiado.

—Si lo dices por la otra noche, no estaba en mis cabales. Wilhelm es un estratega y hacer todo lo que está en sus manos para acallar el descontento de los albenses es una buena jugada. He luchado por él y por su sueño. Puedo ser paciente hasta que lo consiga.

A Lorelei le sorprendieron sus palabras.

—¿Y qué sueño es ese?

—Un imperio unificado —contestó con algo que parecía reverencia en la voz—. Algo puro.

Dios bendito, cómo lo detestaba.

—¿Y te crees que eso es lo que te va a dar? —No pudo esconder el asco que sentía en su voz.

—Con el tiempo. —Frunció el ceño—. Una vez que tenga el área totalmente bajo su control, así como el poder del Ursprung, podrá gobernarla como le plazca. Yo mismo quiero que llegue

ese momento. Los tiempos de paz son un bodrio.

—¿Y si lo que tú quieres no encaja en sus planes?

—Herzin es muy influyente —respondió con frialdad—. Ya entrará en razón.

Lorelei no estaba segura de qué era lo que más le perturbaba: su visión de un Brunnestaad «puro» o lo mucho que había desencajado sus expectativas. Si estaba dispuesto a aceptar a Sylvia (y a Wilhelm), no tenía ningún motivo para todo lo que había sucedido.

—¿No crees que uno de los tuyos estaría mejor capacitado para gobernar? —le preguntó, en un intento por retomar el control de la conversación.

Johann le dedicó una sonrisa despiadada.

—No todos somos tan desleales como tú.

Lorelei se negó a dejarse provocar.

—Sé que no estás aquí por Wilhelm. Me han dicho que has venido para cumplir una promesa.

—¿Adelheid te lo ha contado? —Se acomodó las gafas, claramente avergonzado—. La verdad es que no suelo pensar en eso. Alexander me salvó la vida en el campo de batalla, sí, pero Adelheid lleva encargándose de salvarla cada día desde entonces. Y eso pesa más que una promesa.

—Qué romántico —comentó sin emoción en la voz—. Casi te envidio.

Johann soltó un resoplido.

—No hay nada que envidiar en ese sentido.

—¿Entonces?

—En Herzin —empezó, tras unos segundos—, apenas empiezas a caminar, te agarran de los hombros y te señalan dónde se encuentra el enemigo. Te ponen una espada en la mano y lo denominan propósito. Ella es la única que me ha pedido que la baje. No sé cómo llamarías tú a algo así.

Por un instante, a Lorelei le pareció muy cansado. Muy humano. Se quedó observando el ligero brillo del colmillo que llevaba en el cuello.

—¿Sabes lo que es un gólem?

Johann la miró casi con desconfianza.

—No.

—Es un protector —le explicó—. Se cuentan muchas historias sobre ellos. La más famosa de todas es sobre un rabino que salvó el Yevanverte de unos hombres como tú.

Johann permaneció en silencio.

—Un día —continuó—, el rey amenazó con expulsar a todos los yevaníes de su ciudad, por lo que el rabino fue a la ribera y construyó un gólem a base de sedimento y barro. Cuando escribió el nombre de Dios en un pergamino y lo colocó sobre la boca del gólem, este cobró vida.

Según la leyenda, el gólem podía volverse invisible y conjurar los espíritus de los muertos.

Cada vez que el rey enviaba a sus ejércitos a desterrar a los yevaníes, el gólem los hacía volver chillando por las calles. Durante el día de descanso, el rabino le quitaba el pergamino de la boca y el gólem se quedaba inmóvil.

—¿Y qué pasó después?

—Depende de a quién se lo preguntes. En algunas versiones de la historia, el rey le suplicaba al rabino que destruyese al gólem a cambio de prometer que los yevaníes estarían a salvo. Con un simple movimiento de su pluma, el rabino cambió la palabra «verdad» por «muerte» en el pergamino del gólem. Los yevaníes vivieron en paz en la ciudad y se dice que aún se puede revivir al gólem si llegan tiempos de crisis.

Johann parecía decepcionado.

—¿Y en las demás versiones?

—El rabino se olvida de quitarle el pergamino, así que el gólem termina destrozándolo todo fuera de las murallas del Yevanverte. Asesina a muchísimas personas antes de que el rabino pueda detenerlo.

—Qué deprimente.

—Es una fantasía que nos consuela un poco —contestó Lorelei más a la defensiva de lo que había pretendido—. En cualquier caso, me recuerdas a él. Me parece que Adelheid es quien te quita el pergamino de la boca.

Johann se congeló como si le hubiese dado una bofetada, pero Lorelei siguió andando.

Lo odiaba, sí, pero en cierto modo también le daba lástima. ¿Acaso no había visto cómo se había transformado al empezar a luchar? ¿No había visto el terror salvaje e irracional en los ojos de Sylvia? Lorelei sabía lo que era que tu mente siguiera librando sus propias batallas, unas que hacía mucho que habían acabado para el resto.

«Incluso de pequeño, siempre ha sido cruel y rencoroso», le había contado Adelheid. «Su padre tampoco le dio mayor opción».

Era evidente que Wilhelm sí que sabía quién era. Y no le sorprendía que se valiera de cada arma y cada oportunidad de entretenimiento que tuviese a mano. Recordó la añoranza en la voz de Johann al hablarle de Adelheid, el atisbo de agotamiento al describir el propósito que le habían dado. Había otra versión en la historia del gólem, una en la que el rabino empezaba a temer a su creación. Cuando había intentado retirar el pergamino de la boca del gólem, este se había vuelto en su contra.

Pero eso no le parecía suficiente razón para cometer un asesinato. Quizás lo había juzgado mal. Solo que, si ese era el caso, ¿dónde la dejaba eso?

Cuando llegaron a lo alto de una colina, una extensión de tierra se desplegó frente a ellos. La hierba alta y unos campos de pastoreo parecían teñidos de plata bajo la luz de la luna. A lo lejos, unas luces tenues florecían en medio de la oscuridad e iluminaban con suavidad las laderas de la

montaña.

—¡Una aldea! —exclamó Ludwig—. ¡No vamos a morir!

La aldea era poco más que unas cuantas cabañas de paneles de madera salpicadas por la zona, con humo que salía de las chimeneas. Conforme avanzaban por las calles, Lorelei se percató de las protecciones que tenían: unos pinchos de hierro clavados en el marco de la puerta y unas campanillas de plata que tintineaban con el viento. Notaba la mirada de los aldeanos puesta sobre ellos. Los pocos que seguían fuera dejaron lo que estaban haciendo. Otros los observaban desde las ventanas, con velas encendidas sobre los alféizares y unas miradas entornadas y recelosas. Aunque todo el grupo iba vestido con ropa de viaje, era probable que llevaran unas vestimentas más elegantes que cualquier cosa que aquellos aldeanos hubieran visto en años.

—Parece que hay una posada —dijo Heike—. Alabado sea el Señor.

Ludwig y Adelheid intercambiaron una mirada.

—Pues… hablando de eso —empezó Ludwig—. Lorelei, ¿podemos hablar un segundo?

Su tono no auguraba nada bueno. Y que la apartara del grupo tampoco ayudaba mucho que digamos.

—¿Qué pasa?

—Es que nuestros instrumentos… A ver, ¿cómo lo explico? Pues que la mitad están en el fondo del río y la otra mitad están en muy mal estado.

Comprar todo su equipamiento les había exigido gastar más de la mitad de los fondos que Wilhelm había destinado para la expedición. E incluso si tuvieran el dinero los instrumentos solo podían repararlos unos especialistas. Dudaba mucho que hubiese algún fabricante de barómetros en aquel pueblecito en los quintos infiernos.

—¿Algo más?

—Ah, pues que la mayor parte de nuestro dinero también está en el fondo del río, así que… —Ludwig hizo una mueca—. ¿Lorelei? ¿Qué estás…?

Después de todo lo que había pasado aquel día, no le quedaban fuerzas para ponerse a gritar. Muy despacio, Lorelei se sentó en plena calle. El frío de los adoquines le traspasó la piel y, en lo alto, las pocas estrellas que habían salpicadas en la negrura infinita del cielo parecían burlarse de ella mientras titilaban.

Estoy lista, pensó. *Que me parta un rayo de una vez por todas.*

Sin embargo, Dios no era nada bondadoso. El rostro de Sylvia von Wolff apareció en su campo visual.

—Levántate, anda. La gente te está mirando.

Lorelei se contuvo para no decirle que ya habían estado mirándolos desde antes.

—Me da igual.

Von Wolff soltó un suspiro, como si Lorelei estuviese portándose como una cría. Y suponía

que así era, solo que no podía obligarse a hacer nada al respecto.

—No puedo solucionar lo del equipamiento —dijo Sylvia—, pero puedo encargarme de encontrar un lugar donde pasar la noche.

Le extendió una mano y Lorelei se la apartó para levantarse sin ayuda. Se convenció a sí misma de que la expresión dolida que puso Sylvia no le afectó en absoluto.

La posada se encontraba al final de la calle, en todo su esplendor. Estaba clarísimo que era el edificio más grande de toda la aldea, con un jardín pintoresco pero algo descuidado y una valla de madera que debía tener sus años. Tanto Lorelei como Johann tuvieron que agachar la cabeza para pasar bajo el marco de la puerta de la entrada.

El lugar parecía sacado de una impresión en madera de Albe. Las paredes blancas detrás de la barra estaban llenas de cuadros de santos, dibujos de vacas, una colección impresionante de relojes de cuco y como mínimo unas cinco cornamentas, lo bastante pequeñas para que a Lorelei le pareciera que le habían pertenecido a una familia de rasselbock.

Unos cuantos aldeanos se habían reunido en las mesas en torno al fuego y charlaban acompañados de unas cervezas en jarras de cristal y unos platos llenos de remolacha y terrina de cerdo. Las conversaciones se ralentizaron cuando la gente hizo un esfuerzo para disimular que no se habían quedado mirándolos. Lorelei se percató de que la mayoría de ellos tenía la atención puesta en Sylvia, como si estuvieran intentando averiguar de dónde la conocían.

Los recibió una mujer de mediana edad que, tras pasar un buen rato dedicándoles reverencias exageradas, se presentó como Emilia.

—¡Pasad, pasad, mis señores! Ojalá hubiese sabido que vendríais y así habría hecho que los cocineros prepararan algo mejor para vuestra llegada. —Cuando su mirada ilusionada se centró en Lorelei, dejó de sonreír, como si hubiera reparado en un desgarrón en lo que bien podría haber sido un tapiz perfecto—. ¿En qué puedo ayudaros?

—Nos gustaría pasar la noche aquí —dijo Lorelei.

—Ah. —Emilia se echó hacia atrás al oírla.

Ah, pensó Lorelei. *Ya empezamos.*

Emilia recurrió a Johann primero.

—La yeva no se puede quedar.

Lorelei se mordió la lengua para no contestar. Aunque había dedicado años a intentar modular su acento, le resultaba imposible contenerlo del todo, en especial cuando se había descuidado bastante al pasar tiempo en Ruhigburg.

—¿Y qué quieres que haga con ella? —preguntó Johann, disfrutando de la situación—. ¿Que la meta en un establo?

Sylvia, quien aún no se había recuperado del todo tras el encuentro con el lindworm, sufrió una súbita y gloriosa transformación. Con una sonrisa lo bastante brillante como para dejar a todos

embobados, dio un paso al frente y envolvió la mano de Emilia entre las suyas.

—No hace falta ningún cambio, te puedo asegurar que no dará ningún problema.

—Pero eso no es algo que pueda prometerme, señorita, por mucho que así lo quiera. Los de su clase son muy rastreros.

—Sea como sea, se quedará con nosotros. Es una compañera muy querida.

Emilia parecía tan asqueada como Lorelei se sentía. Aun así, le sorprendía ver a Von Wolff expresar semejantes sentimientos. Quizás mentir no se le diera tan mal como había creído.

La expresión de Sylvia se volvió resignada.

—Si se me permite el atrevimiento, me gustaría presentarme: soy Sylvia von Wolff y…

Emilia ahogó un grito, retrocediendo unos pasos.

—¡Mis más sinceras disculpas! No la había reconocido, Mondscheinprinzessin.

¿Princesa de la luz de la luna? Lorelei se apuntó mentalmente burlarse de ello en otro momento. Heike tosió para ocultar una risa.

—Por favor, no hacen falta tantas formalidades. —Sylvia soltó una risa incómoda y bajó la voz, como si no quisiera que nadie la oyera—. Permíteme que me disculpe por haber llegado sin avisar. Un lindworm nos ha desviado de nuestro camino. Johann se ha encargado de la criatura, pero, por desgracia…

—¿Lo han matado? —preguntó Emilia, ya sin emoción en la voz.

—¿Lo queríais vivo? —inquirió Ludwig.

—Por supuesto que no, mi señor. —Emilia parecía dispuesta a lanzarse a los pies de Johann—. Lleva meses matando a nuestras ovejas.

La posadera se volvió hacia la sala para dirigirse a los comensales; probablemente en brunnés, aunque, dado que ya no tenía que vocalizar para hablar con ellos, Lorelei no pudo distinguir ni una sola palabra de las que dijo. Sylvia debía de haberse esforzado muchísimo para hacer que la entendieran; Lorelei casi no podía distinguir su acento en absoluto.

Se produjo un momento de silencio y entonces empezaron los vítores. Los aldeanos alzaron sus copas en el aire, con lo que derramaron montones de cerveza y espuma por todo el suelo. Johann parecía como si quisiera que se lo tragara la tierra.

—Quédense todo el tiempo que gusten, por favor —les dijo Emilia—. Debemos agradecérselo como corresponde.

—No será necesario —dijo Johann.

—Insisto. —La mujer le dedicó una sonrisa sincera—. Sé que será muy poca cosa comparado con lo que están acostumbrados, pero celebraremos el banquete por el Día de san Bruno mañana. Habrá un festival en su honor.

—Qué maravilla —dijo Sylvia, muy contenta—. Sería un honor celebrarlo con vosotros.

—Von Wolff —murmuró Lorelei por lo bajo—. Sin ánimos de ofender, pero no tenemos

tiempo para esto.

—Lorelei —contestó Sylvia, con el mismo veneno—. San Bruno fue el primer rey de Albe y, según muchas historias, se cuenta que se cayó en el Ursprung. Se trata de un personaje muy importante para nosotros. Estoy segura de que lo entiendes.

Y, por desgracia, lo hacía. Sin mapa ni equipamiento, dependían de los conocimientos de la gente. Habían llegado hasta allí. Seguro que había alguien en aquella condenada aldea que pudiera darles el empujoncito que necesitaban.

—Qué remedio —masculló.

—Además —añadió Von Wolff—, necesitamos reponer nuestras provisiones si pretendemos continuar con nuestro camino.

—¡Perfecto! —Emilia juntó las manos—. Haré que alguien les prepare algo de comer y les muestre sus habitaciones. Imagino que alguno se encargará de vigilar a…

Con ganas de vengarse un poco, Lorelei añadió:

—Estoy segura de que todos se quedarían más tranquilos si su alteza es quien se encarga de la tarea.

Sylvia le dedicó una mirada asesina.

—Será un honor.

Les sirvieron unas empanadillas rellenas de cerdo sobre un lecho de col, lo que Lorelei decidió tomarse como un gesto deliberadamente malintencionado. Dejó las empanadillas sin tocar en su plato. En realidad, le daba igual, ya que seguía sin nada de apetito. Ludwig se las arregló para empujar la col de su plato hasta el de Lorelei y se hizo el confundido cuando ella intentó devolvérsela. Como nadie parecía dispuesto a conversar, se quedaron en silencio hasta que llegó la hora de retirarse a sus habitaciones.

Lorelei empezó a sentirse muy incómoda y nerviosa conforme subían las escaleras. Por suerte y gracias al cielo, la habitación contaba con dos camas. Parecía como si un simple estornudo fuese a romperlas, pero ardía un fuego en la chimenea y tenían una palangana llena de agua limpia y fresca.

—No necesitaba que intercedieras por mí ahí abajo —dijo, ni bien la puerta se cerró a sus espaldas.

—¿Ah, no? ¿Te gustaría que dejara que te echaran del pueblo la próxima vez que cometas el descuido de abrir la boca? —Cuando Lorelei no le contestó de inmediato, Sylvia soltó un resoplido—. Me parece que las palabras que estás buscando son «gracias, Sylvia».

—No sé ni para qué te molestas.

—La verdad es que no me lo pones nada fácil. —Sylvia soltó su equipaje en una pila amontonada—. Por suerte para ti, algunos tenemos principios.

—Los cuales demostraste muy bien cuando Heike me acusó de ser una asesina y cuando

Johann insistió en que debo ser una bruja. —Los rescoldos del dolor se negaban a apagarse en su interior—. ¿Tú también crees esas cosas? —Pronunciar esas palabras la hizo sentir como si hubiese metido voluntariamente las manos en una hoguera.

—Claro que no —contestó con vehemencia—. Puede que no nos llevemos bien, pero no mereces que te traten así. Lamento no haber dicho nada en ese momento, en serio. No me sentía muy bien.

A su favor debía decir que parecía avergonzada. Aunque le había arrebatado la venganza que tanto merecía, la disculpa de Sylvia le echaba sal a una herida que creía haber olvidado. Incluso de pequeña, Lorelei no había sido una persona fácil de querer. Desde que tenía uso de razón, había preferido aceptar su propia naturaleza arisca en lugar de tener que soportar la agonía de tratar de complacer a los demás y fallar en el intento. La práctica le había servido para adoptar su papel de extraña que iba de un mundo a otro. Con el transcurso de los años, se había acostumbrado tanto a la desconfianza y la confusión de su propia comunidad como a la falta de humanidad tan brusca que demostraban sus compañeros de clase con su odio. Sin embargo, en cuestión de un instante, Sylvia había conseguido atravesar sus murallas, y el dolor que la había hecho sentir casi le parecía un alivio.

Era muchísimo mejor caerle mal a alguien por quien era en realidad que por lo que representaba.

Su expresión debía delatarla, ya que Sylvia alzó una mano como si tuviese la intención de apoyársela en el brazo. Lorelei retrocedió un paso para marcar las distancias. El corazón le latía a un ritmo escandaloso en el pecho.

—Pero bueno, supongo que como mínimo debe estar bien valerte de tu influencia en un lugar en el que tu nombre significa algo. —Y con toda la maldad del mundo, añadió—: *Mondscheinprinzessin.*

Sylvia soltó un quejido exasperado.

—No me llames así, por favor.

—¿Qué significa?

—Nada, es una vieja historia familiar —contestó restándole importancia—. Ahora dime qué pretendías con todos esos cambios antes. Querías quedarte a solas con Johann, ¿a que sí?

Lorelei dejó su propia mochila en el suelo y se acercó a la palangana. Se quitó su sobretodo húmedo y lo colgó en el respaldo de una butaca. Con algo de suerte, se secaría por la noche, aunque no había mucho que pudiera hacer con la peste a sedimento y hierro del río que se le había pegado. Sin perder tiempo, se puso a desabrocharse los botones de su chaleco.

—¿Ahora tampoco tengo permiso para hablar con Johann?

Cuando alzó la vista hacia ella, Sylvia apartó la mirada. Tenía las mejillas coloradas. Lorelei se quedó mirándola, recelosa.

—Es que me cuesta creer que te apetezca hacerlo —contestó Von Wolff, tras aclararse la garganta.

Lorelei frenó los dedos en el último botón de su chaleco. No le gustaba el rumbo que estaba tomando aquella conversación.

—¿Os llevabais bien de pequeños?

—Normalmente no. Era un abusón de lo peorcito y le gustaba hacerle muchísimas jugarretas a Ludwig solo porque estaba desesperado por encajar. Y, una vez, convenció a los demás de que deberían practicarme un exorcismo. Fue… —Soltó un resoplido—. Pero me estás cambiando de tema otra vez.

—No creerás que voy a dejar pasar lo del exorcismo así porque sí, ¿verdad? ¿Funcionó?

—¡No soy tan estúpida como me crees! ¿No crees que a estas alturas ya sé cuándo pones esa mentecilla tan desconfiada que tienes en acción? Cuando hablas con ellos pones la misma cara que cuando estás recolectando historias por ahí.

—¿Y qué cara es esa?

—Una así. —Arrugó el rostro entero en una mueca exagerada—. Parece que frunces el ceño hasta con la punta de la nariz. No sé cómo lo haces, la verdad. Pero basta de intentar distraerme y cuéntame qué has descubierto.

—Que es un hombre de lo más desagradable —contestó Lorelei con impaciencia—. Pero que, una vez seas reina, no intentará deshacerse de ti hasta que sea algo conveniente para sus planes políticos. ¿Contenta?

Aunque parecía que iba a seguir discutiendo, cuando Lorelei se quitó el chaleco, fue como si, de pronto, el techo hubiese capturado toda su atención. Lorelei se contuvo para no poner los ojos en blanco; lo cual fue un esfuerzo digno de reconocimiento, en su opinión. No hacía falta hacer tantos aspavientos. Esos albenses y sus remilgos mojigatos.

Sin dignarse a contestarle, Sylvia se dejó caer frente al tocador que había en un rincón de la habitación. El espejo se había vuelto borroso y tenía manchitas de óxido. Tras rebuscar entre sus enseres, sacó una serie de botellitas de cristal que dejó sobre el mueble. Entonces empezó a aplicarse muy resignada varias pociones (¿o eran tinturas? ¿Quizá sueros? Lorelei no tenía ni la menor idea) en la cara y a peinarse el cabello con los dedos embadurnados en distintos aceites. Se veía muy desdichada; como una doncella con mal de amores sentada a su ventana.

El aroma viajó a través de la habitación. Si bien le había llegado algún rastro de sus perfumes en el transcurso de los años (a limón, bergamota y rosas), cuando se le acercaba demasiado o Von Wolff se echaba la melena sobre uno de los hombros, oler aquella concentración de aromas tan intensa estaba haciendo que se mareara. Iba a atormentarla incluso en sueños.

—Vas a hacer que me duela la cabeza —se quejó, soltándose el nudo del pañuelo con un tirón brusco.

—Pues te aguantas —le espetó Sylvia—. Y ya que estás… mira para otro lado.

Muy obediente, Lorelei se dio la vuelta. A sus espaldas oyó el suave sonido de Sylvia desabrochándose su delgada camisa de lino y el susurro de la tela mientras se le deslizaba por los hombros y caía hasta el suelo.

De pronto, a Lorelei se le secó la boca. Intentó quitarse los guantes con movimientos torpes, pero estos se le quedaban pegados a la piel por lo húmedos que estaban de agua del río y sudor. A pesar de la brisa que se colaba por la ventana, la temperatura de la habitación parecía haber subido muchísimo y la estaba poniendo de mal humor. Se echó un poco de agua de la palangana a la cara.

Tan rápido como le fue posible, se puso su camisa para dormir y se metió en la cama. Las mantas eran delgadas y ásperas e hicieron que fuese muy consciente de cada centímetro de su piel con el que entraban en contacto. Durante un rato, se quedó muy quieta bajo las mantas y con la vista clavada en el techo.

Unos pasos rozaron el suelo de madera con suavidad. Oyó un soplido y, un segundo después, la oscuridad lo cubrió todo, con la luz de la vela ya extinguida. Los muelles crujieron cuando Sylvia se metió en su cama. Lorelei se quedó tumbada y despierta, escuchando el ritmo acelerado de su propio corazón y el susurro de las mantas sobre su piel. Más de una vez había sorprendido a Sylvia echándose una siesta en algún rincón de la biblioteca o del campus donde cayera el sol, por lo que conocía a la perfección la cadencia de su respiración mientras dormía. Intentó escucharla en aquel momento, el segundo exacto en que se rindiera ante el sueño.

Pero ninguna de las dos pegó ojo hasta pasadas varias horas.

Once

Lorelei se despertó con el canto de un gallo. Casi salió despedida de la cama y luego se dio contra el cabecero al ver a Sylvia de pie junto a la ventana. Casi había olvidado que la noche anterior habían compartido una habitación.

La luz que se colaba por la ventana cubría a Sylvia en un brillo blanquecino. Llevaba el cabello atado en una elegante trenza que le caía por un hombro. Las puntas le goteaban un poco y manchaban el blanco impoluto de su camisa. A Lorelei se le hizo un nudo en el estómago al ver que Sylvia se volvía hacía ella. La estúpida sonrisa que llevaba en los labios se transformó en una mueca de lástima.

—¿Qué? —espetó Lorelei. Tenía la voz ronca por el sueño.

—Tienes pesadillas. —Sylvia hizo una mueca en cuanto pronunció las palabras, como si no hubiera tenido pensado decirlas—. Y eh… ¡Qué día más bueno hace!

Lorelei no se dignó a contestarle. Puso los ojos en blanco con tan mal genio como fue capaz de reunir y se quitó las mantas de un tirón. Sylvia von Wolff mirándola a ella con lástima. Era una ofensa que no podía pasar por alto. Además, era muchísimo más temprano de lo que le gustaría y no veía razón alguna para estar de tan buen humor.

Al ponerse de pie vio el estado en el que se encontraba la habitación y ahogó un grito de susto. Parecía como si un torbellino se hubiera paseado por la habitación; o quizás era que Sylvia había llevado a escondidas en su equipaje a una de sus criaturillas infernales. Todo lo que llevaba en su equipaje (libros, ropa, armas) estaba regado por el suelo.

—Pero ¿qué ha pasado aquí?

—Tenía que ir preparándome —se excusó Sylvia, como si eso fuera razón suficiente para lo que estaban presenciando. Lorelei no tenía ni idea de cómo no se había despertado mientras algo así ocurría. Sylvia rescató el sable de entre una pila de cachivaches y se lo enganchó a la cadera.

—Emilia nos dijo que había una tienda al final de la calle. Deberíamos poder reponer nuestras provisiones allí.

Lorelei ya notaba los inicios de una jaqueca.

—Seguimos sin dinero, por si se te ha olvidado.

—Seguro que Ludwig puede ayudarnos con eso. ¡Y venga, date prisa! Que llevo horas despierta. —Lo último le llegó desde el otro lado de la puerta. Ni siquiera se había molestado en terminar de hablar antes de abandonar la estancia.

—Ludwig es el hijo de un mercader, no hace milagros. Ya me ha dicho que no hay… —exclamó Lorelei, justo cuando la puerta se cerraba.

Se le escapó un suspiro. Ludwig podía ser muy convincente si así lo quería. Su padre le había enseñado a regatear y a dirigir un negocio. Y tampoco venía nada mal que su expresión tuviese un aire ligeramente adorable y patético que hacía que la mayoría de las personas cedieran a sus encantos.

Cuando llegó a la planta de abajo, se encontró con que ambos la estaban esperando en la puerta. Por algún milagro de la vida, parecía que la ropa de Ludwig había sobrevivido a sus imprevistos. Llevaba una capa impecable hecha a medida y bordada con unas flores de aciano de un bonito color lavanda y le daba vueltas y vueltas a un anillo que le adornaba el meñique. A Lorelei le resultó ligeramente conocido.

—¿Lista para ver a un experto en acción? —le preguntó con travesura.

—¿De dónde has sacado eso? —contestó Lorelei.

—¿Esto? —Lo lanzó al aire como si fuese una moneda, para luego atraparlo en un puño. Las caras de aquella gema de tamaño obsceno le reflejaron la luz directo a los ojos—. Ah, Heike me lo ha dado para que lo empeñemos. Dice que ya se ha aburrido de él.

Sylvia tenía una expresión de lo más petulante, lo que a Lorelei le pareció algo bastante injustificado.

Salieron hacia la fría luz de la mañana. Pasando la valla de madera de la posada, que parecía a punto de venirse abajo, el pueblo estaba formado por filas y filas de casas de colores brillantes, amontonadas unas con otras para protegerse del frío. Encontraron la tienda al final de la calle, con un cartelito muy sencillo apoyado contra la puerta que decía:

Objetos encantados: preguntar dentro.
Leche: 1,00
Huevos: 0,25 (¡la unidad!)
No se aceptan devoluciones.
NI TAMPOCO QUEJAS.

—Con semejantes técnicas de publicidad, como para no entrar corriendo a preguntar —comentó Ludwig.

—¡Qué curioso! La leche seguro que es de bahkauv. Y los huevos… ¿Quizás de erdhenne? —El interés en la voz de Sylvia era evidente—. ¿Os imagináis los efectos que podría tener consumir algo así?

—Seguro que nada bueno —soltó Lorelei de mala gana. En serio, ¿cómo se las habría arreglado para sobrevivir tanto tiempo?

Los bahkauv, por mucho que tuvieran la apariencia de vacas, iban armados con unos colmillos

afilados, garras y un desprecio muy moralista hacia los borrachos. El primer libro de Sylvia había incluido un interludio bastante detallado en el que se había hecho amiga de uno que vivía en una fuente fuera de un bar. Como mínimo, había atacado a unos cuarenta hombres mientras intentaban tambalearse de vuelta a casa. En cuanto a los erdhenne, eran unas criaturas bastante asustadizas que se decía que habían escapado de los gallineros de algún wildeleute más poderoso. Cuando se alojaban en los graneros de algún mortal (y se les atendía bien, claro) podían cacarear para alertar sobre el peligro. A Lorelei le seguía pareciendo tan poco probable como cuando lo había leído.

Como los wildeleute no se mencionaban entre las restricciones alimentarias del Yevanverte, los académicos habían dedicado años a discutir al respecto entre ellos. ¿Un bahkauv podía considerarse kosher si parecía una vaca pero cazaba hombres? ¿Se podía sacrificar a cualquier wildeleute sin ejercer un sufrimiento innecesario? ¿O acaso eran receptáculos de lo divino, con toda la extraña y potente magia que poseían? En su opinión, la justificación era lo de menos. Había que ser insensato para perder el tiempo con ellos.

—Solo hay una forma de averiguarlo —dijo Ludwig, al tiempo que empujaba la puerta para abrirla.

Una campanilla sonó cuando entraron. El establecimiento tenía un ambiente cálido y acogedor que, gracias al cielo, olía a café. Unas hierbas secas colgaban de los travesaños en unos manojos gruesos y fragantes. Si la vista no le fallaba, había unas cuantas esquirlas de hueso atadas en medio de un ramo de lavandas. Una escalera de caracol muy angosta conducía a lo que Lorelei asumía que era la vivienda de los dueños. Una puerta detrás del mostrador, adornada con unos clavos de hierro, traqueteaba de forma amenazante, y Sylvia parecía mirarla con añoranza.

La encargada apareció en lo alto de las escaleras con un chal sobre los hombros. Lorelei distinguió un broche de plata a la altura de la garganta, con el grabado de un santo. La sorpresa de la mujer al ver a Sylvia en su tienda fue evidente y poco faltó para que terminara cayendo por las escaleras en su afán por llegar a atenderlos.

—Su alteza, qué honor. ¿Qué puedo hacer por ustedes?

—Estamos en busca de provisiones para retomar nuestro viaje. Y también de historias —interpuso Ludwig—. ¿Sabes algo sobre el Ursprung?

—¿De qué les serviría unas historias que se les cuentan a los niños?

—Es que somos académicos —explicó Sylvia de buena gana.

La expresión de la dependienta al responder fue de lo más entretenida, casi condescendiente, como si los considerara una panda de alelados.

—En el festival habrá una mujer que contará la historia muchísimo mejor de lo que lo podría hacer yo.

Lorelei se guardó la información. Con algo de suerte, aquel desvío no sería una completa

pérdida de tiempo.

—Estupendo —contestó Ludwig—. Ahora cuéntanos sobre esos objetos encantados que tienes en tu haber.

La mujer se mostró evasiva de una forma bastante ensayada y compartió solo la información necesaria para mantener el misterio. Ludwig, por su parte, mantuvo un flujo estable de palabreo sin sentido mientras iba señalando lo que quería. Lorelei apenas podía seguir la conversación. Hablaron desde cosechas y patrones de lluvia hasta cuestiones del negocio, pasando por los wildeleute que había por la zona, un claro al norte de la aldea donde crecía una planta que podía invocar tormentas (y, ante eso, Ludwig demostró un interés sincero) y también las muchísimas virtudes de sus seis hijas solteras. Tuvo que reconocer que su oportunismo descarado era algo casi digno de admiración.

Finalmente, cuando terminó de envolver todas sus compras en papel, Ludwig dejó el anillo de Heike frente a ella. El sol, claramente su aliado en sus tiempos de apuros, escogió ese momento exacto para colar uno de sus rayos por la ventana, iluminar la gema y hacer que unos brillos multicolor salpicaran por toda la tienda.

La dependienta se quedó mirando el anillo con la misma cara que habría puesto si le hubieran vaciado una bolsa de serpientes en el mostrador.

—No es suficiente.

Ludwig soltó un silbido.

—En ese caso, tus precios son muchísimo más caros de lo que esperaba. ¿Estás dispuesta a negociar?

—La verdad es que no mucho —contestó de mala gana—. ¿Qué voy a hacer yo con algo así de elegante?

Ludwig le guiñó un ojo.

—Fue propiedad de la princesa de Sorvig, la mujer más hermosa de este mundo. Yo creo que sería una dote más que suficiente para alguna de tus hijas, ¿no te parece?

—Y eso es algo a lo que no se le puede poner precio —acotó Lorelei, muy solícita.

La mujer no parecía nada impresionada.

—Súmenle diez marcos y trato hecho. No puedo ofrecerles más.

—De camino he visto a un hombre cuyas mercancías costaban mucho menos. —Ludwig se apoyó en el mostrador y bajó la voz como si fuera a contarle un secreto—. La cuestión es que no me han gustado tanto como estas, la verdad. Y no tenía nada encantado, desde luego.

—Y es justo por eso que yo cobro más —añadió la mujer con un orgullo evidente.

—El problema es que con nuestros fondos tan limitados… —Meneó la cabeza con aire trágico —. Perdimos mucho por culpa del lindworm y nuestra Mondscheinprinzessin aún tiene que comer… Pero, si no queda otra, tendremos que conformarnos.

Sylvia abrió la boca, lista para ponerse a discutir, pero Lorelei le dio una patada en el tobillo.

—Bueno, vale. —La dependienta soltó un suspiro resignado—. Aceptaré su intercambio.

—Qué alegría me das. Aunque seguro que podrías ofrecernos algo más, ¿verdad? —presionó el botánico—. Su alteza jamás olvidaría semejante muestra de amabilidad.

Abandonaron la tienda cargados de comida, botas, calzado para la nieve, abrigos de invierno y todo tipo de talismanes y protecciones. Al final, Ludwig hasta se las había arreglado para incluir una bandeja de pastitas. Eran una bolitas de masa frita; algunas espolvoreadas de azúcar y otras con un glaseado de chocolate y mazapán. A Lorelei le pareció un exceso innecesario, pero así era Ludwig.

Por desgracia, también había comprado una botella de leche y una docena de huevos, probablemente porque sabía que con eso conseguiría fastidiarla. Los huevos eran de un color traslúcido muy perturbador, helados al tacto, y dentro tenían un líquido negro que le recordaba a las aguas del Vereist. Hasta Sylvia tuvo que reconocer que no parecían particularmente apetitosos ni comestibles. Aunque la leche no parecía nada fuera de lo normal, Lorelei se anotó mentalmente tirarla antes de que Sylvia pudiera hacerse con ella. Aquella política de no aceptar devoluciones seguro que existía por algo.

—¿Y si nos llevamos estos pastelitos y nos vamos de excursión? —propuso Ludwig una vez que dejaron sus provisiones en la posada—. Me gustaría echarle un vistazo a esa planta que invoca tormentas de la que nos ha hablado la dependienta.

Siguieron los caminos llenos de altibajos que había justo fuera de la posada y, al llegar al final del sendero, se colaron por unos campos cercados. Unas reses de pelaje rojizo alzaron la cabezota que tenían para contemplarlos al pasar, con unas campanitas plateadas que colgaban del lazo que tenían al cuello. No mucho después, los campos dieron paso a unos pinos fragantes. Unos rayos de sol moteaban su camino y, en lo alto, las ramas enmarcaban unos retazos de cielo. Incluso a la hora en la que estaban, bien entrada la mañana, la escarcha relucía desde la hierba congelada.

Ludwig avanzaba con la vista clavada en el suelo y los bajos de su capa arrastraban la tierra allá por donde iba. Su silencio desconcertó un poco a Lorelei. Casi parecía como si hubiese olvidado que no iba solo, pues la concentración con la que andaba no era algo nada propio de él.

—¿Hay algo en…?

Ludwig extendió un brazo frente a ella, haciendo que los tres se detuvieran.

—Cuidado con dónde pisas. Hay irrwurzel.

La señaló: una planta de hojas delicadas como plumas. Para su mirada inexperta no se distinguía en absoluto de cualquier otro helecho, pero reconocía el nombre al haberlo leído en las publicaciones de Ludwig. Al pisarla, uno olvidaba por dónde iba y quedaba condenado a deambular sin rumbo fijo hasta que el sol volvía a salir.

Sylvia se quedó observando la planta con atención.

—¿Ya se te ha ocurrido cómo recoger una muestra?

—Ja, no. No lo he vuelto a intentar. —Le mostró a Lorelei una cicatriz que tenía en la mano—. Si la llevas contigo, atraes víboras. Mira tú por dónde.

Sylvia soltó un sonidito de compasión, por mucho que sonriera como si estuviera perdida en sus fantasías.

—Pero es muy gracioso si lo piensas, ¿no te parece?

—¿Gracioso? ¡Pero si casi me muero!

—No sabía que solíais iros de expediciones juntos —comentó Lorelei.

—Nunca fue nada tan serio. Hace muchos años pasábamos la tarde entera paseando por los terrenos de su casa de campo. —Sylvia rodeó la planta para evitar tocarla y se subió a un tronco caído. Lo recorrió entero con los brazos alzados a los lados para mantener el equilibrio—. Ludwig me inspiró a dedicarme a mi trabajo.

—Nah, yo no llegaría a tanto. Al contrario, fuiste tú la de la influencia. —Alzó una mano para sujetar la suya y ayudarla a bajar—. Me contagiaste con tu actitud temeraria.

Siguieron avanzando más y más y, con cada minuto que pasaba, Lorelei se iba poniendo de peor humor. El aire frío fluía por las colinas y se concentraba en los valles. Y lo único que había era árboles. Píceas y hayas y abetos, todos cubiertos de gruesas capas de musgo. El verdor era infinito y tan increíblemente pintoresco que terminaba siendo mundano. ¿Qué hacían allí? No había conseguido descifrar nada del misterio que tenía por resolver y, sin sus instrumentos, no tenían ni la más mínima esperanza de…

—Creo que este es el claro que ha mencionado la dependienta —dijo Ludwig.

Los árboles sin fin habían ido escaseando hasta dar paso a un prado cubierto de azafranes. En el otro extremo se erguía el cadáver de lo que en algún momento había sido un arce impresionante. El tronco estaba partido en dos y carbonizado por doquier y las pocas ramas que le quedaban estaban negras, sin hojas e inclinadas hasta rozar el verdor que lo rodeaba. Era obvio que le había caído un rayo. A Lorelei le gustó muchísimo más su belleza tan cruda que todo lo que habían visto hasta el momento.

Mientras Ludwig seguía avanzando, Sylvia se acomodó en un tramo de hierba bañado por el sol. Los rayos de luz jugaban con las ondas de su cabello y le iluminaban el rostro que no se molestaba en esconder. Hasta la cicatriz que le cubría la mejilla parecía relucir como el hielo. A Lorelei le pareció bastante injusto que alguien pudiera ser tan hermosa sin esforzarse lo más mínimo.

—Veo que sigues de malas.

Casi se le escapó un ruidito de sorpresa nada digno. Sylvia le había dado un bocado a uno de los pastelitos y tenía un manchurrón de polvo de azúcar en la punta de la nariz. Quizás con

demasiada intención, Lorelei se concentró en la única imperfección que podía encontrar en ella. Tras unos segundos, Sylvia se pasó el pulgar por la comisura de los labios en un gesto avergonzado, para quitarse una miguita inexistente. El movimiento no ayudó en absoluto.

—Aún sufro por la pérdida —dijo Lorelei—. De nuestros instrumentos.

—No necesitamos instrumentos para dar con el Ursprung.

Lorelei no tenía ni la más mínima intención de contestar a eso, así que terminó diciendo:

—Necesitaremos recoger muestras. Sin ellas no…

—Los resultados de una investigación no hacen que entiendas algo por completo. —Aunque le costaba descifrar su expresión, Lorelei sabía que no le gustaba ni un poco. Se parecía demasiado a una de lástima—. ¿Por qué ya no te dejas asombrar por el mundo? A veces me da la impresión de que dejarías que un cianómetro te dijera de qué color es el cielo en lugar de alzar la vista y ya.

Lorelei abrió la boca, lista para protestar, pero terminó cerrándola. Por alguna razón, lo que le había dicho Sylvia no le había sentado nada bien. Quizás de pequeña se había tragado las mentiras de Ziegler: que fuera del Yevanverte el mundo estaba lleno de magia. El problema era que había comprobado la verdad por sí misma una y otra vez. Allí fuera el mundo era un lugar salvaje y violento, uno que la había rechazado. Si al acabar con aquella expedición podía convertirse en una naturalista, podría llevar a cabo su trabajo con la fría certeza de la racionalidad. No le hacían falta cosas como la inmersión o el asombro para dedicarse a ello.

—Es que me daría un tono bastante más preciso, la verdad —contestó.

Sylvia soltó una risa; un sonido sorprendido y cálido que Lorelei notó como una caricia en su rostro. Antes de que se le ocurriera alguna respuesta mordaz, Ludwig soltó un grito de triunfo. Había llegado al otro extremo del claro y sonreía como un idiota mientras sostenía un puñado de flores doradas en lo alto.

En cuestión de segundos, el cielo se volvió de un tono grisáceo oscuro. Una sensación aciaga, más potente de lo que había experimentado en la vida, se le expandió por el cuerpo entero. Se le erizó el vello de los brazos y le cosquillearon los dedos con una energía frenética. El cabello de Sylvia se alzó hacia el cielo y empezó a agitarse como si estuviera bajo el agua. Esta le devolvió la mirada a Lorelei como si hubieran llegado a la misma conclusión:

Estaba a punto de caer un rayo.

Ludwig lanzó las flores hacia el bosque y salió pitando en la misma dirección.

Todo se volvió blanco. Un crujido partió el mundo en dos a semejante volumen que parecía capaz de hacerle estallar la cabeza.

Todo se quedó en silencio. Lorelei bajó las manos de donde las había llevado para taparse las orejas e intentó comprobar que todo estuviera en su sitio. La boca le sabía a metal y la cadena de hierro que llevaba en el cuello vibraba contra sus clavículas, pero no parecía haber perdido ninguna de las extremidades. Detrás del patrón fractal que le había chamuscado las retinas, vio a

Ludwig y a Sylvia volviendo en sí poco a poco. Se quedaron mirándose el uno al otro por un segundo. Y entonces se echaron a reír.

—¡Estáis locos de remate! —los regañó Lorelei.

Una llovizna empezó a colarse por las copas de los árboles. El agua goteaba desde las ramas de los abetos como perlas plateadas y hacía que todo se viera envuelto por el olor intenso y dulzón del ozono. La mente se le quedó en blanco mientras absorbía todo lo que la rodeaba. El corazón le latía y el pecho se le expandía cada vez que inhalaba. Por alguna razón, con el miedo y el alivio ofuscándole los pensamientos, no podía obligarse a sentirse enfadada.

Para cuando volvieron a la aldea, el festival había brotado de la nada como un mundo de las hadas.

Delineando las calles había unos puestecitos como de mercadillo, llenos a reventar de mercancías: manzanas y uvas brillantes como joyas, cajas de fresas y manojos de cebolletas, pilas de patatas y col y unos ramos de colores magníficos atados con unos cordeles y organizados en cubos. Los niños corrían por las callejuelas con espadas de madera, mientras otros los perseguían con los brazos estirados como si fuesen alas. Y también estaban las vacas.

Iban a paso tranquilo en una fila que se extendía varias calles más allá; algunas tenían coronas de brezo y ramas de abeto, otras portaban unas guirnaldas de rosas y narcisos y otras más llevaban un tocado de colores vivos con imágenes de santos bordados. Unos perros pastor de pelaje moteado iban y venían por todo el desfile del ganado, ladrando y amenazando con darles mordisquitos en las patas. Lorelei apenas podía oírse a sí misma pensar en medio de semejante barullo.

Era el tipo de cosas que solo podían pasar en Albe, o eso suponía. No entendía cómo una aldea tan pequeña podía arreglárselas para hacer tanto revuelo.

A Sylvia prácticamente le brillaban los ojos por la emoción.

—¡Mirad, qué divertido! ¿Queréis que echemos un vistazo? Nuestro festival de primavera tenía cantidad de actividades. Puestos de juegos, concursos de comida, pruebas de fuerza…

Lorelei le dedicó una mirada aburrida.

—¿Qué te hace pensar que alguna de esas cosas me llama la atención?

—Lo que pasa es que no quieres perder —dijo Sylvia para chincharla—. Y supongo que haces bien, porque yo era la mejor escalando árboles en toda mi aldea.

Ludwig le guiñó un ojo a Lorelei.

—Pues a mí me encantaría ver algo así. Quizás aquí también tengan una competición de esto.

—¡Es posible! Ya os cuento lo que descubra. —A Sylvia no le hacía falta que nadie la convenciera.

Cuando desapareció entre la multitud, Lorelei y Ludwig se quedaron solos y él le dedicó una sonrisa apacible.

—¿Te parece si damos una vuelta?

Lorelei abrió la boca para negarse en redondo, pero, si sus esperanzas dependían de un cuento infantil, suponía que no perdía nada escuchándolo.

—Qué remedio.

Pasaron por la extensión de puestecitos de mercancías y vieron que la mitad de ellos vendían algún tipo de salchicha. La peste de la madera quemada y el cerdo asado empezaba a marearla. Fuera de un bar, habían instalado filas y filas de mesas, donde la gente se sentaba a charlar con unas cervezas. Un hombre se subió a una y alzó su vaso en el aire. Otro le estaba ofreciendo la suya a una de las vacas con tocado, quien le dedicó un parpadeo de incomprensión total.

Entonces alguien dejó caer un vaso.

Lorelei pegó un bote. Tenía todos los sentidos en alerta, atentos al olor de la cerveza derramada y sudor o al sonido de las carcajadas animadas. Sin saber muy bien cómo, estaba allí, de adulta con los pies bien plantados en terreno albense y de pronto volvía a ser una niña, corriendo sin rumbo por las calles del Yevanverte. Los recuerdos la inundaron con urgencia. Dientes al descubierto que brillaban en la oscuridad. Puños alzados. Sangre y trozos de cristal derramados por el suelo adoquinado. Las gotas que caían, una detrás de la otra, desde los dedos sin vida de Ziegler y se acumulaban en el suelo.

—Epa —dijo Ludwig, mientras la guiaba para sacarla de la calle—. A ver, con cuidado.

Joder. Otra vez no.

La ayudó a sentarse sobre la hierba y se sentó a su lado en silencio hasta que recobró la respiración y consiguió volver a sentir los dedos. Entonces le ofreció una bolsita de papel con almendras tostadas, caramelizadas y espolvoreadas con canela. Se le revolvió el estómago; ya había comido bastante azúcar por un día.

—No, gracias.

—¿Te encuentras bien? —le preguntó.

Lorelei se resintió por el tono de lástima en su voz. Sabía las pintas que debía tener, con su mirada ausente y atormentada. Como alguien al borde del colapso.

—Sí, no me pasa nada —soltó a la defensiva. Intentando sonar menos belicosa, añadió—: Debe de ser todo el estrés.

Solo que no podía permitirse venirse abajo. Como una tonta, había dejado que desperdiciaran la mañana y no había conseguido descifrar nada nuevo. Si Johann no era el asesino, iba a tener que centrarse en alguien más. Su vida dependía de ello.

Al otro lado de la calle, distinguió a Adelheid y a Heike en un puesto de flores. Heike estaba haciéndole una corona de narcisos en el cabello y Adelheid lo toleraba lo mejor que podía.

Cuando terminó, con una sonrisa satisfecha dibujada en los labios, alzó la vista y su mirada se cruzó con la de Ludwig.

Este la saludó con la mano, pero Heike perdió la sonrisa de inmediato y se volvió sin devolverle el saludo.

—¿Acaba de pasar de ti? —preguntó Lorelei, sin poder contener la diversión en su voz.

—Creo que sí —contestó Ludwig, sin perder el buen humor—. Supongo que porque estoy confraternizando con el enemigo.

Y vaya si Heike podía ser resentida. Era algo que Lorelei respetaba mucho.

—¿Y de verdad te caen bien?

—Pues sí. Al menos la mayor parte del tiempo. Es complicado. —El escepticismo se le debió notar en la cara, porque añadió—: ¿Por? ¿Alguien te ha contado algo?

«Era un abusón de lo peorcito y le gustaba hacerle muchísimas jugarretas a Ludwig solo porque estaba desesperado por encajar», le había dicho Sylvia al hablarle de Johann.

—No —contestó—. Nadie me ha dicho nada.

Ludwig pareció relajarse un poco.

—Me alegro. La verdad, la mayoría de lo que te cuentan no serán más que chorradas. Wilhelm en especial tiene un aire dramático, sobre todo cuando se trata de sus historias de guerra. Fijo que has oído esa en la que se hizo con una victoria gloriosa sin derramar ni una gota de sangre durante la batalla final de su campaña.

Todo el mundo había oído esa historia. Wilhelm, resplandeciente a lomos de su dracónido, había volado hasta el campo de batalla. El enemigo había bajado las armas, maravillado, y Brunnestaad por fin había sido unificado.

—Por supuesto.

—Es cierto que no se derramó sangre en combate —le contó Ludwig, restándole importancia —, pero Imre —el dracónido de Wilhelm, o eso imaginaba Lorelei— digamos que era… difícil de controlar cuando era joven. A unos cuantos kilómetros del campo de batalla redujo a cenizas a una aldea entera.

El horror hizo que Lorelei sintiera unos pinchazos fríos en la nuca.

—Dios bendito.

—Sylvia y Adelheid se enfadaron bastante con él, según recuerdo.

—¿Y Johann?

—A él le dio la risa. —Ludwig se metió una almendra en la boca—. Hay miles de historias como esa, el problema es que nadie quiere oírlas. Nadie quiere saber la verdad.

—¿Qué verdad?

Ludwig le dedicó una sonrisa sin un ápice de alegría.

—Que no son ningunos héroes.

Lorelei frunció el ceño. Más allá del exabrupto que Johann había tenido al inicio de la excursión, aquello era lo más cercano que había llegado uno de ellos a criticar a Wilhelm.

—Eso no quita que sigan siendo personas estupendas —añadió a toda prisa—. Y que los quiera un montón. Jamás hablaría mal de ellos. Ah, mira, ahí va Adelheid.

Y justo en ese momento Adelheid pasó por su lado mientras se abría paso entre el gentío a empujones. Su mirada preocupada la descolocó un poco, por lo que, sin pensárselo demasiado, optó por ir detrás de ella. Ludwig soltó un ruidito de protesta, pero se levantó a trompicones para seguirla. Las calles de tierra compacta les llenaron las botas de barro, pues estas seguían mojadas debido a la lluvia que Ludwig había invocado. Pero a nadie pareció molestarle. Cuanto más se adentraba hacia el centro de la aldea, más caóticas parecían las calles. Habían montado un escenario improvisado en la plaza, donde Lorelei imaginaba que iban a actuar los bailarines o músicos a lo largo de la noche.

Serpenteó entre los aldeanos que celebraban con sus trajes de colores vivos hasta que dio con Adelheid plantada frente a una carreta que presumía de tener la col más grande de la estación. Le estaba dedicando una mirada asesina a la verdura como si la hubiese ofendido de muerte.

—¿Te lo estás pasando bien? —le preguntó Ludwig.

Adelheid pegó un bote al reparar en su presencia. Con su clásico vestido blanco y sencillo, se veía tan impoluta como siempre. Unas cintas coloridas, que habían rizado con la ayuda del filo de un cuchillo, caían desde su corona de flores y enmarcaban su rostro nada sonriente.

—No tenemos este tipo de cosas en Ebul —contestó, y Lorelei asumió que aquello era respuesta suficiente.

—Claro que no. Solo tareas pesadas, obligaciones aburridas y tierra bajo las uñas. —Su tono reverente acabó sonando más bien condescendiente.

Adelheid pareció ponerse de peor humor y a Lorelei le dio la impresión de que había dado con una vieja rencilla. Debía admitir que verlos a los dos juntos era una imagen de lo más graciosa: un noble caricaturesco y extravagante junto a una doncella digna de cuentos de hadas con su belleza austera y contenida.

En tiempos antiguos, a Ebul se la conocía por sus tulipanes y sus viñedos abundantes. Solo que los campos habían pasado a estar llenos de ceniza. Cuando Lorelei intentaba imaginárselo, le venía a la mente una zona rural de tierras que habían ardido y echado a perder con sal y una infraestructura que cedía bajo el peso de una población que no dejaba de aumentar. Al ser la provincia más al este, se encontraba entre Neide —la sede del trono, donde había pasado a situarse Brunnestaad— y su antigua rival, Javenor. Como había servido de campo de batalla durante tanto tiempo, casi todo el mundo hablaba tanto en brunnés como en javenés.

—Pues nada —dijo Ludwig, tras carraspear un poco—. Voy a ver si encuentro a Sylvia trepando un árbol.

Cuando se marchó, Adelheid soltó un suspiro.

—Imagino que lo entenderás. Tantos excesos son demasiado para mí, aunque no pueda reprocharle a esta gente que quiera celebrar su buena fortuna. No me extraña que quieran tanto a Sylvia.

Hizo un ademán hacia la multitud que se iba juntando a sus espaldas. Lorelei se volvió y entornó los ojos para ver entre la luz tenue del atardecer. Vislumbró un destello de cabello blanco como la nieve. Sylvia había atravesado el río de ganado e iba paseando por el festival, deteniéndose para charlar con algunos vendedores y agachándose para hablar con los niños que eran lo bastante valientes para acercársele. Lorelei quería que le desagradara la escena. En serio que sí. Pero, cuando echaba la cabeza hacia atrás y sus mejillas se teñían de color rosa por el frío de las montañas, Sylvia parecía feliz de un modo que Lorelei no solía ver en ella.

Así que se obligó a apartar la mirada.

—Durante la última cosecha —dijo Adelheid—, el pueblo exigió que mi padre pagara con su muerte.

—¿Y lo consiguieron?

Adelheid sonrió con tristeza, aunque el brillo en sus ojos era tan certero como el acero.

—No. Huyó.

—¿Y es por eso que decidiste sumarte a la expedición? —inquirió Lorelei—. ¿Para esconderte?

—No. Rehuir mi deber sería una muestra de cobardía. —Su voz estaba teñida de desdén—. Aunque mi padre nunca ha velado por los intereses de Ebul, yo sí que lo haré. Wilhelm confía en mi consejo y, una vez que reclame el poder del Ursprung, conseguirá estabilizar la región. Si permanecemos unidos, ningún ejército volverá a llamar a nuestras puertas.

Lorelei contuvo un escalofrío ante el fervor en los ojos de la taumatóloga. Al igual que Johann, Adelheid de verdad creía en Wilhelm. Años viviendo fuera del Yevanverte habían acabado con los últimos rastros de optimismo en su interior, pero aún guardaba la esperanza de que Wilhelm mantuviese la promesa que le había hecho a ella también.

—En ese caso, esta expedición debe de ser muy importante para ti —señaló.

—Así es —asintió Adelheid—. Para todos nosotros. Aunque me temo que algunos no puedan hacer a un lado la ambición en aras del bien común.

—¿A qué te…?

El sonido de un cuerno atravesó el festival y Lorelei soltó una maldición por la sorpresa. Los perros empezaron a aullar y la gente, a vitorear. Era obvio que las actuaciones estaban a punto de comenzar. Lorelei estiró el cuello para ver mejor la plaza y vio que una anciana se había acomodado en el escenario. Sin embargo, la mujer no sostenía ningún instrumento ni llevaba ningún disfraz, sino tan solo un chal tejido que le cubría sus delgados hombros.

—En aquellos tiempos en los que los deseos aún albergaban poder —empezó—, una mujer estéril le rogó a Dios que le concediera un hijo.

Conque era turno de la cuentacuentos, entonces. Lorelei se apresuró a sacar pluma y papel de su mochila. Iba a tener que transcribir cada palabra de aquella historia si pretendía obtener siquiera algo mínimamente útil de ella.

—El Señor escuchó sus plegarias y, cuando el niño nació con cabello plateado, se dijo que algún día iba a llegar a ser un rey importante. Fue así como creció adorado por todos en su villa.

Los trazos de Lorelei se congelaron al escribir las palabras «cabello plateado». Un escalofrío, extraño y que no presagiaba nada bueno, le recorrió la columna.

—Por aquel entonces, había un dragón que vivía en el gran cuenco de la luna. Una vez al mes, la criatura bajaba de su hogar y dejaba el cielo a oscuras, con las estrellas como única fuente de luz. Con las alas controlaba las mareas y con el aliento era capaz de impulsar barcos enteros. Solo que, a cambio de sus servicios, había que pagar un precio. El dragón se atiborraba de ovejas y de doncellas que escapaban de casa sin tener en cuenta los consejos de su madre, lo suficiente como para no pasar hambre durante un mes entero. La aldea estaba pasando por unos tiempos difíciles, pues no tenían suficientes ovejas ni doncellas como para tener al dragón contento, ni tampoco nadie lo bastante digno como para acabar con la criatura. Todos aquellos que lo habían intentado habían muerto.

Lorelei subrayó la palabra «digno» tras escribirla. Aquella idea difusa sobre ser merecedor de algo era un elemento constante en todas las versiones de la historia del Ursprung. Este siempre escogía quién podía blandir su poder.

—Un día, el niño de cabello plateado trazó un plan muy ambicioso. Pensaba subir a la cumbre de la montaña más alta y acabar con el dragón mientras dormía. —La mujer hizo una pausa. Tras ella, la escarpada cordillera se extendía en todo su esplendor. Conforme iba oscureciendo, la luz tenue del sol bañó la punta más alta con un rojo sangriento—. El niño emprendió aquel viaje tan difícil con su lanza entre los dientes y, al llegar a lo más alto, la clavó en la luna. El dragón soltó un llanto lastimero y su sangre llovió del cielo. Esta descendió por la ladera de la montaña como si de un río se tratara y se acumuló en una hondonada de rocas. El niño perdió el equilibrio mientras el dragón agonizaba y cayó en picado hacia la tierra. Aunque se preparó para enfrentar su muerte, terminó cayendo en la sangre acumulada del dragón. Y, al emerger de ella, descubrió que podía controlar las mareas y hacer que el cauce de un río variara a su antojo.

»Y fue así como dio inicio la leyenda de san Bruno, el primer rey de Albe. —La anciana sonrió —. Y hoy hemos sido bendecidos con la presencia de su descendiente, la señorita Sylvia von Wolff.

Lorelei se volvió hacia Adelheid y le preguntó en voz baja:

—¿Conocías esta versión de la historia?

—Más o menos —contestó Adelheid—. Nunca había oído a alguien contarla, pero sé que es algo muy importante para su madre. Sylvia la detesta.

Según parecía, solo a los niños albenses les contaban las historias de su familia real de cabello plateado.

—Señorita Von Wolff —siguió la anciana—. ¿Nos haría el honor de pronunciar algunas palabras?

Parecía una versión opuesta a lo sucedido la noche de la ceremonia. Lorelei congelada en su sitio, observando cómo la multitud se apartaba para dejarle sitio a Sylvia, que tenía una mancha de tierra en la mejilla y unas cuantas flores trenzadas con torpeza en el pelo, como si un niño se las hubiera puesto. No le sorprendía en absoluto que su pueblo la quisiera tanto. No solo era una mujer benevolente y encantadora. No era solo que de verdad le interesara saber el nombre del caballo favorito de alguien y cuántos corderitos habían nacido aquella temporada. Se trataba de un símbolo —un cuento de hadas— hecho persona.

Mondscheinprinzessin.

—¡Libertad para Albe!

El primer grito fue como una chispa que generó un incendio. Se expandió por la multitud hasta que todos fueron presa del fervor y el frenesí. Miraban el escenario como si Sylvia hubiese llegado a otorgarles su independencia ella misma. Tenía la boca entreabierta por la sorpresa y Lorelei prácticamente podía ver los engranajes de su mente en movimiento mientras recomponía su expresión hasta alcanzar algo similar a la compostura.

—Muchísimas gracias por contar la historia de forma tan bonita. —Pasó la mirada por la multitud como si estuviese haciendo contacto visual con todos y cada uno de ellos—. La fuerza de una nación yace en su gente, en su pueblo. No deberíamos olvidar las historias como esta, pues nos recuerdan quiénes somos y de dónde venimos.

Sylvia tenía que haberse dado un buen golpe en la cabeza si de verdad creía en todo lo que estaba soltando. Las historias no les decían nada sobre cómo eran en realidad; eran como el acero fundido, listas para que alguien lo bastante astuto las convirtiera en el arma de su preferencia.

—He viajado a muchos lugares del mundo y por todo el reino. La historia de san Bruno es nuestra, pero muchos de nuestros relatos se cuentan por todo Brunnestaad. Puede que no con las mismas palabras, aunque sí con el mismo sentimiento.

Unos murmullos se extendieron por el público.

—Sé que muchos de vosotros no os consideráis ciudadanos del imperio. Quizás algunos seáis incluso mayores que el propio Brunnestaad. —Sonrió comprensiva ante los gritos de asentimiento—. Me han contado que esperáis con ansias el día en que Albe recobre su independencia. Quizás algunos hasta hayáis empezado a hacer planes para luchar por ello.

Lorelei observó espantada cómo los murmullos de asentimiento iban subiendo más y más de

intensidad. ¿Cómo se le ocurría alentar aquellos chispazos incipientes de rebelión?

—Sin embargo —continuó—, el mundo está cambiando y no podemos hacerle frente a ese cambio nosotros solos.

La multitud se quedó en silencio.

—Los enemigos que nos esperan más allá de nuestras fronteras son muchos. He luchado junto a su majestad el rey Wilhelm en anteriores ocasiones y, cuando llegue el momento en que vuelva a convocar nuestras fuerzas, volveré a hacerlo. Y, en agradecimiento, él nos protegerá, del mismo modo que hizo san Bruno en su momento. Es por eso que merece heredar su poder. —Se apoyó un puño en el corazón—. Wilhelm es el rey de todo Brunnestaad, el rey de Albe. ¿Lucharéis conmigo?

Solo se produjo un segundo de silencio antes de que la multitud estallara en aplausos y vítores. Sylvia mantuvo una expresión decidida, pero Lorelei fue capaz de ver la tensión detrás de sus facciones.

«La mayor amenaza para Wilhelm es Albe. ¿Qué pasa si decide acusarme a mí de haber asesinado a Ziegler?».

No se imaginaba lo mucho que debía costarle a Von Wolff plantarse frente a toda aquella gente y jurarle lealtad a un hombre que bien podría volverse en su contra. Aquel miedo desesperado que había en sus ojos era algo que Lorelei conocía bien: era la mirada de alguien que tenía algo que demostrar.

Sylvia bajó del escenario. La gente se apartó para dejarla pasar y algunos se postraron de rodillas a sus pies, mientras que otros intentaron tocar la suavidad nívea de su cabello bañado en la luz de la luna o rozar el borde de su capa. Con unos movimientos gráciles, Sylvia le dio la mano a sus seguidores y les regaló sonrisas a todos.

Un grupo de aldeanos empujó unas carretillas hacia la plaza, con tres efigies burdas hechas de manojos de paja. Una llevaba la bandera javenense atada en el cuello. La segunda le parecía que debía de ser Wilhelm, con su indumentaria real de color escarlata y una corona sencilla hecha de ramas. La tercera llevaba un abrigo negro con un anillo dorado cosido a una de las solapas: una yeva.

A Lorelei le dio un vuelco el estómago. Cómo no, se trataba de todos sus enemigos.

Adelheid la agarró del codo y Lorelei no tuvo las fuerzas para apartarse de su agarre.

—Tienes que irte ya.

Dos hombres se subieron la efigie de Wilhelm sobre los hombros y empezaron a pasearlo por la plaza al son de las carcajadas y unos cánticos que proclamaban «Que viva el rey de Albe». En medio de todo el caos que se estaba desatando, Lorelei vio a una mujer usar una antorcha para prenderle fuego a las otras dos efigies. Las llamas envolvieron la paja. Ver aquel abrigo negro chamuscándose hizo que se le helara la sangre por el miedo.

—Venga, Lorelei —le insistió Adelheid con premura.

—Joder —murmuró Lorelei por lo bajo, sintiéndose algo mareada—. Sí, ya voy.

Pero ¿a dónde se suponía que debía ir? ¿Acaso era posible apartarse de algo así? La presión caliente de los cuerpos a su alrededor las envolvía por todos lados y las empujaban de un lado a otro entre gritos y movimientos varios.

Sylvia encontró la mirada de Lorelei en un instante, como si hubiese algo que las conectara. El pánico (y también el arrepentimiento) se abrió paso en su expresión con una mueca dolorosa. A Lorelei casi le resultaba imposible sostenerle la mirada. La determinación feroz y protectora que había en sus ojos parecía un escudo inquebrantable.

Von Wolff se abrió paso entre el gentío con dificultad, pero, en medio del aturdimiento que había nublado los pensamientos de Lorelei, casi le pareció como si se hubiese materializado a su lado. El borde de su capa ondeaba tras ella al caminar y reveló su mano aferrada a la empuñadura de su sable.

—No te apartes de mí —le dijo.

¿Y qué otra cosa podía hacer Lorelei sino obedecer? Lo único que podía ver era el cabello blanco de Sylvia teñido de rojo sangre por las llamaradas del fuego que se alzaban hacia el cielo en penumbra.

Doce

La mañana siguiente al festival de san Bruno, emprendieron el viaje a primera hora.

Según la leyenda que había contado la anciana, el Ursprung se encontraba en lo alto de las montañas que custodiaban la aldea: en la cumbre de la que dominaba a todas las demás, aquella que los aldeanos llamaban Himmelstechen. A Lorelei le parecía bastante arriesgado poner todas sus esperanzas en un cuento de hadas. Sin embargo, al no contar con sus instrumentos —ni su mentora—, era la única pista que podían seguir.

Su anfitriona, Emilia, prácticamente les había rogado que no se fueran. Si el propio bosque (el cual aparentemente tenía la tendencia a moverse cuando caía la noche) no terminaba matándolos o llevándolos a la locura, los wildeleute que moraban en su interior seguro que lo conseguían. Se había vuelto una especie de tradición que los más valientes y virtuosos de aquellos lares intentaran escalar el Himmelstechen en busca del Ursprung. Solo que nadie lo había conseguido.

Menudo desperdicio de vidas, había pensado Lorelei. Cualquiera diría que a esas alturas ya habrían adaptado a quién consideraban como virtuoso y a quién no para evitar tantas muertes innecesarias.

«Aunque sin duda una descendiente del mismísimo santo demostrará que es digna», había concluido Emilia.

En respuesta, Sylvia le había dedicado una sonrisa forzada y algo tensa. El resto había intercambiado una mirada, si bien bastante breve, en la que compartían su exasperación.

«Una descendiente del mismísimo santo». No se le ocurría por qué Von Wolff no lo había mencionado nunca. Parecía el tipo de cosas de las que le encantaría presumir. Podía imaginar su voz con total claridad, siempre altiva y orgullosa como nadie: «Pues claro que el linaje de los Von Wolff se remonta hasta el héroe más importante de las historias de Albe. Es por eso que se me considera un regalo para la humanidad, ¡ja, ja!».

Bueno, puede que se hubiese excedido un poquitín con eso último, pero seguía teniendo razón. La humildad no era un concepto que se pudiera asociar con Sylvia von Wolff. Pero ¿que fuera casi una divinidad? En aquel momento de la noche anterior, cuando iluminada por la luz de la hoguera le había dicho que no se apartara de su lado, Lorelei bien habría podido creer que sí.

Pero no. No señor. Que hubiese intervenido solo se debía a aquel complejo de heroína tan propio de ella. Fuera como fuese, era muchísimo más sencillo enfadarse con ella que siquiera empezar a considerar aquella maraña de emociones que había decidido alojársele de forma

permanente dentro del pecho.

Sylvia había marcado un ritmo innecesariamente extenuante para su avance. Aunque Johann y Adelheid no tenían problema para seguirle el paso, Lorelei, quien nunca había estado siquiera cerca de una montaña y mucho menos había escalado ninguna, iba bastante rezagada. En un momento dado, Ludwig se desvió él solo del camino, durante algo más de diez minutos. Al final, Lorelei lo encontró metido hasta las rodillas en un riachuelo, empapado y abrazado a un montón de muestras de plantas. Tras ello, terminó dejándolo a lo suyo. Por su parte, Heike parecía haberse rendido por completo. Hacía unos cinco kilómetros, había soltado un «A la mierda todo» y había bajado la velocidad hasta un ritmo de paseo tranquilo, por lo que el resto se detenían de tanto en tanto para dejar que les diera el alcance.

Lorelei echó un vistazo por encima del hombro y vio que Heike prácticamente había colapsado sobre el tronco de un árbol caído. Una vez que se había recuperado de la conmoción que le había provocado el festival de la noche anterior, no podía dejar de darle vueltas a lo que Adelheid le había dicho: «Me temo que algunos no puedan hacer a un lado la ambición en aras del bien común».

Se había referido a Heike.

Y tenía sentido, de una forma un tanto terrible. Heike siempre había sido sincera en lo que concernía a proteger sus propios intereses. Y, cuanto más lo pensaba Lorelei, más sentido le veía a su comportamiento. Llevaba intentando sabotearlos desde el principio. Habían tomado un desvío que casi los había matado y se habían quedado tirados en aquel pueblucho que estaba en el quinto pino por haberle hecho caso. Además, había sido la primera en recordarle al grupo lo de la habilidad que tenía Lorelei para controlar el éter, casi como si quisiera que los demás se volvieran en su contra.

Lo único que necesitaba para constatar sus sospechas era dar con el motivo que la había impulsado a hacerlo.

La gruesa capa de pinaza que cubría el suelo disimuló las pisadas de Lorelei al acercarse. Heike estaba sentada aferrándose un costado, con el rostro brillante por el sudor y sonrojado por el esfuerzo. Su odre estaba vacío a su lado y su mochila, tirada bajo un árbol unos cuantos metros más atrás. Se sorprendió al percatarse de la presencia de Lorelei y, por un instante, los ojos se le llenaron de miedo. Pero entonces cambió su expresión por una de desdén y se cruzó de piernas con elegancia, como si estuviera descansando en su propio trono.

El sonido lejano del rumor del agua y de los cantos de los pájaros llenó el silencio que se hizo entre ambas. Un riachuelo discurría por el bosque justo a su lado, y su superficie parecía brillar de color blanco bajo el sol.

—¿Has venido a burlarte o qué? —preguntó Heike, entre respiraciones agitadas.

—He venido a ver si seguías viva. —Le ofreció su odre, pero Heike se lo quedó mirando como

si fuese una rata muerta que le hubiese dejado a los pies. Lorelei se encogió de hombros y bebió un trago—. Tú misma.

—Dime qué quieres en realidad —le exigió, con una mirada recelosa.

Resultaba evidente que Heike no se fiaba un pelo de ella ni tampoco le caía en gracia. Y Lorelei no tenía ningún problema con eso. Siempre prefería los acercamientos directos. La cuestión era cómo sonsacarle lo que quería saber.

—Tengo curiosidad, no sé por qué te sumaste a la expedición. —Observó el dobladillo manchado de barro de la falda para caminar que llevaba Heike, con bordados muy intrincados, así como la enorme gema (una de la que no se había aburrido, claro) que le adornaba el pulgar—. No solías hacer viajes de investigación por tu cuenta y, cuando lo hacías, contabas con la ayuda de asistentes para que tomaran tus muestras. Así que, ¿por qué decidiste embarcarte en esto?

Heike alzó un solo hombro en un gesto elegante.

—¿Acaso no le puedo hacer un favor a un viejo amigo?

Evasivas y no respuestas, notó Lorelei. Quizás obtendría mejores resultados si pasaba a provocarla directamente.

—Pues me cuesta creer que quieras hacer algo sin esperar nada a cambio, la verdad.

—Eso ha dolido, Lori. —Se llevó una mano al corazón—. Aquí, en el corazón. Porque sí que tengo, ¿sabes?

—Lo sé. Y simpatizo con lo que siente, ya que estamos.

Heike soltó un ruidito condescendiente.

—No me digas.

—O quizás es que lo he entendido todo mal —siguió Lorelei— y resulta que eres tan egoísta y patética como pareces y te pasas la vida resentida solo por un pinchacito de nada a tu orgullo. ¿Tanto te dolió el rechazo de Von Wolff?

—¿Perdona? —exclamó Heike a la defensiva, poniéndose de pie—. No sé dónde habrás oído eso o a qué estás jugando, víbora, pero no pretendas que sabes nada sobre lo que estoy pasando. No tienes derecho a juzgarme.

Ah, por fin. Había dado en el clavo.

«Siempre ha querido marcharse, costara lo que costara», le había dicho Ludwig. «Y Sylvia lo sabía. Todos lo sabíamos».

Recogió la mochila de Heike y se la tendió, aferrándola solo de una de las correas.

—Eso creía, que te abandonó.

Heike se le acercó hecha una furia, con los hombros casi rozándole las orejas por la tensión. Casi podía ver los engranajes de su mente a toda máquina mientras la mirada acorralada que le brillaba en los ojos daba paso a una certeza calculadora. Seguro que estaba intentando retorcer la simpatía que sentía Lorelei para usarla a su favor, no tenía ni la menor duda.

Eso es, pensó. Le convenía que pensara que podía manipularla a su antojo.

—Si tanto necesitas saberlo, he venido porque Wilhelm no confía en nadie que no seamos nosotros. —Le quitó la mochila con brusquedad y se la volvió a poner a regañadientes—. Pero llevo muchos años dándole largas a una propuesta de matrimonio que me ha hecho el príncipe de Gansland. Quiere que le dé una respuesta cuando vuelva.

Hasta donde Lorelei sabía, el príncipe de Gansland le doblaba la edad a Heike y había enviudado dos veces. A raíz de los rumores que circulaban por ahí sobre lo que podría haberles pasado a sus esposas, guapas y jóvenes, algunos habían empezado a llamarlo el Príncipe de las Palomas Negras. Una referencia, cómo no, a una de las historias más retorcidas que había en Brunnestaad.

En aquellos tiempos en los que los deseos aún albergaban poder, una campesina se casó con un hombre rico y apuesto. Como regalo de boda, su madre le obsequió tres palomas mensajeras: una roja para avisar de que era feliz, una blanca para cuando estuviera enferma y una negra por si en algún momento su relación con su marido se volvía conflictiva. Su esposo le concedió un juego de llaves y la libertad absoluta de pasearse por todas las habitaciones de su hogar, salvo una. Como era de esperar, cuando su marido se fue en un viaje de cacería, la intrépida jovencita abrió la puerta prohibida y se encontró con ocho mujeres muertas colgadas de los travesaños.

Juntas, retomaron la marcha. Las hojas secas crujían con cada paso que daban y, en lo alto, las copas de los árboles se agitaban con el viento. Unas sombras afiladas parecían cobrar vida a su alrededor.

—Seguro que puedes decirle que no —continuó Lorelei con la conversación.

—Se me prohibió rechazarlo a menos que tuviera una mejor propuesta a mi alcance. Porque mi queridísima madre no osaría ofenderlo. Ya sabes lo peliagudas que pueden llegar a ser las relaciones entre Sorvig y Gansland.

En el transcurso de los siglos, Sorvig había conseguido independizarse de Gansland una y otra vez. Su cultura le debía mucho a su vecino del norte: sus viajes por mar, su apreciación por el arte, todo lo que involucrara comidas con pan y con ponerle cosas encima al pan. Solo que, si querían volver a hacerse con Sorvig, aquella vez iban a tener que enfrentarse a Brunnestaad.

—¿Y por qué importaría eso?

—Porque mi madre siempre debe tener una vía de escape. Además, muchos creen que a Sorvig le iba mejor cuando estaba bajo el mandato de Gansland —contestó Heike sin emoción—. Si Wilhelm no consigue hacerse con el control del reino, podríamos acabar bajo sus garras de nuevo. En cuanto a mí, no se supone que desee nada para mí misma. Y, si esto la complace, ¿quién soy yo para desobedecerla?

Muy en contra de su voluntad, Lorelei casi sintió un pinchazo de indignación en su nombre.

—Después de que Sylvia me rechazara, te juro que le rogué a mi madre que me dejara ir a la

universidad como los demás. Al fin y al cabo, en Gansland prefieren a las mujeres con educación. —Soltó un resoplido de desdén—. Creía que podría encontrar algún otro pretendiente adecuado para cuando terminara mis estudios. Y lo retrasé tanto como me fue posible, pero no hubo suerte.

Lorelei se contuvo para no preguntarle por Adelheid. Suponía que la heredera de una provincia en decadencia no sería precisamente un buen partido a ojos de la madre de Heike.

—Creía que no podría seguir dándole largas, pero de pronto se presentó esta expedición. Y ya ves, me fue imposible negarme a una petición de nuestro rey.

Que el Ursprung se hallara en Sorvig era su última posibilidad, por lo que oficialmente había pasado a quedarse sin opciones.

—¿Y si no hicieras lo que te dice tu madre?

—Estaría renunciando a mi herencia. —Heike la miró como si de verdad se le hubiese ido la pinza—. Preferiría morir.

—¿De verdad importa más el estatus que tu vida?

—No lo entenderías. El estatus es mi vida —le explicó muy despacio. Un rayo de sol que le caía sobre su cabello rojizo hacía que pareciera en llamas—. Soy una princesa. Fuera del hogar de mi madre, eso es lo único que me mantiene a salvo.

Solo que Lorelei sí que lo entendía.

Conforme Heike echaba a andar hasta dejarla rezagada, lo único en lo que Lorelei podía pensar era en «La chica de la torre», la historia de una jovencita muy guapa que vivía encerrada en una torre a manos de su madre cruel y controladora. Cada noche, la chica soltaba su largo cabello para que su madre trepara hasta su única ventana. Se trataba de una existencia miserable y aislada, hasta que, cómo no, un príncipe llegaba a salvarla.

Claro que ningún príncipe había acudido al rescate de Heike.

Heike era preciosa y había sufrido lo suyo. Si los cuentos que sus sirvientas le habían contado fueran ciertos, tendría que haberle bastado con eso. El problema era que la vida era muchísimo más cruel que lo que contaban las historias, por lo que había trazado un plan para rescatarse a sí misma: sabotear la expedición y evitar que Sylvia le robara aquello que le correspondía a ella.

Lo único que necesitaba Lorelei era poder demostrarlo.

Tras cinco días de escalada, la moral iba cuesta abajo.

Los primeros tres días de avance habían sido recompensados con un progreso constante. Sin embargo, durante los dos siguientes, les quedó bastante claro que estaban deambulando en círculos. Por mucho que caminaran (incluso si lo hacían en una sola dirección, según la brújula de Heike), terminaban siempre donde habían empezado: un claro rodeado de un bosquecillo de

abetos.

Lorelei sabía que no iba a tardar demasiado en verlo otra vez.

Iba avanzando con dificultad al final de la desganada fila que habían formado. Le dolía todo el cuerpo y, de lo alto que estaban, hasta respirar se hacía difícil. Una niebla helada bajaba sin cesar por la montaña y la escarcha relucía en las sombras largas que proyectaban los árboles sobre la tierra. Nunca había experimentado un frío semejante. Lo sentía hasta en la nariz.

El sonido de las carcajadas agobiadas de Ludwig le llegó hasta donde estaba.

—¡Hogar, dulce hogar!

—¿Es una broma? —preguntó Heike de mala gana. Y, unos segundos después—: Voy a ponerme a gritar.

—¿Hemos ido en círculos de nuevo? —Según parecía, el optimismo de Sylvia perduraba; sonaba tan decepcionada como sorprendida—. Es un encantamiento de lo más poderoso. Nunca había visto algo semejante.

Johann y Adelheid se limitaron a intercambiar una mirada cansada. Lorelei iba justo por detrás de ellos y se agachó para pasar por debajo de una rama baja. Y ahí lo tenía: una vez más en los límites de aquel condenado claro.

Adelheid alzó una mano para quitarle a Johann una ramita del pelo.

—Pues supongo que me pondré con la cena —suspiró resignada.

Al paso que iban, iban a quedarse sin comida antes de llegar a la cima.

Según Johann y Adelheid encendían una fogata, Sylvia empezó a colocar las protecciones necesarias en torno al lugar; clavó estacas de hierro alrededor del perímetro y colgó unas campanillas desde las ramas más bajas. Ludwig se puso a sacar la tienda de campaña y las provisiones para cocinar. Heike dejó la mochila en el suelo y apoyó la cabeza sobre ella. Conforme, como de costumbre, con no mover un dedo para ayudar a nadie que no fuera ella misma.

El viento soplaba por el claro y arrastraba consigo el frío aroma de la savia y las hojas de los árboles. Cuando pasó, Lorelei empezó a notar el olor del humo que se alzaba desde el fuego. La escena podría haber resultado agradable, de no ser por lo perturbador que se veía el cielo. Durante días, sin importar la hora que fuera, el firmamento se teñía de un color morado oscuro, iluminado por unas estrellas extrañas que brillaban como el cristal roto. Si su reloj de bolsillo no le mentía, apenas empezaba a atardecer.

Se acomodó sobre una extensión de piedra lisa y sacó su libreta. Cada noche había revisado sus historias en busca de algún detalle que se le hubiera pasado, algún ardid que les permitiera escapar de aquel bucle infinito, pero de momento no había habido suerte.

Sin saber si fue la frustración o la desesperación, algo la impulsó a ponerse a escribirle a su hermana.

Rahel, la menor de la familia, había sido una niña muy enfermiza. Cuando Lorelei se quedaba sin libros que leerle, recurría a inventarse historias que la distrajeran durante los días que debía mantenerse en cama. Eran cuentos de aventuras y peligros, la mayoría de ellos bastante inspirados en los diarios de viajes de Ziegler, lo que fuera que capturara la imaginación de una niña ansiosa y sedienta de emoción. No le hizo falta mucha creatividad para detallar todas las hazañas que habían vivido durante la Expedición Ruhigburg. Aun con todo, cuanto más escribía, más se convencía de que jamás iba a poder enviar aquella carta.

A sus dieciséis años, Rahel había conseguido escapar de la crueldad del mundo en que vivían. Era demasiado joven como para recordar a Aaron y no era propio de Lorelei confiarle a su familia lo mal que la trataban en la universidad.

La pregunta que le había hecho Sylvia seguía atormentándola: «¿Por qué ya no te dejas asombrar por el mundo?».

Quizás aquella parte de ella se había hecho pedazos hacía mucho tiempo. El mundo que ella veía era demasiado horrendo y doloroso como para compartirlo. La soledad le invadió el pecho en un golpe demasiado súbito como para poder contenerla. No pudo evitar pensar en su historia menos favorita sobre el Ursprung, una que había llegado a ella gracias a una anciana ebulense.

En aquellos tiempos en los que los deseos aún albergaban poder, existió un ladrón que, mientras huía de los problemas en los que se había metido, se tropezó y terminó cayendo en un hoyo. Al despertar, descubrió que estaba rodeado de la más absoluta oscuridad y cara a cara con los ojos brillantes de un lindworm. Si bien el ladrón esperaba que lo devorara en aquel mismo instante, muy para su sorpresa, la bestia lo condujo hacia las profundidades de su madriguera.

En el centro de una cueva subterránea se encontraba un manantial lleno de un agua tan brillante y dorada como el propio sol. Aunque el hombre temía que pudiese morirse de hambre antes de que alguien pudiera rescatarlo, conforme pasaban los días, se dio cuenta de que, siempre y cuando bebiera del manantial, no pasaba hambre ni tampoco sed. Durante tres largos años, el ladrón vivió en la oscuridad con nada más que el lindworm como compañía.

Un día, un terremoto hizo que el techo de su prisión (o, más bien, de su hogar, pues era así como había pasado a pensar en el lugar) colapsara. El lindworm se estiró hacia la luz del sol y el ladrón, aferrado a los pinchos de su columna, consiguió volver a la libertad. Cuando llegaron a la superficie, se tumbaron bajo un bosquecillo a descansar.

Entonces una soldado que pasaba por ahí los vio. Siempre había soñado con ser una heroína, por lo que, al ver su oportunidad, enredó unas cadenas de hierro pesadas alrededor del cuello de la criatura durmiente. El ladrón se despertó al oír el escándalo, justo a tiempo para ver que la soldado desenvainaba su espada. Consideró huir, pues si lo reconocían era posible que la soldado lo arrestara. Sin embargo, el cariño que sentía por la bestia que le había salvado la vida hizo que terminara matando a la soldado con una roca y que liberara al lindworm de sus ataduras. Este se

lo quedó mirando tan solo un segundo antes de arrastrarse de vuelta a su cueva. Por su parte, el ladrón se lavó la sangre que tenía en las manos y emprendió el largo camino de vuelta a su aldea.

Por el camino no se detuvo ni una vez, ya que no sufría ni por el hambre ni por el cansancio. Solo que, al llegar al hogar de su madre, esta no lo reconoció. Sus vecinos afirmaban jamás haberle visto la cara. Su nombre se había escurrido de la mente de todos como el agua entre las manos. Atormentado, volvió al único lugar donde creía que aún pertenecía, pero el suelo que cubría la madriguera del lindworm se había vuelto a cerrar.

El poder, incluso el que se regalaba a aquellos que lo merecían, seguía cobrándose un precio muy alto. Y Wilhelm era un idiota por anhelarlo.

—¿Lorelei?

Su pluma se tropezó por la página e hizo que la tinta se derramara sobre el dibujo que había estado trazando sin darse cuenta. El lindworm saliendo de su estanque de oro había pasado a ahogarse en un charco oscuro. Estupendo.

—Casi me matas del susto —gruñó—. ¿Qué decías?

Alzó la vista para encontrar a Ludwig a su lado. Sostenía dos cuencos en las manos, llenos hasta arriba de un estofado bastante aguado que Adelheid había hecho con las pocas provisiones que les quedaban: guisantes y unos trocitos diminutos de cecina, según parecía. Un trozo de galleta se alzaba sobre la superficie, casi como una tumba, pero a Lorelei le daba bastante igual. Se moría de hambre.

—He estado pensando —le dijo, pasándole un cuenco.

Lorelei lo aceptó y cerró su libreta a regañadientes. El calor se le extendió por las manos y el vapor que emanaba de la superficie le calentó las mejillas heladas.

—Eso nunca termina bien.

—Creo que sé cómo hacer para salir de aquí.

—¿Ah, sí? —Alzó la vista hacia él—. ¿Cómo?

—Quiero ver si funciona antes de contártelo. Porque, si me equivoco, se me va a caer la cara de vergüenza —se explicó—. Tú confía en mí.

—Solo por decir eso ya confío bastante menos.

—Wilhelm prometió que me concedería unas tierras.

La confesión la dejó sin palabras.

—¿Cómo dices?

—La verdad es que no quería venir, pero me sobornó. —Se la quedó mirando con esos ojos astutos de zorro que tenía. Se veían bastante cansados y casi rojizos por la luz de la fogata—. No pretendo sabotearme a mí mismo y hacer que nos perdamos más. Tengo demasiado que perder.

—Y justo por eso no debería confiar en ti.

Ludwig le dedicó una sonrisa en respuesta.

De modo que Wilhelm pretendía seguir los pasos de su padre. Si alguien amenazaba su poder, le arrebataría las tierras a todos aquellos que se volvieran en su contra y se las daría a aquellos que le eran leales. Ludwig había vivido entre la nobleza desde pequeño, muy de cerca, aunque nunca como un igual. Sin embargo, al final de aquella expedición, ya no solo tendría un título de cortesía, sino uno de verdad.

—No puedo creer que te vayas a convertir en uno de ellos —le dijo, sintiendo una extraña sensación de decepción al ver que él necesitaba… ¿Qué? ¿Demostrarle que le era leal?—. Pero confío en ti. No necesitas convencerme.

—Qué honor —dijo—. Y qué sorpresa, también. Me esperaba que me juzgases un poco. Un par de insultos como mínimo.

Pero ¿cómo iba a juzgarlo? Ella misma se había aferrado a aquella expedición con uñas y dientes en un intento desesperado por protegerse a sí misma. Si le ofrecieran un título y tierras, tenía que ser muy estúpida para no aceptarlo.

—No me tientes.

—No, no. Venga, no te cortes.

—Ten un poco de dignidad, pedazo de traidor —le dijo sin ganas—. Y más cosas así.

—Un poco tarde para eso. —Dobló una rodilla hasta llevársela al pecho y se la envolvió con un brazo—. Sé que no te va a gustar lo que te digo, pero, si te sirve para tu investigación, estoy seguro de que Sylvia es inocente.

—No estoy… —Ante su mirada tan directa, Lorelei soltó un suspiro—. Bueno, vale. ¿Por qué crees eso?

—Solía escribirme muy seguido durante la guerra. Las primeras cartas que me envió iban sobre lo que cualquiera podría imaginarse, pero, hacia el final, hubo algo en ellas que no me cuadraba del todo. Eran… —Se pasó el pulgar por el labio, pensativo, como si la palabra exacta se le escapara o ninguna bastara. Al final, se encogió de hombros—. Estaba preocupado por ella, así que le pedí que se quedara unas semanas conmigo cuando la lucha terminó. Y me quedé de piedra al ver el estado en el que llegó. Llevaba años sin verla, pero parecía una persona totalmente distinta. Atormentada, supongo.

Lorelei no necesitaba más detalles. Aunque le sorprendía, podía imaginárselo con una claridad tremenda y espantosa: su cabello como de luz de luna hecho una maraña, sus ojos plateados igual de vacíos que los suyos. Todo su entusiasmo inagotable hecho papilla.

Vacía por dentro por culpa de los fantasmas.

—Lo único que parecía animarla era una manada de kornhunds que vivían en los campos de trigo de mi hogar. Salía de casa y se pasaba horas observándolos después del atardecer.

Los kornhunds eran unos wildeleute que adoptaban la forma de unos lebreles. Corrían sobre unas ráfagas de viento hasta que les salían chispas en las patas y se decía que le traían mala

suerte a quien los mirara a los ojos. Los echaban de los campos cuando trillaban grano, pero se volvían un incordio durante las épocas de cosecha. Mataban a los niños que estuviesen recogiendo acianos y despedazaban a cualquiera que se atreviera a replicar su aullido.

—Una noche, miré por la ventana. Todo estaba muy oscuro, así que lo único que pude distinguir fue su cabello y unas chispas brillantes. Uno de los sabuesos había salido de entre los granos y Sylvia se había agachado al borde del campo para esperarlo.

Nada de lo que Ludwig le estaba contando le sorprendía. Pero suponía que aquel había sido algo propio de ella incluso antes de convertirse en quien era en aquellos momentos.

—¿Y qué pasó?

Ludwig soltó una carcajada seca.

—Pues que agarré mi mosquete y salí a toda prisa, pero para cuando llegué a los campos, ya no estaba. Y quizás fuera lo mejor. Johann ha intentado enseñarme a disparar incontables veces, pero se me da fatal.

»Me pasé horas buscándola. Y entonces, cuando se hizo de día, salió dando tumbos de entre los campos. Tenía una mirada salvaje y prácticamente me hablaba a gritos en la oreja por la emoción. Yo no podía entender ni media palabra de lo que me decía porque estaba… furioso.

No se podía imaginar a Ludwig enfadado, pero a Sylvia sí: caminando descalza por los campos con una manada de perros salvajes siguiéndola, con chispas revoloteando a su alrededor y el cabello ondeando en la oscuridad como un estandarte de guerra que Lorelei seguiría encantada hasta su muerte.

—Le dije que se había vuelto loca. Que podría haber muerto.

—¿Y qué te dijo ella?

—¡Nada! Se echó a reír. Y cuando se cansó, me dijo: «¿No te parece precioso, Ludwig? ¿No crees que la vida es algo increíble?».

Lorelei se quedó con la vista clavada al frente, pues no se veía capaz de devolverle la mirada. Aquellas criaturas infernales habían salvado a Sylvia. Le recordó a una solitaria jovencita del Yevanverte que coleccionaba bichos del jardín del vecino y creía que lo que hacía era mágico.

—¿Y eso demuestra su inocencia? —inquirió.

—No es capaz de matar. Ya no y definitivamente no así. Se niega a usar su magia. La altera muchísimo.

Lorelei frunció el ceño. Pensándolo bien, nunca la había visto usar su magia.

—¿Por qué me cuentas todo esto?

—Considéralo mi regalo de despedida —dijo de buena gana—. Alguien tiene que descifrar qué rayos está pasando y fijo que no voy a ser yo.

La cosa es que ya lo sé, pensó. Y sí que confiaba en Ludwig, hasta lo consideraba un amigo. El problema era que a él le caía bien Heike y Lorelei se negaba a interponerse en su amistad sin

pruebas. De modo que lo que terminó diciendo fue:

—No digas eso.

—Cierto. Muy retorcido todo, perdona —concedió—. Pero hablo en serio, si no vuelvo, deberías quedarte con mi abrigo ese que te gusta tanto. ¿Sabes de cuál te estoy hablando?

—Sí, sí —contestó ella, frunciendo el ceño—. Mira tú qué generoso.

Por el bien de todos, esperaba que su plan, fuera cual fuese, funcionara.

Más tarde aquella misma noche, Lorelei se metió en su tienda de campaña y observó cómo las sombras dibujaban unos dedos alargados sobre el techo de lona. El bosque se había quedado tan tranquilo que resultaba siniestro. No oía ningún ave, insecto o criatura arrastrándose por la oscuridad. Y, aun así, no podía evitar pensar que alguien —o algo— los observaba con malas intenciones.

Trece

Lorelei se despertó con dolor en las extremidades y un frío que le calaba los huesos. Lo primero que le llegó a través de la niebla del agotamiento fue el más ligero aroma a nieve.

Vaya si tenían mala suerte.

Fuera de su tienda, el cielo amoratado la esperaba, tal como había hecho todos esos días. Las mismas ramas se entrelazaban sobre el claro como un entramado complicado en una reja de hierro forjado. Nadie se había despertado aún.

Decidió que lo que necesitaba era una buena taza de café. Aquello iba a ser lo único que la ayudara a resistir otro día más de vueltas sin rumbo. Recogió la tetera y enfiló hacia el riachuelo que discurría por los bordes del campamento. Se agachó en la orilla y sumergió la tetera, con lo que la corriente se le arremolinó en torno a las muñecas. Lo único que interrumpía el silencio era el borboteo del agua en movimiento, pero no se movió hasta que los dedos se le pusieron blancos por el frío. El desasosiego que notaba en su interior se intensificó. Incluso en aquellos momentos no podía dejar de pensar en la sensación que la había acompañado hasta quedarse dormida.

Había algo en el bosque que los observaba.

Tras volver al campamento, removió los carbones que quedaban en la hoguera e hirvió agua para el café y la avena. Por desgracia, el día anterior se habían quedado sin pasas (o, lo que era más exacto, Heike se había comido la mitad de sus reservas ella solita), lo que los dejaba con nada más que una papilla insípida por delante.

Uno a uno, los demás se fueron despertando. Primero Johann y luego Adelheid. Se sentaron uno al lado del otro, serios y de cabellos dorados. Tras saludarse únicamente por educación, los tres se quedaron en silencio, lo que a Lorelei le iba bastante bien. No tenía ganas de empezar una conversación con ellos mientras yacían frente al fuego con cara de pocos amigos. En cuestión de unos pocos segundos, una taza de café y un cuenco de avena se materializaron en las manos de Adelheid, por cortesía de Johann. Se aseguraba de que ella tuviera algo que comer antes de pensar en alimentarse a sí mismo.

Heike salió de su tienda unos veinte minutos después. Bostezó a todo volumen y, antes de que pudiera soltar ni una sola queja, Adelheid le dejó una taza de café en las manos. Unos pocos minutos después, Sylvia salió a gatas de su tienda. A Lorelei nunca dejaba de sorprenderle lo salvaje que parecía su melena y su absoluta falta de capacidad para domarla. Se la había atado en

una especie de recogido a la altura de la nuca. Uno que parecía más bien un nudo, con unos cuantos mechones planeando su escape por adelantado. Lorelei se recordó a sí misma que debía dejar de mirarla.

Sylvia se detuvo al verlos a los cuatro.

—¿Y Ludwig?

Heike bebió un sorbo de café.

—Supongo que aún duerme. Nos hemos quedado sin té, por cierto. Lo siento.

No parecía lamentarlo en absoluto, y Sylvia soltó un suspiro.

—Qué remedio. Supongo que no pasa nada. Lo que compramos en el pueblo casi ni podía considerarse té.

Adelheid se levantó de su sitio.

—Iré a despertar a Ludwig. Ya hemos desperdiciado bastante tiempo.

—Bien pensado, Addie —dijo Heike, con un ademán desganado de la mano—. No podemos llegar tarde a nuestro paseo en vano de todos los días.

Adelheid decidió ignorarla a propósito.

—No parece sensato burlarnos de las desgracias —dijo Johann—. Tiene que haber alguna forma de escapar de esta magia tan horrenda.

—Sí, sí, y estoy segura de que hoy será el día en que averigüemos cómo. —Heike puso los ojos en blanco—. Te pones muy insoportable a veces.

Adelheid sacudió la tienda de Ludwig para anunciar su presencia. Cuando no recibió respuesta, ella misma desabrochó los botones que la cerraban y, tras unos segundos, se volvió con una expresión confundida.

—No está.

Y así era: su tienda estaba totalmente vacía, como si tanto Ludwig como sus pertenencias hubieran desaparecido en el transcurso de la noche.

«Considéralo mi regalo de despedida», le había dicho el botánico, prácticamente guiñándole un ojo.

El recuerdo la golpeó con fuerza. La noche anterior se lo había tomado como una burla a sí mismo, pero ya no estaba tan segura. Maldito sea. Tendría que haberle pedido más información o, como mínimo, que le dijera cuánto tiempo pensaba marcharse. Lo único que sabía era que había sido la última en hablar con él y que no le había contado a nadie sus planes. La sensación de aprensión que notaba en su interior se volvió más intensa. Si los demás se enteraban de que se había marchado para buscar cómo lograr llegar a lo alto de la montaña, ¿la acusarían a ella de sabotaje?

No tenía intención de descubrirlo.

—Anoche me dijo que pensaba ir a buscar una planta que florecía de noche —dijo—. Seguro

que no tarda en volver.

Sin embargo, para cuando recogieron el campamento y se repartieron sus escasas raciones de cecina para la tarde, seguían sin saber nada de él. Adelheid y Johann se habían puesto a discutir sobre los restos de la hoguera. Heike había empezado a hacer garabatos en una de sus libretas, con la cabeza apoyada en el regazo de Adelheid.

Por su parte, Sylvia no dejaba de caminar de un lado para otro. Y lo único que había conseguido era que a Lorelei se le subiese la tensión. Justo cuando estaba dispuesta a decirle que se quedara quieta de una buena vez, Sylvia se detuvo en seco. Tenía los ojos del mismo tono violeta que había en el cielo.

—¿Y si se ha perdido?

Heike no apartó la vista de su libreta. Cuando habló, lo hizo con un tono lleno de sarcasmo:

—Eso es. Fijo que se ha perdido.

—¿Qué insinúas? —le preguntó Adelheid, con recelo.

—¿Yo? ¿Insinuar algo? Cómo se te ocurre. —Heike dejó su pluma a un lado para luego enderezarse—. Lori, ¿qué dijiste que tenía pensado hacer?

—Quería buscar una planta que florecía por la noche. —Y, con toda su mala intención, añadió —: Aunque creo que usó la palabra «nocturna».

—Mira tú qué interesante —dijo Heike—. ¿Cuál?

Sus ojos verdes similares a los de un gato brillaron con la luz del atardecer. En ellos, Lorelei pudo apreciar una malicia de lo más calculadora. El día anterior, había intentado ganársela al contarle su trágica historia. Si hubiese matado a cualquiera que no fuera Ziegler, quizás habría funcionado. Y era obvio que Heike lo sabía; lo único que le quedaba era volver a los demás en su contra.

—No sé. —Se esforzó por que su hostilidad no tiñera su voz—. La verdad es que no me quiso dar mucho detalle.

—Ah… —Heike clavó la mirada en Johann y Adelheid de forma deliberada—. Y ahora ha desaparecido. ¿Qué os parece?

—Muy misterioso —respondió Johann con voz burlona.

Que hubiese «desaparecido» parecía bastante dramático, pero a Lorelei no le hacía ninguna gracia que estuviese solo en el bosque. No sería capaz de intentar subir la montaña él solo, ¿verdad? Ya tendría que haber vuelto.

—Solo estáis intentando crear más drama —dijo Sylvia, exasperada—. Se ha llevado todo menos su tienda, así que es obvio que tenía pensado volver a tiempo para ir a dormir. Se debe de haber perdido. O quizás se ha hecho daño. Tenemos que ir a buscarlo.

—Lo que tenemos que hacer es pensar bien las cosas. —Adelheid se pasó las manos por la falda para alisársela—. Si Ludwig vuelve y ve que no estamos, irá a buscarnos. Y así nunca nos

encontraremos. Lo mejor sería dividirnos en dos grupos: uno que se quede aquí y otro que vaya a buscarlo.

—Ya voy yo —se ofreció Lorelei—. Pero si se ha hecho daño y hay que cargarlo de vuelta, no podré hacerlo sola.

Ninguno se ofreció voluntario.

Lorelei pasó la mirada por el resto del grupo. Sylvia miraba a cualquier lugar que no fuese ella, lo que suponía que no era ninguna sorpresa. Llevaban sin intercambiar palabra desde lo del festival. En cuanto a los demás, acurrucados cerca del fuego, era evidente que habían llegado a una especie de acuerdo, propuesto y decidido sin mediar palabra. Era un lenguaje que había ido aprendiendo bastante bien: el de nosotros contra el resto del mundo. Y no le sorprendía, por mucho que estuviera tremendamente decepcionada. La pizca de poder que Wilhelm le había otorgado no valía para nada.

La habían marginado.

Recogió su mochila del suelo y se la echó al hombro de un movimiento. Aunque quería soportarlo con dignidad, la oscuridad tenebrosa que se atisbaba entre los árboles y el borde serrado de las montañas más allá la ponían de los nervios. Nunca se había enfrentado sola a la naturaleza. Si le pasaba algo —o si los demás decidían deshacer el camino andado sin ella—, sería su fin. Nadie volvería a por ella. Nadie le diría a su familia qué era lo que le había pasado.

Entonces Sylvia soltó un resoplido.

—Hay que ver semejante muestra de valentía y altruismo, de verdad. Menudos nobles que estáis hechos. Ya te acompaño yo.

Una vez más, aquel impulso borde y desamparado de desquitarse con ella se alzó en su interior. Quería mirarla con desdén y rechazar su ayuda, por mucho que solo fuese para fastidiarla. No quería su lástima. No le hacía falta. Pero no podía embarcarse en aquel viaje sola.

—Pues nada —dijo Lorelei—. Vamos.

No fue capaz de esconder el dolor en su voz, por mucho que aquello la humillara.

Lorelei sabía que era bastante probable que estuviesen marchando a los brazos de la muerte. Sin embargo, una vez lejos de aquel condenado claro, se sintió extrañamente más ligera. Sylvia, por su parte, había adoptado una actitud petulante y enfurruñada mientras arrastraba los pies por el sotobosque. De tanto en tanto, soltaba algún comentario en voz baja sobre la cobardía y la ausencia de las buenas costumbres. Para no perder lo que le quedaba de cordura, Lorelei dejó que el sonido de su voz se volviera parte del ruido de fondo. Si reconocía la presencia de Von Wolff, terminarían hablando sobre cómo había saltado a defenderla. *Otra vez.* Lorelei prefería morirse.

Un frío de lo más despiadado se había apoderado del mundo y el ambiente estaba espeso y

latente con la amenaza de la nieve. Habían recorrido aquella parte del bosque tantas veces que había dejado de capturar su atención. Aunque seguía sin saber qué esperar: cualquier cosa parecía posible. Que Ludwig estuviera tirado hecho un ovillo en el suelo. Que saliera de entre la maleza con su sonrisilla taimada. Que las esperara en el campamento tan pancho, como si no se hubiera ido.

Nah, no era lo bastante optimista como para creer que pasaría algo así.

Caminaron durante lo que parecieron horas sin pronunciar palabra. A Lorelei le costaba notar nada fuera de lo normal, pues todo lo que las rodeaba era de un verde sin fin, por debajo de los entramados de las ramas de pino. Qué no daría por volver al ajetreo constante y los ruidos de la ciudad. Pero entonces recordó que, si no encontraba el Ursprung (o las pruebas suficientes para acusar a Heike por el asesinato de su mentora), jamás podría volver a su hogar.

¿Qué rayos estoy haciendo? Caminar en círculos buscando una aguja en un pajar… Así jamás lo iban a encontrar. Lo que estaban haciendo era una absoluta y monumental pérdida de…

Algo en el árbol que tenía enfrente le llamó la atención: una marca con forma de L tallada en el tronco. El día anterior, al comprobar lo perdidos que estaban, habían hecho unos cuantos intentos por marcar los lugares en los que ya habían estado. Johann (muy para el horror de Ludwig) había hecho unos tajos profundos en algunos árboles hasta que la savia había manado de ellos. Sin embargo, aquellas marcas eran cuidadosas, poco profundas y precisas.

¿Acaso las habría hecho Ludwig?

Lorelei se detuvo a inspeccionarlas. El árbol en sí no le pareció nada fuera de lo común en primera instancia. Pero entonces se percató de las setas que habían brotado cerca de sus raíces. Su sombrero acampanado parecía estar cubierto de orificios y de éter líquido, el cual se concentraba en la tierra de un color añil brillante.

Sylvia se le materializó detrás del hombro.

—¡Bien hecho, Lorelei!

A Lorelei casi se le escapó el alma del cuerpo.

—No me des esos sustos —le gruñó. El corazón le latía con tanta fuerza que estaba segura de que podría oírse desde fuera—. ¿Qué estoy viendo?

—Una puerta —contestó Sylvia.

—¿Hacia dónde?

—Hacia la libertad. —Toda ella parecía brillar de la emoción—. Como bien sabes, muchos wildeleute pueden hechizar a las personas. Por ejemplo, las nixes y sus cantos hipnóticos. También es posible que los lugares con grandes concentraciones de éter se vean envueltos en una especie de ambiente encantado, con el objetivo de protegerse.

Lorelei frunció el ceño.

—¿Y crees que este es uno de esos lugares?

—¡Debe serlo! No sé por qué no se me había ocurrido antes. Ludwig estuvo investigando el tema hace varios años. Se percató de que los límites de estos sitios cargados con éter suelen estar marcados con flora bastante inusual. A menudo, el área afectada es bastante pequeña: es decir, el centro de un cúmulo de setas o la sombra que arroja un árbol solitario en medio de un campo vacío. Pero en este caso… —Sylvia hizo un ademán con la mano—. Hay una puerta. ¿La ves?

Muy para su sorpresa, sí que la veía.

Dos árboles angostos se inclinaban uno hacia el otro, con sus ramas entrelazadas con elegancia como un frontón sobre una puerta. Las setas (todas ellas ligeramente iridiscentes bajo el brillo del atardecer que les concedía el bosque) hacían las veces de alfombra sobre la tierra entre ellos.

—¿Vamos, entonces?

Sintiéndose un poco tonta, se apretujó para pasar por la estrecha abertura entre los troncos. No hubo ninguna luz repentina ni cosquilleo mágico que le recorriera la piel y casi que se sintió decepcionada. Sin embargo, unos pasos más allá, el paisaje empezó a cambiar. Una ligera capa de nieve cubría el suelo y unos delicados carámbanos goteaban desde las ramas. Y allí, muy por encima de los árboles, se encontraba su destino: la cima de la montaña, cubierta por una capa de niebla tan fina como la gasa. Fuera cual fuese el encantamiento de suspensión en el que el bosque los hubiese atrapado, habían salido de él.

Ludwig de verdad lo había conseguido.

—¡Qué maravilla! —Las botas de Sylvia crujieron sobre la nieve mientras seguía a Lorelei—. Los demás se pondrán muy contentos cuando sepan que hemos descubierto cómo seguir avanzando. Y Ludwig también, al haber encontrado más información para su proyecto. —Estaba claro que no le gustaba la falta de atención que le estaba dedicando Lorelei, pues le preguntó, muy indignada—: ¿Se puede saber a dónde vamos ahora?

—A buscar el Ursprung.

Sylvia clavó los talones en la tierra.

—¿Qué dices? ¿Y Ludwig?

Lorelei soltó un suspiro con los dientes apretados.

—Se fue del campamento para averiguar cómo escapar de este bosque. Si eso era lo único que tenía en mente, imagino que ya habría vuelto. Pero creo que ha empezado a subir hasta la cima.

—Pero si has dicho que…

—¡Da igual lo que haya dicho! —Verla tan confundida solo la ponía de peor humor—. No era cierto.

La reprobación en el rostro de Sylvia hizo mella en su interior.

—Ya veo. Dejando de lado ese detalle por el momento, no podemos… —Hizo un ademán un tanto vago— subir y ya.

—Pues es justo lo que vamos a hacer. —Y, con eso, Lorelei empezó a avanzar en dirección a

la cima de la montaña.

Sylvia soltó un ruidito de frustración.

—Te estás poniendo muy cabezota. No es tan sencillo.

—Has sido de mucha ayuda hasta el momento, pero…

—En primer lugar, me resulta muy perturbador oír que me das un cumplido con ese tono tan ácido que tienes a veces. Y en segundo… —Sylvia se interrumpió a sí misma—. ¿Podrías hacerme el favor de dejar de caminar un segundo y escucharme?

Lorelei se detuvo tan de sopetón que casi se estrellaron la una contra la otra.

—Te estoy escuchando.

—¡Pues mírame!

Tras respirar hondo para calmarse, Lorelei se volvió muy a regañadientes. Los ojos de Sylvia estaban tan fríos como la superficie de un lago, aunque muy abiertos, y se había puesto colorada. Si Lorelei no la conociera a la perfección, diría que casi parecía avergonzada.

—Muchas gracias —soltó, con una exhalación entrecortada—. Como decía: en segundo lugar, me rehúso a someterme a la tiranía de… de…

—Haz el favor de terminar esa oración, si fueras tan amable.

Le pareció que Sylvia murmuraba entre dientes algo que sonaba como «un fideo enfurruñado» antes de hacer un gesto de exasperación con las manos en alto.

—Puede que seas la líder de esta expedición, pero no soy un caballo en tu tablero de ajedrez para que me muevas como te plazca. Tengo conocimientos que podrían ser de utilidad si pretendemos encontrar a Ludwig y salir de esta con vida.

En ocasiones, aquella vena tan obstinada que tenía resultaba de lo más problemática. Por mucho que Lorelei quisiera mandarla a pastar, Sylvia se las había arreglado para descifrar aquello que ella no había podido. Eso sin contar que sus habilidades para sobrevivir a la intemperie eran nulas y sus conocimientos sobre las criaturas que acechaban en las montañas, bastante limitados. No podía permitirse no contar con su ayuda.

—Vale —soltó a regañadientes—. Lo haremos a tu manera.

—¡Además! ¿Cómo pretendes que demos con…? Ah. —El enfado le desapareció del rostro—. ¿Has aceptado? Esperaba que me lo siguieras discutiendo.

—¿Debería enterarme de lo que estabas a punto de decir?

—Los bosques protegidos por eschenfrau van cambiando. —El tono de Sylvia era ligeramente presumido—. Jamás conseguirías llegar a la cima sin mí.

Lorelei podría haberse sentido impresionada, de no ser por el miedo que la invadió al pensar en perderse en aquel laberinto de árboles cambiantes.

—¿Y sabes por dónde ir?

—Si la teoría de Ziegler es correcta, no necesitamos una máquina de radiestesia para seguir

una fuente de magia. —Sylvia le dedicó una sonrisa radiante—. Los wildeleute nos servirán de guía.

Lorelei sentía otra jaqueca en camino.

—Me estás vacilando.

Sylvia dejó de sonreír.

—¡Por supuesto que no! Aunque claro, si prefieres ser tú la que…

—No tenemos tiempo que perder. Menos cháchara y más avance.

A su favor, Sylvia cerró el pico y se puso a andar.

Si bien el cielo se había teñido de color lavanda conforme el día avanzaba, el silencio del bosque seguía siendo opresivo. Ni siquiera el canto de un pájaro acompañaba el constante crujido de sus pasos sobre la nieve. Sylvia iba un poco por delante. Se había recogido su alborotado intento de moño con una horquilla coronada con una cuenta de cristal rojo, tan brillante como una gota de sangre. Lorelei seguía observándola con atención cuando Sylvia se detuvo de sopetón, alzando un brazo en señal de advertencia, y casi se estrelló contra ella.

—Fresnos.

Había un grupo de ellos concentrados como un corrillo de ancianos, arrugados, antiquísimos y muy ceñudos. Las ramas estaban tan enredadas que no alcanzaba a ver los colores amoratados del cielo o aquellos tenebrosos haces de luz que se colaban entre ellas. A pesar del terrible frío que hacía, unos cúmulos de bayas silvestres plateadas, tan delicadas y brillantes como unos cristales de hielo, colgaban de sus ramas. Resultaban tan tentadoras como los largos trozos de corteza que daban ganas de pelarlos como si fuesen unos brotes de helecho. Pero Lorelei tenía por seguro que recolectar cualquier cosa de alguno de esos árboles sería lo último que hiciera.

Sylvia sacó una botella de su mochila y se acercó al más alto de los fresnos. Sus raíces se habían abierto paso por la tierra hasta retorcerse y adquirir la forma de un cráneo.

—Aceptad este sacrificio y dejadnos ir en paz —murmuró con delicadeza mientras vertía agua sobre las raíces.

Las hojas se agitaron en respuesta y el sonido recordó al de un suspiro femenino.

—No toques ninguno de los árboles. —Y, con eso, Lorelei confirmó lo que ya creía. Sylvia la señaló con un dedo—. Ya que estamos, ni siquiera pienses en ellos. Ni tampoco te me adelantes. Las eschenfrau son muy particulares con sus ofrendas.

—Vale, vale, lo entiendo.

Sylvia se la quedó mirando unos segundos antes de tapar su botella. Continuaron con su avance en silencio, flanqueadas por filas y filas de fresnos. En un día normal, Lorelei podría haber celebrado la pequeña victoria que suponía haber acallado el constante parloteo de la naturalista. Sin embargo, la presencia inquietante de aquellos árboles hacía que echara de menos el buen humor y la cháchara animada de su acompañante. No solía verse en semejante aprieto

como para tener la necesidad de empezar una conversación con ella, por lo que tuvo que devanarse un poco los sesos hasta dar con un tema que no fuese a acabar con una discusión.

—Cuéntame —probó suerte—, ¿dónde adquiriste todos estos conocimientos extraños sobre los wildeleute?

Sylvia le echó un vistazo por encima del hombro.

—¿De verdad quieres saberlo?

Lorelei la miró con impaciencia.

—Si no, no te lo habría preguntado.

Sylvia se detuvo para echar agua en las raíces de otro árbol. El aroma oscuro e intenso del suelo mojado se alzó hacia ellas.

—Gran parte de Albe son tierras salvajes e indómitas; no hemos expulsado a nuestros wildeleute como sí han hecho en Ruhigburg. Mis institutrices me contaban muchísimas historias y me crie persiguiendo sílfides por el bosque que teníamos cerca de casa. También vi muchos wildeleute durante la guerra. Algunos habían huido de sus hábitats naturales, pero la mayoría se habían visto atraídos por la matanza. Con el tiempo fui comprendiendo que una puede comunicarse incluso con los que más miedo dan, si se toma la molestia de aprender cómo.

—¿Y cómo aprendiste?

—Probando, más que nada. —Una sonrisa algo tímida se le dibujó en los labios—. Y también hablando con la gente, supongo. Mis soldados me hablaban sobre su vida y me contaban las historias que su madre les había contado. Creo que es por eso que sigo con vida cuando tantísimas personas ya no están.

Lorelei se sentía muy mal al cargar con el peso de lo que Ludwig le había contado y guardarlo junto a aquella especie de confesión. Ella misma sabía lo hondo que podía calar en una la desesperación y se había obligado a hacerse más fuerte valiéndose de ese dolor. No se le había ocurrido que Sylvia también pudiese conocer aquella sensación. Solía pensar que su vida había sido como un cuento de hadas.

Y sí que lo había sido, según se recordó a sí misma. Las adversidades que ella misma había escogido no hacían que el resto desapareciera. Ni se le ocurriría empezar a sentir lástima por Sylvia von Wolff.

—Ya veo —contestó Lorelei en un tono más frío de lo que había pretendido.

Sylvia pareció dolida por su respuesta, pero entonces se volvió en dirección al camino.

—¿Y tú? ¿Cómo es que sabes tan poco sobre ellos?

—He vivido toda la vida en ciudad, así que me temo que no tuve oportunidad para ir jugueteando con ellos como hiciste tú. Los yevaníes tenían espíritus en casa, pero la mayoría no sobrevivieron. —Según decían, su abuelo, también zapatero de profesión, tenía un shretele que terminaba cualquier zapato que se dejara sin acabar cuando su jornada llegaba a su fin. Y nunca

le pedía nada a cambio—. Defendieron sus hogares con uñas y dientes, pero no hubo mucho que pudieran hacer.

—Lo lamento mucho. —Sylvia sonaba apenada de verdad—. La crueldad de algunos no tiene límites.

Según caminaban, Lorelei podía sentir la atención de aquellos árboles de troncos pálidos. Las marcas de su corteza y los nudos que parecían moverse como ojos que parpadeaban la ponían nerviosa. Unas vocecillas susurraban en el revoloteo de las hojas. Sylvia caminaba como si se sintiera como en casa entre ellos, tan etérea como las sílfides que había seguido de pequeña.

Algo crujió bajo una de las botas de Lorelei. Cuando bajó la vista, vio el brillo de un reflejo de aquel ocaso antinatural. Se agachó y recogió un trozo de cristal.

—He encontrado algo.

—¿Qué? —Sylvia la agarró de la muñeca, por sorpresa, y se puso a inspeccionar el cristal que tenía en la palma. Lorelei palideció un poco, pero Sylvia se tomó más tiempo del que a ella le hubiera gustado para soltarla—. Parece uno de los viales con los que Ludwig recoge muestras. ¿Crees que…?

El viento sopló entre los árboles. Las ramas crujieron y las hojas silbaron. Y, de pronto, todo se quedó en silencio.

Era una advertencia.

Conforme unas nubes de tormenta se iban acercando lentamente en lo alto, la oscuridad las cubrió por completo. Y entonces oyeron algo en medio de aquella quietud escalofriante: un grito desgarrador.

Catorce

El sonido resonó entre los árboles, distorsionado. Parecía llegarles de todas partes y de ningún lugar a la vez. Sylvia llevó la mano a su sable al instante.

—Quédate detrás de mí.

Lorelei casi que se indignó por que insinuara que necesitaba que la protegieran. Pero, con aquel grito aún resonando en la oscuridad de la noche, no creía que la respuesta mordaz que tenía en la punta de la lengua fuera a tener mucho efecto. Tras guardársela para sus adentros, siguió a Sylvia por el bosquecillo de fresnos. Avanzaron evitando las raíces y se abrieron paso entre las cortinas de hojas. Hizo un esfuerzo por evitar el escalofrío que le produjo la vaga sensación de tener unas manitas diminutas tirándole del pelo y del dobladillo de su sobretodo.

Volvieron a oír el grito resonando por el bosque, aunque más fuerte en aquella ocasión.

—Es como si sonara desde arriba. —Sylvia señaló hacia un saliente rocoso. Una cascada caía desde el borde, hacia un riachuelo angosto—. Por allí.

Unos matorrales de pino se alzaban a unos cinco metros por encima de donde estaban. No había ningún camino para seguir avanzando, por lo que iban a tener que escalar. Sin dudarlo, Sylvia se impulsó hacia arriba y encajó manos y botas en las pequeñas grietas de la ladera de la montaña. Lorelei se las arregló para seguirla lo mejor que pudo, pero notaba la piedra traicionera bajo los dedos y fría como el hielo. Cuando alzó la vista, se percató de que Sylvia ya había llegado a la cima. Menudo mundo más injusto.

Lorelei estiró un brazo para aferrarse más arriba, en un borde de roca afilado que sobresalía a menos de un metro por encima de su posición. Sin embargo, justo cuando transfirió el peso para moverse, la roca se desprendió. Cayó en picado y se estrelló contra el suelo más abajo. Lorelei soltó un improperio y se apretó todo lo que pudo contra la montaña mientras se debatía para encontrar un agarre. El pánico la estaba mareando y le dolían los dedos.

—¡Lorelei!

La mano extendida de Sylvia apareció frente a ella. Por un segundo, Lorelei se quedó impresionada ante la facilidad con la que se estiró para alcanzarla. Tras cambiar su peso, se aferró al antebrazo de Von Wolff y soltó un gruñido cuando esta tiró de ella con todas sus fuerzas hacia terreno firme.

Sylvia se dejó caer de espaldas, con una mano apoyada en su pecho que subía y bajaba al ritmo de su respiración acelerada. Tenía el rostro sonrojado por el esfuerzo.

—Cielos, pesas más de lo que parece.

—Oye, que llevo la mochila llena.

Volvieron a oír el grito, crispado por la desesperación. Sin decir nada, ambas se pusieron de pie de un salto y corrieron hacia la maleza. Mientras Lorelei se abría paso entre pesadas ramas de pino, oía el discurrir del agua. Se sentía atrapada en aquel sueño alpdrücke: agua que le llenaba la boca como unos dedos fríos, manos que le aferraban las muñecas. Un poco a trompicones, consiguió llegar a un claro. Ante ellas se extendía un estanque poco profundo. Y alguien se agitaba en el agua.

Bueno, alguien no. Algo.

Cuando se acercaron, el movimiento cesó de repente. La figura se volvió hacia ellas muy despacio. Tenía la boca retorcida en una sonrisa ancha y malvada. Cada diente relucía con un filo letal y tan amarillento como un hueso descolorido por el sol. Llevaba una capa larga y con capucha que le ocultaba gran parte del cuerpo y el rostro. La prenda parecía improvisada de algas y juncos y brillaba con unos cristales marinos de color azul intenso y unas piedras de río lisas. Al moverse, los objetos tintineaban y producían un sonido musical e hipnotizante. La criatura hizo un pequeño barrido, como para decirles: «Tachán».

Sylvia soltó un gruñido.

—Hay que ver.

—Pero ¿qué carajos es eso? —preguntó Lorelei, sin ganas.

—Un schellenrock —contestó Sylvia—. Les gusta hacer travesuras. Debe de habernos oído y ha querido que nos desviemos.

El schellenrock se encogió un poco ante la mirada impasible que le dedicó Lorelei.

—Si has querido hacerte el graciosillo, que sepas que no me estoy riendo.

—Pórtate bien, anda —siseó Sylvia—. Se ofenden muy rápido y no querrás verlo enfadado.

—Es que no tenemos tiempo para…

Casi echó chispas al verla alzar la mano con un gesto condescendiente para interrumpirla.

—Puede que nos ayude. Dame un momento.

Sylvia se acercó muy despacio al estanque, con cuidado de no pisar unas setas blancas y enormes. Con la misma ternura que solo les había demostrado a los niños de la aldea, se agachó cerca del agua y sumergió un dedo. La superficie ondeó ante su toque.

—Buenas tardes, estimado señor —dijo—. No pretendíamos molestarlo en su territorio. Estamos buscando a nuestro amigo. Es un chico, un poco más alto que yo, pero más bajo que ella. De cabello castaño. Lleva un vasculum… —Al pronunciar esa palabra, se interrumpió y volvió a empezar—: un tubo alrededor del cuello. Y siempre anda metiendo plantas en él. ¿Lo ha visto por aquí?

El schellenrock no parecía nada impresionado. Desde las profundidades de su capucha, un par

de ojos amarillos como el citrino parpadearon despacio. Se inspeccionó el borde de la capa, agitándolo de un lado para otro como si eso fuera muchísimo más interesante que cualquier cosa que Sylvia le hubiera dicho. Lorelei quiso estrangularlo por insolente, pero Sylvia sonrió y sacó una campanita plateada que llevaba en el bolsillo.

—De acuerdo. Pues mire, he traído esta campanita desde Ruhigburg. —Y, para aumentar el efecto, la sacudió. La campana soltó un tintineo muy dulce en medio del silencio inquietante del bosque—. Creo que combinaría muy bien con su capa, la verdad.

El schellenrock se acercó un poco y sus ojos centellearon con la codicia del anhelo.

—Podría dársela —continuó, cerrando los dedos en torno a la campanita y llevándosela cerca del corazón—, si fuera usted tan amable de señalarnos por dónde deberíamos ir.

La criatura asintió con entusiasmo. Sylvia sonrió, encantada de la vida, y abrió la mano. Lo único en lo que Lorelei podía pensar era en cómo había engañado y amenazado al alp para que le dijera lo que quería saber. Pero Sylvia estaba dejando que el schellenrock estirara una de sus manitas diminutas y con garras y se guardara la campanita. Esta tintineó alegremente, y pese a que Lorelei no podía verle la cara, parecía que una felicidad casi infantil irradiaba de él. Agitó la campana como Sylvia había hecho, aunque el sonido fue más apagado y disonante por lo fuerte que se aferraba a ella. La cabeza le martilleaba al ritmo del sonido.

—¿Y bien? —exigió.

El schellenrock se la quedó mirando y luego observó a Sylvia. Poco a poco, se volvió y señaló hacia la cima de la montaña. El pico más alto perforaba el cielo como una lanza. Lorelei recordó la leyenda que había contado la anciana. La noche siguiente, cuando la luna estuviera llena, esta se haría un corte con la roca afilada y su sangre se derramaría sobre el lago alpino que tenía debajo.

El Ursprung casi estaba a su alcance.

—¿Lo ha visto, entonces? —preguntó Sylvia—. ¿Está vivo?

—De momento. —La voz de la criatura apenas rozó la oreja de Lorelei, tan ligera como las semillas de un diente de león que soplaba el viento—. Las mujeres del bosque se lo han pasado bien con él. Las he oído reírse.

—¿Las eschenfrau? —quiso saber Sylvia, y Lorelei intentó ignorar la inquietud en su voz. Cuando el schellenrock no le contestó, Sylvia insistió—: ¿Sabe cómo llegar a la cima de la montaña?

La criatura vaciló. Con un suspiro, Sylvia se volvió a meter la mano en el bolsillo y dejó otra campanita en el borde del estanque. El schellenrock la atrapó de un movimiento y se la escondió entre las oscuras profundidades de su capa.

—Seguid este riachuelo hasta que lleguéis a un tajo. Cuando crucéis su borde, habréis llegado.

—Habla claro —espetó Lorelei—. ¿Qué quieres decir con eso?

Solo que, en cuanto dio un paso al frente, la criatura se escondió bajo el agua. Una onda se extendió por la superficie y el estanque se quedó tan quieto como un espejo. Reflejaba el brillo de las estrellas en lo alto y las siluetas de los pinos.

—Lo has asustado —le reprochó Sylvia.

—¡Estaba diciendo tonterías! Si seguimos esas indicaciones, nos perderemos aún más.

—Pues si tú tienes una idea mejor…

No, no tenía ninguna. De modo que, durante las siguientes dos horas, siguieron el riachuelo del schellenrock como un hilo que las conducía por un laberinto. La altitud aumentó bastante por el camino y, para cuando se puso el sol, Lorelei respiraba con dificultad y empezaba a sentir náuseas. Había leído sobre los mareos por la altitud en algunas historias de viajes, pero no había esperado que la afectara de forma tan brutal. La cabeza le martilleaba sin cesar a la altura de las sienes. No pronunció palabra hasta que un velo de nieve cubrió la ladera de la montaña.

—Deberíamos acampar para pasar la noche —dijo entre jadeos.

—Estoy de acuerdo. —Sylvia se protegió del frío con los brazos. La nieve se aferraba a sus pestañas pálidas y se le acumulaba en el cabello—. Creo que lo mejor será que compartamos tienda esta noche. —Lorelei debió hacer una mueca de repulsión, pues Sylvia cuadró los hombros a la defensiva—. A menos que prefieras congelarte, claro.

—No —murmuró, con los dientes apretados—. Parece lógico. Tienes razón.

Mientras Sylvia montaba la tienda, Lorelei luchó para encender una fogata. Tras terminarse su escasa cena al lado del fuego, Sylvia lo cubrió de nieve y se metió en la tienda. Lorelei la siguió a regañadientes. Dentro, el espacio era bastante reducido pero acogedor. Una lámpara algo extraña estaba encendida en un rincón, desde donde iluminaba las paredes con una luz cálida, y el suelo estaba cubierto de pieles.

—Es minúscula. —Aunque Lorelei no había pretendido que sonara como un insulto, las palabras le salieron en tono cortante de todos modos.

Sylvia la miró de mala gana, con las orejas rojas, mientras desataba las tiras de su saco de dormir.

—Pues perdona que no cumpla con tus estándares, pero es lo único que tenemos.

Lorelei abrió la puertecita de la lámpara para apagarla de un soplido. La llama se agitó sobre el aceite, aunque no se extinguió. Lo intentó una y otra vez y siempre obtuvo el mismo resultado. Sylvia observó la escena con expresión divertida, pero sin decir nada. Lorelei solo pudo asumir que se trataba de algún encantamiento que perdería su eficacia si se explicaba.

Al menos era útil.

De mala gana, Lorelei se tumbó a su lado. Sylvia se apartó todo lo que pudo para que hubiese la mayor cantidad de distancia entre ambas y Lorelei intentó que el gesto no le doliera. No le sorprendería para nada que Von Wolff la tratara como a un objeto punzante que no podía tocar o

quizás como a una serpiente venenosa que la fuese a morder ante cualquier descuido. Hacía mucho que había acabado con cualquier camaradería que pudiese existir entre ambas.

Conforme se iba poniendo cómoda para dormir, se hundió más y más en la ridícula colección de pieles de Sylvia. En cualquier otra ocasión, se habría burlado de ella por aquel detalle, pero en aquel momento agradecía infinitamente el calorcito. Aunque llevaba los dedos medio congelados dentro de los guantes, ya empezaba a notar que algo de vida volvía a ellos. Se pusiera como se pusiese, no podía evitar que se rozaran con los hombros. Era casi insoportable. El único consuelo era el calor corporal que irradiaba del cuerpo de Sylvia.

Poniéndose de lado, reparó en lo vulnerable que se veía su compañera. En la oscuridad, su piel era tan pálida y luminosa como la escarcha. Las pestañas níveas que tenía le rozaban los pómulos y el cabello las rodeaba como si fuese un agua bañada por la luz de la luna. Lo único que tenía que hacer era mover la mano un centímetro para poder enroscar el dedo en uno de sus rizos.

Como si fuera consciente de las ideas que le pasaban por la cabeza, Sylvia abrió los ojos. Lorelei casi se quedó sin respiración al verlos brillar. Fijo que caía bajo algún hechizo si se quedaba mirándolos demasiado tiempo y, santo cielo, ¿qué carajos le estaba pasando?

—¿Lorelei? —La voz de Sylvia era más bien un susurro al preguntarle—: ¿Por qué me odias?

No te odio, solo odio lo que representas. Le sorprendió la facilidad con la que llegó a ella la respuesta, aunque, cuando abrió la boca para contestarle, no se vio capaz de pronunciar las palabras. El odio era una emoción demasiado simple para denominar lo que sentía por Sylvia von Wolff.

—Ya no soy ninguna amenaza para ti. Tienes el puesto que tanto querías —insistió—. Pero, incluso si no lo hubieras conseguido, no tendría por qué haber sido así. Ziegler nos puso una en contra de la otra.

La presión que sentía en el pecho dio paso al dolor de la pérdida.

—Ni se te ocurra meterla en esto. Fuiste tú quien convirtió esto en una competición. Has pasado años metiéndote por medio, siempre intentando robarme el protagonismo. Como si no lo tuvieras todo ya solo por ser una Von Wolff.

Sylvia se quedó boquiabierta.

—El apellido Von Wolff sí que tiene peso, sí. Es el de Anja von Wolff: la gobernante de una provincia rebelde, una mujer siempre a la espera de la oportunidad para atacar.

Lorelei se quedó sin palabras. Si bien ya había oído a Sylvia hablar con exasperación sobre su madre en otras ocasiones, aquella era la primera vez que parecía como si la odiara.

—Fue por ella que me alisté en el ejército de Wilhelm. —Entonces le falló la voz—. ¿Qué más podría haber hecho? Cuando empecé a visitar Ruhigburg de pequeña, la gente me miraba como si fuese a volverme contra ellos en cualquier momento. Como un perro rabioso.

—Ya nadie te ve así —dijo Lorelei, sorprendiéndose por su propia amabilidad.

—Porque me he pasado la vida intentando sacudirme esa idea de encima. Pero no puedo cometer ni un solo error, en especial cuando herede el cargo de mi madre. Ya has visto lo que opina la gente en la aldea a la que fuimos. ¡Están listos para sublevarse! Siempre tendré que demostrar quién soy.

La verdad era que Lorelei sabía lo que se sentía ser una especie de embajadora para los… No. Se rehusaba a sentir lástima por Sylvia von Wolff.

—No sabes cuánto lo siento —dijo con voz burlona—. Seguro que he sido un obstáculo bastante complicado de superar.

—¿Sabes qué? Estoy harta de tu autocompasión. —Sylvia respiró hondo—. Y estoy harta de discutir contigo. Ziegler podría haber hecho sitio suficiente para las dos.

Un escalofrío recorrió a Lorelei por instinto. No habían enterrado a su mentora lo bastante rápido. Lo que habían hecho casi ni contaba como un entierro. En cuanto volvieran, el fantasma de Ziegler iba a estar allí, esperándola en las aguas del Vereist.

—No hables mal de los muertos.

—No hablo mal, solo digo la verdad. Es posible que solo podamos decir la verdad sobre alguien cuando muere. No siempre fue una buena persona. Nos usó a ambas.

Lorelei cerró los ojos.

—No quiero hablar del tema.

Sylvia soltó un sonidito frustrado.

—Entonces, ¿cómo se supone que vamos a arreglar las cosas entre nosotras?

Lorelei le dedicó una mirada seria e impasible.

—No puedes. Nuestros mundos son muy distintos.

—Eres de lo más dramática. ¿Lo sabías?

Lorelei soltó una risa amarga. Le dijo la sartén al cazo.

—De verdad que no te enteras de lo que haces. Deja que te ayude, ¿vale? ¿Puedes decir con sinceridad que ese discursito que diste el otro día fue algo inofensivo?

—Solo son historias, Lorelei. Lo más probable es que san Bruno no haya existido, pero es evidente que a mi familia le gusta contarla porque…

—Ajá —la cortó Lorelei—. Entonces sí que lo entiendes. Las historias son una herramienta.

—¡Exacto! Unas herramientas que pueden hacer daño, sí, pero que también podrían unificar un pueblo. —Los ojos de Sylvia parecieron arder en medio de la oscuridad—. No estuviste en primera línea de batalla. No te criaste en una provincia con ansias de revolución. No tienes ni idea de lo que es la guerra. Si podemos hacer que la gente entienda que no somos tan distintos, conseguiremos que las tierras de Brunnestaad nunca vuelvan a estar bañadas en sangre.

—Vale, cuéntame una historia, entonces.

A Sylvia pareció sorprenderle la dureza en su voz y el cambio de tema tan abrupto.

—Vale, ¿cuál quieres? Ah, ya sé. —Se aclaró la garganta—. En aquellos tiempos en los que los deseos aún albergaban poder, existió una niña con una caperuza roja…

—No, esa no. ¿Y si me cuentas «El brillo del sol lo saca todo a la luz»?

Sylvia la miró con expresión desolada.

Sintiendo que se hacía justicia, Lorelei añadió:

—¿Y «La yeva entre las espinas»?

—No quiero contar esas —dijo Sylvia, en un hilo de voz que resultaba casi imposible de oír.

—¿Y te crees que yo sí? ¿Sabes la cantidad de veces que he oído historias como esas? ¿La cantidad de versiones distintas? Esas historias son quienes somos, del mismo modo que la de la chica de la caperuza roja. Las he transcrito, las he ilustrado y las he enviado para que las publiquen. Me he hecho esto a mí misma con la esperanza de que algún día tenga la oportunidad de hacer algo bueno.

Por primera vez en la vida, Sylvia no supo que decir. Parecía abrumada, como si no la hubiese creído capaz de semejante pasión. Solo que Lorelei había dicho demasiado como para quedarse a medias.

—No encajo en el Brunnestaad que pretendéis construir —dijo con voz temblorosa—. Los yevaníes somos un pueblo errante. Somos gente de ciudad, nos abrimos paso como las ratas. En esta fantasía pastoral que tus diarios de viajes tan absurdos están ayudando a formar, no somos más que una plaga. Y es por eso que te detesto. Jamás podríamos haber sido amigas. Y jamás lo seremos. Esta distancia que separa nuestros mundos no hay cómo acortarla.

—Yo no te odio —susurró Sylvia.

Por alguna razón, de entre todo lo que le podría haber dicho, aquello fue lo que más le afectó.

—Mentirosa —contestó en un hilo de voz casi sin fuerzas.

Sylvia le dedicó una sonrisa triste.

—¿No decías que se me da fatal mentir?

Lorelei se tumbó de espaldas y exhaló una risa sin pizca de humor.

—Dices que no sé nada de la guerra, pero no es así. Llevo luchando en una desde hace años. La muerte me persigue y no sé cómo huir de ella.

—La muerte es algo natural. No has hecho nada para invitarla a seguirte y no hay nada que puedas hacer para evitarla.

Lorelei se quedó mirando el techo de tela de la tienda. Las ramas lo arañaban cuando el viento soplaba con fuerza.

—He aprendido —continuó Sylvia, vacilante— que lo único capaz de cerrar esas heridas es que te perdones a ti misma. No puedo hacer que vuelvan y tú tampoco. Lo único que puedes hacer es seguir adelante.

Ella jamás lo entendería. Cuando uno era yevaní, vivía tanto por los vivos como por los

muertos.

Sylvia soltó un suspiro en voz baja y se puso de lado. Con ambas dándose la espalda, a Lorelei le dio la sensación de que un mar de distancia llenaba los pocos centímetros que las separaban. Se quedó oyendo la respiración intranquila de Sylvia y las carcajadas susurrantes de las eschenfrau entre los árboles.

Una y otra vez repitió para sus adentros: *Te odio, te odio, te odio.* Como si fuese un hechizo, como si lo que estuviesen viviendo fuese un cuento de hadas y el repetirlo pudiese hacer que fuera cierto.

En sueños, se adentró en unas aguas frías y oscuras. El cabello y el sobretodo se le agitaban a su alrededor. Le ardían los pulmones. Y a su alrededor, suspendidos, se hallaban los rostros pálidos y atormentados de aquellos a los que había abandonado en sus últimos momentos. La gente cuyas almas había condenado a vagar en la tierra por toda la eternidad, sin poder acceder al más allá.

Cuando abrió los ojos, el calor era insoportable. Por unos instantes, todo lo que veía estaba borroso, como si se encontrara bajo el agua. Notaba el pelo húmedo contra las sienes.

Se estaba ahogando de nuevo.

Pero entonces se percató de la manta suavecita que tenía contra la mejilla. La tela de la tienda que la rodeaba. Y por último: Sylvia, abrazándola por completo como si fuese un pulpo demasiado afectuoso.

Hizo acopio de todas sus fuerzas para no sacudírsela de encima. La última vez que había compartido cama había sido una niña. Rahel solía meterse a escondidas en su habitación cuando tenía alguna pesadilla. No era precisamente molesto, salvo por el detalle de que Sylvia parecía la personificación de un horno.

Se volvió muy consciente de su propia respiración y de su pulso acelerado. Aquello tenía que ser una especie de tortura nueva, el saber lo que se sentía cuando Sylvia se apretaba contra ella. Se trataba de una visión muy cruel de algo que jamás podría tener.

—Von Wolff —la llamó en voz baja.

Sylvia se limitó a soltar un sonidito, medio dormida.

—*Von Wolff* —repitió, con más urgencia—. Despierta.

Sylvia se removió un poco. Cuando abrió los ojos, estos parecían un par de lunas llenas a escasos centímetros de su rostro. Parpadeó una vez y entonces se echó atrás con un gritito de sorpresa.

—¡Ah! ¡Lorelei! ¡Perdona!

—No pasa nada —murmuró Lorelei—. Solo… quítate de encima.

Sylvia se apartó y se llevó su hipnótica calidez con ella.

—Bueno —dijo—, supongo que es una forma de asegurarnos de que ninguna de las dos se congela por la noche.

—Mira tú qué lista —comentó Lorelei sin ni un ápice de diversión.

A regañadientes, salió a gatas de la tienda. Sus botas crujieron sobre la nieve que había caído en el transcurso de la noche. Aunque aún le quedaba algo del calor de Sylvia, el frío no tardó en colarse por la piel que llevaba al descubierto. Y, dado que se había despertado, la presión insistente que sentía detrás de los ojos no tardó en volver con fuerza. Notaba que le faltaba el aire a pesar de seguir respirando, como si alguien estuviese intentando asfixiarla, y se sentía exhausta por bien que hubiera descansado durante la noche.

Cuanto antes se marcharan de aquella condenada montaña, muchísimo mejor para ella.

Entonces cayó en la cuenta de que no tenía ni idea de qué hora era. La nieve relucía bajo la luz fría, pero no alcanzaba a ver ninguna señal del sol en aquel cielo morado tan siniestro. Ya que estaban, tampoco tenía ni idea de dónde estaban. Nada le parecía conocido. Conforme fue observando en derredor, fue más y más consciente de que los árboles se habían desarraigado para cambiar de sitio mientras dormían. El camino que habían estado siguiendo había quedado cerrado como los puntos de un descosido.

Sylvia salió de la tienda unos segundos después.

—Este lugar no me gusta nada.

Al menos en eso estaban de acuerdo.

Tras recogerlo todo, siguieron el camino que marcaba el riachuelo del schellenrock. El terreno se fue volviendo más y más escarpado y el ambiente, más frío. De tanto en tanto, Lorelei habría jurado que notaba que la nieve se le metía en las botas y, cuando por fin alzó el pie para ver qué estaba pasando, descubrió que se le había formado un pequeño agujero en la suela. Aquello era una clara señal de que iba a terminar congelándose. Eso siempre y cuando no le diera un parraque por la altitud antes de que llegaran a la cima. Iba tan lento que prácticamente se arrastraba, y cada aliento parecía hacerle traquetear el pecho.

—No creía que fuese a ser así —dijo Sylvia, casi para sí misma.

—¿Así como?

—No sé explicarlo. —Se ajustó las correas de la mochila con una expresión preocupada—. ¿De verdad está aquí el Ursprung? Sin duda el lugar es precioso, pero me esperaba algo más…

—¿Sublime? —propuso Lorelei.

—¡Exacto! —Parecía contenta por que la hubiera entendido—. Si de verdad este es el origen de toda la magia que hay en el mundo, no crees que debería ser un lugar más… ¿mágico?

—Lamento que no cumpla con tus estándares. —Lorelei echó la cabeza hacia atrás. En aquellos momentos, el cielo estaba totalmente despejado: de un color violáceo muy claro

salpicado de algunas estrellas por aquí y por allá, como un lienzo bordado—. ¿No te parece suficiente el ocaso eterno? ¿Te habría gustado más un haz de luz que atravesara el firmamento? ¿Que el mismísimo Dios se asome entre las nubes?

—Ay, para ya —murmuró Sylvia—. Quizás es que tenemos que subir más —añadió, antes de asentir como si estuviese aceptando su propia propuesta.

Lorelei estaba demasiado agotada como para seguir chinchándola, sobre todo cuando recordó de sopetón su última conversación con Ziegler. *¿Estás segura de que deberíamos seguir subiendo?*

No, Ziegler le había asegurado que no se equivocaba. Se negaba a volver a hurgar en aquella herida. Su mentora había sido muy meticulosa con sus investigaciones; además, la leyenda que habían oído en el pueblo prácticamente lo corroboraba. Iba a ser un giro del destino de lo más cruel que alguien la hubiese asesinado tras haber llegado a una conclusión equivocada. Resultaba inconcebible pensar que había muerto por nada.

Cuando doblaron una curva que había hecho el riachuelo, un paisaje precioso que se extendía frente a ellas hizo que Lorelei se detuviera en seco. En lo alto frente a ellas se encontraba la cima afilada de la montaña, coronada por la nieve. Parecía estar tan cerca como para rozarla con los dedos y, al mismo tiempo, a miles de mundos de distancia.

Se volvió hacia el camino justo cuando una ráfaga de viento hizo que la nieve que había sobre los árboles cayera. A través del manto de nieve, consiguió distinguir una silueta a lo lejos. Tras entrecerrar los ojos e ir aguzando la vista todo lo posible, una tienda de campaña se materializó. El corazón le dio semejante vuelco por la esperanza que estaba segura de que tenía que estar alucinando.

—¿Ves eso?

Sylvia ahogó un grito.

—¡Sí! Creo que es…

Salió corriendo antes de terminar de hablar. Lorelei la siguió de cerca, aunque no tardó nada en arrepentirse cuando los pulmones empezaron a fallarle. Se apoyó en las rodillas para recobrar el aliento, con el dolor de cabeza martilleando detrás de los ojos.

—Por Dios, Lorelei. —Sylvia volvió corriendo hacia ella. Si bien su tono era uno de exasperación, a Lorelei no le pasó desapercibido el brillo de preocupación en su mirada—. ¿Estás bebiendo bastante agua? Es importantísimo hidratarse cuando se está a esta altura.

—Ya —gruñó Lorelei—. Me he dado cuenta.

Retomaron el avance juntas. El viento helado se colaba por el sobretodo de Lorelei y las pestañas se le llenaban de escarcha. El agotamiento hacía que avanzara cada vez más despacio, pero se concentró en la tienda y en el humo que se alzaba de una fogata a punto de apagarse. La sangre le cantaba por la determinación. Si conseguía salvar siquiera a una persona, quizás fuera

suficiente.

—¡Ludwig! —llamó Sylvia, por mucho que el viento se esforzara por llevarse su voz y agitara con violencia la lona de la tienda.

No se produjo ningún movimiento en su interior.

Intercambiaron una mirada. Lorelei se puso de rodillas y entró a gatas. Dentro, envuelto en mínimo cuatro abrigos, estaba Ludwig. Tenía el rostro de un blanco fantasmal y los labios entreabiertos y azules. No pudo evitar echarse hacia atrás al verlo.

¿Por qué me pasa esto? ¿Por qué tengo que sobrevivir yo cuando todos los que me rodean van muriendo?

No tenía sentido buscarle una explicación a algo tan absurdo, tan…

No, se recordó a sí misma con brusquedad. No había nada en el mundo que no tuviese sentido, en especial si se trataba de la violencia.

Se obligó a mirarlo y notó que una cantidad minúscula de aire se le escapaba por la nariz y agitaba el pelo largo que tenía. Gracias a Dios. Echó un vistazo por encima del hombro hacia Sylvia.

—Está vivo —le dijo, una vez hubo tragado la emoción que le había hecho un nudo en la garganta.

Sylvia soltó un sollozo de alivio y se agachó para entrar con ella. Se quitó los guantes y le apoyó las manos en las mejillas a Ludwig, que soltó un quejido. Tras contener la respiración, le apartó el pelo que le caía sobre la frente. Su piel pálida estaba perlada por el sudor.

—Tiene fiebre.

—¿Lorelei? ¿Sylvia? —La voz de Ludwig no era más que un susurro ronco. Con cada respiración dificultosa que conseguía dar, Lorelei notaba que la esperanza que se le había formado en el pecho se reducía a cenizas. Parecía como si se estuviese ahogando en tierra firme.

Sylvia rebuscó en su mochila hasta dar con un odre lleno de agua. Se lo colocó en los labios a su amigo y lo ayudó a beber con cuidado. Tras unos segundos, lo cerró y se volvió hacia Lorelei con una expresión preocupada.

—Le han echado una maldición.

—¿Una maldición?

Sylvia hizo que girara la mano hacia arriba y lo remangó. El rastro de las venas en la muñeca era verde y grueso contra la presión que Von Wolff ejercía con el pulgar. *Como unas raíces,* pensó Lorelei tras un instante. El estómago le dio un vuelco por las náuseas. Viéndolo bien, se percató de la corteza que parecía crecerle sobre la piel. Se le asomaba por el cuello de la camisa y subía de forma implacable hacia la garganta.

—¿Cómo le ha pasado algo así?

—Es el mal de las eschenfrau. Debe haberlas ofendido de algún modo. —Sylvia se puso a

rebuscar en la mochila de Ludwig hasta sacar una tira delgada de una corteza gris clara: una muestra de un fresno.

—Debe haberla recogido como muestra. Será idiota.

—No sé yo. —Sylvia le dio la vuelta a la corteza entre las manos—. Ludwig suele tener mucho cuidado. Además, la habría metido en su vasculum si hubiese querido preservarla.

El miedo se asentó con fuerza en su interior ante lo que Sylvia estaba insinuando.

—Pero si alguien más se la ha puesto ahí, también habría enfermado, ¿no?

—Salvo que las eschenfrau se la hayan dado porque sí. Son muy traviesas.

Aquello no le sentó nada bien. A pesar de que Ludwig no estaba muerto (aún no, al menos), sus creencias se mantenían. Lo mejor era no hablar de lo que quería frente a él.

—Vamos fuera.

Una vez salieron de la tienda, seguía nevando, aunque Lorelei casi ni podía notar el frío. Se lo echó encima como si de una armadura se tratara. Cuando Sylvia volvió a hablar, la voz le temblaba por la rabia.

—¿Por qué le harían algo así? Habría sido menos cruel si lo mataban directamente.

—Alguien no quería que encontrase el camino hasta la cima. Están intentando desviarnos de nuevo —repuso Lorelei muy despacio—. Continuamos con nuestro camino cuando asesinaron a Ziegler, pero sabían que no podríamos seguir avanzando si Ludwig estaba así de enfermo.

Cuando volvieran al campamento, no pensaba esperar a la justicia de medio pelo del rey. Quería matar a Heike con sus propias manos. Debía de tener una expresión particularmente asesina porque Sylvia le apoyó una mano en el hombro con cuidado.

—Lorelei…

Se la sacudió de un movimiento brusco.

—Quédate y cuida de él. Iré a buscar el Ursprung.

—No, eso sí que no. Se morirá si se queda expuesto al frío mucho tiempo más y no puedo cargar con él yo sola.

—Pero míralo. —Lorelei señaló con un gesto de impotencia la silueta maltrecha de su amigo —. Sea como sea, no va a sobrevivir.

—¡Eso no lo sabes! Tenemos que intentarlo al menos. Se lo debemos.

De pronto, estaban muy cerca. Lorelei no se había percatado de que se había movido, por mucho que fuera prácticamente instintivo para ella usar su estatura a su favor. Aun con todo, Sylvia no cedió. Parecía como si estuviese plantándole cara a alguna horrible criatura de cuentos de hadas antes de morir. Lorelei lo odiaba. Dio un paso más, hasta que Sylvia tuvo que echar la cabeza hacia atrás para sostenerle la mirada. Hasta que pudo notar el calor de su aliento al salir de entre sus labios. Hasta que su visión se redujo a nada más que la gloria abrasadora y desafiante de Sylvia. Estuvo tentada a sujetarla de la barbilla y…

Sylvia dejó escapar un sonido extraño, aunque sus ojos plateados parecían líquidos, casi a la espera.

Lorelei tuvo que recordarse a sí misma que Sylvia no podía leerle la mente, por mucho que eso le pareciera. Puso algo de distancia entre ambas y respiró hondo en un esfuerzo por recobrar la compostura. No le parecía posible llevar el aire suficiente a sus pulmones.

—Entiendo tu preocupación —le dijo—. Pero, si no encontramos el Ursprung esta vez, no tendremos otra oportunidad. Volverán a intentar detenernos.

Sylvia no parecía demasiado convencida.

—Y quizás hasta sea la única oportunidad que tengamos de salvarlo. Ninguna de las historias coincide en lo que el manantial es capaz de hacer, pero, si toda la magia proviene de ahí, es posible que todas tengan algo de razón. Quizás el Ursprung tenga propiedades curativas.

—No sé… No sé si ese silogismo tiene sentido —dijo Sylvia, confusa.

—Tenemos que intentarlo. Se lo debemos —contestó Lorelei, incapaz de resistirse a una última pullita al devolverle sus palabras—. Puedo ir sola.

—¡Pero si no tienes ni idea de a qué te enfrentas! —protestó—. Y si no vuelves…

—Pues mejor para ti, ¿no?

Sylvia se frotó las sienes en un gesto de cansancio.

—Serás cabezota. No voy a dejarte ir sola.

Quince

En lo que subían el último tramo de la montaña, guiadas por el rumor del agua, la luna llena se presentó como un sello estampado en una cera reluciente. La nieve resplandecía bajo su brillo y todo parecía tener incrustaciones de diamantes.

Y justo detrás de un bosquecillo de árboles de hoja perenne, lo vieron: el primer atisbo del Ursprung. El agua caía a raudales por la ladera de la montaña y se estrellaba hasta volverse niebla sobre las rocas que había en el fondo. Incluso desde aquella distancia notaba el frío intenso contra las mejillas.

—¡Ya casi estamos! —exclamó Sylvia por encima del ruido.

Era cierto, solo que nunca iban a conseguir alcanzarlo.

Habían llegado hasta el borde de un cañón. En el lado en el que estaban, lo único que había era rocas y hielo. Sin equipamiento, les resultaba casi imposible escalarlo. Al otro lado, el camino hasta la cima iba subiendo de forma gradual. Salvo que quisieran bajar por el desfiladero y cruzar el río, su única alternativa era cruzar un saliente de roca muy angosto que había bajo la cortina de la cascada.

Sylvia debió de haberlo visto a la par que ella. Con bastante menos entusiasmo que su anterior comentario, dijo:

—Este debe de ser el borde.

Iba a resultar que la información que les había dado el schellenrock era cierta, después de todo.

—Estupendo. Lo que nos faltaba.

—¿Cómo dicen por ahí? ¿Quien adelante no mira, atrás se queda? —ofreció, en un valiente intento por impedir que el miedo le tiñera la voz.

Lorelei se agachó para examinar el saliente, que apenas era más ancho que la longitud de su mano. Iban a tener que apretujarse contra la pared y avanzar de lado hasta cruzar, todo ello con la cascada intentando empujarlas. Se apartó la humedad de la cara con un movimiento de la mano.

Sylvia se sentó a su lado, con los pies colgando por el borde del precipicio. A Lorelei le dio un vuelco el estómago solo de verla.

—¿Quieres que vaya primero?

Unas imágenes horribles se le aparecieron detrás de los párpados. Sylvia cayendo como un ángel desterrado del cielo. Sylvia hecha pedazos en el fondo del desfiladero. Su sangre derramándose a su alrededor como un halo escarlata. Le iba a dar algo de pura angustia. Mejor si

iba delante y se caía hacia su muerte sin preocupaciones.

—No, ya voy yo.

Sylvia le dedicó una sonrisa como si supiera lo que estaba pensando.

—Tienes miedo, ¿verdad?

—No digas tonterías —le reprochó, frunciendo el ceño.

—Es que no son tonterías. —Dio una palmadita de puro deleite—. Va a resultar que sí que tienes sentimientos.

—Céntrate, Von Wolff. Creo que estás disfrutando demasiado de todo esto.

—Quizás un poquitín. Mis más sinceras disculpas. —Su cicatriz de duelo daba justo al hoyuelo que se le formaba al sonreír. Menudo descaro.

Lorelei se quitó la mochila y se metió un vial vacío de cristal en el bolsillo delantero, para evitar que se le rompiera. Como mínimo, podría conseguir una muestra. Y, con ello, dio el primer paso sobre el saliente. La pared de rocas se le clavaba sin piedad en la espalda. Tras respirar hondo, avanzó un par de centímetros. Una piedrecilla se desprendió del borde y salió disparada sin control hacia el vacío. Un paso en falso y lo mismo le pasaría a ella. Soltó una maldición en voz baja.

—¿Seguro que no quieres que vaya primero? ¡Tengo experiencia escalando! ¿Te he hablado de la vez que me encontré con un aufhocker y…?

—Chitón —la cortó Lorelei—. Si voy a morir, deja que te recuerde con algo de cariño siquiera y no incordiándome.

Sylvia cerró la boca.

Lorelei apartó la vista de ella y se centró en lo que tenía enfrente. Iba muy pero que muy despacio y, debido al abismo que se abría bajo sus pies, notaba una sensación de vértigo horrible. El pecho se le oprimía con cada paso diminuto que daba y el corazón le martilleaba en todos los lugares del cuerpo donde podía notarse el pulso. Conforme se acercaba a la cascada, el estruendo acalló todos sus pensamientos coherentes. Una cantidad descomunal de gotas de agua caían a toda prisa a tan solo un brazo de distancia de donde estaba. El líquido era tan traslúcido que parecía hecho de cristal.

—¡Ya no te veo! —La voz de Sylvia sonaba a un mundo de distancia.

Lorelei clavó los dedos en la ladera de la montaña para mantener el equilibrio.

—Sigo viva.

Conteniendo el aliento, siguió avanzando hacia la tierra firme. Ni bien consiguió llegar, se dejó caer sobre el suelo e hizo todo lo posible para no ponerse a vomitar. Entre el mareo por la altitud y el estrés, sentía que le iba a dar un soponcio en cualquier momento.

—Es seguro —exclamó en voz alta para que Sylvia la oyera.

—¡No tardo nada!

Ve con calma, quiso decirle.

Por primera vez en cuestión de semanas, se había quedado sola. Pero sola de verdad. Bajo el brillo de la luna, había bastante luz como para ver en derredor, aunque no la suficiente como para que los rincones no quedaran cubiertos de sombras tenebrosas en los bordes de su visión. Respiró con calma, intentando luchar contra los inicios de su miedo. No había ningún fantasma allí. Ningún hombre dispuesto a matarla en las calles del Yevanverte. En aquel lugar, casi podía convencerse de que estaba en paz.

De pronto, el ambiente pareció volverse frágil, como el momento de silencio cuando la sombra de un halcón cruzaba un prado. Un escalofrío le recorrió la columna.

—Por fin —dijo una voz que conocía bien—. He conseguido alcanzarte.

No era posible.

Lorelei se enderezó hasta sentarse de golpe y se volvió para encarar a Ludwig. Se encontraba en la linde del bosque, con los brazos a los lados. Lorelei no podía decidir lo que sentía al verlo allí plantado. Había algo muy perturbador en los contornos difusos de su silueta en la oscuridad. Estaba demasiado quieto, tanto que no parecía normal. Se le pusieron los pelos de punta e, incluso así, se negó a creer aquello que quería creer.

—¿Qué haces aquí? —exigió saber—. ¿Y cómo? Lo único que vas a conseguir paseándote por ahí en tu condición es terminar muerto.

—Es posible. Pero no podía perderme el descubrimiento del Ursprung.

Ludwig no parecía él mismo. El patrón despreocupado y rítmico de su forma de hablar era una imitación casi perfecta, pero el rostro…

Su sonrisa tenía la apariencia de un cuadro que se había torcido dentro de su marco. Dio una zancada un tanto torpe hacia adelante, como si no estuviese acostumbrado a sus proporciones. De pronto, Lorelei deseó haber cedido ante el estúpido ego de Sylvia y haberla dejado cruzar primero.

—Parece que te has recuperado del todo. —Aunque tenía la intención de que el comentario sonara a acusación, apenas pudo articularlo con un hilo de voz.

Ludwig ladeó la cabeza en un ángulo poco natural.

—Y yo creyendo que te alegrarías de verme.

—Claro que me alegro de ver que estés bien.

Solo que no me lo trago.

—Creo que lo mejor será que te quedes por esta zona. —Lorelei hizo un ademán con la barbilla hacia la cima—. A no ser que estés lo bastante bien como para escalar la montaña.

—No debería ser problema. Oye, ¿y Von Wolff?

Lorelei se quedó muy quieta. Ludwig jamás llamaba a Sylvia por su apellido.

Entonces le pareció sumamente importante que él supiera que no estaba sola.

—Al otro lado del cruce. No tarda nada en llegar.

Al acercarse hacia ella, su sombra se extendió hasta volverse muy larga y delgada sobre la tierra. Sus pasos adquirieron un ritmo escalofriante.

Oía el rugido del río, constante y tranquilizador a sus espaldas. Tras respirar hondo, estiró una mano hacia él y… justo ahí. Como si la corriente fuese un hilo, se aferró a ella. El éter se tensó contra su voluntad. Deslizó un brazo por detrás de la espalda y movió los dedos para convocarlo. Unos cuantos hilillos de agua se deslizaron desde el río y se le enroscaron en torno a la muñeca como una serpiente.

Ludwig avanzó hasta interponerse en un pálido haz de luz de luna y se alzó cuan alto era sobre ella. Fue entonces que notó el pañuelo rojo intenso que llevaba al cuello, de un color óxido que le parecía bastante conocido.

El tarnkappe.

Las transformaciones de un alp siempre resultaban imperfectas. Tenía los dedos demasiado largos para ser algo natural y se unían de una forma un tanto grotesca entre el primer y el segundo nudillo. Casi parecían unas zarpas. Lorelei echó la mano hacia adelante y el agua se estrelló contra él.

Ludwig retrocedió. Cuando volvió a alzar la vista, el agua le goteaba desde las puntas del cabello y una expresión de furia le distorsionaba las facciones. Jamás había visto que el verdadero Ludwig le dedicara esa mirada a nadie.

—¿Por qué has hecho eso? —le preguntó en voz baja.

—Sé lo que eres. —Lorelei hizo todo lo que pudo por sonar peligrosa—. Tu transformación es convincente, pero el Ludwig de verdad sigue demasiado enfermo como para poder levantarse.

El alp se quedó boquiabierto, como si no hubiera tenido ese detalle en cuenta. El rostro se le tiñó de un tono morado bastante impresionante.

—Te dije que iba a volver.

—Tendrías que haber sido más paciente.

Convocó más agua del río. Tras cerrar el puño y congelarla, la mandó volando hacia el alp con la forma de una lanza de hielo. Esta dio en el blanco y se le clavó con fuerza en el músculo del hombro. La criatura soltó un alarido de dolor y furia entremezclados. Y, antes de que pudiera hacer nada para impedirlo, saltó hacia ella.

Lorelei cayó hacia atrás, con lo que chocó de espaldas contra la tierra con fuerza. Los pulmones se le quedaron sin aire por el dolor y vio chiribitas. Los dedos del Ludwig falso se cerraron en torno a su garganta, con las uñas adquiriendo un filo letal que le cortó la piel. Notó que la sangre se le iba deslizando cálida por el cuello. El olor metálico le inundó la nariz mientras la criatura le mostraba los dientes.

Von Wolff. Sus labios articularon las palabras, aunque no conseguía llevar nada de oxígeno a

los pulmones para pronunciarlas. No podía gritar. Los bordes de la visión se le tiñeron de negro y el mundo pareció nublarse como unas pinceladas de acuarelas.

No quiero morir así, pensó. *Aún no.*

Con un movimiento ínfimo de los dedos, hizo que la lanza de hielo se hundiera más en el hombro de la criatura, hasta hacerlo gritar y que aflojara el agarre que tenía en su garganta. El aire pudo llegarle a los pulmones y un sollozo de lo más vergonzoso se le escapó mientras los ojos se le llenaban de lágrimas sin querer.

Muévete, instó al inútil de su cuerpo. *Muévete, joder.*

La cascada seguía cayendo casi a su alcance, con unos siseos tentadores. *Víbora,* parecía llamarla.

Con un grito, convocó un chorro de agua con el que consiguió apartar al alp. Y aquello le dio la oportunidad justa para contraatacar. Se lanzó sobre la criatura, le apoyó las rodillas sobre los hombros e hizo que el agua se le posara sobre la cara como si de una máscara se tratara. Una parte diminuta de ella rechazaba lo que estaba haciendo y lo fácil que le resultaba someter a la copia de Ludwig. El agua empezó a borbotear conforme la criatura se debatía bajo ella.

Sabía lo que implicaba el odio. Lo supo desde que lo vio en las profundidades de los ojos de otras personas y lo sintió arder en su interior la noche en la que mataron a Aaron. Lo sentía en aquel preciso momento, hirviéndole bajo la piel. El alp consiguió apartarse lo suficiente para dar una pequeña bocanada, pero Lorelei hizo que el agua le volviera a cubrir la boca.

—¡Muere de una vez! —gruñó, y la desesperación hizo que la voz se le pusiera ronca.

—¡Lorelei! ¡¿Qué haces?!

La voz de Sylvia consiguió detenerla. La criatura que llevaba la cara de Ludwig surgió desde debajo del agua con un sollozo atormentado. Sus ojos inyectados en sangre tenían un brillo salvaje y aterrorizado.

—Auxilio —balbuceó, aferrándose con desesperación a los antebrazos de Lorelei—. ¡Por favor, ayúdame!

Sylvia pasó la mirada de uno a otro.

—Suéltalo.

¿Cómo podía dejarse engañar tan fácilmente?

—Me estás vacilando. No es…

—Que lo sueltes —insistió Sylvia, con impaciencia.

Levantó un poquitín el sable, hasta apartarlo de su vaina. Lorelei se la quedó mirando sin comprender, hasta que ató cabos sobre lo que Sylvia pretendía hacer. Muy en contra de su voluntad, soltó a la criatura y se quitó de encima.

Sylvia extrajo su espada con un sonido metálico y, tras blandirla, se abalanzó sobre el alp y se la clavó en el abdomen.

La criatura soltó un chillido inhumano, aferrándose la herida. La sangre le manaba entre los dedos, aunque eso no impedía que la piel se le fuera pudriendo y cayendo a pedazos. Bajo ella había unos hilillos de sombras que se esforzaban por adquirir una nueva forma y no perderla.

Los ojos de Sylvia brillaron por el arrepentimiento. Se apoyó la espada en el hueco entre el índice y el pulgar y limpió la sangre de la hoja en un único movimiento antes de envainarla de nuevo. A Lorelei el gesto le pareció de lo más atractivo, pero estaba demasiado aturdida como para regañarse a sí misma por haberlo pensado.

—Plata —siseó el alp. La máscara que se había hecho con la cara de Ludwig seguía derritiéndose con unos gotones burbujeantes—. ¿Cómo te atreves?

—¡Lo lamento! —Sylvia agarró a Lorelei de la mano con la que no tenía manchada de sangre y la arrastró hasta ponerla de pie—. Corre. A los alp no se los puede matar, pero sí ralentizarlos un poco.

Salieron corriendo juntas. No había otra opción que subir por la ladera de la montaña que daba a la cascada. Si bien no se atrevía a mirar hacia abajo, si hubiese tenido que poner en una balanza sus miedos, prefería con creces la solidez de una montaña en lugar de la ira asesina de un alp. Siguió subiendo, haciendo que algunas piedras y carámbanos se fuesen desprendiendo a su paso.

En cuanto se impulsó para llegar a la cima, se hizo un ovillo en el suelo en un intento por recuperar el aliento. La garganta, dolorida, le escocía cada vez que inhalaba y el estómago amenazaba con echarlo todo, pero lo que tenía frente a ella hizo que el pánico que se abría paso en su mente cesara de golpe.

La desembocadura de una segunda cascada se extendía frente a ellas. Aunque esa caía con gentileza desde donde se originaba. Desde donde todo se originaba.

El Ursprung.

Unas cintas de luz danzaban en las profundidades del estanque: el éter más puro de todos, brillando como una aurora contra el cielo nocturno. Su belleza resultaba aterradora.

Sylvia la agarró del codo y tiró de ella con urgencia.

—Tenemos que irnos.

Lorelei se atrevió a echar un vistazo por encima del hombro. El alp se había recuperado lo suficiente como para perseguirlas, con los ojos brillando con una furia gélida. La nieve se agitaba a su alrededor. No tenían a dónde ir.

Sin tiempo para pensárselo mejor, se quitó la mochila y saltó al estanque. El frío glacial le arrebató el aire de los pulmones ni bien entró en contacto con el agua y se le agarrotaron todos los músculos del cuerpo. Oyó un chapoteo a sus espaldas y, al volverse, vio que Sylvia nadaba en su dirección.

Hasta que algo tiró de ella hacia atrás y la hizo poner los ojos como platos por el miedo.

El alp la había aferrado del tobillo. Sylvia se puso a patear desesperada, pero la criatura se

negó a soltarla. En un instante, le hundió los colmillos en el hueco entre el cuello y el hombro. El aire escapó de su boca en un montón de burbujas y el agua se tiñó de rojo. Por un segundo, Lorelei podría haber jurado que vio a su hermano —sus ojos sin vida, la sangre que se derramaba alrededor del cráneo partido como si fuese una corona— devolviéndole la mirada.

La visión se le nubló por el pánico. Necesitaba salir a la superficie a por aire. Tenía que huir. Le sería muy sencillo abandonar a su rival y dejar que se hundiera en las profundidades. Lo había imaginado. Hasta lo había soñado mil veces.

Notó la presencia de la Muerte, extendiendo sus alas por encima de ella. La luz de la luna que se filtraba desde la superficie pareció ondear.

No, pensó Lorelei. *No vas a arrebatarme a nadie más.*

Invocó su magia y dejó que sus sentidos se extendieran por todo el estanque. Apretó los puños, imaginando cómo se comprimían las moléculas. Lo primero que rodeó el hielo fue el brazo del alp y luego se le fue extendiendo por todo el cuerpo con unos cristales afilados. Preso del pánico, soltó a Sylvia.

El cuerpo de Sylvia se apartó de su agarre gracias a la corriente y empezó a hundirse más y más. Con un último esfuerzo, Lorelei la sujetó del codo y tiró de ella.

El peso de su ropa empapada amenazaba con arrastrarlas a ambas hacia las profundidades y a Lorelei le martilleaba la cabeza por el esfuerzo que hacía con sus poderes. Siguiendo sus órdenes, el agua las guio hacia arriba y hasta la orilla.

Al salir a la superficie, Lorelei inhaló una bocanada de aire congelado. Negándose a rendirse, las arrastró a ambas hasta salir del agua. El frío glacial era como un millón de agujas que se le clavaban en los huesos. Los dientes no le dejaban de castañear con violencia y en un rincón de la mente le llegó la certeza de que ambas iban a morir por culpa de la hipotermia más pronto que tarde.

Pero ya te preocuparás por eso luego, se dijo a sí misma. De momento, tenía que llevarlas hasta el Ursprung.

Tras pasar los brazos por debajo de los de Sylvia lo mejor que pudo, se las arregló para levantarla. Si bien era diminuta, toda ella era músculos y peso muerto. Paso a paso, Lorelei cargó con ella por la última colina hasta llegar al borde del manantial y dejarse caer. Al ver el vapor que se alzaba de su superficie, casi se echó a llorar. Aún tenían esperanzas.

Dios bendito. Casi había visto morir a Sylvia.

No podía perderla. Pero, si no hacía algo, ese aún era un escenario posible.

Le acunó la barbilla y la hizo girar la cabeza con delicadeza. La herida que tenía en el cuello era espantosa, pero, por suerte, la bestia tan vengativa que las había atacado no le había perforado la carótida. Aunque tenía los labios azules por el frío, por la gracia de algo divino, el pecho aún le subía y bajaba al ritmo de sus respiraciones.

Seguía viva.

Sin el impulso del miedo manteniéndola a flote, Lorelei se dejó caer de espaldas. La luna se alzaba tan cerca que habría jurado que podía estirarse y rozarla con los dedos. Para cuando volvió la cabeza para ver a Sylvia, esta había abierto los ojos. En aquella ocasión, no apartó la vista. Se quedaron allí tumbadas, casi rozándose con la frente, y el frío hizo que su aliento saliera en unas nubecitas delicadas.

Bajo la luz de la luna, Sylvia era toda luz. Aunque dolía mirarla, dolía muchísimo más que ella la viera de esa forma. Como si fuese un sueño hecho realidad. Hacía que albergara más esperanzas de las que debía. En aquel preciso instante, casi podía creer que era algo digno de admiración para una mujer como Sylvia.

Algo precioso.

—Me has salvado. —La voz de Sylvia estaba llena de una admiración embelesada. Pero entonces pareció recordar de sopetón los últimos cinco años y añadió—: En serio… ¿En serio me has salvado?

—Arg. —Lorelei se cubrió la cara con un brazo—. ¿Tanto te sorprende?

—Hace menos de doce horas me estabas diciendo lo mucho que me desprecias.

Aunque no había dicho eso exactamente, tuvo el sentido común suficiente como para no entrar en tecnicismos.

—Un poco de agradecimiento estaría bien.

—Gracias. —Sylvia le apoyó la mano sobre la suya—. De verdad.

—De nada —contestó, muy tensa—. Habría hecho lo mismo por cualquier otra persona.

Se quedaron mirando la una a la otra por un segundo, hasta que Lorelei carraspeó y extrajo la mano del agarre de Sylvia. Desesperada por centrar su atención en otra cosa, lo que fuera, se incorporó y miró en dirección al manantial.

Era un reflejo exacto del cielo, sereno y reluciente con la luz fría de un millar de estrellas. Estas se veían tan brillantes que le pareció que de verdad había un montón de estrellas sumergidas en el fondo. Parecía la cosa más sencilla meter la mano, sacar una y tragársela entera.

Entonces cayó en la cuenta de que lo habían conseguido. Habían encontrado el Ursprung.

—Es precioso —dijo Sylvia en voz baja.

Y sí que lo era. Solo que Sylvia lo era muchísimo más. Lorelei tuvo que parpadear para apartar aquel pensamiento de su mente.

—Lo es —asintió con voz ronca—. Pero ahora tenemos que montar la tienda y secarnos. No pretendo morir después de todo lo que hemos pasado.

Se puso a extraer el agua del tejido de su sobretodo y unas gotitas flotaron a su alrededor mientras trabajaba. El frío que hacía acabaría con ellas en menos de una hora. Más que verlo, notó que Sylvia la miraba con la misma atención absoluta de una criaturilla del bosque asustada.

«Se niega a usar su magia. La altera muchísimo».

Según los rumores, la magia se le había dado muy bien. ¿Qué habría presenciado que había jurado no volver a usarla? ¿Qué habría hecho? Por mucho que lo intentara, no podía imaginarla siendo cruel.

—¿Te importa si me encargo de tu ropa? —se sorprendió a sí misma al preguntar.

—En absoluto —contestó Sylvia, y, al recordar cómo eran las cosas entre ellas, se apresuró a añadir—: Si te estás ofreciendo, sería de muy mala educación decirte que no.

Una vez que Lorelei secó la ropa de ambas lo mejor que pudo, fueron corriendo a por sus mochilas, las cuales habían abandonado en la orilla del lago que tenían debajo. Para cuando volvieron y terminaron de montar la tienda con dedos torpes y medio congelados, ambas estaban tiritando y de un humor de perros, aunque al menos ya podían abrigarse un poco más.

Lorelei fue la primera en salir de la tienda, mientras Sylvia se vendaba la herida. Poco después, le dio el alcance en la orilla del Ursprung.

—¿Cómo crees que funciona? —preguntó Lorelei—. En todas las historias, le concede su poder a aquel que elige o a los que son bastante idiotas como para reclamarlo.

—Tú siempre directa al meollo —murmuró Sylvia con voz cariñosa—. Pues no estoy segura. En la leyenda, el chaval se caía en el manantial. Así que solo hay un modo de averiguarlo.

—Ni se te ocurra —soltó, quizás con demasiada prisa.

—¿Por qué no? ¿Crees que no lo merezco? —Sylvia intentó sonreír con arrogancia—. Tengo experiencia… ¿Qué fue lo que dijiste? ¿Lanzándome a lo bruto y llevándomelo todo por delante?

—Con la estupidez —la corrigió Lorelei, y Sylvia perdió el amago de sonrisa que tenía—. Aun así, no podría pedirte que hagas eso.

—No es simple curiosidad y ya. —Su voz adquirió un tono más serio—. Quiero saber qué clase de arma le estaríamos entregando a Wilhelm. Mi deber me lo exige.

Una sensación de angustia se le instaló en el estómago. Y no le gustó ni un pelo. Le gustaba incluso menos el no poder discutírselo.

—¿Debería empujarte, entonces?

Sylvia soltó una risa sorprendida.

—Creo que prefiero lanzarme hacia la perdición con algo de dignidad, pero muchas gracias.

Lorelei no podía verlo. ¿Qué iba a hacer si el organismo de Von Wolff lo rechazaba? Si la vida se le iba escapando gota a gota o si al emerger de las aguas, como le había pasado al ladrón en la madriguera del lindworm, lo hacía como una desconocida.

—No te preocupes —la tranquilizó Sylvia—. Como mínimo, el agua está calentita, ¿lo ves?

Apoyó la palma sobre la superficie y el mundo entero contuvo el aliento. El viento dejó de soplar, los copos de nieve se quedaron suspendidos en el aire, centelleando bajo la luz de la luna. El brillo de las estrellas que se reflejaba en el Ursprung pareció mermar, hasta que la superficie

del agua brilló tan negra como una noche sin luna. En aquella quietud antinatural, parecía como si algo desconocido y ancestral hubiese enfocado su atención sobre ellas.

La expresión de Sylvia se volvió una de sorpresa avergonzada, como si hubiese hablado cuando no le correspondía en una cena en lugar de haber despertado la fuente de toda la magia, así como quien no quiere la cosa. Si Lorelei no hubiese tenido tanto miedo por lo que podría pasar, se habría puesto a chillarle.

El rumor de una voz se deslizó por su mente, tan ínfima como el golpeteo de la lluvia o una brisa susurrando en un campo abierto. *Haz tu pregunta.*

Lorelei se quedó helada por la sorpresa.

—Este no es el Ursprung.

Sylvia la miró boquiabierta.

—Tiene que serlo.

—En aquellos tiempos en los que los deseos aún albergaban poder —empezó, con una certeza amarga que le daba fuerza a cada palabra que pronunciaba—, existió un monarca cuyo reino estaba pasando unos tiempos muy difíciles. Solo que, sin importar la escasez de las cosechas o la hostilidad de sus enemigos, contaba con una bendición: todos los cuerpos de agua de sus tierras contenían una magia extraña y poderosa. De todos ellos, el mayor tesoro del rey era un estanque que respondía una sola pregunta de cada persona que se le acercara.

—Increíble —murmuró Sylvia—. ¿Qué debería preguntarle?

Entonces, al darse cuenta de lo que acababa de hacer, se cubrió la boca con las manos. Pero era demasiado tarde. *Aquello que tu corazón más anhela,* siseó aquella voz tan horrible en respuesta.

Lorelei se la quedó mirando sin poder creérselo. Lo que había pasado era tan absurdo, tan soberanamente estúpido, que casi no podía formular ningún pensamiento coherente.

—Has desperdiciado tu pregunta. —Fue lo único que consiguió decir.

—¡Perdón! —exclamó Sylvia—. No creía que algo así contara.

—Podrías haberle preguntado cualquier cosa, no se puede ser más…

Se le ocurrieron demasiados insultos como para escoger solo uno. Y todos ellos desaparecieron de su mente cuando su furia dio paso a la desesperación, por muy humillante que fuera. Ojalá pudieran hacer una pregunta más. O quizás mil. ¿Podría haberle dicho si alguna de las decisiones que había tomado en su vida había sido la correcta? ¿Podría haberle indicado la prueba necesaria para acusar a Heike del asesinato? ¿O quizás decirle si Ziegler la había querido de verdad en algún momento?

Sylvia le apoyó una mano en el hombro.

—Lorelei.

Le llevó unos segundos darse cuenta de lo cerca que había estado de ponerse a llorar. Ante la obvia mirada de lástima que le estaba dedicando Sylvia, su furia se fue apagando hasta dejar solo

unos rescoldos. Poco a poco, consiguió reponerse. Habían llegado hasta allí, por lo que tenía que terminar lo que habían empezado. El peso de la anticipación del manantial casi parecía aplastarla.

—¿Dónde está el Ursprung? —preguntó.

El aire relució por el éter. Los colores se revolvieron entre la oscuridad de las aguas y muy muy despacio se formó una imagen. La luna llena se deslizó sobre su superficie, menguando mientras viajaba. Cuando volvió a estar llena en el cielo, algo más se formó bajo ella: una isla en medio de unas aguas negras, envuelta en neblina. A lo lejos, Lorelei atisbó unos campos de tulipanes salpicados de cenizas y unas aldeas llenas de gente hambrienta y enfadada. Conforme la luna nueva se iba llenando del más mínimo atisbo de luz, la isla parpadeó hasta desaparecer como si de un espejismo se tratara.

Fuera donde fuese que estuviese el Ursprung, no era donde estaban ellas.

Parte III
La
Isla Fantasma

Dieciséis

Ziegler se había equivocado.

Lorelei apenas podía procesarlo. Todos habían dedicado años de su vida a aquel proyecto. Ella misma había depositado todas sus esperanzas, sus sueños, en que la expedición tendría éxito… Y no solo eso, sino también su única oportunidad de sobrevivir. Y había resultado que estaban persiguiendo una conclusión totalmente falsa. ¿Cómo era posible que Ziegler hubiese cometido semejante error? ¿Cómo podría no haberlo sabido?

Su mentora no era una mujer dada a los secretos, en especial cuando se trataba de su trabajo. Si bien Wilhelm la había obligado a guardar silencio durante los últimos meses previos a la expedición, aquello iba en contra de su propia visión de la ciencia. Ziegler compartía sus investigaciones sin reservas, sin importar cuándo o quién se las pidiera: académicos de otras ciudades, políticos, estudiantes jóvenes. Su mente funcionaba mejor cuando debatía con otra persona. «¿De qué sirve el conocimiento si no se puede seguir mejorando?», solía decir. Si hubiese encontrado el Ursprung, no lo habría mantenido en secreto.

¿Verdad?

No, Lorelei no podía ponerse a pensar así, porque aquello terminaría con ella. La imagen que se había formado en la superficie del agua se desvaneció y el peso de aquella mirada horrible e intensa desapareció de sus hombros. El agua brilló con una luz blanca y celestial y, a través de ella, lo único que pudo ver fue el reflejo de su propia expresión de amargura.

No le podrían haber dado una peor respuesta a su pregunta.

No todas las historias que Lorelei recolectaba le llegaban en la forma de unos cuentos de hadas organizados. A lo largo de su trabajo de campo, había recolectado todo tipo de fuentes: rimas infantiles y juegos de palmadas (aquellos eran los que menos le gustaban, sobre todo porque los niños solían captar lo mucho que le desagradaba tratar con ellos), proverbios, chistes, distintos tipos de ceremonias matrimoniales y hasta la forma en la que la gente decidía construir sus hogares. Y también estaban las leyendas urbanas, algo más extraño que los propios wildeleute.

Una que se repetía prácticamente en todas las regiones de Brunnestaad era la historia de la Isla Fantasma. Se decía que se alzaba desde las olas en las noches de luna nueva, resplandeciente como un espejismo, y que volvía a desaparecer entre la niebla a la mañana siguiente, solo para reaparecer en algún otro lugar con la siguiente luna nueva. En la visión que le había concedido el estanque, Lorelei la había visto ondear en la oscuridad del agua, justo como se lo habían descrito

innumerables veces.

El verdadero Ursprung se encontraba en algún lugar de la Isla Fantasma, y apenas tenía una ligera idea de dónde podría aparecer en la siguiente luna nueva. La cual iba a ocurrir en dos semanas. Se resistió a darle una patada al agua de pura furia. Unas coordenadas habrían sido de bastante más ayuda que lo que le habían dado.

Sylvia se había tumbado de espaldas, con el cabello extendido sobre las piedras como el agua de un río. Las puntas caían hasta el agua, de modo que su tono pálido y espectral se había oscurecido hasta adquirir el color grisáceo de la madrugada. Tumbada así y con la luz de las estrellas reflejándose en sus ojos, casi parecía algo de otro mundo.

Lorelei tuvo el impulso de apartarle los mechones de cabello que se le pegaban a las sienes, pero se aseguró de aplastar ese deseo tan tonto.

—¿Has reconocido el lugar que nos ha mostrado?

—Parecía Ebul.

—Ebul es bastante grande, ¿sabes?

Y no era precisamente esperanzador tampoco. Estaban tirados en algún lugar de Albe, la cual se encontraba al sudoeste de Brunnestaad, mientras que Ebul era el límite oriental del reino. Siempre que ninguna otra criatura letal intentara apartarlos de su camino (algo poco probable dadas las experiencias que habían tenido hasta el momento), apenas iban a conseguir llegar a tiempo en la noche de luna nueva. Y, si se la perdían, quién sabía dónde volvería a aparecer la siguiente vez.

—Adelheid sabrá dónde es si se lo dibujas. —Sylvia frunció el ceño—. Pero ¿no sería más sensato volver a Ruhigburg y empezar de cero? Esto se está volviendo demasiado peligroso.

«Me gustaría saber quién es el responsable antes de vuestra vuelta a Ruhigburg. Si no puedes proporcionarme esa respuesta, entonces espero que comprendas que alguien debe responder por el asesino de Ziegler. La unidad requiere sacrificios».

—No podemos volver a Ruhigburg sin el Ursprung.

Intentó ocultar la desesperación en su voz, aunque seguro que lo hizo fatal, pues Sylvia se la quedó mirando con una extraña mezcla de confusión y preocupación. Solo que Lorelei no podía contarle lo que Wilhelm había amenazado con hacer. ¿De qué le serviría cargarla con ese peso? Todos ellos (salvo quizás Ludwig) creían que su rey era un buen hombre. Además, el peligro no iba conseguir frenarla. No sería la primera vez que Lorelei condenaba a otra persona con tal de salvarse ella misma.

Y en lo más hondo de su ser, incluso sin la amenaza de Wilhelm, no estaba segura de poder parar. Ser yevaní implicaba reconocer cuándo se había cometido una injusticia. Había muy pocas cosas de las que estaba orgullosa en su vida, pero esa era una de ellas. No iba a quedarse tranquila hasta que supiese qué le había pasado a Ziegler.

«Llora su muerte», le había dicho Adelheid, «pero no te permitas obsesionarte con el tema. De lo contrario, solo conseguirás hundirte».

—Piénsalo —continuó Lorelei, algo más calmada—. El reinado de Wilhelm es frágil. Si volvemos con las manos vacías, lo único que conseguiremos será confirmarles a sus oponentes que es un rey débil, uno lo bastante desesperado como para perseguir cuentos de hadas. Y, sin el poder del Ursprung, no tiene esperanzas de evitar un golpe de estado.

—¿Y eso será lo único que haga con él? —preguntó Sylvia en un hilo de voz.

Lorelei frunció el ceño. Claro que había pensado en eso antes, que fuese a intentar extender los límites de Brunnestaad una vez más. Sin embargo, dado que su propia vida dependía de aquel acuerdo, no podía permitirse tener tantos principios.

—No lo sé. Pero tú estarás a su lado para aconsejarlo.

Sylvia le dedicó una sonrisa vacilante, pero, cuando volvió a hablar, sonó más animada:

—Sí, tienes razón. Por la estabilidad de Brunnestaad, nos corresponde seguir adelante.

—Eso. Por Brunnestaad. —Lorelei vaciló un momento—. Gracias.

—No es nada. —Sylvia parecía perpleja… y ligeramente espantada, también. Lorelei se guardó la estrategia para usarla como técnica de intimidación en algún otro momento—. Deberíamos ir a buscar a Ludwig.

—¿Ahora? —Dudaba mucho de que fuese capaz de bajar la montaña rodando, ya ni qué decir andando hasta el refugio improvisado donde habían dejado a Ludwig. Por mucho que detestara la idea de dejarlo abandonado en el estado en el que estaba, se negaba a arriesgar la vida de las dos por salvarlo a él. Lo habían dejado envuelto en más mantas, con comida y leña. Iba a tener que ser suficiente—. Esa es una idea muy absurda. No podrás salvarlo si estás muerta.

—Pero aún no estoy muerta.

—Pues parece que ya casi.

Sylvia soltó un largo suspiro, uno que sugería que estaba haciendo gala de su noble autocontrol para contener lo que de verdad quería decirle.

—Además —continuó Lorelei, más para tranquilizarse a sí misma—. Si la cosa llegara a tanto, estoy segura de que podría engañar hasta a la propia Muerte.

—Eso sí —dijo Sylvia, aunque sin sonar del todo convencida.

—Nos iremos al amanecer. Y ahora entra en la tienda, anda, que te vas a congelar.

—Nunca te había visto tan preocupada —se quejó Sylvia—. ¿Seguro que estás bien?

Lorelei decidió pasar por alto su comentario mientras se metían en la tienda. La lámpara encantada de Sylvia (la cual Lorelei asumía que había sido hechizada para no apagarse nunca) iluminaba el pequeño espacio, aunque gran parte de la luz se aferraba a su dueña. Hacía que su cabello pareciera dorado y que sus ojos claros relucieran como si estuvieran ardiendo. Podría haber sido un espectáculo precioso, de no ser porque Lorelei captó un poco de la sangre que iba

manchando el abrigo de Sylvia. Por un horrible instante, lo vio todo negro por el miedo.

—Deja que te cure la herida —le pidió.

—Que estoy bien, Lorelei, en serio.

Le dedicó una de sus miradas más intensas hasta que, por suerte, Von Wolff pareció ceder. Con un suspiro de resignación, Sylvia se movió con torpeza en un esfuerzo por desabrocharse el abrigo solo con una mano. Se acomodó el pelo por encima del hombro que no estaba herido y le dio la espalda a Lorelei, quien apartó la vista mientras ella se desabrochaba la camisa. Una mancha roja y brillante se le extendía por la espalda y se aferraba a la humedad de su piel. Finalmente, la tela cayó de sus hombros hasta rodearle la cintura. La sangre ya había traspasado la tela de los vendajes.

Con mucho cuidado, Lorelei los fue desenvolviendo. El tajo que había debajo parecía bastante profundo y dispuesto a infectarse a la primera de cambio. A Lorelei le dio un vuelco el estómago y se le nubló la mente. El miedo casi hizo que perdiera el conocimiento, pero se clavó los dedos en la rodilla y se obligó a centrarse.

Podía con eso.

—Voy a tener que coserte la herida.

Sylvia parecía horrorizada ante la idea.

—¿Cosérmela? ¿Tú? Pero si se te da mejor destrozar cosas.

Lorelei le dedicó una sonrisa malvada.

—Pues mala suerte, porque Johann no está aquí. Y a no ser que quieras arriesgarte a que se te pudra la herida, vas a tener que conformarte conmigo.

Un tanto escarmentada, Sylvia decidió cerrar el pico. La parte complicada (hacer que pusiera de su parte) había acabado. Lo único que faltaba era que no se desmayara. Vaciló un momento, para luego quitarse uno de los guantes. Sylvia contuvo el aliento y le dio la espalda, como si hubiese visto algo profano. Lorelei estuvo tentada a obligarla a mirar.

No tengo garras, ¿ves?

Por alguna razón, era una vulnerabilidad que no había conseguido superar. Se quitó el otro guante y dejó ambos con cuidado en el suelo. Parecían algo muy íntimo, así doblados sobre las mantas de Sylvia, por lo que se concentró en preparar el resto de su equipamiento.

De su mochila sacó alcohol, aguja e hilo, además de un trozo de tela limpia, el cual empapó con el antiséptico y se dispuso a limpiar la herida. Sylvia dejó escapar un sonidito de protesta antes de apretar la mandíbula en un gesto de estoicismo muy digno.

Siguiente paso: la aguja. Era curva, como la silueta de una luna creciente, y brillaba de forma siniestra a la luz del fuego.

—¿Crees que si desinfecto la aguja en tu lámpara se quedará maldita?

—No tengo ni idea de qué estás hablando —contestó Sylvia a la defensiva, aunque con una

pizca de curiosidad sincera, como si nunca se hubiese planteado la posibilidad.

Lorelei soltó un resoplido en lo que calentaba el instrumento en la llama.

—¿Lista?

—Tanto como podría estarlo, supongo.

Casi no dejó escapar ningún sonido mientras Lorelei le cosía la herida. La sangre que se le derramaba entre los dedos hacía que sintiera el estómago resbaladizo, como si se hubiese tragado un pez entero, pero se las arregló para terminar lo más rápido que pudo. Tras atar el nudo, cortó el hilo con unas tijeras. La frente se le había empapado de un sudor frío, pero se sentía muy orgullosa de sí misma.

—Eso debería bastar.

—Gracias. —Sylvia vaciló un segundo—. Se te da bien coser.

—Mi padre es zapatero. Trabajé como su aprendiz durante un año antes de que Ziegler me acogiera. La piel no es muy distinta al cuero de los zapatos. —No estaba segura de por qué le había contado eso, y tan tranquila, para colmo, como si fuese su costumbre hablar de su vida con los demás.

—Cuero de zapatos —repitió Sylvia, y casi parecía sonreír—. No sé si debería ofenderme por eso o no.

—Tómatelo como quieras.

Lorelei tenía las orejas rojas por la vergüenza. Se distrajo guardando todos los materiales mientras Sylvia sacaba un peine de lo más ostentoso de su mochila. Tenía un mango con incrustaciones de ópalo que brillaba como si estuviese hecho de hueso y unos dientes de plata. Por el rabillo del ojo, Lorelei la vio batallar con el objeto.

Sylvia soltó un suspiro lastimero mientras intentaba levantar el brazo herido. Luego, con gran esfuerzo y la mano no dominante, pasó el peine sin mucha fuerza por los enredos que se le habían formado en el pelo. A Lorelei le parecía un gesto muy innecesario, después de todo lo que habían pasado aquella noche, pero estaba demasiado cansada como para decir nada al respecto. Estaba demasiado cansada incluso para disfrutar de su sufrimiento.

—Trae, que te ayudo —se ofreció.

Sylvia aferró el peine contra su pecho como si Lorelei le acabase de pedir que le entregara a su primogénito.

—¿Por qué?

—Porque me duele solo de verte y, aunque no lo creas, no soy tan desalmada.

A regañadientes, dejó el peine sobre su mano extendida. Lorelei se arrodilló detrás de ella, levantó toda la melena de Sylvia y se la dejó caer por la espalda en una cascada enmarañada. Por suerte, seguía húmeda. No quería ni imaginar lo que habría sido tener que batallar con ella seca.

Empezó a desenredar la cabellera de abajo hacia arriba. El silencio entre ambas solo se veía

interrumpido por sus respiraciones bajas y el sonido del metal entre el cabello de Sylvia. Su espalda emanaba una calidez muy agradable, y Lorelei podía ver su pulso martillear en el arco de su garganta tan pálida. Se trataba de una tortura exquisita. Jamás de los jamases le había tocado el pelo (tan solo en sueños), por mucho que se hubiese muerto de ganas de hacerlo. Y la experiencia resultaba tan magnífica como había imaginado. Con cada paso del peine, podría jurar que el aroma del agua de rosas le llegaba a la nariz.

Tras unos minutos, consiguió desenredar la totalidad de su melena hasta que esta cayó en unos rizos delicados por la espalda de Sylvia. Una parte de ella estuvo tentada a rebuscar entre sus cosas hasta dar con los aceites que usaba o quizás con alguna cinta para atarlo. *No me seas ridícula, Lorelei,* se regañó a sí misma. Tendría que bastarle con hacerle una trenza.

—¿Dónde aprendiste a hacer eso? Tu cabello… —Se interrumpió a sí misma como si fuese tabú mencionarlo y levantó el brazo que no se había lastimado para rozarse la mandíbula con los dedos.

—Antes lo llevaba más largo. Hace muchísimo tiempo.

Sylvia se echó a reír.

—¿En serio? No te imagino. Como lo llevas ahora te queda muy bien.

Lorelei no supo qué decir ante semejante halago.

—Solía trenzarle el pelo a mi hermana. De pequeña era muy enfermiza y tenía que pasarse días en cama, así que alguien tenía que ocuparse de su pelo para que no se le enredara. La verdad es que me relaja mucho.

Tras un momento se dio cuenta de que ella solita se había puesto a parlotear, o lo que vendría a ser parlotear en su caso. Pero Sylvia no tardó nada en ir a su rescate.

—No sabía que tenías una hermana.

Lorelei ató el final de la trenza y se puso a soltarla un poco con unos ademanes distraídos.

—¿Por qué ibas a saberlo?

El silencio entre ambas se estiró hasta que parecía a punto de estallar.

—¿Y cómo se llama?

—Rahel. —Lorelei vaciló un segundo—. También tenía un hermano. Se llamaba Aaron.

Podía ver a Sylvia debatirse por hacerle más preguntas y removiéndose en su sitio bajo el peso de su curiosidad.

—Debes ser la mayor, entonces.

Lorelei consideró darle una respuesta sarcástica, pero se contuvo.

—Sí.

—Yo siempre he querido tener hermanos —comentó, y Lorelei pudo oír la sonrisa en su voz.

—Dan muchísimo trabajo, no lo recomiendo. —Satisfecha con su obra, acomodó la trenza sobre el hombro de Sylvia y esta pasó los dedos por ella, como para constatar que era real—.

Creía que vosotros cinco y Wilhelm erais como hermanos.

—En verano, cuando todas nuestras familias viajaban a Ruhigburg, entonces sí que lo éramos. Nos conocimos cuando teníamos unos seis años o así. El verano era la mejor parte de mi año, pero el resto del tiempo me sentía bastante sola. —Sylvia vaciló, como si no estuviese segura de si debía continuar hablando. Lorelei se percató de que quería saber más.

—¿Y lo estabas? —la animó a continuar.

—Va a sonar muy tonto, ya lo verás. —Sylvia se acomodó sobre una de sus caderas hasta volverse y poder quedar de cara a ella. La luz mágica de su lámpara tiñó la curva de su pómulo de color dorado—. Mi madre no escatimaba en sus muestras de afecto. En las materiales, quiero decir. Cualquier cosa que quisiera, me lo daba. Pero desde pequeña me dio la impresión de que lo único que mi madre veía cuando me miraba era el color de mi cabello. Su pequeña Mondscheinprinzessin: una heroína de las leyendas albenses, una santa que había renacido. Su heredera. El futuro de su provincia. Su propiedad.

Sylvia se acomodó detrás de la oreja un mechón de cabello que se le había soltado.

—Nunca me vio como persona. Y, las pocas veces que lo hizo, creo que no le gustó lo que vio: una chiquilla demasiado tonta como para poder hacer realidad todas sus ambiciones. Y así fue como lo dio todo para volverme como ella. Me aleccionó sobre la grandeza de nuestro apellido. Contrató a los mejores tutores para que me dieran clase. Me juró que estaba destinada a hacer cosas extraordinarias por nuestro pueblo. Pero nunca tuve la certeza de que me quisiera de verdad.

La voz le tembló un poco y la expresión se le suavizó por la confusión. O quizás por la sorpresa, al ver que el dolor de su infancia resurgía con tanta intensidad. Lorelei no sabía cómo consolarla.

—Cuando terminaba de presumirme por doquier en la corte, dejaba que hiciera lo que quisiera en casa. Nuestro hogar tiene muchísimas habitaciones, pero nadie que las ocupe. No tenía ni idea de para qué se usaba ni la mitad de ellas. Era como un laberinto. Había escaleras que no daban a ningún lado y todo tipo de pasadizos secretos. Pensándolo bien, supongo que esos eran los que usaban los sirvientes.

A Lorelei no le sorprendió lo que escuchaba. Tenía todo el sentido del mundo que Sylvia tuviese tantísima imaginación. Podía verla a la perfección, de pequeña, explorando los bosques como un duendecillo y persiguiendo a las sílfides por los prados. No le costaba nada imaginarla recorriendo los pasillos de su mansión solitaria, inventándose historias para cada rincón oculto. La entristecían mucho esas imágenes. Y lo que era peor aún, hacían que todo tuviera sentido.

Sylvia se había pasado la vida entera intentando que alguien le prestara atención.

El dolor de la comprensión la descolocó. Durante muchísimo tiempo, el desdén que sentía por Von Wolff había sido lo que la había ayudado a centrarse y motivarse. Sin embargo, mientras

examinaba sus recuerdos, se percató de que todos estaban entremezclados y arraigados con una sensación de cariño absurda que no sabía de dónde había salido. Sylvia con sus aportaciones apasionadas y escandalosas cuando discutía por algo en lo que creía. Sylvia canturreando mientras preparaba té en las noches en las que se quedaban hasta tarde en la oficina. Sylvia adentrándose en aguas peligrosas para proteger a un desconocido. Sylvia, siempre presente en los bordes de su conciencia y siempre apartando la mirada ni bien Lorelei se percataba de su presencia. ¿Acaso aquellos tiernos sentimientos siempre habían estado ahí? ¿O es que habían ido reemplazando su resentimiento desde hacía mucho tiempo? Lorelei ya no le veía ni pies ni cabeza a nada.

—Fascinante. —Lo único que pudo articular fue un patético intento de sarcasmo—. ¿Ahora quieres contarme cuál es tu color favorito, ya que estamos?

—¿Siempre tienes que echarlo todo a perder? —rezongó Sylvia, por mucho que sonara más bien resignada—. Y si quieres saberlo, es…

—Amatista, ya lo sé.

Sylvia parpadeó, sorprendida.

—Anda.

Pero ¿qué carajos me pasa? No era como si existiese alguna razón lógica para que se hubiese aprendido qué colores le gustaban y cuáles le quedaban mejor. Es que era imposible no verla. Sylvia von Wolff atravesaba el mundo como un relámpago de luz blanca.

Antes de morirse de la humillación, añadió:

—Pero bueno, deberíamos pensar qué hacer. Nos superan en número. Y ahora que estás herida, estamos en desventaja.

—¿Nosotras en plural? —inquirió Sylvia.

—No me digas que la idea te sorprende.

—¿No debería? —Las mejillas se le tiñeron de rojo—. En ese caso debo estar confundida y tú no te me plantaste en frente e hiciste uso de todos tus centímetros cual villana de una ópera de cuarta para decirme: «No tengo ni la más mínima intención de resolver este caso».

Sylvia pronunció las palabras en un intento de imitación lamentable, con todo y una expresión que solo se podría describir como siniestra. Lorelei de verdad esperaba no sonar así.

—Te mentí. Tenías razón.

—Me vas a disculpar, pero… —Su sonrisa bien podría haberla dejado ciega de lo brillante que era— ¿podrías repetir eso último?

—Borra esa sonrisa presuntuosa que tienes —espetó Lorelei. Por suerte, lo único que hacía falta para erradicar cualquier sentimiento de ternura hacia Sylvia era pasar cinco minutos con ella —. Debo reconocer tu poder de percepción. Además, me vendría bien tu ayuda. Tienes conocimientos y habilidades que yo no poseo.

—Para ya con los cumplidos o harás que me sonroje.

—Lo tendré en cuenta y no lo volveré a hacer. —Lorelei sacó una libreta de la mochila de Sylvia y la abrió en una página en blanco; algo nada fácil dado que la mitad de las páginas estaban llenas de lo que parecían ser poemas. Pasó la mirada de refilón por unos versos que hablaban sobre miradas penetrantes y abrigos negros e interminables antes de decidir que no quería saber sobre quién estaba escribiendo.

—En fin. El plan.

—Cierto. —Sylvia se tumbó a su lado y se dio unos golpecitos en la barbilla—. Hay un posible fallo en tu razonamiento que me ha estado molestando. Reconozco que lo más probable es que alguien haya matado a Ziegler porque creían que el Ursprung estaba en Albe. Sin embargo, estás asumiendo que la atacaron porque querían que estuviera en su tierra natal. ¿Y si lo hicieron por alguna otra razón?

Lorelei se preparó para darle una respuesta mordaz, pero descubrió que no podía descartar su idea así porque sí. Se trataba de un argumento válido que ponía a prueba lo que había asumido.

—¿Como cuál?

Sylvia se enderezó como si fuese su turno de dar cátedra.

—¿Y si mataron a Ziegler por mí?

Cualquier sentimiento positivo que hubiese tenido por Sylvia se evaporó de inmediato.

—¿Y por qué alguien haría algo así?

Sylvia la miró, ofendida.

—¡Porque no quieren que Wilhelm y yo nos casemos! Quizás no quieran que consolidemos nuestro poder o… ¡A lo mejor es que se han enamorado de mí! ¿Acaso el amor no es el motivo más contundente de todos para matar a alguien?

—Esa es la teoría más absurda que he oído en la vida. Ningún miembro de esta expedición está enamorado de ti.

—¡No es absurda! Para tu información, tengo muchísimos pretendientes en Ruhigburg, es solo que no he conocido a nadie que sea digno de mi tiempo. Nadie que se haya tomado la molestia de dejar claras sus intenciones, al menos.

Lorelei comprendió que había alguien en particular detrás de aquellas palabras. Una sensación oscura que le dejó un regusto a bilis la inundó de repente, pero no tardó ni medio segundo en reprochárselo. No le debería importar que Sylvia estuviera enamorada. ¿A ella qué más le daba lo que hiciera? Sin embargo, en aquellos momentos, en medio del ambiente calentito y cercano que compartían en la tienda, la sensación le parecía sumamente urgente. Sentía como si fuese a consumirla por completo.

Cielo santo, pensó, con el horror del descubrimiento invadiéndola poco a poco. Estaba celosa.

—Claro —dijo—. Nadie es lo bastante bueno para estar contigo.

Sylvia se sonrojó por la indignación.

—¿Has estado hablado con Heike?

—Ah, cierto. Quizás es Heike quien siga coladita por ti.

—No te burles —se quejó Sylvia.

—Tienes razón, tenemos que concentrarnos. —Lorelei devolvió su atención al cuaderno y se dio unos golpecitos con la pluma contra la rodilla—. Creo que he descubierto de quién se trata, pero me gustaría constatar mi teoría contigo.

Sylvia se sentó recta y la miró con expresión seria.

—Adelante.

Lorelei escribió el nombre de todos los integrantes de la expedición en una columna ordenada y le contó sobre las entrevistas que había hecho desde el inicio de su viaje. En resumen: Ludwig no parecía tener un motivo evidente, sobre todo teniendo en cuenta lo que Wilhelm le había prometido. Adelheid creía que Wilhelm iba a usar su poder para estabilizar Ebul, y no solo porque estuviese enamorado de ella. Johann, si bien tenía un motivo obvio y una predisposición a la violencia, parecía profesarle una devoción sincera a Wilhelm. Lo que dejaba, cómo no, a…

—¿Heike? —Sylvia puso cara de incredulidad.

Y Lorelei tuvo que reconocer que aquello la ofendió.

—Sí, Heike. Quiere alguien que pueda protegerla y tú se lo has arrebatado. Dos veces, de hecho. Sabotear esta expedición sería una forma de vengarse de ti. Y también de tener otra oportunidad con Wilhelm.

Sylvia se tumbó de espaldas con un gruñido. Ya fuera por la humillación o la exasperación, Lorelei no lo tenía claro.

—Cielos —musitó—, de verdad que has estado hablando con ella.

—¿Y tú quién crees que puede ser?

—Johann.

Una vez más, aquella pizca de rechazo —*No,* pensó, *miedo*— se coló en su voz.

—¿Por qué?

Sylvia se la quedó mirando como si fuera de lo más obvio.

—Mi profesión se basa en observar monstruos. Y Johann es el peor de todos. Para él, hay grupos enteros de personas que no se pueden considerar personas. E incluso disfruta lastimando a aquellos que considera humanos.

Aunque Lorelei había visto lo despiadado que había sido al acabar con la vida del lindworm, su indiferencia al examinar el cadáver de Ziegler, aun así…

—Pero es médico.

—Y es justo por eso que se le da bien. —Sylvia soltó un suspiro. Resiguió con las yemas de los dedos la cicatriz que tenía en la mejilla. Bajo la luz de la lámpara, esta parecía relucir—.

Hace muchos años, fue él quien me hizo esto.

No se trataba de una herida hecha con una espada de madera de esas de práctica, y Lorelei se enderezó por la sorpresa.

—¿Te batiste en duelo con él?

—Combatíamos en el mismo batallón. Lo reté porque trataba a nuestros enemigos de una forma horrenda, sin un ápice de dignidad. —Su voz se volvió distante—. Ni de piedad tampoco.

—Y perdiste.

Sylvia sonrió con tristeza.

—Siempre se le ha dado mejor pelear con la espada.

—Aun así, no creo que sea él —repuso Lorelei—. Heike tiene bastante más que perder. Nos condujo hacia el lindworm. Ha sido la que más veces se ha puesto en mi contra. Es solo que… aún no puedo demostrarlo.

Y, ya puestos, no sabía si podría. Habían lanzado el cadáver de Ziegler al río y vaciado su oficina. Su último recurso era preguntarle a Ludwig si recordaba algo… En el caso hipotético de que hubiese visto a alguien antes de abandonar el campamento, claro.

—Ya has sufrido bastante por un día —dijo Sylvia con delicadeza—. Mañana resolveremos esto juntas. Lo prometo.

Juntas. Había pasado muchos años totalmente convencida de que lo único que quería Sylvia era verla hundirse en la miseria.

Te he juzgado mal, quería decirle. *Y lamento haberlo hecho.*

Al final, lo único que consiguió articular fue:

—Es tarde.

Según se acomodaban para irse a dormir, la voz de Sylvia la persiguió hasta sus sueños. *Lo siento mucho, Lorelei.* Y aquella noche, como todas las demás, soñó que se ahogaba. Solo que, en aquella ocasión, en la dulzura exquisita e insoportable de los ojos de Sylvia von Wolff.

A la mañana siguiente, el mundo parecía bastante menos extraño. El cielo había vuelto a sus tonos azules claros y vigorosos. La luz del sol se reflejaba en la nieve y en la peculiar trenza de Sylvia, una que Lorelei seguía sin poder creer que ella le hubiese hecho la noche anterior con sus propios dedos.

Aunque no estaba del todo segura de no haberlo soñado, la verdad. Solo que las pruebas estaban ahí, frente a sus narices. Eran algo más que la dichosa trenza. Era la forma en la que se sentía, curiosamente… vacía. No, no vacía exactamente. Era como si una llama en su interior se hubiese apagado, solo para que otra se le encendiera en el centro del pecho, cálida, insistente y muy suave.

Menuda pesadilla.

Sylvia iba por delante, tarareando en voz baja. Cualquier otro día (uno normal, vaya), aquello la habría puesto de los nervios, un sonido igual de molesto que una astilla bajo la piel. Pero en aquel momento la hacía sentir…

Puaj. Tenía que parar de una vez por todas. Con toda la mala baba que fue capaz de juntar, le dijo:

—Sí que te has levantado de buen humor.

—¿Ah, sí? —Sylvia le dedicó una sonrisa radiante, como si Lorelei le hubiese hecho un cumplido. Y el idiota de su corazón dio un vuelco—. Lo siento, es que me siento muy inspirada. Podría escribir un libro entero sobre todos los encuentros que hemos tenido estos días.

—Tu trabajo te hace feliz.

Sylvia ralentizó el paso hasta que quedaron lado a lado y sus botas crujían al unísono sobre la nieve.

—¿El tuyo no?

—No como tal. Siempre he querido ser naturalista.

Sylvia la agarró del codo.

—¿En serio?

—En serio. —Lorelei tiró de su brazo para apartarse. Aún podía sentir a través de la manga cómo le quemaba la zona en la que Sylvia la había tocado y se resistió al impulso de sacudir la mano—. Pero Ziegler creyó que se me daría mejor ser folclorista.

Sylvia la miró como si quisiera decirle algo, pero terminó arrepintiéndose.

—Bueno, ya no importa mucho lo que creyera, ¿no te parece? Quizás te guste experimentarlo por ti misma.

—¿Experimentar… qué? —preguntó, dudosa.

—¡Todo! —Sylvia dio un saltito hacia adelante, con lo que levantó una cortina de nieve—. Ser naturalista. Lo Divino. ¡No hay límites! ¿Acaso no quieres saber lo que se siente al dejar de pensar? ¿No quieres perderte en la belleza de este mundo?

Su entusiasmo tan súbito resultaba alarmante.

—No, la verdad. Ya he visto bastante de tu metodología para toda una vida.

—¿Dónde has dejado tus ganas de aventura? Ni siquiera necesitas la magia.

Por alguna razón, eso no la tranquilizó en absoluto.

—No tenemos tiempo para estas tonterías. ¿Te has olvidado del pobre Ludwig?

—¡Por supuesto que no! Se me ha ocurrido algo y así volveremos con él incluso más rápido. —Sin ningún tipo de aviso, Sylvia la agarró de la mano y entrelazó los dedos con los suyos. Lorelei estaba convencida de que el corazón le había dejado de latir, por mucho que Sylvia apenas la hubiese mirado. La tocaba como si fuese lo más natural del mundo.

Tiró de ella a través de un grupo de pinos cubiertos por una capa de nieve. Esta les cayó sobre los hombros y se les pegó a las pestañas. Cuando salieron de entre un montón de ramas bajas, lo que había frente a ellas la dejó sin aliento.

Con la luz del amanecer tiñendo el horizonte, podía ver el mundo entero frente a sus ojos: unas montañas de color azul claro extendiéndose hacia lo lejos, el río como si estuviera en llamas gracias al sol naciente y, en algún lugar muy distante, unos castillos blancos con torretas.

—Mira por allí —señaló Sylvia.

A unos cuantos metros por debajo de su posición había una meseta. Una manada de maras pastaba en los campos. De lejos, casi podían pasar por caballos normales, solo que los ojos ardían del mismo rojo que el carbón y la crin flotaba a su alrededor como un penacho de humo. Si uno se subía a lomos de un mara, jamás volvía a tocar el suelo, porque este corría y corría hasta que uno veía los años pasar.

—Montemos uno —propuso Sylvia, de pronto muy cerca de su oreja.

Lorelei se volvió para enfrentarla.

—¡Ni se te ocurra!

Sylvia le apoyó un dedo en los labios para silenciarla. Cómo se le ocurría tratarla con semejante condescendencia… Lorelei estuvo tentada a pegarle un mordisco.

—Te preocupas demasiado —le dijo Sylvia, sin susurrar del todo—. Lo he hecho mil veces y nos será de mucha ayuda para transportar a Ludwig. Sin mencionar que será muchísimo más rápido. Son todo ventajas.

Lorelei quería soltar algún comentario ingenioso, pero lo único que salió de ella fue un quejido lamentable. Menuda forma más tonta de morir. ¿Qué clase de idiota con tendencias autodestructivas acostumbraba a montar maras? Alguien menos idiota que quien aceptaba que le enseñaran, vaya.

—Vale, pero que sea rápido.

—¡Fantástico! Será muy sencillo. Tienes que estar tranquila y proyectar un aura de calma absoluta. —Lorelei se consideraba capaz de hacer muchas cosas, pero «proyectar un aura de calma absoluta» no era una de ellas. Sylvia pareció darse cuenta de su error, porque agregó—: Eh… bueno, quizás no me sigas tan de cerca.

Juntas bajaron por una pendiente rocosa hasta llegar a la hierba alta. Lorelei se mantuvo tan escondida como pudo sin apartar la vista de Sylvia, mientras que ella se abría paso por el campo sin hacer ni el más mínimo ruido. De todos modos, conforme se fue acercando, los maras alzaron la cabeza.

El más grande de la manada se la quedó mirando con aquellos ojos escarlata que parecían de otro mundo y las orejas inclinadas con recelo hacia adelante. Paso a paso, Sylvia se le acercó con una mano extendida. Pese a que no soportaba seguir viendo aquel espectáculo, tampoco

conseguía apartar la vista. Aquella bestia tenía que ser dos veces más grande que Von Wolff por lo menos. Cuando al fin se acercó tanto como para poder tocarlo, Sylvia le acarició el morro como si se tratara del más dócil de los ponis.

—¿En serio? —musitó Lorelei por lo bajo.

El viento le llevó las suaves notas de la canción de Sylvia, mientras esta deslizaba los dedos a través de la crin traslúcida de la criatura y, sin dudarlo siquiera, se impulsaba para montarse sobre él.

A Lorelei le dio un vuelco el corazón. Había llegado el momento. Estaba segura de que iba a ver morir a Sylvia. Solo que transcurrió un segundo y luego otro. Y, cuando no pasó nada catastrófico, Lorelei se obligó a volver a respirar.

Sylvia condujo al mara hacia Lorelei. Cuando se detuvo frente a ella, Lorelei se la quedó mirando con la boca abierta. La luz pálida del sol hacía que pareciera que tuviera un halo rodeándola. Resplandecía, como si fuese un ángel o quizás un caballero de cuentos de hadas. Pero ninguna opción era algo bueno.

—Esto es muy peligroso —murmuró con toda la calma que pudo reunir.

—Lo sé. —Le extendió una mano a Lorelei en un gesto tan grácil como galante—. Pero no dejaré que te pase nada.

A Lorelei le martilleaba el corazón en el pecho. Por primera vez en cinco años, Sylvia había dicho algo que la había dejado sin palabras, sin fuerzas para idear alguna respuesta mordaz. No creía haber oído aquellas palabras en todos sus años de vida.

Está claro que he perdido la cabeza.

Lorelei dejó que la ayudara a montar a la criatura. Y, de inmediato, odió todo lo que componía aquella experiencia. El suelo estaba demasiado lejos de sus pies y Sylvia estaba apoyada contra su espalda, lo que la distraía sobremanera. Además, una vocecilla aflautada le daba vueltas en la cabeza. No hablaba ningún idioma que le fuera conocido, pero parecía darle instrucciones de todos modos. Hizo que pensamientos como «no te resistas» y «ríndete» le llegaran a la mente sin previo aviso.

Cuando se lo comentó a Sylvia, esta se echó a reír.

—Sí, es algo que suelen hacer. ¿Lista?

—¿Supongo? —Hasta su voz sonaba enferma.

—Venga —murmuró Sylvia contra su nuca, y le pareció que sonaba de lo más emocionada—. ¡Sujétate bien!

Lorelei apenas tuvo tiempo de enredar las manos en la crin de la criatura antes de que el mara empezara a galopar. El mundo se volvió un borrón de colores a su alrededor.

Se puso a gritar, lo que provocó que Sylvia se riera incluso más. Los ojos se le llenaron de lágrimas por culpa del viento soplándole en la cara. Aunque le siseaba en las orejas, no fue

suficiente para ahogar la voz insistente del mara. La cadena de hierro que llevaba en el cuello le ardía, como si la hubiese calentado en el fuego antes de ponérsela. En algún lugar bajo todas las sensaciones, creía que estaba el miedo. Solo que todo lo demás —sus fantasmas, sus miedos, toda aquella dichosa expedición— parecía lejísimos de ella. Iban tan deprisa que habría jurado que en cualquier momento alzarían vuelo.

Aaron, ojalá pudieses verme ahora, pensó.

Cuando echó un vistazo hacia atrás, vio que Sylvia le sonreía. Se le había deshecho la trenza y la melena volaba a sus espaldas por culpa del viento. Su emoción resultaba contagiosa. Parecía embriagarla como el vino y su estúpida sonrisa más aún. Lorelei no pudo evitar que la suya le tirara de las comisuras de los labios.

De verdad que había estado ciega al negarse a reconocer lo hermosa que era Sylvia. Lo Divino parecía muchísimo más cerca de lo que había creído. No se hallaba en Dios ni en la naturaleza. Estaba justo frente a ella. Tan cerca que podría tocarlo.

Tan cerca que podría corromperlo.

No se puede ser más idiota, pensó. Todos los años que había pasado contemplando a Sylvia, examinándola y envidiándola… le habían dado paso a algo más para que se colara en su interior.

Al haber pasado tantos años viviendo entre los nobles, parecía que había olvidado la amplia distancia que las separaba. No existía ningún universo en el que su fantasía de colegiala se pudiera hacer realidad. Venían de clases sociales muy distintas. Ellas mismas eran muy distintas. Lorelei terminaría haciendo que su sombra afectara también a Sylvia, que su resplandor disminuyera. Podría quitarle su brillo con tan solo un roce, como ocurría con la plata. Notó una presión dolorosa en el pecho; aquella punzada de anhelo era un recordatorio amargo y totalmente necesario.

Si llegaban a sobrevivir a aquel viaje, no seguirían siendo compañeras de trabajo durante mucho tiempo más. Cuando archivaran los documentos que detallaban el desastre que había sido la Expedición Ruhigburg en los cajones polvorientos de algún trabajador de oficina, tomarían caminos opuestos.

Lorelei sabía la forma que cobraban los cuentos de hadas: la de una prisión. Había transcrito cientos de ellos, había redactado sus finales tan retorcidos con su puño y letra. Cualquier escenario que pudiese haber imaginado entre ella y la heredera de Albe ya tenía un final predeterminado, si es que era algo que se pudiera imaginar en primer lugar. Quizás sí que era tan ambiciosa como creían que era todos esos buenos ciudadanos de Brunnestaad.

Porque había ciertas cosas que jamás podrían ser suyas.

Diecisiete

Para cuando bajaron de la montaña, el sol ya casi se había escondido en el horizonte y su luz teñía la nieve de un color rojo intenso. Casi no vieron el refugio de Ludwig, pues se había quedado enterrado y apenas sobresalía entre unos montículos de nieve como los restos abandonados de un naufragio.

—¡Alto!

Antes de que Sylvia consiguiera detener al mara, Lorelei se deslizó para bajar. Y, casi de inmediato, terminó de rodillas en el suelo por el agotamiento. ¿Cuánto tiempo habían estado cabalgando? No podía ser más que unas pocas horas, pero le parecía como si hubiese nadado durante días sin salir a la superficie en busca de aire.

—¿Estás bien? —Sylvia bajó de un salto a su lado. Aterrizó sin hacer ningún sonido, con la elegancia de alguien que de verdad había hecho eso miles de veces antes.

—Perfectamente —soltó Lorelei de mala gana—. Pero no sueltes a esa cosa.

El mara pareció ofenderse hasta que Sylvia le rascó el lomo. En medio de la oscuridad, sus ojos relucían como brasas.

Ahogando una maldición para sus adentros, Lorelei se asomó a la tienda. El ambiente en el interior se había cargado de la peste dulzona y otoñal de la podredumbre y Ludwig estaba apoyado contra su mochila. Sus ojos (de un color verde como la maleza) le recorrieron el rostro con un miedo que le resultaba conocido. La miraba como si estuviese contemplando a alguien que sabía que estaba muerto… O quizás incluso a la propia Muerte. Rahel solía mirarla así cuando sucumbía a la fiebre.

—¿Ludwig? ¿Me oyes?

Este gruñó en respuesta.

La culpabilidad hizo que se le revolviera el estómago. No tendría que haber aceptado los disparates de Sylvia. No debería haber permitido que algo tan absurdo como una sonrisa fuera lo único necesario para hacerla perder todo el sentido común. Solo que, dado que ya casi era de noche y que el agotamiento casi no la dejaba tenerse en pie, era posible que el mara terminara salvándoles la vida.

Maldita seas, Von Wolff.

Lorelei se agachó a su lado. La corteza se le había extendido hasta la barbilla y una fina capa de musgo le estaba creciendo sobre los hombros. No sabía si podría revisar las raíces que habían

empezado a abrirse paso en su piel sin ponerse a vomitar. Se estrujó el cerebro para que se le ocurriera alguna forma de consuelo, pero no había mucho que pudiese decirle que no fuesen mentiras.

—¿Puedes ponerte de pie?

Ludwig soltó un sonidito sin más, lo que Lorelei se tomó como una negativa. Eso implicaba que iban a tener que cargar con él para bajar de aquella condenada montaña. Menuda suerte la suya. Tendrían que abandonar su tienda; era demasiado trabajo llevarla consigo. Bien podría servir como un tétrico recuerdo de aquella desastrosa expedición, le daba igual. Su mochila, por otro lado, sí que podría tener algo que valiese la pena conservar.

Lorelei se puso a rebuscar, haciendo a un lado viales vacíos y algunos llenos de unos especímenes misteriosos y medio podridos. El trozo de corteza de fresno lo sacó con cuidado y lo dejó a un lado. No estaba segura de si era algo que se podía transmitir al tocar la madera y no pensaba averiguarlo.

Tras guardar unas cuantas provisiones medicinales y comida, le quitó el vasculum que llevaba en el cuello. No les iría mal saber qué había recolectado hasta el momento. Pesaba menos de lo que había esperado, se trataba de un cilindro largo y delgado hecho de hierro y pintado con hiedras. Dentro tenía unas plantas prensadas entre finas capas de tela, acomodadas con delicadeza y preservadas con sumo cuidado. Mientras las iba revisando, se detuvo en una página que parecía más frágil que las demás. Cuando la sacó y la sostuvo contra la luz, no pudo hacer mucho más que quedarse boquiabierta por la incredulidad.

Estaba cubierta con la letra de Ziegler.

No le cabía ni la menor duda. Su mentora solía escribir como si la hubiesen poseído, con unos garabatos ordenados que apuntaban en distintas direcciones. A una le hacía falta una lupa para apreciar el orden en su caos: que escribía tanto en javenés como en brunnés, a veces incluso en la misma oración; que cortaba y pegaba pasajes de otros libros en sus propios apuntes o prensaba hojas entre las páginas. Le parecía algo tanto íntimo como sumamente violento el encontrarse de ese modo una página suelta de su diario.

La noche en la que la asesinaron, habían destruido todos los documentos de Ziegler que había en su habitación y en la sala de guerra, o eso había creído Lorelei. Se había asegurado de revisar las páginas de todos sus libros y de rebuscar en todos los cajones.

—¿De dónde has sacado esto?

—Lo encontré —contestó él a media voz.

Lorelei no estaba de humor para jueguecitos. Con Ludwig era imposible determinar qué era producto de sus delirios y qué era él poniéndose insufrible a propósito. Lo sujetó del cuello de la camisa y lo sacudió un poco.

—¿Dónde?

Sylvia se asomó por la abertura de la tienda.

—¿Va todo bien?

Con un gruñido de fastidio, Lorelei le extendió el trozo de pergamino a Von Wolff. Algo sorprendida, esta lo aceptó para echarle un vistazo. No había nada particularmente importante escrito, pero su existencia era algo que la molestaba. O bien Ludwig se había guardado un documento de cuando él mismo se había deshecho de los documentos de Ziegler o había dado con un alijo de papeles que el asesino no había descubierto. De verdad esperaba que fuese la última opción.

—¿De dónde lo ha sacado? —preguntó Sylvia.

—Dice que se lo encontró.

Sylvia soltó un sonidito pensativo.

—Sí, supongo.

La vida entera de Lorelei se le había salido de control y su mal genio hizo acto de presencia al hablar:

—¡Pues claro!

Sylvia se limitó a doblar la hoja por la mitad.

—Gritar no sirve de nada.

—Merece que le grite —dijo, con maldad—. Ojalá entendiese lo mucho que me ha decepcionado. Quizás deberíamos dejarlo y que se muera aquí.

—¡Lorelei! —Sylvia la regañó con la mirada mientras se metía en la tienda. Tras apartar a patadas el desastre que Lorelei había hecho con las pertenencias de Ludwig, lo aferró de los brazos e intentó levantarlo—. Aparta, por favor.

La voz le salía con dificultad y tenía las facciones tensas en una mueca de dolor. Era obvio que su herida se lo estaba poniendo más difícil. Después de todo lo que había tenido que hacer Lorelei para asegurarse de que sanara bien, su falta de cuidado era casi un insulto.

—Déjalo antes de que consigas que te salten los puntos, anda. Ya lo llevo yo.

—Preferiría no verte partirte en dos por tener que cargarlo. No soy tan frágil como para no poder soportar la mitad de su peso.

Lorelei la fulminó con la mirada, pero no se quejó. Por mucho que fuese más alta que ellos dos, dudaba poder llegar muy lejos bajo el peso muerto de Ludwig.

Se pasaron los brazos de él sobre los hombros y consiguieron ponerlo de pie. Ludwig soltó un quejido de protesta, con la cabeza inclinada hacia un lado. A Lorelei aún le temblaban las piernas por el cansancio, pero se las arregló para ir avanzando. Lo difícil iba a ser subirlo a lomos de la bestia infernal de Sylvia.

—Tiene suerte de ser tan ligero —murmuró Sylvia mientras batallaba para acomodarlo sobre el mara. La bestia dio un pisotón sobre la nieve, claramente fastidiada con el peso extra. Sylvia

soltó un ruidito de frustración y le lanzó una mirada asesina a Lorelei—. ¿Vas a ayudarme o qué?

Parecía que el mejor remedio para sus sentimientos desafortunados era la misma mujer que se los había provocado. Lorelei estuvo tentada a soltarlo, solo para fastidiarla.

—Calla y empuja.

Una vez que consiguieron subirlo, continuaron su viaje para bajar de la montaña. Sylvia tenía al mara aferrado por la melena mientras lo guiaba a pie. Lorelei iba por delante, con la lámpara encantada bamboleando a su lado. Con la nieve reflejando su luz espectral, el mundo entero parecía relucir.

Aun así, en lo único en lo que podía pensar era en aquel cacho del diario de Ziegler. El resto debía estar en algún lugar de la barcaza. Ludwig no se habría quedado con una página sin sentido para destruir las demás. Era absurdo.

Quizás quería que lo encontrase, pensó.

Y eso haría, incluso si tenía que desmontar el *Prinzessin* entero, tablón a tablón.

A lo lejos distinguió una hoguera encendida brillando contra la noche. Tres tiendas hacían de centinelas en el campamento, con unas sombras que las hacían parecer más imponentes. Para cuando llegaron al campamento, Johann había salido de su tienda para interceptarlos. Tenía la mano apoyada en la empuñadura de su espada y parecía no saber a quién mirar primero: a Sylvia en su abrigo hecho polvo y manchado de sangre; a Lorelei con su collar hecho de cardenales o a Ludwig, inconsciente y colgando a medias de un caballo asesino como si fuese un muñeco de trapo.

Parecía como si hubiese visto una colección de fantasmas.

—No te quedes ahí como un pasmarote —le espetó Lorelei—. Ayúdalo.

Las cuatro se sentaron alrededor de la fogata mientras esperaban a que Johann saliera de la tienda, Lorelei y Sylvia por un lado y Adelheid y Heike frente a ellas. Las llamas se alzaban como una muralla sólida entre ambos grupos, pero el siseo y el chisporroteo de la savia y la madera al arder llenaba el silencio.

Después de lo que pareció una eternidad, la tienda de Johann se agitó al abrirse.

Sylvia se puso de pie de un salto.

—¿Cómo está?

—Le he dado medicación para el dolor, pero su vida está en manos del destino. —Johann se quitó las gafas y se frotó los ojos cansados—. O bien la maldición consigue salir de su sistema o bien lo mata.

—¿Eso es todo lo que el magnífico doctor Johann zu Wittelsbach puede decirnos? —preguntó Heike, con su tono malintencionado de siempre—. Mira tú.

—¿Qué queréis que haga? —Se volvió a colocar las gafas y le dedicó a Heike una mirada impasible—. Abrirlo en canal no servirá de nada a estas alturas. Las raíces se han adentrado demasiado.

—Estoy segura de que has hecho todo lo que has podido —interpuso Adelheid, tras dedicarle a Heike una mirada de advertencia.

Heike puso los ojos en blanco y se volvió hacia Lorelei y Sylvia para preguntarles:

—¿Por qué habéis tardado tanto?

La pregunta era una trampa se la mirara por donde se la mirara. Si bien Heike hablaba con una calma de lo más perturbadora, los días que habían pasado no la habían tratado nada bien. El cabello le caía sin vida a ambos lados del rostro, igual de opaco que el cobre deslustrado, y tenía la piel roja y agrietada por el frío. Hasta Adelheid la observaba como haría con un animal salvaje.

Era lo que Lorelei se había temido. Iban a tener que tratar el tema de la ubicación del Ursprung con muchísima más delicadeza que de costumbre.

Sylvia, siempre paciente y considerada, cuadró los hombros en actitud defensiva.

—Nos desviamos un poco para ir en busca del Ursprung.

Lorelei pegó un respingo.

—Eso no fue lo que acordamos. —La mirada de Adelheid brilló de forma siniestra a la luz de la fogata—. Que os hayáis querido ir de paseo por ahí puede haberle costado la vida a Ludwig.

Al diablo la delicadeza, entonces.

—¿Y qué habéis hecho vosotros tres mientras nosotras no estábamos, eh? ¿Jugar a las cartas? ¿Andar en círculos? —Cuando Adelheid no respondió, Lorelei soltó un resoplido—. Ya, eso creía. Nosotras encontramos a Ludwig y conseguimos llegar a la cima de la montaña. El Ursprung no está allí.

La sorpresa consiguió apagar la indignación de Adelheid. Por un instante, se quedó mirando a Lorelei con la boca abierta, aunque no tardó en recomponerse y negar con la cabeza.

—No puede ser. Toda nuestra investigación nos conducía hacia allí.

—Como dijiste, nuestra investigación nos conducía a una fuente de magia, pero no necesariamente la que estamos buscando. —Según explicaba lo que habían encontrado, Lorelei sacó su cuaderno de bocetos de su mochila. Dibujó con trazos rápidos lo que la visión le había mostrado: una isla que se alzaba en medio de un gran lago, flanqueada por un par de islotes—. ¿Reconoces este lugar?

El miedo se apoderó de la expresión de Adelheid.

—Por desgracia, sí.

—¿Por qué por desgracia? —inquirió Sylvia.

—A ese lago lo llamamos el Mar Inferior. Tiene cuatro islas en el centro, ¿y dices que la visión

te mostró una quinta?

—Creo que es lo que algunos llaman la Isla Fantasma. Aparecerá en tu Mar Inferior en la siguiente noche de luna nueva y desaparecerá para cuando llegue la mañana. —Lorelei le devolvió la mirada—. ¿Segura que es ese lugar? Solo tenemos una oportunidad.

Adelheid frunció el ceño mientras estudiaba el dibujo.

—Sí, se parece bastante. Solo he ido una vez, pero no es algo que una pueda olvidar así como así. Ninguna de esas islas está habitada.

Sylvia, obviamente incapaz de resistirse a la promesa del peligro, pareció interesarse al oírla.

—¿Y eso por qué?

—Porque el Mar Inferior está lleno de nixes y restos de naufragios. Ir allí es una misión suicida.

Lorelei no podría haber escogido una peor ubicación incluso si lo hubiese intentado.

—Anda, lo que nos faltaba. Qué maravilla.

Heike se echó a reír. Al principio, con una risa sin más, pero una vez empezó, parecía que no podía parar. Se dobló sobre sí misma con unas carcajadas que terminaban en hipidos.

—Dios, nos debes tomar por idiotas.

Lorelei se puso a la defensiva.

—Habla claro.

—Déjame ver si lo entiendo. De algún modo te las arreglaste para recorrer un bosque encantado sin ningún tipo de equipamiento. Y luego tuviste la gran suerte de dar con Ludwig en mitad de camino a la cima, donde has captado una visión mística sobre dónde está el Ursprung. Y resulta que está al otro lado del reino. ¿Lo he entendido bien?

Dicho de ese modo, sí que parecía difícil de creer.

—Sí, es correcto.

El brillo malicioso en los ojos de Heike se avivó aún más. Lorelei había aprendido a reconocer aquella clase de desesperación llena de odio. Frente a la incertidumbre y el miedo, lo único con lo que se podía contar era con la maldad de una yeva.

—Parece que sí que has aprendido a inventarte historias, víbora.

—¡Cuidadito con lo que dices! —Sylvia se había puesto muy recta, como si pudiera crecer quince centímetros solo por pura fuerza de voluntad. Lorelei no podía apartar la vista de su mandíbula apretada y del modo en que cuadraba los hombros. Cuando Sylvia tenía que apelar a su furia para defender a alguien era todo un espectáculo.

—Ay —canturreó Heike—. ¿Es que he metido el dedo en la llaga?

—Ya basta. —Adelheid se puso de pie y fulminó con la mirada a Heike—. No te haces ningún favor comportándote así.

—¿Me estás vacilando? —Heike tuvo el atrevimiento de hacer como si la hubiese traicionado

—. ¿Es que crees lo que está diciendo?

—Nunca ha estado en el Mar Inferior. Incluso si Sylvia se lo hubiese descrito a la perfección, no podría haberlo dibujado con tanto detalle.

—¿Y qué sugieres? —preguntó Johann con frialdad—. ¿Que volvamos con las manos vacías?

—¡Claro que no!

—¿Que le mintamos, quizás? —continuó, rodeándola muy muy despacio. Flexionó los dedos ligeramente, como si quisiera aferrarse a la empuñadura de su espada—. ¿Que le presentemos este manantial albense fraudulento?

Heike abrió mucho los ojos con una expresión de dolor fingida.

—Cielos, no. No estoy insinuando que cometamos ningún acto de insurrección. —Entonces su voz se volvió más seria—. Y ya que estamos, ¿vas a apartar esa mano de tu espada o tendré que pedirle a tu ama que te obligue?

Johann hizo una mueca de desdén, pero se apartó unos cuantos pasos de la fogata.

—Estamos hablando del bien común, Heike. Vale la pena arriesgarse. —Incluso Adelheid le dedicó una mirada cautelosa.

—Ya, claro. El bien común. La promesa que le hicimos. ¡Su sueño absurdo! —La amargura teñía cada una de sus palabras. Con un suspiro resignado, terminó abrazándose a sí misma y Lorelei casi creyó que su tristeza era real. Solo casi—. Estoy harta de todo esto —siguió en voz baja—. ¿Acaso no hemos hecho suficiente ya? Podríamos volver a intentarlo, ¿no? Lo único que quiero es volver a casa. ¿Tú no, Addie?

—Claro que quiero volver. —Adelheid cerró los ojos. Lorelei veía cómo giraban los engranajes de su mente, casi como si fueran los suyos. Sangre en la tierra, humo en el aire. Los campos frágiles y aún heridos pisoteados de nuevo por las botas de los soldados—. Pero ¿qué pasa si Wilhelm no consigue aferrarse al poder mientras nos preparamos para otra expedición? ¿Qué será de mi hogar si pasa eso?

Heike se aferró a la muñeca de Adelheid y tiró hasta que la apoyó en su regazo.

—Tu hogar será conmigo.

Adelheid apartó la mano de la de Heike. Cuando volvió a hablar, lo hizo con una voz de lo más gélida:

—A veces hablas igual que él.

Heike parpadeó en un intento por contener las lágrimas. Y, con la misma rapidez con la que había montado su numerito de lamento desesperado, se deshizo de él. Una manipuladora se la mire por donde se la mire.

—Si seguimos con esto, alguien más terminará muerto.

Lorelei casi se echó a reír. ¿Era una promesa?

Adelheid se recompuso hasta volver a adquirir su neutralidad de siempre. Con el cabello

brillando de color dorado bajo la luz de la luna y los hombros anchos echados hacia atrás en una postura firme, parecía la estatua de una reina guerrera que había cobrado vida.

—Es tu decisión, Lorelei.

Lorelei pasó la mirada por el grupo. La luz de la fogata arrojaba sombras por el rostro de cada uno y sus miradas atormentadas estaban todas centradas en ella. Sentía como si estuviesen plantados en el centro de un lago congelado en pleno invierno. El hielo bajo sus pies se resquebrajaba y no tenía ni idea de cómo las grietas iban a terminar dividiéndolos. Lo único de lo que estaba segura era de que todos terminarían enfrentándose entre sí hasta el final.

—Ya hemos avanzado mucho y hemos perdido demasiado como para rendirnos. —Rogaba que su voz sonara más segura de lo que se sentía. A través del frágil entramado de las ramas, un atisbo de la luna menguante los observaba desde las alturas—. Le entregaremos a Wilhelm el Ursprung o volveremos con las manos vacías, pero no tenemos tiempo que perder.

Dieciocho

Les llevó tres días volver hasta el *Prinzessin,* el cual los esperaba reposando en el río como un dragón durmiente que soltaba un hilillo de humo. El alivio que Lorelei había sentido al verlo desapareció en cuanto puso un pie a bordo. Casi había olvidado las náuseas que sentía cada vez que se bamboleaba el suelo y el ambiente tan tenso que llevaban no se aligeró en nada al llegar con la tripulación, los cuales se habían quedado mirando a Ludwig como si su maldición fuese algo contagioso.

La verdad era que Lorelei no los culpaba.

En cuanto se dejó toda la mugre que había acumulado durante las últimas dos semanas en la palangana, se encerró en su habitación. La tentación de rendirse en su cama era casi demasiada como para resistirse, pero no se podía permitir quedarse dormida. En su lugar, se puso a caminar de un lado para otro. El agua que le chorreaba del cabello se le colaba por el cuello de la camisa y se le deslizaba por la nuca como si unos dedos fríos y curiosos la estuviesen toqueteando.

Iba a tener que encontrar el diario de Ziegler antes de que los demás fueran a verla o la sorprendieran rebuscando entre las posesiones de su mentora. Esperó hasta que los ojos le escocían por el agotamiento, hasta que estuvo convencida de que todos los demás se habían ido a dormir. Solo entonces se metió un estuche deslustrado de cerillas en el bolsillo del chaleco y dejó el sobretodo colgado en el respaldo de su silla.

Cuando abrió un poco la puerta, el aire frío se coló en la habitación. Antes de poder pensárselo mejor, salió hacia el balcón.

La oscuridad la envolvió de inmediato, aunque la luz de la luna en lo alto y las de las lámparas de la tripulación por debajo hicieron que fuera tolerable. Vio la inmensa rueda de paletas que se hundía en las aguas oscuras del Vereist. El mecanismo giraba sin cesar; la mitad desaparecía de forma misteriosa solo para volver a aparecer mientras convertía el agua en una espuma oscura.

Había dos cosas sobre las que podía dar las gracias: la primera era que nadie podía verla desde la cubierta y la segunda, que no había nada que la perturbara en aquel lado del barco. Formando una fila ordenada estaban su habitación, luego la de Ziegler, más allá la de Ludwig y, al final, a donde se dirigía en aquellos momentos: la sala de guerra. A través del zumbido que sentía en los oídos, podía notar el murmullo ronco de las voces de la tripulación que se colaba desde abajo.

Era su momento.

Las puertas que conducían hacia la sala de guerra eran enormes, con ventanas que reflejaban la

oscuridad insondable de la noche. Gracias a algún milagro, no estaban cerradas. Lorelei se coló dentro y las campanillas de protección que había en el dintel tintinearon por lo bajo. Las atrapó en un puño para ahogar el sonido antes de volver a cerrar las puertas. Y, justo cuando dejaron de sonar, Lorelei alzó la vista hacia un sutil movimiento que había captado en el cristal.

El rostro de Ziegler flotaba justo por detrás de su hombro.

Ahogó un grito al tiempo que se volvía. Por las prisas, terminó tirando un libro al suelo que resonó con un golpe seco. La alfombra tan elegante apenas consiguió amortiguar el sonido.

Pese a que no había nada a sus espaldas, podía sentir a Ziegler, mirándola con maldad.

—Joder —murmuró por la bajo.

Oyó unos pasos fuera de la sala de guerra y aquello fue suficiente para hacerla recobrar el sentido de sopetón. Debía de haber despertado a alguien. Los rastros de su miedo la mantenían anclada, pero, si se quedaba allí plantada como una tonta, iban a encontrarla. Se agachó detrás de un escritorio enorme e hizo todo lo posible para controlar sus respiraciones agitadas.

Las puertas de la sala de guerra se abrieron de par en par. La luz de las farolas se derramó por toda la sala, hasta rozarle la punta de las botas. Fue entonces que cayó en la cuenta de que había dejado el libro tirado en el suelo.

Menudo descuido. Si la descubrían por algo así, no pensaba perdonárselo jamás.

—No, no he oído nada —dijo Sylvia, con un tono de voz exagerado. No sonaba nada convincente, como de costumbre. Lorelei bien podría haberse lamentado en voz alta—. ¿Qué crees que has oído?

—Me ha parecido como si algo se hubiese caído —comentó Adelheid, recelosa.

Las bisagras de una puerta chirriaron cuando alguien se puso a rebuscar en el armario que había al otro lado de la estancia. Unos pasos avanzaron despacio por los tablones del suelo y se detuvieron justo frente al escritorio en el que estaba. Lorelei contuvo el aliento.

Tras unos segundos agonizantes, Sylvia dijo:

—Nada por aquí. —Y deslizó el libro bajo el escritorio con la punta de su bota.

—Qué raro. —Adelheid sonaba confundida—. Supongo que no ha sido nada.

—Quizás es que tenemos fantasmas a bordo —propuso Sylvia en un tono conspiratorio.

Lorelei casi pudo oír la mirada asesina que le dedicó Adelheid.

—Ya, será eso.

El sonido de la cerradura anunció que ya se habían marchado y Lorelei contó hasta diez antes de volver a salir. Una oscuridad absoluta y agobiante era lo que la esperaba. Cerró las cortinas para cubrir las puertas de cristal y luego se sacó el estuche de cerillas del bolsillo para encender una. La llama brilló sobre una mecha larga y delgada antes de chisporrotear un poco. Su luz opaca iluminó levemente la silueta de unas estanterías llenas de libros y la mesa enorme que había en el centro de la estancia. Encendió las velas usadas que había en el escritorio y apagó su

cerilla. El humo la rodeó mientras se sentaba en la elegante silla tapizada que había detrás del escritorio de Ziegler.

Pienso encontrar aquello que no quisiste mostrarme.

Había conocido a su mentora durante casi doce años y, en algún momento, creyó que conocía el interior de su mente tan bien como el de ella misma. Era obvio que no había estado pensando como ella cuando había llegado a aquella estancia, aturullada por el dolor y el agotamiento. Si Ziegler hubiese querido que nadie diera con algo que había escondido… ¿Dónde lo habría puesto?

Abrió un cajón y pasó los dedos envueltos en guantes por la base, en busca de un fondo falso, pero nada. Tras chasquear la lengua, siguió rebuscando por el escritorio. Sacó los cajones uno a uno y les dio la vuelta. Iluminó los espacios vacíos con la vela, buscando alguna señal de un compartimento secreto o una puerta escondida. Solo le llevó unos pocos minutos examinarlo de pies a cabeza.

Lo siguiente que hizo fue sacar los libros de las estanterías y sacudirlos uno a uno. Lo único que consiguió encontrar fue un montón de flores prensadas y nubecitas de polvo que hicieron que los ojos se le llenaran de lágrimas. Al hojear las páginas solo descubrió una colección bastante completa de libros de texto sobre el cosmos y botánica. Para cuando terminó con la estancia, había abierto todas las criaturas disecadas que había colgadas en la pared y parecía que el armario había vomitado su contenido sobre la alfombra elegante.

Todo había sido una terrible pérdida de tiempo.

Se dejó caer en la silla del escritorio y dejó que le diera una vuelta lenta. Si no había nada en la sala de guerra, todavía quedaba la esperanza de que hubiera algo en la habitación de Ziegler.

En cuanto dejó todo recogido allí, corrió las cortinas y se asomó para echar un vistazo en la oscuridad. No había ninguna lámpara encendida ni tampoco señal de Sylvia ni de Adelheid. Aprovechó la oportunidad para volver al balcón y este crujió con cada paso que dio hasta llegar a la habitación de su mentora.

Se detuvo al llegar a la puerta, pero era como si el brazo le pesara demasiado como para alzarlo. Sus emociones estaban bastante al límite y solo la idea de entrar hacía que se le revolviera el estómago. No podía hacerlo. No podía rebuscar entre los objetos personales de Ziegler como si fuese una ladronzuela. ¿Es que no había sido bastante irrespetuosa ya? Que había lanzado su cadáver al río, por Dios. Solo que había llegado hasta allí en su afán por la verdad. Y quizás descubrirla podría ser la mayor muestra de respeto que le podía dedicar a su mentora.

Así que se obligó a entrar.

Encendió unas velas y, aunque nunca había estado en su habitación, le pareció que estaba demasiado ordenada, tanto que le parecía sospechoso. Su mentora siempre había sido

desordenada; el caos de su lugar de trabajo parecía un reflejo de su mente. Alguien —seguramente Ludwig— debía de haberse pasado por allí a recogerlo todo.

Sin embargo, había ciertos detalles que sugerían que alguien había vivido allí, incluso si solo había sido durante una noche. Su tintero estaba en el escritorio, junto a un frasco de sal abierto y una taza de té con unas hojas secas y pegadas en el fondo. Era como si se hubiese levantado y hubiese dejado una carta a medio escribir. Parecía que en cualquier momento podría cruzar la puerta y sonreírle al encontrarla allí plantada.

Lorelei tuvo que parpadear para contener las lágrimas humillantes que amenazaban con caer antes de agacharse a un lado de la cama. Se sentía muy tonta mirando por debajo, como si fuese una niña verificando que no hubiese monstruos. Al no encontrar nada, le quitó las sábanas a la cama y las lanzó hacia un rincón. Levantó el colchón de la base de la cama y comprobó los bordes en busca de alguna costura improvisada.

Y nada.

Con un suspiro de frustración, vació el escritorio con la misma minuciosidad que había aplicado al de la sala de guerra. Dentro encontró el borrador de un capítulo del cuarto volumen de *Kosmos,* el proyecto más reciente de Ziegler y también el más ambicioso, atado con una cinta blanca. Al menos su asesino había tenido un mínimo de respeto y había dejado aquello intacto.

Tras devolverlo al cajón, abrió el armario. Lo que la recibió fue la desagradable sorpresa de encontrarse muchísimos más atuendos de los que Ziegler podría haberse puesto en aquella expedición. Se puso a lanzarlo todo al suelo, sin el menor cuidado. La seda y unas telas de algodón teñidas con elegancia se le acumularon a los pies. Al final, dio con un abrigo que le pareció más pesado de lo normal y se sorprendió al ver que lo reconocía. Era el mismo que se había puesto en la noche del baile de despedida. Al colocárselo sobre los brazos, parecía la muda de una serpiente.

La temperatura disminuyó de forma abismal y su aliento se convirtió en nubecitas temblorosas al abandonar sus labios.

Desde el rincón más alejado de la habitación, Lorelei juraba que sentía aquellos ojos terribles clavados en ella una vez más. Los músculos se le congelaron por el miedo. Creyó ver un borrón plateado deslizarse por su campo visual, pero, cuando se volvió, la habitación seguía vacía y en silencio.

—Dejadme en paz, joder —musitó.

Dejó el abrigo sobre la cama y se percató de que tenía algo de bordes definidos cosido en el forro. Con una sensación de vacío en el estómago, agarró el abrecartas que había en el escritorio y le hizo un tajo a la prenda. Escondido dentro había un diario encuadernado en un cuero impecable y con una cinta de registro hecha de seda.

Eso tenía que ser lo que buscaba.

Lo abrió con dedos temblorosos. El lomo cedió con un crujido satisfactorio y, pese a que Lorelei sabía que Ziegler lo había usado durante el último mes, le pareció como si fuese algo antiquísimo, como el libro de hechizos de un cuento de hadas.

Tras revisarlo un poco, vio que no tenía nada fuera de lo común: documentos de provisiones que Ziegler había pedido, recordatorios sobre qué tareas delegarle a Lorelei y unos cuantos apuntes distraídos sobre el tiempo. Fue en medio de aquellas entradas mundanas que encontró el borde arrancado que encajaba a la perfección con la página de Ludwig. ¿Qué le habría parecido tan interesante? Si todo era de lo más… normal.

Se puso a pasar las páginas con más urgencia. En la mitad, los apuntes de Ziegler cesaban de golpe. Y lo que los seguían no eran más que páginas con manchas de agua. Las entradas anteriores tenían fecha de varias semanas antes de partir en la expedición y Ziegler era de las que escribía todos los días. ¿Por qué habría dejado de hacerlo?

Salvo que no lo hubiera hecho.

Sin ser del todo consciente, Lorelei recordó uno de los primeros «experimentos» (¿o acaso había dicho que era un truco de magia?) que Ziegler había llevado a cabo con ella. Lo único que hacía falta era una fuente de calor, pergamino y jugo de limón. Pero no era probable que…

Arrancó una página y la sostuvo sobre la vela que chisporroteaba sobre el escritorio. Unas palabras empezaron a aparecer sobre el pergamino como si las estuviera escribiendo la mano de un fantasma. Brillaron del color del oro bruñido y se oscurecieron por los bordes.

—Menudos disparates se te ocurrían —murmuró, atrapada entre la incredulidad y la admiración. Ziegler había escrito sus últimas entradas con tinta invisible.

Aunque había escrito cada letra de un tamaño exagerado y con muchísimo cuidado, su caligrafía era prácticamente incomprensible. Tras un rato, Lorelei se las arregló para traducir lo que ponía: eran sus especulaciones iniciales sobre el paradero del Ursprung. Cada pasaje estaba escrito con su estilo característico, lleno de un anhelo y una emotividad desmedidos.

Cómo la echaba de menos.

Cortó de raíz aquella sensación al arrancar otra página del diario y cada una de ellas hacía poco por satisfacer su curiosidad. Lo que le mostraban eran los trazos bastante claros de una mujer que ya conocía, una a la que se le daba muy bien ser dramática y que sentía pasión por la vida. Consideró echarlas al fuego en un arrebato de frustración, pero entonces una abreviatura peculiar le llamó la atención.

He vuelto a hablar con AvW.

Lorelei meneó la vela bajo la página con una determinación renovada. Con cada palabra que aparecía, el corazón le latía a más y más velocidad. La cera de la vela le goteó sobre los guantes mientras leía.

Los datos sugieren que es poco probable dar con la Fuente en Albe. Sin embargo, las pruebas

de una gran concentración de éter en las montañas deberían bastar para respaldar la propuesta de A.

Cuanto más observaba las páginas, más quería encontrarles sentido. La sangre le latía con furia en las orejas y no la dejaba oír nada más. Ziegler lo había sabido. Había sabido que estaban yendo a por el manantial equivocado y los había conducido hacia allí a propósito. Era como si estuviera reviviendo su muerte una segunda vez.

Después de todo lo que se habían esforzado, después de casi un año de sufrimiento y preparativos, había hecho la verdad a un lado en aras del politiqueo de Anja von Wolff. Y, con lo inestable que era el reinado de Wilhelm, prácticamente había dejado al pueblo de Brunnestaad abandonado a su suerte. Parecía imposible aceptar que hubiera hecho algo de un egoísmo tan desmedido… sin mencionar lo corto de miras que era.

Pero claro que haría algo así, pensó Lorelei.

Wilhelm la había atado en corto desde hacía muchos años. Y, tras aquella expedición, jamás le habría permitido que se alejara de su vista. Aquel viaje era un plan de escape, igual que cuando un lobo se arrancaba su propia pata a mordiscos con tal de escapar de una trampa. Y ya no importaba si había conseguido engañar a Wilhelm o no. Ziegler había vivido la mayor parte de su vida en Javenor. Tenía amigos y colegas que le escribían cientos de cartas cada año. Si la guerra se cernía sobre Brunnestaad, la prisión que tanto detestaba, tendría un lugar al que huir. Así que, ¿qué más daba lo que les ocurriera a los demás?

Lorelei lanzó el diario al suelo. Donde fuego se hace, humo sale. Tenía que haber más pruebas que aquel diario.

Con la determinación renovada, volvió a rebuscar entre las pertenencias de Ziegler. Escondido en el forro de otra chaqueta había una buena cantidad de dinero, junto a unos documentos que le prometían más riquezas de los fondos de los Von Wolff. Guardados en la suela de sus botas de cuero favoritas había un pasaporte y un visado con el sello ya puesto, válido a partir del mes siguiente y durante los próximos cinco años. Incluso encontró las escrituras de una casa en un pintoresco pueblecito junto al mar donde vivían sus influyentes amigos javenenses.

Ziegler era una mujer condenada en vida. Durante sus últimos meses de vida, había lanzado todos sus principios por la borda. Y, al hacerlo, se había encargado de facilitar su propia muerte.

Había que ser idiota.

Poco a poco, Lorelei juntó todas las piezas del plan de Ziegler. A cambio de determinar que el Ursprung falso se encontraba en Albe, Anja pensaba darle los fondos necesarios para sus investigaciones el resto de su vida. Lo que era bastante justo, según lo veía Lorelei, dado que Ziegler iba a entregarle a Anja la narrativa perfecta para justificar una rebelión. Wilhelm, el rey ladrón y conquistador extranjero, que robaba la magia de los pobres ciudadanos de Albe con el único propósito de reforzar su reinado tan débil. Y un insulto de semejante magnitud era algo

que no se podía tolerar.

Bajo las instrucciones de Ziegler, Lorelei había afilado su mente hasta volverla un arma. Se sentía como una soldado que había vuelto a casa después de la guerra. Confusa y sin propósito, con un arma que blandir y ningún objetivo más allá de sí misma. Se sentía de lo más ingenua y furiosa por ello. Aquella expedición nunca había sido un empeño académico, sino nada más que un desesperado intento de supervivencia. En otros tiempos, Lorelei había llegado a creer que la verdad era la fuerza más poderosa del mundo. Sin embargo, ya había comprendido que nada de lo que habían hecho había sido tan puro como Ziegler se lo había pintado.

Bajo todo aquel dolor, se percató de algo terrible en lo que no había pensado hasta el momento: Sylvia no sabía lo que su madre había hecho… y era Lorelei quien iba a tener que contárselo.

Diecinueve

Antes de que saliera el sol, Lorelei ya estaba llamando a la puerta de Sylvia con insistencia. Ni siquiera había bajado el puño cuando la puerta se abrió de golpe.

Sylvia estaba allí, etérea bajo la luz de la luna, con sus ojos plateados como el cuarzo brillando con suavidad entre la luz de la madrugada. Llevaba un albornoz de gasa atado de forma descuidada en la cintura, como si se hubiese vestido con prisa. La intimidad tan inocente que le transmitía su apariencia desaliñada iba a volverla loca, y toda su furia se estrelló contra aquella sensación sin saber muy bien qué hacer.

Sin mediar palabra, entró en tromba en la habitación y cerró la puerta a sus espaldas, tras lo cual se apoyó en ella, de modo que ninguna de las dos tuviera escapatoria. Incluso así, le sacaba varios centímetros a Sylvia, quien alzó la mirada para observarla con una expresión entre indignada, incrédula y medio dormida.

—No te he dado permiso para entrar.

—Tengo que contarte algo.

Sylvia negó con la cabeza, sorprendida, como si Lorelei se hubiese puesto a hablar en yevanés.

—¿Qué puede ser tan urgente?

Lorelei echó el cerrojo tras ella, y su chasquido severo y decisivo resonó en la quietud de la habitación. Sylvia tragó en seco con dificultad y Lorelei no pudo evitar seguir el movimiento de su garganta con los ojos antes de obligarse a devolverle la mirada.

—Ziegler y tu madre estaban compinchadas.

Sus palabras golpearon a Sylvia como una bofetada. El nerviosismo en su expresión despareció para dar paso a una ausencia de sorpresa de lo más alarmante.

—¿Cómo?

Lorelei se sacó del bolsillo las páginas del diario. Sylvia las aceptó con cuidado y empezó a leerlas. Guardó silencio durante un buen rato y, cuando finalmente le devolvió la mirada, fue con los ojos llenos de angustia.

—Dime que esto lo has escrito tú.

Ante la simpleza de su estupor, el mal humor de Lorelei se redujo a cenizas.

—Lo siento mucho.

Lorelei aferró los papeles con tanta fuerza que los arrugó.

—¿Qué llevaría a Ziegler a hacer algo así?

—Estaba lista para sacrificar lo que fuese necesario y huir a Javenor sin mirar atrás. He encontrado su pasaporte y sus ahorros…, los que le quedaban, al menos. —Eso sin contar todo lo que había en su armario, lleno a rebosar de todo lo que podría necesitar para empezar su nueva vida. Aquella horrible sensación de traición volvió a bullir en su interior. Notaba el regusto amargo de la bilis.

»Tenía muchas deudas por culpa de sus publicaciones. Y todas esas expediciones y grabados no le salieron gratis tampoco. —Hizo una mueca—. Tu madre aceptó pagar sus deudas y financiar sus investigaciones de aquí en adelante a cambio de que declarara que el Ursprung está en Albe. El falso, vaya. En cuanto Wilhelm decida hacerse con magia albense, pretende dar un golpe de estado.

—Será rastrera —musitó Sylvia—. Mi madre debe de llevar bastante tiempo planeándolo todo. Imagino que eso explica por qué esos aldeanos estaban listos para declararle la guerra a Wilhelm.

Lorelei apoyó la cabeza contra la puerta.

—Entiendo por qué Ziegler hizo lo que hizo, pero, al mismo tiempo, no entiendo nada. Estaba dispuesta a condenarnos a todos al desmadre que fuese a provocar con sus acciones.

—Lo siento mucho, Lorelei —dijo Sylvia en un hilo de voz. La luz de la vela que había en un rincón proyectaba unos tonos adorables sobre su piel—. Sé lo mucho que duele cuando la gente que queremos nos decepciona. Pero me niego a creer que fuese a abandonarte justo a ti.

—¿Cómo puedes seguir pensando bien de ella? Ya has leído lo que escribió.

—Lo he leído, sí. —Sylvia vaciló un segundo—. Pero también nos dejó la clave para dar con el verdadero Ursprung. Quizás ese era su último plan de contingencia: confiar en que tú sabrías qué hacer con él.

Se estaba engañando a sí misma. No le cabía ni la menor duda. Podría haber sido una idea reconfortante, si es que Lorelei tuviera tendencia hacia el perdón o el optimismo. Pero Sylvia era mejor persona que ella.

—¿Cómo te encuentras? —le preguntó.

—No lo sé. ¿Cómo se supone que se debe sentir una cuando toda su vida está patas arriba? Todo a lo que aspiraba, todos mis planes, cualquier delirio que tuviera de que mi madre se preocupara por mí… Ya no queda nada. —La expresión de Sylvia se volvió desolada—. ¿Cómo me ha podido ocultar algo así? ¿Acaso esperaba que fuese a obedecerla sin más? ¿O quizás todo lo contario? La verdad, no sé qué es peor…

Se apretó las palmas de las manos contra los ojos y Lorelei luchó para no dejar ver el miedo que sentía al ver que a Sylvia se le empezaban a sacudir los hombros. No llevaba nada bien que la gente llorara en su presencia. Nunca sabía qué hacer.

—¿Quieres que te prepare un poco de té? —se ofreció—. Me temo que es lo único que puedo hacer, además de conseguir que la encierren cuando volvamos a Ruhigburg.

Sylvia soltó una risa sorprendida en medio de sus lágrimas.

—Esto se te da fatal.

—Lo sé. —Con un suspiro, Lorelei sacó el pañuelo que llevaba en el bolsillo delantero y se lo extendió. No era más que un trozo de tela áspera, nada tan elegante como los de seda bordada que Sylvia solía llevar, pero aun así consiguió hacerla sonreír como si le hubiese dado algo sumamente valioso.

—Supongo que tienes razón cuando dices que lo único que podemos hacer es seguir adelante. —Sylvia le sostuvo la mirada con una convicción que dejó a Lorelei con la boca seca—. De un modo u otro, cuando volvamos, haré que mi madre pague por lo que ha hecho. Reclamaré mi derecho como heredera al ducado de Albe y haré lo que sea mejor para mi pueblo.

—¿La independencia no es lo mejor que podrías hacer por ellos?

—Lo que dije iba en serio. Pretendo apoyar a Wilhelm. Puede que no sea perfecto, pero nos ha tratado bien. Y lo único que conseguiríamos con la guerra es perder más vidas. —Soltó un suspiro—. ¿Y para qué? Los albenses temen que nos arrebaten nuestra cultura. Estamos orgullosos de ella y con justa razón. Pero el modo en que han manifestado ese orgullo… Eso es algo que no me gusta.

Era obvio que estaba hablando de las efigies.

—Además, el reinado de Wilhelm no podría soportar un golpe de estado por parte de Albe y Dios sabe que hay gente muchísimo peor a la espera de poder gobernar. He visto con quién se suele juntar Johann. —Frunció el ceño—. Tendré que hacer todo lo que está en mis manos para asegurar la paz. Hará falta que me reúna con mis súbditos, que revise a conciencia toda la correspondencia de mi madre y, sin duda, que reevalúe a todas las personas que tiene asignadas en la corte.

—Una visión de lo más controvertida de parte de la nueva duquesa de Albe —comentó Lorelei —. En menos de un año te quedarás sin cargo.

Sylvia le sonrió con cariño.

—Muchísimas gracias por tu voto de confianza.

—Sí que confío en ti. —Lorelei se sorprendió al ver que lo decía en serio, y una extraña y agridulce sensación se le atascó en la garganta—. Tengo ganas de ver todo lo que consigues. Desde la distancia, claro.

—¿Desde la distancia? —repitió Sylvia—. Esperaba que…

—¿Qué? ¿Que fuera contigo?

—Si es lo que quieres. —Sonaba muy insegura, algo nada propio de ella, e hizo que Lorelei la mirara con recelo.

—Perdona —dijo, parpadeando muy despacio—. Creo que tanta estrangulación me debe haber afectado al cerebro.

Las mejillas de Sylvia se tiñeron de un encantador tono de rojo.

—Tendría que haber sabido que expresar siquiera el mínimo de sentimiento en tu dirección era mala idea.

—No me malinterpretes —interpuso ella, con más vehemencia de la que había pretendido. Intentó suavizar la voz al añadir—: Agradezco la invitación, es solo que… me extraña.

—¡No es ninguna trampa! —protestó Sylvia—. Quizás podrías actuar como mi consejera en lugar de la de Wilhelm. O quizás podrías pasar tus días escondida por los rincones y… haciendo lo que sea que quieras hacer. Por mí no hay ningún problema.

Lorelei se sintió mareada de pronto. De todas las emociones que podían inundarla, fue la rabia la que hizo acto de presencia. No se había pasado la vida entera con miedo y batallando solo para que llegara Sylvia von Wolff a ofrecerla una vía de escape como si nada.

—¿Por qué me ofrecerías algo así?

Durante un largo rato, el silencio pareció volverse espeso a su alrededor, hasta que Lorelei casi no podía respirar. Se sentía nerviosa y confundida. Y fue justo cuando creía que no podría soportar ni un segundo más aquella sensación que Sylvia se echó a reír. Unas carcajadas casi sin aliento, perplejas y exasperadas, como si fuesen producto del alivio. Se pasó las manos por el cabello, alborotándose las ondas hasta que unos mechones se le quedaron disparados en todas direcciones, como volutas de un fuego blanco.

—¿De verdad quieres que te lo deletree?

—¿Que me deletrees… qué?

Lorelei empezaba a ponerse histérica. No sabía de qué estaban hablando exactamente, pero veía que Sylvia se estaba preparando para algo. Cuando dio un paso hacia ella, lo único en lo que Lorelei pudo concentrarse fue en el minúsculo espacio que quedaba entre ambas. Oía las respiraciones entrecortadas de Sylvia, notaba la presión de su cuerpo contra el suyo y la calidez que parecía irradiar hasta abrirse camino por la tela de su sobretodo.

—¿Cómo puedes ser tan lista y a la vez tan… tan… obtusa?

—¡¿Perdona?!

—Lo que estoy intentando decirte es que te quiero, pero hay que ver lo que te gusta ponérmelo difícil, ¿eh? —Se sonrojó—. ¿Ya estás contenta? Estoy segura de que lo sabes desde hace mucho tiempo.

Lorelei abrió la boca y, por segunda vez aquella noche, no supo qué decir. Lo único que escapó de ella fue un sonido ahogado, algo entre un gruñido amortiguado y un graznido. Cuando por fin recuperó el uso del lenguaje que compartían, se las arregló para pronunciar con voz débil:

—No lo sabía.

—Pero… ¿Cómo que no? ¡Si era muy obvio! Cuando te burlabas de mí porque me quedaba mirándote o cuando… —Sylvia se interrumpió a sí misma al darse cuenta de que quizás había

compartido más de lo que pretendía. Escondió el rostro entre las manos y soltó una especie de quejido, como si se muriera de la vergüenza. Cuando dejó caer los brazos a los lados y vio que Lorelei seguía allí plantada, mirándola boquiabierta y con los ojos como platos, pareció comprender que no había vuelta atrás—. ¿Cómo no te vas a dar cuenta de lo que siento por ti?

Lorelei nunca había experimentado tantas emociones a la vez.

—¿Cómo se supone que debía saberlo? Si de verdad me quieres… —pronunció las palabras con torpeza—, ¿cómo es que me has torturado desde el principio?

—¡Porque me detestas! Crees que soy menos que tú, te lo veía en los ojos. Y… Y… Es que habría hecho cualquier cosa por ganarme tu respeto, por que me prestaras un poco de atención. Lo único que quería era que me vieras. —Sylvia batalló con las palabras por un instante—. Y cuando lo haces es… Es aterrador. Y alucinante. Parece como si hubieras salido de una pesadilla.

Lorelei se la quedó mirando mientras su vida entera se reacomodaba en torno a aquella revelación. Tantas cosas parecían encajar con una claridad escalofriante que hacía que todo le diera vueltas. Cada sonrojo que había malinterpretado como una muestra de indignación. Cada temblor en su voz que había asumido que era un intento por controlar su rabia. La forma en la que sus miradas siempre se encontraban cuando estaban en la misma estancia. Cómo se le plantaba demasiado cerca cuando discutían.

Y, si examinaba su propio comportamiento, seguro que la humillación la hacía entrar en combustión espontánea. ¿Cómo había podido ser tan idiota? Hacer algo en aquellos momentos, cuando sus vidas corrían peligro, sería una locura. Preocuparse por alguien que no fuese ella misma era un lujo que no se podía permitir. Y, aun así…

—Por descontado, comprendo que no quieras tener nada que ver conmigo —siguió Sylvia—. No te montaré ninguna escenita si me rechazas. Pero no puedo seguir actuando así. No puedo seguir fingiendo que no te…

—Sylvia.

El sonido de su nombre la hizo detenerse en seco. Era la primera vez que lo pronunciaba en voz alta y temía no poder parar. *Sylvia, Sylvia, Sylvia.* Sonaba como el ritmo de su propio corazón. Como algo sin lo que no podría sobrevivir.

Alzó la mano para rozarle la garganta hasta que pudo acunarle la barbilla con la palma. Sylvia la levantó para que sus miradas se encontraran. Notaba su pulso martilleándole bajo el pulgar y, cuando aplicó la más mínima presión, el jadeo que le arrancó en respuesta fue como una droga. Hizo que todos los pensamientos coherentes que albergaba en la mente desaparecieran. Algo distraída, cayó en la cuenta de que una buena persona no sentiría semejante emoción al sostener, de forma bastante literal, la vida de su amada en sus manos.

«Parece como si hubieras salido de una pesadilla».

Y tú, pensó Lorelei con renuencia, *eres resplandeciente.*

¿Qué podía ver alguien como Sylvia en ella, siendo la criatura espeluznante que era? No era posible que la quisiera como era en realidad, con todas aquellas partes sensibles y vulnerables que no dejaba que nadie más viera. Solo que, si Sylvia quería un monstruo —una fantasía—, eso era algo que Lorelei sí que podía darle.

De un movimiento, la hizo girar y retroceder hasta acorralarla contra la puerta, la cual se sacudió en su marco. Se inclinó de modo que sus labios apenas se rozaran, hasta que el aire pareció tan escaso como en la cima del Himmelstechen.

Sylvia respiró con dificultad y alzó la vista hacia ella como si fuese una criatura que hubiese salido de sus sueños más salvajes. La plata líquida y glacial de sus ojos entornados casi se había visto consumida por sus pupilas desorbitadas. A Lorelei le dio un vuelco el estómago al ver aquella necesidad tan desenfrenada en ella. Jamás se habría imaginado capaz de producir un deseo semejante y la sensación era adictiva y embriagadora. No había forma de que pudiese convencerse de que no se había adentrado en alguna especie de sueño exótico.

Cuando la besó, con pasión y sin reparos, Sylvia dejó escapar un gemido que casi hizo que Lorelei perdiera la cabeza. Entreabrió los labios con ansias mientras acomodaba el cuerpo contra el suyo y la aferraba de las solapas del sobretodo. El beso parecía una colisión, como si estuviese ardiendo viva. Sylvia besaba como si la vida le fuera en ello, y a Lorelei le costó muchísimo no sonreír contra sus labios. ¿Por qué había esperado algo distinto? Sylvia von Wolff nunca había sido capaz de contener aquello que la apasionaba.

Con unos movimientos desesperados, intentó deshacer el nudo del pañuelo de Lorelei y, cuando lo consiguió por fin, dejó escapar un ruidito triunfal al deshacerlo. El aire frío se le coló por las clavículas descubiertas y aquel trozo de seda terminó abandonado en algún rincón oscuro de la habitación.

Pero qué insaciable, pensó, aunque solo con el más ligero de los reproches. Pues claro que Sylvia pensaba lanzarse sin miramientos, como hacía con absolutamente todo lo demás, solo que Lorelei se había imaginado aquella ocasión demasiadas veces como para dejar que lo echara a perder por las prisas.

Enterró las manos en el cabello de Sylvia y, tan solo por un instante, se permitió maravillarse por el peso de su melena entre los dedos. Entonces dio un tirón con la fuerza necesaria para exponer la pálida columna que era su garganta. Joder, era preciosa. Cada centímetro de su piel rogaba que la tocara y Lorelei no pudo resistirse a agacharse un poco y seguir la longitud de su cuello con el más mínimo roce de los labios. A Sylvia se le erizó la piel, se le volvió a entrecortar la respiración y tuvo que soltar un sonidito de frustración.

—No me puedo creer lo exasperante e insufrible que…

Se interrumpió a sí misma con un gimoteo (tanto por el placer como en protesta) cuando Lorelei le marcó la piel con la presión de sus labios. Y esa vez sí que sonrió. Ojalá hubiese

sabido que eso era lo único que hacía falta para hacer que se callara.

—No ganarás nada insultándome —le susurró a la oreja, y la voz apenas le tembló un poquitín.

Pero entonces se quedó totalmente en blanco cuando Sylvia le contestó, con tan solo un mínimo de mordacidad:

—Por favor.

«Por favor», y eso bastó para encenderla entera. Afianzó su agarre en su cabello para mantenerla en su sitio mientras volvía a besarla con una voracidad renovada y demandante. Si bien Sylvia podría haberse apartado enseguida si así lo hubiese querido, lo que hizo fue derretirse contra ella, por lo que Lorelei enganchó un brazo detrás de su cintura para sostenerla. La ilusión de tener el control (algo que probablemente no volvería a tener en la vida) le sentó como un subidón de lo más embriagador.

Había pasado tanto tiempo queriendo aplastarla, tenerla totalmente a su merced. Y en aquellos momentos que ya la tenía, casi ni sabía qué hacer con toda aquella sensación de poder. La quería con desesperación, por toda la eternidad y de mil maneras distintas. Y, por mucho que la asustara, era algo a lo que no sabía cómo ponerle fin.

Porque no quería detenerse.

Se apartó ligeramente para respirar. Sylvia tenía los labios húmedos y entreabiertos y la mirada confusa, como si no hubiera procesado del todo lo que estaba ocurriendo. Nada en ella parecía digno de la nobleza en aquellos momentos. Menudo escándalo provocarían si alguien se enteraba de lo que estaban haciendo.

Un latigazo de preocupación se disparó en su interior y la hizo retroceder varios pasos con cuidado, decidida a poner distancia entre ambas. Por Dios, es que no podía pensar cuando Sylvia la miraba de ese modo.

—No puedo —le dijo, haciendo un esfuerzo por articular las palabras.

—¿Cómo dices? —murmuró Sylvia en un hilo de voz.

—Tú no puedes hacer esto.

A Sylvia le llevó un momento enterarse de lo que hablaba. Su expresión era una mezcla de desesperación e instintos asesinos.

—¿Y por qué no?

Una vez más, su determinación tan propia de ella la hacía arder. Su cabello parecía un relámpago en medio de la oscuridad y la luz de las velas lo teñía de color dorado. Era radiante, tanto como la propia luz del sol. Y, en aquel momento, fue lo único que Lorelei necesitó para confirmar su decisión.

Porque ella era un hierbajo, atraída sin remedio hacia una luz que no merecía. Y había pasado a tener un conocimiento que nunca debía haber tenido. El sonido de su nombre enredado en un suspiro al escapar de los labios de Sylvia, el sabor de sus besos. No iba a poder dejar de

anhelarla. Como si le hubiesen echado una maldición de cuentos de hadas, estaba condenada a un hambre que jamás iba a poder satisfacer.

—Nadie aceptaría algo así. —Decirlo en voz alta dolía más de lo que habría imaginado. Sin importar lo que sucediera, no podían escapar de aquella realidad.

Y el peso de ello se extendió entre ambas como una gota de tinta al caer en el agua. Sylvia era una princesa, mientras que Lorelei, la hija de un zapatero. El abismo que las separaba era imposible de cruzar. ¿De qué serviría como consejera en temas de gobierno o, ya que estaba, en cuanto a qué platos ofrecerle a algún dignatario extranjero que acudiera de visita? Se convertirían en el hazmerreír del reino y Lorelei no podía soportar humillarla tanto.

Algo insegura, Sylvia le acarició el rostro con los dedos y Lorelei notó que cada roce le marcaba la piel como si de un hierro caliente se tratara.

—Pero tendrían que hacerlo.

—No te engañes, la gente como yo nunca conquista el corazón de la princesa.

—Esas solo son historias, Lorelei. —La voz de Sylvia sonaba débil—. Tienes que dejar de tomártelas tan en serio.

—Las dos sabemos que no es así.

El aliento de ambas se entremezcló. Por primera vez, Lorelei estudió el chupetón que le había dejado en el cuello y tanto el orgullo como la vergüenza batallaron en su interior.

Qué poca vergüenza, pensó, y luego: *Mía*

Solo que jamás iba a poder ser suya. No de verdad.

—Lo que he dicho iba en serio —insistió Sylvia—. No puedo volver a hacer como que no me importas. ¿Es que no podemos ser felices?

—Felices —repitió Lorelei. La palabra le sabía extraña. Y, si no podía convencer a Sylvia haciendo que entrara en razón, tendría que hacerle daño—. ¿Y qué felicidad me otorgaría una vida contigo? Me pasaría el resto de mis días dependiendo de ti. No volvería a ver a mi familia ni a oír mi idioma. Ya no puedo seguir despojándome de partes de mí misma. Ya casi no me queda nada.

Y, sin esperar ninguna respuesta, salió corriendo.

Conforme volvía a su habitación, la mente le iba a toda prisa. De un modo u otro, Sylvia von Wolff iba a terminar matándola. Si no conseguía suficientes pruebas, Wilhelm podía acabar castigándola por el asesinato de Ziegler, en lugar de a Lorelei. Sería una historia impecable: Anja von Wolff y Ziegler habían planeado encasquetarle un Ursprung falso y después Sylvia se había encargado de atar los cabos sueltos.

Por mucho que Lorelei jamás pudiera quedarse con ella, lo que sí podía hacer era salvarla. Y eso tendría que bastarle. Fuera como fuese, pensaba encontrar las pruebas necesarias.

Solo necesitaba el momento indicado.

Veinte

Y el momento llegó al día siguiente.

Fuera de la ventana del comedor, la noche estaba despejada salvo por el humo que se alzaba desde las chimeneas del *Prinzessin,* el cual flotaba tranquilamente por el cielo y cubría la pálida luna menguante con un velo. Que cada vez vieran menos de ella tenía el mismo efecto que un reloj de arena: solo les quedaban diez días hasta la aparición de la Isla Fantasma.

Lorelei lo observaba todo desde la mesa que ocupaba siempre en un rincón, con una taza de café calentándole las manos. La tripulación había ido entrando para cenar y habían dedicado la mayor parte de los quince minutos que tenían para comer a lanzarle miradas resentidas. La verdad es que no podía culparlos. Para llegar a Ebul a tiempo debían trabajar sin descanso y había sido ella quien había dado la orden. Con algo de suerte, no se vería con un motín entre manos ni el motor se recalentaría y terminaría haciéndolos explotar antes de llegar a su destino. Habían sobrevivido a demasiadas cosas como para sufrir una muerte tan mundana.

Las puertas dobles del comedor se abrieron de par en par para dejar pasar a Adelheid y a Heike, que no solo iban juntas sino riéndose, muy para su sorpresa. Era obvio que habían vuelto a hacer las paces. Ambas se acomodaron en una mesa y el personal de cocina no tardó nada en atenderlas. Con una eficiencia sombría, pusieron la mesa y les llevaron un par de porciones de lo que se servía aquella noche: filete de carpa rebozado y acompañado de una montaña de patatas hervidas.

Heike inspeccionó su plato unos segundos antes de hacerlo a un lado con delicadeza. Se inclinó hacia el otro lado de la mesa con la barbilla apoyada sobre las manos, claramente preparada para ponerse a cotillear. Lorelei hizo un esfuerzo por oír de qué hablaban por simple curiosidad, pero tuvo que prestar más atención al oír que Heike decía:

—¿Te has enterado? Ludwig por fin se ha podido incorporar.

La expresión de Adelheid no cambió ni se apartó de su plato. Estaba totalmente absorta en la tarea de cortar el pescado en dos con sumo cuidado.

—Sí, Johann me lo ha comentado esta mañana. Son buenas noticias.

Y esa era Adelheid, siempre con su falta de emociones. En realidad, era mucho más que meras buenas noticias; si Ludwig había mejorado lo suficiente para incorporarse, era posible que hubiera recuperado la lucidez, esa que lo ayudaría a contarle qué había pasado la noche en que había abandonado el campamento.

Heike se desanimó ante la falta de reacción de Adelheid, pero continuó de todos modos.

—¿Y bien? ¿Has ido a verlo?

Adelheid había terminado con el pescado y había pasado a cortar las patatas en cubitos diminutos.

—No, Johann no lo deja tener visita hasta que esté más estable.

Heike soltó un resoplido.

—Nunca lo había visto mostrarse tan preocupado por Ludwig. Pero si ni siquiera te deja a ti verlo… —Frunció el ceño, preocupada—. ¿Lu ha dicho algo sobre lo que le pasó?

Tras tragar un bocado, Adelheid dijo:

—No que yo sepa. ¿Te vas a comer eso?

Heike soltó un suspiro de impaciencia antes de empujar su plato hacia el otro lado de la mesa.

Pues claro que Heike quería verlo. Si Ludwig estaba mejorando, iba a tener que silenciarlo por completo antes de que pudiera contar nada, lo que implicaba que Lorelei tendría que asegurarse de llegar a él antes que ella.

Maldito Johann por hacerle las cosas más difíciles de lo que tenían que ser. Por suerte, como el tipo era de lo más predecible, prácticamente podía coordinar su reloj con su horario. Al inicio de cada hora, le daba a su paciente una dosis de medicación para el dolor. Miró la hora; en aquel preciso instante debía estar dando su paseo vespertino, en el que recorría la cubierta como si hubiera una criatura persiguiéndolo para devorárselo.

Lorelei echó un vistazo a Adelheid y a Heike. Según parecía, se habían puesto a discutir por alguna tontería. Con algo de suerte, eso las mantendría ocupadas durante unos diez o quince minutos más, como mucho. Se trataba de una oportunidad más bien breve, pero, si Heike la descubría colándose en la habitación, se aseguraría de que nunca tuviese otra oportunidad para hablar a solas con Ludwig. O para hablar con él a secas.

Tenía que aprovechar su oportunidad.

Con toda la tranquilidad que pudo aunar, se levantó de su sitio y se encaminó hacia las puertas del comedor. Salió hacia la cubierta principal y dejó que el aire frío la envolviera. Fue demasiado tarde cuando se percató de la silueta que iba a toda velocidad en su dirección y prácticamente se estampó contra ella.

—Sylvia.

Lorelei la estabilizó al sujetarla de los hombros, para luego prácticamente arrastrarla hacia un rincón. Un farol se balanceaba sobre ambas y derramaba su luz por la cubierta. En la penumbra, podía distinguir la cascada iluminada por las estrellas que era su cabello y el brillo alarmado de sus ojos claros.

—Gracias a Dios —murmuró Lorelei.

Algo de recelo pareció desaparecer de su expresión.

—¿Oh?

Lorelei nunca había visto que una sílaba pudiera contener tantísima esperanza. Entonces se percató, algo confusa, de que prácticamente había arrinconado a Sylvia contra una pared y de que esta llevaba un abrigo con un cuello bastante más alto de lo normal. Los botones dorados relucían bajo la escasa luz del farol, abrochados para esconderle la garganta y el cardenal que Lorelei había dejado a su paso. La vergüenza la sacudió entera. ¿Cómo había podido…?

No, en aras del bien común, tenía que hacer a un lado sus sentimientos. Poco a poco, fue soltando a Sylvia hasta dar un paso atrás.

—Necesito que me hagas un favor y distraigas a Heike. Está en el comedor.

El atisbo de esperanza que Sylvia había guardado desapareció por completo. La furia y —lo que resultaba aún peor— el dolor ocuparon su lugar en un instante. Según parecía, no podía confiar en que Sylvia se adhiriera a los mismos estándares de profesionalismo que ella.

—¿Y eso por qué?

—Tú hazlo y ya —siseó Lorelei—. No tengo tiempo para explicártelo.

—Qué poca vergüenza la tuya, Lorelei Kaskel. ¿De verdad es eso lo único que vas a decirme?

Si bien a Sylvia le faltaban varios centímetros para alcanzarla, hizo un esfuerzo considerable para compensarlos. Pensándolo bien, pedirle que la ayudara tan solo unas horas después de haberla besado (y haber rechazado cualquier posibilidad de encontrar la felicidad junto a ella) no había sido la mejor de sus ideas. Porque se había puesto en bandeja para hablar sobre su *relación.* Y esa era una palabra que casi hacía que le dieran arcadas.

Se pasó una mano por el cabello.

—¿Qué hace falta que diga que no haya dicho ya?

Sylvia la miró, dolida.

—Entonces ¿eso es lo único que puedo esperar de ti? Sé que crees que soy idiota y demasiado inocente y mira, quizás sea cierto. Pero algunas de nosotras tenemos sentimientos, ¿sabes? Existen y nos afectan.

Lorelei sintió que se mareaba por el peso de la acusación, la misma que Sylvia le había echado en cara la noche siguiente al asesinato de Ziegler. «No tienes corazón», le había dicho. Y le había dolido más de lo que había podido anticipar. Se moría de ganas de demostrarle que estaba en lo cierto. Su vida sería muchísimo más sencilla si de verdad fuera tan despiadada como quería hacerle creer a todo el mundo.

—Lo siento —masculló a regañadientes—. En serio. ¿Eso te basta de momento? De verdad necesito tu ayuda. Ludwig ha despertado y necesito hablar con él sin que los demás se den cuenta.

La expresión de Sylvia se suavizó un poco, aunque cruzó los brazos, recelosa.

—Vale. Pero debo recordarte que Heike no disfruta de mi compañía en absoluto. ¿Qué se

supone que debo decirle para mantenerla entretenida?

—La conoces desde hace casi veinte años. Seguro que se te ocurre algo.

Sylvia pareció pensarlo un poco.

—Quizás deba intentar disculparme de nuevo. O puede que insinúe que mis sentimientos han cambiado. Sí, eso despertará su interés. Le diré que llevo mucho tiempo sufriendo por nuestra amistad perdida, pero que durante estas semanas he descubierto que no les había prestado atención a mis propios deseos. Que mi capacidad para engañarme a mí misma se extiende más allá de…

—Cielos, no. No hagas eso —la cortó Lorelei, sin molestarse en enmascarar el horror que contenía su voz—. Parece que estás haciendo las pruebas para un melodrama de medio pelo.

Sylvia ahogó un grito.

—Tú nunca te enteras de nada, ¿no? No sé cómo te soporto… Dame una buena razón para no lanzarte por la borda en este mismo instante.

—Porque tengo pensado salvar nuestros miserables pellejos, por eso.

Sylvia se había vuelto a situar demasiado cerca de ella. Incluso cuando se portaba de aquel modo (sobre todo cuando se portaba de aquel modo), Lorelei no podía evitar desearla. La ponía de los nervios y la aterrorizaba a la vez. Porque sería muy sencillo limitarse a acortar la distancia que las separaba. Empujarla contra la pared y besarla hasta que olvidara su propio nombre. Dejarse convencer por todas aquellas promesas impulsivas y alocadas que le había hecho. Su expresión debió de haberle revelado lo que estaba pensando, porque Sylvia se ruborizó. Parecía como si ella también quisiera besarla… O lanzarla por la borda, todo sea dicho.

Pero no podía seguir perdiendo el tiempo. Ya casi se le acababa.

—Confío en que sabrás resolverlo —le dijo a toda prisa y, con eso, dio media vuelta y dejó a Sylvia hirviendo de indignación.

Jamás en la vida se había saboteado tanto a sí misma.

Los candeleros de la pared iluminaban el pasillo de las habitaciones de los miembros de la expedición y hacían que el polvo que había en el ambiente revoloteara en torno a las orbes de luz. Lorelei se detuvo frente a la puerta de Ludwig con el corazón casi en la garganta.

Era posible que, al fin, diera con las respuestas que había estado buscando.

Cuando llamó a la puerta, el sonido hizo eco por el pasillo vacío. Nadie le respondió, aunque, ¿qué esperaba? Era obvio que Ludwig se había vuelto a dormir. Johann lo mantenía bien sedado. Alzó la mano hacia el pomo y abrió la puerta con sumo cuidado. Lo que la recibió fue el olor dulzón e intenso de las plantas y la peste a podredumbre. La habitación estaba a oscuras salvo por la poca luz de luna que dejaba entrar la ventana angosta que había sobre el cabecero. Una

figura a contraluz se encontraba plantada frente a la ventana.

Lorelei dio un respingo hacia atrás por la sorpresa.

—Mierda.

Al principio, lo único que pudo distinguir fue el contorno descomunal de los hombros hasta que, tras mucho parpadear, los ojos se le acostumbraron a la oscuridad. Johann ladeó la cabeza hacia ella, con su maletín abierto a sus pies y una jeringuilla en la mano.

—Kaskel —dijo, con un dejo de cautela en la voz—. ¿Qué haces aquí?

—Creía que podía hacerle una visita —contestó una vez que el corazón dejó de intentar escapar desbocado de su pecho—. He oído que se ha incorporado.

—Sí, pero ahora está dormido.

Un fino haz de luz de luna iluminaba el rostro pálido de Ludwig y aún se veían unas cuantas líneas verdes que le subían desde el cuello. A pesar de la barba de unos días que le había empezado a crecer, seguía pareciendo un chaval muy frágil así dormido. Lorelei apartó la vista de él para concentrarse en Johann. La verdad era que él mismo no se veía nada bien. El agotamiento le había dibujado unos surcos bajo los ojos y, algo tarde, cayó en la cuenta de que él tampoco había encendido ninguna vela en la habitación. Se limitaba a fulminarla con la mirada desde la penumbra, como bien podría haber hecho un niño al que sorprendían con la mano metida en el frasco de las galletas.

El estómago se le hizo un nudo por el miedo.

—¿Y qué haces tú aquí?

Johann agitó la jeringuilla.

—Le estoy dando la medicación para el dolor.

—¿A oscuras?

—No necesito mucha luz —contestó—. Cuando has hecho esto tantas veces como yo, se vuelve algo instintivo.

Conforme una extraña presión se le formaba detrás de los ojos, se le erizó la piel de los brazos. Se trataba de un instinto nada racional, uno en el que había confiado más de una vez en ocasiones anteriores. *Peligro.* Al contemplar a Johann de ese modo, no podía evitar recordar la historia del Padrino Muerte.

En aquellos tiempos en los que los deseos aún albergaban poder, existió un hombre muy pobre que buscó por todos lados a un hombre que fuera digno de ser el padrino de su hijo. Tras descartar a toda su familia (y al propio Dios), se terminó decidiendo por la Muerte, quien le prometió que haría de su hijo un hombre rico y poderoso. Cuando el niño cumplió la mayoría de edad, la Muerte fue a visitarlo en plena noche y lo condujo hacia el bosque. Tras un rato, llegaron a la orilla de un manantial, uno que permitía sanar cualquier herida o curar cualquier enfermedad.

—Una vez que bebas de este manantial, estarás destinado a convertirte en el mejor médico del mundo —le dijo la Muerte—. Pero, a cambio, deberás concederme lo que se me debe. Visitaré a tus pacientes; si ocupo el lugar junto a su cabeza, podrás salvarles la vida. Pero, si me coloco a sus pies, su alma me pertenecerá.

Tal como le prometió la Muerte, el muchacho creció y se convirtió en un médico muy reconocido, así como en un hombre ambicioso y astuto que se creía capaz de engañar a su padrino. Cada vez que quería salvar a un paciente que estaba destinado a morir, lo que hacía era girarlos en la cama para que la Muerte se plantara junto a su cabeza. Esta, al creer que su ahijado ya no era merecedor del poder que le había concedido, terminó cobrándose su favor de todos modos. La magia se echó a perder en el interior del médico y terminó pudriéndolo de dentro hacia fuera.

A Lorelei siempre le había parecido una historia muy extraña. El dios de su pueblo admiraba el ingenio que hacía que uno encontrara vacíos en sus leyes y las historias así lo reflejaban. Y en aquel momento se quedó de piedra. Habría jurado que podía ver a la Muerte plantada junto a la cabeza de Ludwig, observando a Johann con sus ojos brillantes y conocidos. En él tenía el ahijado que de verdad se merecía: un hombre más que dispuesto a despachar almas antes de tiempo.

Con el ceño fruncido, Johann siguió la mirada de Lorelei hacia el rincón más oscuro de la sala. Al ver que no había nada, sus ojos azules y gélidos volvieron deprisa hacia ella.

—Es que me parece algo pronto para que le des la medicación, ¿no?

La expresión de Johann se volvió férrea.

—Sí, puede ser.

—¿Qué ibas a darle, entonces?

—Una dosis letal de morfina —confesó con una calma perturbadora—. ¿Qué piensas hacer ahora que lo sabes?

De modo que ni siquiera se molestaba en negarlo. Lorelei notaba todos los sentidos a flor de piel, listos para entrar en acción. Si bien había estado convencida de que él no era el asesino, ya no podía estar segura de nada.

—No lo sé —dijo ella—. Podría gritar.

—Por mí, no te cortes. —Dejó a un lado la jeringuilla—. Puede que Sylvia te crea, pero Adelheid segurísimo que no. Heike ya cree que fuiste tú quien mató a Ziegler. Yo me limito a hacer mi trabajo, mientras que tú has irrumpido aquí con tus acusaciones… O quizás venías a acabar con él tú misma.

Sintió que se le helaba la sangre y necesitó toda su fuerza de voluntad para no moverse ni un ápice.

—Así que fuiste tú. Fuiste tú quien intentó matarlo.

—No exactamente. Si hubiera querido matarlo, ya estaría muerto. —Sus gafas brillaron a la luz de la luna—. No podía permitir que nos sacara de ese bosque, así que esto me pareció una buena manera de retenerlo.

Lorelei soltó una risa carente de diversión.

—¿Y por qué tanta molestia? ¿Le tienes cariño?

—Algo así —contestó sin emoción—. Por desgracia, ha demostrado ser más resistente de lo que esperaba. Es demasiado arriesgado dejarlo vivir más tiempo. Y lo mismo ocurre contigo.

Lorelei dio un paso hacia atrás por instinto y se dio contra la puerta. Poco a poco, la gravedad de la situación se fue asentando. Johann era un soldado y dos veces más grande que ella, como mínimo. No tenía ni la más mínima esperanza de sobrevivir si se enfrentaban. Quizás podría apelar a sus prejuicios e interpretar el papel que esperaba de ella: el de la yeva cobarde y conspiradora.

—Sé cerrar la boca. Déjame ir y ya está.

—No te creo nada. —Johann le dedicó una sonrisa malvada—. Eres como Sylvia, un ejemplar poco común de los de tu calaña. Ninguna de las dos aprendisteis a pasar desapercibidas ni a no meteros donde no os llaman.

Se levantó de su asiento y lo único que se podía ver de él era la sombra descomunal que se cernía sobre ella.

El cerebro le iba a toda velocidad por el pánico. Incluso si conseguía escapar de él en aquel instante, no iba a llegar muy lejos. Adelheid creería cualquier cosa que dijera, Heike ya la creía culpable y Sylvia… Sylvia no podría plantarse sola frente a ellos tres. Solo que Johann tenía razón con lo que había dicho sobre ella. Lorelei llevaba demasiado tiempo luchando como para limitarse a rendirse y morir. Había pasado demasiado tiempo huyendo de la Muerte.

Tanteó hasta dar con la botellita que llevaba en el cinturón y le quitó el tapón. Tras invocar su magia, alzó el brazo en un arco muy amplio y el agua salió disparada siguiendo el movimiento que había hecho su mano en el aire. El frío la envolvió mientras la congelaba y lanzaba dos dagas de hielo en su dirección. Una se estrelló contra la pared con el estruendo del cristal al romperse. La otra se le clavó en el hombro a Johann; demasiado lejos de cualquier punto vital, pero aun así le arrancó una exclamación de dolor por la sorpresa.

Por un instante, pareció demasiado confuso para actuar. Se tocó la herida y vio que tenía los dedos manchados de sangre. Entonces su mirada se encontró con la de ella y un hambre voraz y terrible pareció arder en su interior.

Date por muerta, parecía decirle.

Lorelei se coló por la puerta y corrió sin saber a dónde iba. El corazón le martilleaba en el pecho y sus respiraciones frenéticas le parecían demasiado escandalosas incluso en sus propios oídos. Una vez más, se sentía como aquella niñita asustada, huyendo por los callejones con las

botas manchadas de sangre seca. Oía el sonido de un hueso al romperse. Oía carcajadas y el cristal al hacerse añicos.

Tan solo unos segundos después empezó a oír los pasos de Johann a sus espaldas. Se atrevió a echar un vistazo atrás y vio que el éter le temblaba sobre la piel conforme la niebla que se había concentrado sobre el río se colaba por las ventanas y bajo las puertas. Con un movimiento sinuoso de los dedos, Johann consiguió que la niebla lo rodeara como un espectro al que podía invocar para que siguiera sus órdenes.

Lorelei abrió las puertas de la sala de guerra de par en par y entró a trompicones. Atascó una silla bajo la manija y prácticamente se desmayó en el suelo. Tenía la visión nublada por unas manchas negras producto del terror, tanto el que sentía en aquel mismo momento como el que era producto de sus recuerdos. Aun así, la niebla se las arregló para entrar y esparcirse por la estancia. El aire pareció soltar un suspiro siniestro y se le pegó a la cara como si de sudor se tratara. Le deslizó un dedo invisible por la columna.

—No tiene sentido que te escondas si nadie vendrá a rescatarte —exclamó Johann.

Y ella se había encerrado allí, en la misma sala en la que Ziegler había muerto. La manija de la puerta se retorció de forma amenazadora. En vista de que no cedía, recurrió a intentar tirar la puerta abajo al estrellarse contra ella.

—Piensa, joder —farfulló para sí misma—. No te dejes llevar por el pánico.

Tenía que haber algo que pudiera hacer. Lo que fuera. Con manos temblorosas, empezó a tirar de la humedad en el aire. Si conseguía al menos dar en el blanco una vez…

Su barricada crujió antes de ceder y Lorelei retrocedió a gatas cuando las puertas se abrieron de sopetón. Lo único que podía ver era su cabello dorado, suelto y alborotado hasta los hombros, además de la niebla que se enroscaba a su alrededor como si de la capa de la Muerte se tratara. Todo pasó demasiado rápido. Antes de que pudiera pensar en moverse, el agua se estrelló contra ella a toda potencia.

Terminó tirada en el suelo, sin aliento por la fuerza del impacto. Con la visión borrosa, consiguió distinguir el brillo del hielo, así como el frío gélido de sus ojos mientras se cernía sobre ella.

—No te resistas.

Un par de lanzas de hielo se le enterraron en las manos. Cuando Johann presionó el talón de su bota en una de las estacas, Lorelei ahogó un grito. La visión se le tornó negra por unos instantes y los pulmones le fallaron por la agonía.

Al volver en sí, apenas podía reconocerlo. Lo había visto abatido y malhumorado; lo había visto en su faceta más oscura y amenazadora. Pero aquello era totalmente distinto. Los ojos le brillaban, tenía las pupilas tan dilatadas que casi no quedaba nada de sus iris y el rostro retorcido en una sonrisa salvaje que le heló la sangre. Parecía casi fuera de sí por la emoción.

Aunque la adrenalina la ayudaba a no sentir lo peor del dolor, la parte salvaje en su interior quería que se debatiera hasta liberarse.

—Antes de que me mates, dime por qué. ¿Por qué lo hiciste? ¿Por qué la mataste?

Johann pareció sorprenderse.

—Yo no la maté.

El *shock* debía de haberla confundido. Seguro que lo había oído mal.

—¿Cómo?

Johann se agachó a su lado. Según se inclinaba sobre ella, algunos mechones de su cabello le rozaron las mejillas.

—No te mentí. Sí que creo en Wilhelm. Pero, si tengo que elegir entre ambos, siempre la escogeré a ella.

Pues claro. Si no era él quien había matado a Ziegler, tenía que estar protegiendo a quien sí lo había hecho.

—Como puedes ser tan… imbécil.

¿Qué más podía decir? Había creído que todos los que no fueran el asesino juntarían fuerzas en ese momento, al desenmascarar al culpable. Su error había sido no tener en cuenta los muchos defectos que podían tener las personas.

Johann se enderezó para contemplarla desde arriba como si fuese una especie de bicho que pudiese aplastar con la bota. Alzó una mano y el agua le obedeció, enroscándose como una serpiente lista para atacar.

—Siempre soltando tu veneno, hasta el último segundo incluso. Casi que te admiro.

—¡Johann!

Como una marioneta a la que le cortaban los hilos, el agua cayó.

Una mancha de color gris pálido apareció en la entrada de la sala de guerra. A través de la maraña de rizos que se le pegaban a la cara, Lorelei vislumbró a la asesina de su mentora allí plantada con un brillo gélido en sus ojos.

Adelheid.

Veintiuno

Adelheid agarró a Johann del brazo y con la furia endureciéndole la voz, le reclamó:

—Ya has tenido suficiente, ¿no te parece?

El efecto fue inmediato. Johann se estremeció con violencia y luego se apartó un paso de Lorelei como si no hubiera reparado en su presencia hasta entonces.

—Me ha visto en la habitación de Ludwig. Si la dejamos con vida nos dará demasiados problemas.

—¿Y qué hacías en su habitación? —inquirió ella, cortante—. Te dije que esperaras.

Johann la miró escarmentado.

—Si dice algo…

Adelheid alzó una mano.

—Vamos a terminar esto sin derramar más sangre innecesaria. Vete ya, yo me encargaré de Lorelei.

Aunque no le contestó, Lorelei notó su sombra pasar por encima de ella cuando se marchó.

Una vez solas, Adelheid se arrodilló a su lado. Una especie de delicadeza oscura envolvía su mirada. Con un ademán de la mano, el hielo que clavaba las manos de Lorelei al suelo se derritió. Le bañó las heridas con su frío e hizo que se le erizara la piel de las muñecas. Adelheid le tocó el borde de los guantes y dio un tironcito como si pretendiera quitárselos.

—Ni se te ocurra —ladró Lorelei.

—No seas necia. Si no te los quitas, se te van a infectar las heridas.

Como si eso importara. Lorelei se puso de pie de un salto y consiguió tirarla al suelo. Con la adrenalina corriéndole por las venas, no le costó nada someterla con su peso. El dolor que sentía en las manos era insoportable mientras las cerraba en torno a la garganta de Adelheid, pero se negó a dejarla ir.

—Fuiste tú quien mató a Ziegler.

Johann le había dicho aquella vez que no era nada sensato darle la espalda a un oponente moribundo. Y por fin entendía a lo que se refería. Cuando uno no tenía nada que perder, se podía permitir actuar sin pensar, ser violento e impredecible.

Era probable que arrancarle la vida a Adelheid con sus propias manos fuera lo más satisfactorio que hiciera en la vida. Sin embargo, tener al objeto de toda su rabia frente a ella hacía que se sintiera increíblemente viva, concentrada y con la mente más despejada de lo que la

había tenido en cuestión de semanas. No podía matarla sin saber por qué lo había hecho.

Adelheid no parecía alterada en absoluto. Casi ni se había resistido, salvo por la más ligera presión que le había hecho a Lorelei en la muñeca: un recordatorio muy educado de que se estaba asfixiando de verdad. Entreabrió los labios sin decir nada una o dos veces antes de que Lorelei la dejara respirar un poco al fin.

—Quieres saber por qué —dijo, con un jadeo entrecortado.

Lorelei se rio con desprecio.

—No más de lo que quiero verte muerta.

La mirada que le dedicó Adelheid solo podía entenderse como de decepción.

—Sylvia está herida después de vuestro periplo por la montaña. Estás totalmente sola tanto en este barco como en la capital. Puede que cuentes con su apoyo, pero sabes tan bien como yo que a Wilhelm no le interesa saber la verdad de lo que pasó aquí. Cuando le entreguen a una yeva, a la hija de la mayor enemiga de su padre y a la mujer que ama, ¿a quién crees que va a creer?

No había ni una pizca de arrogancia en su voz, ni tampoco de triunfo. Y lo sincera que estaba siendo hacía que todo fuera incluso más insoportable. Las heridas de Lorelei le pulsaban al mismo ritmo que el corazón. Por unos segundos, lo único que pudo hacer fue quedarse mirando cómo su propia sangre le manchaba la garganta a Adelheid. Cerró los ojos.

—¿Qué quieres, entonces? ¿Por qué no me has matado?

—Porque quería hablar contigo —se explicó—. De víbora a víbora.

Lorelei abrió los ojos, exhausta. La imagen del rostro de Adelheid ondeó frente a ella como si estuviese en el fondo de un estanque.

—Tú dirás.

—Al igual que tú, he hecho lo necesario para sobrevivir. Al igual que tú, sé a qué sabe la desesperación. Y fue por eso por lo que la maté. No podemos permitir que Wilhelm tenga acceso al poder del Ursprung.

Lorelei quería verlo como un acto de pura manipulación. Porque eso era. Aun con todo, la fría determinación en la voz de Adelheid la obligó a preguntar:

—Pero ¿por qué? Si me dijiste que…

—Te mentí. —Apretó la mandíbula—. Wilhelm no es apto para gobernar. Quizás en algún momento me pareció que tenía una visión para el futuro, pero he llegado a verla como es en realidad: nada más que una fantasía. Está dispuesto a sacrificar a muchos por su propio beneficio egoísta. Y continuar con las guerras absurdas de su padre es prueba de ello.

—Pero una vez que el reino tenga estabilidad…

—Siempre habrá otra guerra. —Adelheid hablaba con el agotamiento de una mujer que llevaba muchas vidas sufriendo—. Una vez que estabilice su reino, otros lo verán como una amenaza y Ebul es un lugar muy conveniente para atacar, como siempre ha sido. Reclutará a mi pueblo para

que luche por él y las pocas cosechas que den nuestras tierras se pudrirán porque no quedará nadie para cuidar de ellas. Y, cuando todo haya pasado, no enviará nada de ayuda.

»Eso —dijo sin ninguna emoción en la voz— es lo que nos espera con un imperio unificado.

El horror se fue extendiendo poco a poco dentro de Lorelei.

—¿Y qué pretendes hacer?

Adelheid alzó la barbilla.

—Pienso reclamar el poder del Ursprung y volver a Ruhigburg. Le entregaré a su asesina, Sylvia, y me casaré con él. Y, cuando se vaya a dormir, le clavaré mi lanza en el pecho.

Se trataba de un plan digno de una heroína de cuentos de hadas. Y Lorelei no pudo evitar recordar la historia del Príncipe Dragón.

En aquellos tiempos en los que los deseos aún albergaban poder, la reina dio a luz a un dragón. Cuando llegó el momento de buscarle esposa al Príncipe Dragón, ninguna mujer en todo el reino quería desposarlo. Se morían de miedo al verlo, dada su apariencia horrenda y que los rumores sobre su crueldad y su hambre voraz lo precedían. La única lo bastante valiente para ofrecer su propia mano fue la hija de un pastor, pues no solo era la valentía lo que la motivaba, sino también la inteligencia, ya que sabía bien lo que era pasar hambre. El día de su boda, se puso todos los vestidos que tenía y se colocó una daga contra el pecho. Cuando el Príncipe Dragón la llevó a su lecho matrimonial y le pidió que se desnudara para él, ella le contestó:

—Lo justo, mi amor, es que por cada capa que me quite yo, tú hagas lo propio. —Y así, con cada vestido del que ella se despojaba, el dragón fue quitándose sus propias escamas. Bajo él yacía un apuesto y joven humano.

Uno sin armadura ni colmillos.

—Pretendes dar un golpe de estado —dijo Lorelei.

—No. —Adelheid le devolvió la mirada con tranquilidad—. En cuanto Wilhelm esté muerto, pretendo volver a una Ebul independiente. Y quien quiera pelearse por los restos de Brunnestaad puede hacer lo que le venga en gana.

—¿Lo sabe Heike?

—No. —La firmeza de su expresión se hizo añicos—. Nunca habría aceptado que hiciera algo así. Es demasiado tajante. Además, si fracasaba, no quería que tuviera que lidiar con ninguna de las consecuencias.

—¿Y Ludwig? —preguntó con amargura.

—Ludwig no es más que daño colateral, por desgracia. —Tenía la mandíbula apretada en una mueca de seriedad—. La maldición es algo lamentable, pero Johann hizo lo que tenía que hacer.

—¡Lo que ha hecho es atroz!

La expresión de Adelheid volvió a ser su máscara de indiferencia.

—¿Hay algo más que quieras saber?

—¿Por qué me cuentas todo esto?

—Porque podemos unir fuerzas. Lo que quiero es bastante sencillo: haz como si no supieras nada. Ayúdame a encontrar el Ursprung. Deja que Sylvia asuma la culpa.

—Si crees que podría permitir…

—Wilhelm es muy rastrero —la interrumpió con impaciencia—. Cuando vuelvan a amenazar su reinado, ¿crees que dedicará un instante siquiera a daros lo que se os debe? ¿Te crees que vacilaría aunque fuera un poco antes de echar a los yevaníes a los leones si creyera que eso le ganaría siquiera una pizca de la aprobación del pueblo? Confiar en que Wilhelm te protegerá es el peor error que podrías cometer. No permitiré que se siga cobrando víctimas con sus mentiras.

Lo peor era que no podía refutárselo. Ya había visto lo cruel que podía ser cuando le había contestado a su carta. «La unidad requiere sacrificios». Una vez más, la furia la recorrió entera.

—Lo único que no entiendo es por qué me has escogido a mí. Sylvia sería una aliada muchísimo más valiosa.

—Tienes razón —concedió—, pero Sylvia jamás recurriría a medidas tan turbias. Es demasiado idealista como para creer que Wilhelm es una causa perdida. Además, tengo algo que quieres.

Lorelei hizo una mueca de desdén.

—¿Qué sabrás tú sobre mis deseos?

—Te concederé la libertad, tanto a ti como a tu pueblo. Y encontraréis refugio en Ebul. Lo único que necesito es que cooperes.

Lorelei se quedó sin respiración. Eso era lo único que quería en la vida.

Si Wilhelm perdía el control de Brunnestaad, no había cómo saber qué pasaría con los yevaníes de Ruhigburg ni tampoco de los demás Yevanverte que había repartidos en el reino. Sylvia le había ofrecido llevársela a Albe, pero su generosidad no se había extendido a su pueblo. La traición de su madre ya le complicaría bastante las cosas. Era más seguro apostar por un gobernante que pretendiese salvar a los suyos.

Solo que permitir que Sylvia pagara por todo… No podría vivir con ello.

—Tiene que haber alguien más. Johann seguro que se sacrificaría por ti encantado de la vida.

—¿Y perder el apoyo de Herzin? ¿Y a mi amigo más querido? No, gracias.

—Pues Heike, entonces.

Adelheid se limitó a mirarla con lástima.

Muy para sus adentros, Lorelei siempre había sabido que todo se reduciría a eso: su supervivencia o la de Sylvia. Desde que había recibido la carta de Wilhelm, había intentado huir de ello. Creía que podría dar con algún modo de cambiar su destino y, durante un tiempo, Sylvia le hizo creer que así era. Confiar en ella era como dejarse guiar de la mano a través de un bosque encantado en penumbra.

Solo que ya no era tan ingenua.

Adelheid le apretó los dedos en torno a la muñeca, como si fueran un par de amigas intercambiando secretos.

—No es nada complicado. Tú decides.

Bajo la mirada severa de la luna, la estancia brillaba con una luz fría y espectral que se reflejó en el mango de plata del bastón que Ziegler usaba para caminar, apoyado en un rincón como si estuviera esperando el regreso de su dueña. A través de todo el dolor que le causaba su muerte, Lorelei no pudo evitar pensar en lo sencillo que le había resultado a Ziegler traicionarlos. Incluso en aquellos momentos, le era imposible escapar de la realidad de lo bien que había conseguido moldearse a semejanza de su mentora.

Durante años había luchado por su propia seguridad y por la de su pueblo. Y en aquel momento podía alcanzarla. Podría pagar cualquier cosa por tenerla. La vida de Sylvia no valía nada en comparación con la de cientos de personas. Nada en absoluto. Lorelei no podía vivir solo por los muertos. Tenía que vivir por las personas a las que aún podía salvar. Y eso quería decir por ella misma.

—De acuerdo —dijo—. Lo haré.

De no haber estado borracha, a Lorelei podría haberle sentado peor la posibilidad de clavarle un puñal en la espalda a Sylvia. Solo que había hecho que todo se volviera más borroso tras beberse media botella de aguardiente que había robado de la cocina. Parecía como si todo estuviese recubierto por una capa de gasa, por lo que se le hacía complicado eso de concentrarse en general.

Había colocado todas sus pruebas frente a ella antes de pedirles a los demás que se reunieran con ella en la sala de guerra. Una botella medio vacía de somnífero, un trozo de corteza de fresno, los documentos de viaje de Ziegler y todas las cartas que había encontrado de Anja von Wolff, atadas con una cuerda roja. En el altar que era el escritorio de su mentora, parecían una especie de ofrenda para un dios oscuro.

Heike fue la primera en llegar, con la apariencia de haberse recuperado bien. Su cabello castaño rojizo caía en unos rizos perfectos y se había puesto la armadura que suponía su pintalabios rojo. ¿Cómo había podido sospechar de ella? De verdad que había sido muy idiota.

Con un ligero ademán en dirección a los objetos que había dispuesto, le preguntó:

—¿Y qué es todo esto?

—Ya lo verás.

—Ajá. —Heike abrió su abanico de un movimiento y le dio un repaso nada sutil—. Habrase visto, Lori, pero si vas hecha una pena. ¿No has podido dormir?

Lorelei no quiso ni imaginar qué apariencia tenía.

—Algo así.

Como si la hubiera invocado, la voz de Sylvia retumbó por el pasillo.

—¿Dónde está? ¡Decidme ahora mismo dónde la tenéis!

Heike soltó el más ligero de los suspiros, como si deseara ahorrarse toda aquella situación. Lorelei deseaba lo mismo, la verdad. Pero tenía que hacerle frente a lo que había hecho. Ya no había cómo parar lo que había dado inicio.

Johann le dio un empujón a Sylvia para que entrara, con Adelheid pisándole los talones. Sylvia dio un traspié, con las manos atadas y siseando enfurecida como un animal salvaje. Llevaba el cabello hecho un desastre y tenía un lado de la cara destrozado, con sangre seca y salpicado de moretones. Lorelei se quedó sin respiración por la rabia. No había pensado que iban a tener que apresarla. Era obvio que no se había rendido sin pelear, pero se tomó un momento para deleitarse en la herida sangrante que Johann tenía en la sien.

—Cielo santo. —Heike se cubrió la boca con las manos, horrorizada—. ¿Sylvia?

Sylvia, por su parte, solo tenía ojos para Lorelei.

—No te han hecho daño.

Su actitud pareció cambiar por completo; su alivio era tan cálido como la luz del sol y ni siquiera el alcohol pudo atenuar lo mucho que dolía verlo. Incluso en aquellos momentos, Sylvia confiaba en ella.

Y todo por dejarse llevar por sus sentimientos.

Tras prepararse a sí misma, Lorelei acomodó el tobillo sobre la rodilla antes de echarse hacia atrás en su asiento. La habitación entera pareció darle vueltas.

—Por fin te he atrapado, Von Wolff.

La sonrisa de Sylvia vaciló un poco.

Heike dio un manotazo sobre la mesa.

—¿Os importaría explicarme qué carajos está pasando?

—La familia Von Wolff nos ha tomado por idiotas —anunció Lorelei—. Permitidme que os lea un fragmento del diario de Ziegler:

»El Ursprung está en Ebul; no hay ninguna duda. Pero a Anja von Wolff no se le puede decir que no. Aun así, creo haber encontrado otro manantial que puede servir como un reemplazo lo bastante convincente para ella. —Lorelei cerró el diario con un movimiento brusco y lo estrelló contra el escritorio—. Si queréis leer toda su correspondencia, estáis en vuestro derecho. Veréis que hay muchísimas pruebas que sugieren que Anja se compinchó con Ziegler. Pretendía falsificar los hallazgos de la Expedición Ruhigburg para su propio beneficio económico y político. Aunque parece que nuestra querida Von Wolff se las arregló para atar los cabos sueltos.

—Lorelei, por favor —dijo Sylvia casi sin voz—. Sabes que no he tenido nada que ver con

esto.

—Deja ya de mentir —repuso Lorelei con frialdad.

Adelheid la observaba con una intensidad que le puso los pelos de punta. La noche anterior le había dado vueltas y vueltas a todo lo que podía hacer, había probado con todas las piezas del tablero de ajedrez que tenía en su mente. Pero no había forma de resolver aquella situación mediante la fuerza bruta ni tampoco podía retorcer las pruebas para que adquirieran la forma que le convenía. Todas apuntaban hacia Sylvia. Si bien no podía hacer nada con la confesión de Adelheid, sí que podía valerse de la protección que le había ofrecido.

Había visto lo que sucedía cuando los hombres se adentraban en el Yevanverte: arrasaban con las ventanas, partían cráneos y destrozaban espíritus. No podía permitir que volviera a suceder, incluso si ello la llevaba a tener que soportar la mirada de absoluta confusión que le dedicaba Sylvia. Pero no, era algo peor que la confusión.

Era traición.

La magia crepitó por la sala y el jarrón de flores que había en el escritorio de Ziegler estalló en mil pedazos. El agua rodeó a Heike mientras esta le dedicaba a Sylvia una mirada de odio. Por un segundo, Lorelei creyó que la atacaría. Sylvia dio un paso hacia atrás.

—¿Y qué fue lo de anoche, entonces? ¿Una jugarreta? —La expresión de Heike se torció en una mueca de asco—. Creía que… Da igual. Dios. Podría matarte por lo que le has hecho a Ludwig.

—Heike —la llamó Adelheid con precaución—. Es la única que sabe cómo tratar con las nixes. No podremos cruzar el Mar Inferior sin ella.

—¿Y cómo crees que saldrá todo eso? —espetó Heike—. En cuanto estemos en la isla, tendrá vía libre para recorrer el barco. Quién sabe lo que podría hacer mientras no estamos.

—No si la llevamos con nosotros —acotó Lorelei—. Será nuestra prisionera.

—¿Y si me niego? —Incluso con los brazos atados detrás de la espalda, Sylvia cuadró los hombros en actitud desafiante. Lorelei casi podía imaginarla intentando rozar el sable con los dedos.

—Te enfrentarás a la justicia del verdugo sea como sea. Al menos asegúrate de hacerlo con un poquito de dignidad. Nadie más tiene que morir en esta expedición.

Por un instante, Sylvia se la quedó mirando sin poder creérselo. Y entonces se lanzó contra ella tan deprisa que Lorelei dio un respingo. Y se odió por ello. Johann la sujetó del codo para retenerla antes de que pudiera acortar la distancia que las separaba.

—No puedes hacerme esto. —Su voz estaba cargada de desesperación.

—En este barco puedo hacer lo que me plazca.

Sylvia se quedó sin respiración. Tenía los ojos abiertos como platos, tan brillantes y salvajes como si estuviesen en llamas. Y en medio de ellos, Lorelei se percató de algo que nunca había

visto antes, ni siquiera cuando se habían conocido hacía cinco años. La sorpresa que le provocó fue como una bofetada. Había sido una idiota al creer que sabía lo que era ver el odio en el rostro de Sylvia von Wolff.

—Algún día te cansarás de esta cosa en la que te has convertido —le advirtió Sylvia—. Algún día lo único que te quedará serán fantasmas.

Mejor así. Todo era más sencillo si Sylvia la odiaba. Si le deseaba semejante dolor, Lorelei podía soportarlo por ella.

—Encerradla en su habitación. No quiero verla más.

Adelheid le hizo un ademán con la barbilla a Heike.

—Ven conmigo.

Juntas sacaron a Sylvia de la sala de guerra. Johann se quedó cerca de la puerta, observando a Lorelei como si fuese a lanzarse desde el otro extremo de la estancia para saltarle a la yugular. Y sí que era una idea bastante tentadora. Sin embargo, dado que todos se habían ido y ya no tenía la adrenalina surcándole las venas, de pronto sintió encima todo el peso de la borrachera y la amargura, que la obligaron a apoyar la frente en la mesa.

—¿Cómo tienes las manos? —le preguntó.

—Anda y que te den.

Cuando giró la cabeza para apoyar la mejilla, lo vio mirándola con una sonrisita antes de mostrarle su maletín como si fuese una bandera blanca.

—Deja que te cure las heridas, es lo mínimo que puedo hacer.

Lorelei no contestó, sino que se limitó a quitarse los guantes con los dientes. La agonía del cuero tirándole de la piel destrozada hizo que casi perdiera el conocimiento. Cuando parpadeó para volver a enfocar el mundo a su alrededor, la bilis le subió a la garganta. Las heridas que tenía en las palmas eran tan horrendas que su mente se negaba a procesarlo.

—Ten cuidado, que te darás un buen golpe en la cabeza si te desmayas —le advirtió él, claramente fastidiado.

Ni siquiera se había dado cuenta de que casi se iba de bruces.

—Ya.

Mientras el pulso le latía desbocado en la punta de los dedos, Johann sacó una tela empapada en antiséptico.

—Esto va a doler —le admitió, como si la idea le encantara.

—No más de lo que me dolió anoche —repuso ella.

Tras encogerse de hombros, Johann empezó a limpiarle la herida. No le había mentido, no. Le escocía muchísimo más de lo que había previsto. Cada tendón se le tensó por el dolor según le manipulaba los dedos. O al menos lo que podía sentir de ellos mientras se le adormecía la zona.

De día, las facciones de Johann parecían haberse transformado por completo. El sol hacía que

todas sus líneas afiladas se suavizaran como si las hubiese difuminado con un pincel de oro. Tenía el entrecejo fruncido por la concentración en lo que se encargaba de vendarle las heridas. La presión de los vendajes hizo que todo le diera vueltas y que unos puntitos le motearan la visión.

—¿Te asusta la sangre? —le preguntó con un tono divertido—. Qué curioso.

—Como te he dicho antes, no he llevado a cabo ningún sacrificio de sangre —murmuró—. Hoy te veo muy contento. Más tranquilo, como mínimo.

Cuando Johann le devolvió la mirada, vio el tormento tras ellos.

—Ya entiendes por qué debo protegerla.

—¿Porque eres un pobre imbécil con mal de amores que no sabe pensar por sí mismo?

Terminó de atarle los vendajes con más fuerza de la necesaria.

—Porque, cuando estoy con ella, casi puedo creer que de verdad soy humano.

Lorelei le dedicó una mueca de desdén.

—Pero si no eres nada más que un hombre. Eso es lo que hace que seas tan despreciable.

—Y tú no eres más que una mujer. Si existe la justicia en este mundo, algún día tendremos nuestro merecido. —Entonces esbozó una sonrisa forzada—. Por suerte para algunos, ese no es el caso.

En cuanto abandonó la sala, Lorelei abrió las puerta del balcón de par en par y vomitó por la borda. Doblada sobre la barandilla como si fuese una sábana en un tendedero, se puso a contemplar su reflejo tan pálido y con expresión miserable. Otros dos rostros ondeaban sobre la superficie, al lado del suyo.

El de Ziegler y el de Aaron.

Cada uno le apoyaba una mano en el hombro.

«Lo único que te quedará serán fantasmas».

Para cuando todo acabara, quizás sí que tuviera su merecido.

Parte IV
La fuente

Veintidós

Ebul se extendía ante ellos como un estandarte de guerra, con sus colinas batidas por el sol y sus tierras áridas. Los pocos brotes que se aferraban a los campos de tulipanes ondeaban sobre unos campos secos y de color dorado. Los asentamientos que dejaban atrás eran pequeños y escasos y la gente que los miraba con recelo mientras avanzaban a bordo del *Prinzessin* era muy delgada. Lorelei pensó que en aquel lugar se podía apreciar a la perfección el legado de la familia real.

Según navegaban, Adelheid se plantó en la proa como si fuese una figura insigne, con la vista clavada en el sol saliente. Su silueta era imponente, con los hombros anchos envueltos en una capa blanca y el cabello rubio trenzado metódicamente alrededor de las sienes como una diadema. Johann la acompañaba de cerca, como su sombra siempre presente. Mientras tanto, Heike iba y venía por el barco como si estuviese sonámbula. Lo único bueno era que la hostilidad que le tenía a Lorelei había desaparecido; lo suyo era una danza en la que se evitaban mutuamente por culpabilidad.

Según Johann, a Ludwig por fin le había bajado la fiebre y ya podía respirar con mayor tranquilidad. Parecía que no había nada que se pudiera hacer respecto a la corteza que le había salido en el cuello. Cada vez que Johann intentaba cortarla, esta sangraba savia y se cicatrizaba con una especie de corcho. Era obvio que iba a pasárselo en grande cuando se despertara (si es que Adelheid lo dejaba abandonar la barcaza con vida) y pudiera hacer experimentos consigo mismo.

A Sylvia no la había vuelto a ver. Y era mejor así.

Echaron anclas donde el río se ensanchaba para dar paso al Mar Inferior. Cuatro islas se alzaban por encima de la superficie como el cuerpo ondulado de un lindworm. Por primera vez en cuestión de dos semanas, el motor se quedó en silencio y las chimeneas soltaron sus últimas columnas de humo. Gracias a algún milagro, habían conseguido llegar justo a tiempo.

Lorelei subió a la plataforma de observación y esperó. Con el paso de las horas, el sol se fue ocultando muy despacio, derramó su luz sobre el mar y manchó el firmamento con unos haces de color naranja y morado. Cuando se ocultó por fin en el horizonte, dejó el cielo en una oscuridad absoluta e impenetrable. Se le aceleró la respiración por los nervios. La luna nueva pendía sobre ella, delineada ligeramente de color plateado.

A lo lejos, la niebla se agitó. Y entonces apareció la quinta isla.

Casi podría convencerse de que la había imaginado. Una sombra había parpadeado, luego una silueta y, finalmente, una imponente masa que los contemplaba desde la penumbra. La Isla Fantasma se veía tal cual como en su visión: como un mal augurio.

Enroscó los dedos sobre la barandilla y se inclinó por la borda. El dolor se le disparó por las palmas, seguido de un entumecimiento que hacía que todo el brazo le hormigueara. El día anterior se había atrevido a preguntarle a Johann si podría recuperar la movilidad en las manos algún día y él le había dedicado una mirada casi ofendida.

—Nunca se sabe con las heridas de este tipo —le había contestado.

Había intentado asumirlo, más que nada al negarse a pensar al respecto. Incluso si conseguía sobrevivir a aquel calvario, jamás volvería a sujetar una pluma como debía ser. Y lo que ello implicaría en su profesión era algo en lo que tampoco quería pensar. Se trataba de un castigo bastante justo por sus pecados.

Unas figuras oscuras se movían de forma sinuosa bajo el agua. De tanto en tanto, captaba un atisbo de una cola con aletas, unas escamas iridiscentes o unos ojos negros insondables. Si bien ninguna de ellas se había puesto a cantar, algo en sus siluetas que entraban y salían del agua hacía que considerara la idea de zambullirse y perseguirlas. Los demás habían preferido (quizás en una muestra de sensatez) quedarse dentro del barco, a salvo detrás de sus protecciones y sus puertas sólidas de madera de fresno. Lorelei llevaba hierro en el cuello, en los gemelos y en todos los botones de su sobretodo tan pesado. En cuanto el barco atracara, el peligro de verdad daría inicio. Y, hasta entonces, quería sentir el viento en la cara. Quería estar sola.

Según se acercaban a la Isla Fantasma, la piel empezó a hormiguearle por la ansiedad. El ambiente era espeso y silencioso, como si la isla entera estuviese conteniendo el aliento en cuanto habían posado su atención sobre ella. El fondo de la barcaza rozó la roca y la rampa de desembarco cayó de forma siniestra sobre las aguas turbias y poco profundas.

Había llegado la hora de ponerle fin a aquella expedición.

Los miembros restantes del grupo se reunieron en la cubierta, serios y cansados en medio de la oscuridad. Unos cuantos marineros se ocuparon de arrastrar el *Prinzessin* hacia aguas menos profundas y de atarlo en la orilla. Si las leyendas eran ciertas, la isla volvería a desaparecer al alba. Lorelei estaba segura de que iban a tardar más que eso, por lo que no quería tener que nadar cuando hubieran acabado ni tener que buscar un nuevo barco. Siempre que pudieran marcharse antes de que volviera a aparecer al mes siguiente quién sabía dónde, claro. Se habían abastecido con provisiones por si la magia terminaba dejándolos allí atrapados y el peso de su mochila hacía que se le clavara de forma molesta en los hombros.

—Pues nada —dijo Lorelei—. Vamos ya.

Encabezó la marcha para bajar por la rampa de desembarco. Conforme se dirigía hacia la orilla, unos brillos efímeros en el agua le llamaron la atención, pero se negó a hacerles caso. El

sonido que hacía el agua al moverse en aquel lugar se parecía demasiado al de unas risotadas.

Heike fue la siguiente en bajar, aferrándose al colgante de plata que llevaba en el cuello hasta que los nudillos se le pusieron blancos. Adelheid la siguió muy de cerca, observándolo todo con atención. El último fue Johann, arrastrando a Sylvia como si de un caballo obstinado se tratara.

Llevaba las muñecas atadas a su espalda con una cuerda áspera. Lorelei odiaba la brutalidad innecesaria del nudo que le habían hecho. Pero, más que eso, detestaba lo magullada que parecía Sylvia, con su cabello hecho un desastre y los moretones que le adornaban un lado de la cara. A pesar de sus heridas, Sylvia avanzaba con una actitud desafiante y orgullosa, con los hombros echados hacia atrás y la barbilla alzada. Justo entonces su mirada se encontró con la de Lorelei y el odio que ardía en ellos la golpeó con tanta fuerza que tuvo que apartar la vista.

Es culpa tuya. Es culpa tuya. Es culpa tuya.

El coro de las voces de sus fantasmas era tan alto que dolía y parecía muy urgente. Tuvo que morderse la lengua para evitar decirles con lujo de detalles lo que pensaba sobre ellos. No necesitaba más ayuda para castigarse a sí misma.

Heike se agachó para pasar bajo la gruesa rama de un árbol con lo que parecía una mueca de asco. El árbol tenía montones de una fruta redondeada y peculiar que se había abierto para mostrar el azul de aspecto nocivo de su interior. La pulpa brillaba por el éter concentrado. A Lorelei no le gustó nada que lo primero que hubiera pensado al respecto fuera a qué sabrían si les pegaba un bocado.

Que Dios se apiadara de ella. Viva o muerta, Sylvia no la iba a dejar en paz nunca.

—Y bueno —empezó Heike—. ¿Hacia dónde?

Sylvia habló sin dudarlo, con voz ronca al haber pasado mucho tiempo sin usarla… O quizás todo lo contrario.

—Primero tenemos que dar con un río. Si el Ursprung está en este lugar, lo único que tenemos que hacer es seguir el cauce río arriba hasta su fuente.

A todos les pareció buena idea, por lo que empezaron la marcha.

Johann y Sylvia iban los primeros. Él llevaba su cuerda en una mano y la extraña lámpara feérica en otra. Avanzaron hasta que encontraron un riachuelo pequeño, con la superficie reluciente como si estuviese hecha de cristales rotos en medio de la oscuridad.

Aquella isla ponía a Lorelei de los nervios. Estaba a rebosar de magia, como una copa a punto de derramarse. El éter pulsaba entre la niebla y se concentraba en el agua. Surcaba las venas de cada hoja, centelleaba en el aire e iluminaba el ambiente con una luz extraña y cautivadora. La isla entera parecía consciente, atenta y a la espera de su siguiente movimiento.

Tras lo que parecieron ser horas, Sylvia se detuvo de golpe.

—Esperad. Mirad por allí.

A Lorelei le costaba ver a través de la oscuridad. A unos pocos metros, aquellas siluetas

difusas y tentadoras que Lorelei había visto bajo el Mar Inferior se alzaban desde el río. Unas nixes se arrastraban hasta posarse sobre unas rocas para bañarse a la luz de las estrellas. Una se inspeccionaba el brillo de sus uñas afiladas y letales, mientras que otra envolvió una roca lisa con la cola en una pose seductora, como una mujer tendida sobre un diván. Se quedaron contemplando al grupo con aquellos horribles ojos como de reptiles.

Un terror instintivo se apoderó de ella.

—Esto es demasiado peligroso. Busquemos otro camino.

—No hay otro camino —repuso Sylvia—. ¿Queréis que os ayude o no?

—Lorelei tiene razón —dijo Heike, como si nada—. ¿Por qué deberíamos confiar en que no vas a ahogarnos a todos?

—Venga ya —murmuró Sylvia, entre el agotamiento y la exasperación—. No me apetece morir aún. Incluso si pudiera desatarme y venceros a todos, vuestra tripulación me detendría en cuanto pusiera un pie en el *Prinzessin.*

Heike no pareció muy convencida.

—Es peligroso si seguimos el cauce del río —concedió Sylvia—. Pero esas nixes no me parecen agresivas, dado su lenguaje corporal. Lo que sienten es curiosidad. —Hizo una pausa mientras se lo pensaba—. Aunque eso puede cambiar muy rápido si nos ven como a una amenaza.

Johann no apartó la vista de las criaturas.

—¿Quién tiene algo de plata que no vaya a echar de menos?

Adelheid le dedicó una mirada expectante a Heike, quien llevaba una capa pequeñita con unos flecos como de escamas de plata.

—Ni se te ocurra —se quejó Heike—. Que es nueva.

La expresión nada impresionada de Adelheid se acentuó incluso más. Con un suspiro hastiado, Heike se arrancó unos cuantos trocitos de plata del borde de su capa y se los dio a Johann, que la esperaba con la mano extendida. La prenda de Heike tintineaba y brillaba cada vez que se movía.

—¿Qué pretendéis hacer con eso? —le preguntó Lorelei, recelosa.

Johann cerró el puño en torno a su nuevo alijo de plata.

—Podemos purificar el agua y acorralarlas.

—¡No! —Sylvia abrió los ojos como platos—. Es muy cruel hacerles algo así.

—Por mi parte, yo preferiría que no me coman —repuso Heike sin alzar la mirada, demasiado concentrada con un hilillo suelto en su capa—. ¿Se te ocurre algo mejor?

—Pues es posible que nos ganemos su confianza en el transcurso de algunos días, quizás semanas…

—Hazlo y ya —interpuso Adelheid con impaciencia.

Sin dudarlo, Johann lanzó un trozo de plata al agua. La escama dio vueltas por el aire y lanzó

unos destellos blancos y plateados antes de cortar la superficie como si de un cuchillo se tratara. Solo hizo falta unos segundos antes de que las nixes retrocedieran, con las agallas dilatadas. Se pasaron las manos por el cabello y, de pronto, se pusieron a chillar.

Lorelei sintió que el chillido le llegaba hasta lo más hondo de los huesos. Desesperadas, las nixes se zambulleron y empezaron a nadar río arriba. Conforme la última de ellas desaparecía en medio de la corriente, cayó en la cuenta de que acababan de hacer algo que no tenía marcha atrás. Casi pudo ver el metal contaminar el agua como si fuese veneno.

Johann observó la escena con una sonrisa complacida y solo se volvió cuando Adelheid le apoyó una mano en el hombro. Era como uno de aquellos mocosos que disfrutaba calcinando hormigas con la ayuda de una lupa.

Los ojos de Sylvia brillaron por la furia, aunque también por algo parecido a la tristeza. Cuando descubrió a Lorelei mirándola, su expresión se endureció por completo. Y aquello dolió más de lo que imaginaba.

—Supongo que ahora actuamos como salvajes, entonces —acotó Lorelei—. ¿Vamos ya?

Adelheid, Johann y Heike empezaron a avanzar, con Sylvia arrastrando los pies tras ellos. La cuerda que la ataba y que había empezado a deshilacharse la seguía sin ganas, como la cola del vestido de boda más triste de la historia. Lorelei estuvo tentada a recogerla, siquiera para ahorrarle el tropezón o que pareciera un soldado en camino a una muerte segura. Sin embargo, tras un instante, cambió de opinión. A Sylvia no le iba a gustar y Lorelei no quería ganarse más de su rabia. Hacía un tiempo, una parte de ella habría disfrutado al ver lo bajo que había caído y quizás hasta se habría burlado por ello. Pero en aquellos momentos era como ver a un halcón con las alas cortadas.

Caminaron lado a lado en silencio. Al principio, creyó que Sylvia se contendría lo suficiente (quizás por puro despecho) para guardar silencio. Pero al final no pudo evitarlo.

—¿Por qué? —inquirió.

—Vas a tener que ser más específica.

—Sabes bien a qué me refiero. Después de todo lo que hemos pasado, después de… —Dejó de hablar, y aquello que no dijo consiguió que a Lorelei se le retorcieran las tripas. Le dolía respirar. Demasiados recuerdos se amontonaban unos con otros, dispuestos a salir a la superficie. Los copos de nieve que habían caído sobre el cabello pálido de Sylvia. Sus ojos intensos como si estuvieran en llamas. El azul pálido de sus labios cuando Lorelei la había sacado de aquellas aguas congeladas. El gozo exultante de sus carcajadas mientras cabalgaba al mara. Sylvia, por un maravilloso y único momento, siendo completamente suya.

Todo le parecía más lejano que nunca.

—¿Cómo has podido? —Sylvia la miró con los ojos llenos de lágrimas.

¿Y qué podía responderle? Después de todo lo que había pasado, quizás por fin se había

convertido en aquello que todos sospechaban que era en realidad: desleal, traicionera y egoísta. Un chucho dispuesto a hacer lo que le ordenaran con tal de ahorrarse los golpes.

—No me ha quedado otra opción.

Sylvia soltó una risa amarga. Desde luego no se le escapaba la ironía de que la que no tenía ninguna opción era ella.

—Qué cobarde eres.

Pues sí. Más de lo que te imaginas.

—No todos nos podemos permitir tener principios, ¿sabes?

Johann volvió la vista hacia ellas con una mirada que parecía decirles: «Os estoy vigilando».

Lorelei le dio un golpe en el hombro a Sylvia al pasar por su lado.

El musgo espeso que crecía en el borde de la ribera amortiguaba el sonido de sus pisadas, pero el borboteo de la corriente (y el crujido ocasional de una rama o el chillido de un pájaro) ofrecían un respiro de aquel silencio sepulcral. A diferencia de la oscuridad impenetrable del Vereist, las aguas de aquel riachuelo eran traslúcidas como el cristal. El éter cubría su superficie como una capa de aceite, iridiscente y centelleante bajo la luz de sus lámparas. De tanto en tanto, captaba unos vistazos de los ojos atormentados de los fantasmas: observándola a través del entramado de las hojas y desde las profundidades cubiertas de piedrecillas del río.

La recorrió un escalofrío. Cuanto antes se largaran de aquella isla, mejor.

Mientras caminaban, Johann iba lanzando cualquier trocito de hierro o plata cada vez que el riachuelo cambiaba de dirección: cuentas que arrancaba del vestido de Heike, monedas de su propio monedero e incluso una medalla olvidada que había encontrado al fondo de su mochila. Sylvia hacía una mueca de dolor cada vez que oía el sonido del metal al caer en el agua.

Avanzaron hasta que estuvieron demasiado cansados como para seguir andando. Una vez que montaron el campamento, Lorelei se refugió cerca del fuego. Tras quitarse el sobretodo y subirse las mangas hasta los codos, el calor se volvió soportable. Era una noche húmeda, casi agobiante, pero la luz hacía que los fantasmas se mantuvieran a cierta distancia. Flotaban justo fuera de la esfera que formaba, con los ojos como lunas enormes que parpadeaban una y otra vez.

Se quedó observando el baile de las llamas hasta que un movimiento en los bordes del campamento le llamó la atención. Johann había empujado a Sylvia hacia la base llena de raíces de un tejo y le estaba ajustando las ataduras en torno al tronco.

—¿Tienes que atarme? —le preguntó Sylvia—. Te aseguro que no pienso irme a ningún lado.

Johann no le contestó.

—Tengo sed —se quejó, más insistente de lo que Lorelei habría sido en sus circunstancias.

—¿En serio? —preguntó él, con un dejo divertido y cortante a la vez. Destapó su odre y, en un gesto de lo más despiadado, se lo echó en la cabeza.

Sylvia ahogó un grito y parpadeó para que el agua que le caía por la cara no le entrara en los

ojos. Con el mismo orgullo de siempre en su voz, se las arregló para murmurar entre dientes un «gracias».

Johann se quedó mirando su odre algunos segundos, como si acabara de reparar en lo que había hecho. Sin decir nada más, dio media vuelta y se metió en su tienda.

Una sensación horrenda invadió a Lorelei y los dedos le escocieron con un impulso impotente y asesino. Por Dios, cómo lo odiaba. Más que cualquier otra cosa, lo que quería era tener el poder de hacerle daño de verdad. Estuvo tentada a zarandear a Adelheid hasta que despertara y obligarla a controlar a su perro. Solo que aquello no beneficiaría a Sylvia en absoluto. Estaba sentada con la cabeza gacha contra el árbol, con agua goteándole por la barbilla. Era muy patético y Lorelei no podía dejarla así.

Rebuscó entre sus cosas hasta que dio con su propio odre y, procurando no hacer ni el menor ruido, se le acercó. El fuego casi no llegaba hasta donde estaba y tan solo el mínimo atisbo de luz (y nada de su calor) rozaba las hojas y bañaba los rasgos de Sylvia de color dorado.

Se agachó a su lado y destapó su odre con los dientes.

—Ten.

—No pienso caer dos veces en la misma trampa —dijo ella de mala gana—. Quizás la hayas envenenado y todo.

—No seas ridícula. Si quisiera matarte, ni te lo verías venir. —Sylvia no se dejó provocar y aquello casi que la decepcionó. El sudor se le iba acumulando de forma molesta en la nuca—. Estás cooperando. Johann no necesita ser tan cruel.

—Cómo me tranquiliza saber que te pondrías de su lado en cuanto deje de cooperar.

La paciencia nunca había sido el punto fuerte de Lorelei. Incluso en aquellos momentos, cuando sabía que debía estar de rodillas y suplicándole que la perdonara, estuvo más que tentada a hacerla abrir la boca y obligarla a beber, para luego darle de golpes con el odre vacío. Sería todo más sencillo si se limitaba a aceptar su amabilidad. Sin embargo, cuando se percató del dolor en la mirada de Sylvia, todo su fastidio desapareció al instante. Ambas habían llegado a su punto más vulnerable, a la cumbre de todo su resentimiento…

Y no era eso lo que quería. ¿Cómo había podido quererlo en algún momento?

—Me he dado cuenta de que no me quedan fuerzas para hacerte daño —dijo Lorelei—. A no ser que me lo pidas.

Sylvia dejó de respirar.

—No te burles de mí.

—No me estoy burlando —murmuró por lo bajo—. Bebe y ya, Von Wolff. Tu orgullo no debería costarte la vida.

Aunque sí que parecía que le costaba otra cosa cuando asintió por fin. Lorelei le llevó el odre a los labios y Sylvia bebió como si fuese a arrebatárselo en cualquier momento. Cuando se echó

hacia atrás, con la respiración entrecortada, un hilillo de agua se le deslizó por la barbilla.

Lorelei quiso secárselo con su pañuelo. Quería curarle las heridas, cepillarle el cabello hasta deshacer todos los enredos y trenzárselo como había hecho en aquella montaña albense. Quería volver a besarla, con ternura al principio y luego con todo el hambre que seguía latente en su interior. Quería y quería y quería… tantas cosas y con tanta desesperación que temía que su avidez no tuviera límites si se trataba de Sylvia von Wolff. Y, aun así, se había asegurado de que no volviera a ser suya jamás. En ocasiones, Lorelei se odiaba a sí misma. La mayor parte del tiempo, vaya.

—Podrías guiarnos por el camino equivocado —le dijo—. Sería bastante sencillo.

—¿Para qué? Lo que dije antes iba en serio. Si muero, todos vosotros moriréis conmigo. Y no es eso lo que quiero.

—Bien merecido lo tendrían. —*Sobre todo yo.* Entonces vaciló antes de añadir—: Lo siento. Si hubiese tenido cualquier otra opción…

—Ya es tarde para eso. —Sylvia soltó un sonido a medio camino entre un sollozo y una risa—. Pero aquí me tienes, lista para perdonarte. Como la idiota que soy.

Le parecía toda una bendición, una que no se merecía en absoluto.

—Deja que me lo gane. —Las palabras se le escaparon sin su permiso—. Esto no ha terminado aún.

—¿Cómo puedes decir eso? —le preguntó Sylvia, desolada—. No tiene sentido. Si de verdad no tenías otra opción, tanto tú como yo somos prisioneras. Incluso si sobrevivimos a esto, Wilhelm me hará pagar por el asesinato de Ziegler… y a Albe por lo que mi madre ha hecho. No hay nada que pueda hacer para impedirlo.

Si había algo que definía a Sylvia von Wolff, era aquel optimismo insufrible. Así que Lorelei casi ni la reconocía en aquellos momentos. Estaba totalmente derrotada, abatida y acurrucada sobre sí misma. Y de todas las cosas que podría haberle hecho sentir, lo que sentía era una rabia absoluta.

—Me das asco.

La mirada de Sylvia se volvió dura como la piedra.

—¿Yo? ¿Yo te doy asco a ti?

Eso, no me dejes ganar, pensó. *No te rindas.*

—Pero si eres Sylvia von Wolff —siseó—. Es un nombre con peso, ¿o acaso lo has olvidado? ¿De verdad quieres quedarte aquí y morir como un chucho molido a golpes?

—¿Y qué pretendes que haga? Me habéis dejado sin opciones. —Entonces volvió la cabeza para no mirarla—. Vete, Lorelei. Quiero dormir.

Lorelei obedeció, aunque echando chispas. Por mucho que se moría por sucumbir al sueño y dejar de pensar, no iba a conseguir pegar ojo con la sangre corriendo por sus venas a tal

velocidad, de modo que se fue al río. Una vez que terminó de llenar la cantimplora y de salpicarse un poco de agua en la cara, contempló su reflejo lleno de ondas. Pese a que se veía demacrada y hecha polvo, por primera vez en semanas, se sentía viva de verdad.

Su mente había vuelto a ponerse en acción.

Como yeva, le habían inculcado dos principios desde que había nacido: por un lado, la supervivencia. Y, por el otro, la justicia. Cuando la habían puesto entre la espada y la pared, le había parecido imposible seguir ambos. En aquel momento, probar suerte con el bando de Adelheid le había parecido lo más prudente…, la única decisión que podía tomar. Solo que no tenía ninguna garantía con los jueguecitos que les gustaban a los nobles, ninguna forma de protegerse, e, incluso si Adelheid mantenía su palabra, el poder que ejercía sobre ella se convertiría en un veneno que fuese matándola poco a poco durante el resto de sus días. Saber que su libertad y su mente no eran suyas era la muerte más agonizante que se le podía ocurrir.

Y llevaba años soportándolo.

La noche estaba totalmente despejada y el agua reflejaba las estrellas del cielo. Se extendían por toda la superficie como unas madejas de tela brillante y, bajo la imagen congelada del cielo, distinguió algo que le pareció familiar.

Escondida entre las piedras lisas del río había una de las monedas de hierro que Johann había lanzado. Antes de poder cambiar de opinión, se quitó un guante y metió la mano en el río. El frío le producía una especie de alivio tormentoso, como cuando se apretaba hielo contra una quemadura. Removió el sedimento con torpeza con los dedos y unas nubecitas de barro se alzaron en el agua. Le costó mucho cerrar los dedos en torno a la moneda y, cuando por fin lo consiguió, sintió una sensación de triunfo muy patética por el logro. La sostuvo frente a ella, goteando y bañada por la luz celestial.

Una cabeza gris y lisa emergió del agua.

A Lorelei se le cortó la respiración por la sorpresa. La nixe la observaba con una hostilidad que apenas contenía, pero, cuando se percató de la moneda que llevaba en la mano, sus ojos negros se suavizaron con una curiosidad a regañadientes. Separó los labios para revelar una fila de dientes serrados.

Aunque habría sido muy sencillo para aquella criatura ahogarla en aquel mismo instante, se limitó a quedarse quieta, como si estuviera a la espera de lo que Lorelei fuese a hacer a continuación. Con los ojos clavados en los de la nixe, se metió la moneda en el bolsillo en un movimiento deliberado y esta le devolvió una mirada que casi parecía de aprobación.

No, pensó. *De agradecimiento.*

Entonces se volvió a sumergir y desapareció.

Pero la cosa no había terminado, pues un plan se le empezó a formar con dificultad. Sylvia tenía razón. Las dos eran prisioneras y, tal como Johann había demostrado sin despeinarse, no

eran rivales para él. Solas no tenían ninguna posibilidad de escapar. Pero aún había ciertas alianzas que podían hacer.

Y, si tenía que sacar a Sylvia a rastras de aquel pozo de desesperación en el que se había hundido, eso pensaba hacer. No iba a permitir que se rindiera.

Veintitrés

Al día siguiente, a eso de media mañana, hacía tanto calor que todos terminaron quitándose el abrigo. Las nubes se arremolinaron y se oscurecieron hasta que terminaron soltando su carga. El cielo los empapó con su lluvia y el mundo pareció brillar por la humedad. La magia zumbaba en el aire y la cadenita de hierro que Lorelei llevaba en el cuello le ardía conforme el canto distante de una nixe se alzaba por encima del siseo de la tormenta.

—Esto es una mierda —se quejó Heike—. Es el peor viaje que hemos hecho en la vida.

Iba avanzando a regañadientes al final del grupo. Tenía el pelo pegado a la cara y sus botas elegantes parecían estar hechas de barro más que de cuero. Irradiaba una miseria tan potente que no le faltaba mucho para acabar con la poca paciencia que tenía Lorelei.

—Seguro hay algo de información que puedas ir recopilando —comentó Adelheid sin emoción en la voz—. Haz algo útil en lugar de andarte quejando.

—Pensándolo bien, caminar por estos páramos es una maravilla. —Como si lo hubiese convocado con sus palabras, la mochila se le enganchó en una rama baja y tuvo que sacudirse de forma violenta para liberarse tras partir aquella pobre ramita—. ¿Y a ese qué le pasa?

Encabezando el grupo, Johann avanzaba como si lo persiguieran. Sylvia iba dando tumbos para intentar seguirle paso mientras él tiraba de sus ataduras.

—Vete a saber —contestó Lorelei, aburrida.

—Seguro que no es nada. —Adelheid le dedicó a Lorelei una mirada de reproche. Su siguiente paso la llevó a hundirse hasta la rodilla en un charco que hizo que un escalofrío nada digno la recorriera de pies a cabeza. Cuando arrancó la bota del barro, un sonido húmedo de lo más asqueroso siguió al movimiento.

Heike soltó una risita burlona.

—En fin —dijo Adelheid, con un suspiro hastiado—. Id con cuidado.

Siguieron el cauce del río hasta llegar a una cascada. El agua caía desde el borde de un acantilado de caliza en una cortina blanca y perfecta que se vaciaba en un estanque muy amplio. Johann se detuvo en seco al verla y Sylvia se estrelló contra su espalda con un sonidito de sorpresa indignado. A Lorelei no le llevó más de un segundo entender qué había pasado.

Unas rocas sobresalían del agua en una formación circular de lo más extraña. El sol se había abierto paso entre las nubes que lo cubrían y hacía que la superficie del estanque reluciera con un

anillo dorado. Un montón de nixes se habían acomodado sobre las piedras, para tomar el sol, tararear y trenzarse el cabello. Había muchísimas más de las que había visto juntas en la vida, probablemente porque las habían hecho nadar río arriba por culpa del hierro que contaminaba el agua. La cadena que llevaba en el cuello le ardió en señal de advertencia.

—Estupendo —se quejó Heike—. Buenísimo tu plan, Johann. Sin fallos, claramente. ¿Y ahora qué hacemos?

Las nixes se volvieron para mirarlos. Aunque era difícil atribuirles rasgos humanos, parecían bastante disgustadas al verlos. Tenían las agallas extendidas, al igual que las aletas que les coronaban la cola. No tenían otro camino que tomar salvo que quisieran volver sobre sus pasos por el bosque.

Adelheid se volvió hacia Sylvia.

—¿Qué crees que debamos hacer?

Sylvia, por maltratada que estuviera, parecía que no podía evitar ofrecer sus conocimientos si se lo pedían.

—Ah, pues… Anoche os dije que las nixes no parecían muy agresivas. Pero estas son otro cantar.

—¿Ah, sí? —preguntó Heike con impaciencia—. ¿Y a estas cómo las describirías?

—¡Pues hostiles! —Sylvia se volvió hacia ella—. Si me hubierais hecho caso, no estaríamos en esta situación.

—Haz algo, entonces —siseó Heike.

Adelheid intervino con un suave carraspeo:

—Puede que lo más sensato sea volver.

—No —dijo Lorelei—. ¿Y si les cantas, Von Wolff?

Johann pareció sentir náuseas ante la mera sugerencia. Sylvia la miró, recelosa.

—Puede comunicarse con ellas —siguió Lorelei—. Lo he visto con mis propios ojos.

No sabía cuanta… fluidez tuviese en el idioma de las nixes, si es que podía llamarse así, pero, si podía convencerlas para que distrajeran a los demás o que los obligaran a quedarse quietos, era posible que pudieran escapar.

Lorelei se la quedó mirando con una expresión que esperaba que transmitiera un «sígueme el juego».

Sylvia le devolvió una mirada confusa y el peso de la decepción se le asentó a Lorelei en el estómago como si de una piedra se tratase. No había entendido lo que había intentado decirle o quizás se había resignado a su destino. Pero entonces una sonrisa se le extendió por el rostro y pudo ver el brillo de algo que, por mucho que le doliera, también le resultaba muy conocido: la esperanza.

No se había rendido aún, no.

—Esa es una idea buenísima —acotó Sylvia.

—La que se nos viene encima —dijo Heike.

Aunque la máscara de indiferencia de Adelheid se vio perturbada por la ansiedad, no les puso peros, por lo que los cinco terminaron bajando hasta el estanque. Mientras Sylvia se acercaba hasta el borde del agua, el resto de ellos se refugió a una distancia segura. Seguía con las muñecas atadas detrás de la espalda y Lorelei había intentado no prestarle atención a los moretones que tenía salpicados por su piel pálida ni a que se le habían hinchado los dedos por la presión de la cuerda.

Llevar a cabo ese plan era o bien increíblemente valiente o increíblemente estúpido. Y quizás ambos. Un solo error y podía terminar siendo arrastrada hacia una tumba submarina o hecha pedazos. Sin embargo, por primera vez en la vida, la preocupación que sentía Lorelei parecía algo distante. ¿Cómo iba a dudar de Sylvia? Si la había visto desafiar a la muerte incontables veces. Si bien no canalizaba el éter, poseía una magia totalmente distinta y muchísimo más potente. Cada wildeleute con el que se cruzaban caía rendido a sus encantos. Durante mucho tiempo, había sido incapaz de entender cómo lo hacía. Pero, al fin, lo había hecho.

Sylvia nunca había dejado que el mundo dejara de asombrarla.

Y apreciaba a todas las criaturas.

Las nixes le mostraron sus dientes afilados. Si bien la mayoría de ellas se quedaron en sus rocas, agitando la cola en señal de advertencia, las más valientes se sumergieron y se acercaron a la orilla. Sus escamas raspaban las rocas y centelleaban bajo la luz. Se apoyaron sobre los codos, con su cabello enredado rodeándolas como un halo y su piel grisácea manchada por el cieno. Sylvia avanzó hasta que el agua la cubrió hasta las rodillas.

Y entonces se puso a cantar.

Aunque su voz era espantosa, todo sea dicho, estaba comprometida al cien por cien con su estrategia y lo único que pudo hacer Lorelei fue admirarla por ello.

Las nixes también la observaron, cautivadas. Una a una, se fueron sumando a su canto. Una bandada de cuervos que había en lo alto alzó el vuelo, entre graznidos. La magia hizo que a Lorelei le cosquilleara la piel, como si fuese electricidad. Todas sus protecciones parecían vibrar ante las arremetidas de aquel embrujo. La cadena de hierro casi le quemó el cuello. Pese a que el sonido era horrendo y le taladraba el cráneo sin piedad, tenía algo cautivador. Las voces parecían recorrer su torrente sanguíneo como si de vino se tratara.

Sylvia se había plantado con el rostro alzado hacia el sol y una de las nixes le había envuelto la pantorrilla con los dedos en un gesto casi reverencial. Lorelei no estaba segura si lo que quería hacer era apartarla de un empujón o acompañarla a los pies de Von Wolff.

—Es precioso —dijo Johann.

Sorprendida, Lorelei se volvió hacia él. Había hablado con verdadera emoción en la voz,

aunque tenía los ojos nublados. Cuando dio un paso con torpeza hacia adelante, Adelheid salió de su estupor. Parpadeó con fuerza y lo sujetó del brazo, tanto para detenerlo como para recuperar el equilibrio.

—Johann —lo llamó, pero él se apartó de su agarre.

—Tengo que ir.

—Johann —insistió Adelheid, aferrándolo del brazo.

En aquella ocasión, Johann le devolvió la mirada con un odio que Lorelei jamás imaginó que pudiese dedicarle justo a ella. Sin previo aviso, la apartó de un empujón lo bastante fuerte como para hacer que terminara en el suelo, varios pasos más allá. Adelheid se incorporó tras unos segundos, con la boca abierta por la sorpresa y aferrándose un lado de la cara. Lorelei vio que una magulladura se le empezaba a formar bajo los dedos y que su cabello rubio se le había soltado de la trenza en diadema hasta caerle desordenado frente a los ojos.

Heike se arrodilló frente a ella con una sonrisa distante y soñadora.

—¿Qué haces, Addie? ¿Es que no lo oyes? Tenemos que ir.

—No. Que no. Nos quedaremos aquí. —Adelheid envolvió a Heike por los hombros y le dedicó una mirada de pánico a Lorelei—. ¿Qué les pasa?

—Sus protecciones —contestó Lorelei entre dientes—. Las han estado lanzando al río.

La comprensión llegó a los ojos de Adelheid. Dándose cuenta del peligro en el que estaba, devolvió su atención a Johann.

—Vigílala. —Con movimientos torpes, se las arregló para quitarse una de las cadenas que llevaba en el cuello y se la puso a Heike—. Tengo que ir a por él.

—¿Estás loca? —exclamó Lorelei—. ¡Mira lo que te ha hecho! Y esas cosas te matarán si te acercas.

Adelheid soltó una palabrota.

—¡Johann!

Solo que él ya se había postrado de rodillas junto al estanque. Una de las nixes le rodeó el cuello con un brazo mientras que otra deslizaba una de sus manos palmeadas por el interior de su muslo. Johann se agachó un poco más, obediente y con los ojos muy abiertos. Una de las criaturas le acarició la cara con la mano y dejó a su paso una mancha reluciente de la barbilla a los labios. Lo hizo volver el rostro hacia el suyo y lo besó. Cuando se apartaron, ambos tenían la boca roja por la sangre de él, la cual fluía sin cesar desde el mordisco que le había pegado en el labio inferior.

Aquel espectáculo hizo que Lorelei despertara del trance. El estómago le dio un vuelco mientras rebuscaba con torpeza la moneda de hierro que se había guardado en el bolsillo. La apretó con todas sus fuerzas, como si eso pudiese hacer que el encantamiento de las nixes se disipara, pero, de momento, el débil gimoteo que estas le habían arrancado a Johann estaba

resultando ser más efectivo.

Pero qué asco, pensó. Tenía que llegar hasta Sylvia antes de que todo se saliera de control o terminara presenciando algo que no pudiera borrar de su memoria.

—Sylvia…

La segunda nixe se impulsó para salir del agua y aferró a Johann del pañuelo. Antes de que Lorelei pudiera siquiera parpadear, la criatura tiró de él y Johann se sumergió, sonriendo encantado. El agua se agitó y borboteó de forma frenética.

Adelheid gritó, pero el sonido quedó enterrado en algún lugar entre todo el caos.

Y aquello bastó para hacer que las otras dos volvieran en sí. Heike gruñó, aferrándose la cabeza. Sylvia retrocedió con dificultad, tropezándose con sus propios pies, y cayó en la orilla con un chapoteo.

La sangre se extendió desde el fondo del estanque. Había tanta que lo único que Lorelei podía ver era rojo, rojo y más rojo derramándose sobre las ranuras de aquella calle adoquinada. Oyó unas carcajadas burlonas que resonaban entre los callejones. Las nixes chillaron y nadaron en círculos como si de un cardumen de tiburones se tratase. A Lorelei le empezó a dar vueltas todo por el pavor. Era como si fuese ella quien se hubiese sumergido en las aguas oscuras y no pudiese respirar, no pudiese ver nada. Flotando en algún lugar por encima de ella, Lorelei se dio cuenta de que Adelheid se estaba arrastrando hacia el agua.

—¡Adelheid! —Heike la aferró de la cintura y gritó con voz ronca—: ¡Para! ¡Ya no hay nada que puedas hacer por él!

Adelheid pasó a concentrarse en Sylvia. Las lágrimas le manchaban el rostro como si se hubiese pintado unas marcas de guerra.

—Vas a pagar por lo que has hecho.

Las nixes volvieron a chillar.

—Nos vamos ya —espetó Heike.

A regañadientes, Adelheid se dejó arrastrar en dirección al bosque. Ambas desaparecieron entre los matorrales y el crujido de las hojas.

—¡Lorelei! —Sylvia la llamó mientras se debatía con sus ataduras—. ¡Un poquitín de ayuda me vendría bien!

Lorelei volvió en sí con un jadeo entrecortado.

—¿No puedes hacer que se detengan?

—¡Me temo que no!

Las manos no dejaban de temblarle y estaba empapada con un sudor frío. No podía pensar. No podía acercarse al agua sin entrar en pánico, pero tampoco podía dejar que Sylvia muriera.

Johann había dejado su mochila tirada en el suelo. Las manos no le servían de nada, así de dormidas por el terror y con todo el daño en los nervios que había sufrido. Con un grito de

frustración, las estampó contra el suelo y el dolor la atravesó de forma tan despiadada que casi se desmayó.

Ah, pues aún funcionan, pensó.

Se las arregló para abrir la mochila y encontró un bisturí dentro de su equipamiento médico. Vaciló un segundo antes de recuperar también el sable que le habían confiscado a Sylvia.

Una nixe se alzó desde las profundidades y se lanzó en dirección a Sylvia. Lorelei levantó un brazo y tiró del agua con todas sus fuerzas. No había tenido en cuenta lo fácil que le resultaría manipularla debido a la concentración del éter, por lo que esta respondió como si de un sabueso bien entrenado se tratara. Una ola se alzó desde la superficie y se estrelló contra la nixe que iba a por Sylvia con más fuerza de la que Lorelei había pretendido. Cuando volvió a salir, su rabia parecía haber disminuido un poco.

—Increíble —murmuró.

Pero Lorelei no tenía más tiempo que perder. Corrió hasta donde estaba Sylvia y la aferró del codo. Aunque agarrar el bisturí era una tortura, cortó las cuerdas que sujetaban a Sylvia lo más rápido que pudo. La soga se soltó con un chasquido y cayó al suelo. Entonces tiró de ella para levantarla.

—Venga —gritó, para hacerse oír por encima de los chillidos de las nixes.

Tomadas de la mano, huyeron.

Solo que no llegaron muy lejos antes de que Sylvia se tropezara con una raíz que sobresalía del suelo. Se le escapó un grito ahogado y, por instinto, Lorelei se estiró para atraparla. Gracias a algún milagro, consiguió sujetarla y estabilizarlas a ambas. Incluso a través de los guantes y las capas de tela, el calor que irradiaba el cuerpo de Sylvia era abrasador.

—Ten cuidado —le dijo, aunque fuera para llenar el frágil silencio que se había asentado entre ellas. Su aliento le agitó los rizos que le caían por las sienes.

Por un segundo, Sylvia se la quedó mirando, embobada. Pero entonces parpadeó y su furia fue como una presa viniéndose abajo.

—¡Ni se te ocurra tocarme!

Una vez más, Lorelei tuvo que hacerle frente a lo mucho que había echado a perder las cosas entre ellas. Sabía que había llegado el momento de ponerse de rodillas y suplicar su perdón sin que su orgullo hiciera acto de presencia. Sin embargo, resultaba bastante más complicado de lo que había creído no ceder a sus costumbres. Por mucho que lo intentó, no pudo obligarse a hacer lo correcto. No pensaba actuar con elegancia. Su mal carácter volvió a salir a flote y, sin miramientos, soltó a Sylvia para que cayera al suelo como un saco de patatas.

—Supongo que tendría que haberte dejado morir, entonces.

Sylvia no tardó nada en recuperarse. Antes de que Lorelei pudiese retroceder siquiera un paso, ya se había puesto de pie y había desenvainado su sable. La punta vibró a tan solo un centímetro

de la nariz de Lorelei, reluciente bajo la luz opaca del sol.

—Pues quizás sí. Y yo debería matarte por lo que me has hecho.

Menudo espectáculo estaban dando. Ambas con la respiración agitada y empapadas de un agua ensangrentada. Sylvia había pasado a tener las manos igual de destrozadas que Lorelei. Tenía todos los dedos hinchados y moteados de azul por la presión de las ataduras y la herida que le había hecho el alp sangraba de nuevo. El brazo le temblaba por el esfuerzo de sostener el sable en alto.

—Hazlo —la instó Lorelei.

Sylvia vaciló. La mirada que le dedicaba parecía de arrepentimiento, de pena incluso.

—Es deshonroso atacar a un oponente desarmado.

—No me jodas. ¡Que le den al honor! ¡Mira a tu alrededor! No queda nada de honor en este mundo.

—¿Perdona? ¿Quién te crees que eres para hablarme así?

—No estoy desarmada —gruñó Lorelei. Con un movimiento de su mano, el agua salió de su odre con un estallido. Le resultaba más fácil usar su magia en aquel lugar que en cualquier otro y el agua la rodeó en una espiral amenazadora. Nunca se había sentido tan poderosa ni tampoco tan desdichada—. Las víboras nunca dejamos de serlo, ¿no? Así que mátame. Sería muy estúpido de tu parte no hacerlo. Siempre íbamos a terminar así.

La expresión de Sylvia era imposible de leer.

—No.

—¡Por lo menos atácame!

Házmelo pagar. Lorelei no podía hacerlo por sí misma, no de un modo que contara.

Ante el silencio de Sylvia, Lorelei echó chispas por la furia. Ni siquiera le iba a conceder el honor de darle una cicatriz. Y quizás ese sería el peor castigo de todos: que, después de todo lo que había pasado, Sylvia encontraría algún modo de recordarle su posición, así como todas las cosas que jamás podría tener justo por eso.

—Después de todo lo que hemos pasado, ¿me harías ese desaire?

Sylvia pareció llegar a su límite y entonces se puso a llorar.

—Eh… Mmm… —Toda la furia que Lorelei había sentido desapareció en un instante y se vio reemplazada por un pánico absoluto—. ¿Qué está pasando? ¿Qué haces?

—No puedo soportarlo. —Sylvia soltó el sable y se dejó caer sobre el suelo. Tras enterrar el rostro entre las manos, soltó entre gimoteos—: He matado a Johann.

Como si se estuviera acercando a un animalillo herido, Lorelei se arrodilló a su lado. Dado que Sylvia no se apartó, le acunó el rostro con las manos. En el fondo sabía que no debía tocarla con cariño después de todo lo que le había hecho, porque debajo de todo el barro y el agotamiento, Sylvia era un ser puro. Todas sus cicatrices brillaban con la luz. Pero, cuando se inclinó hacia su

toque, Lorelei cedió ante la tentación de repasar la cicatriz que tenía en la mejilla.

—Deja de llorar —le dijo con torpeza—. Mírame.

Sylvia obedeció. Sus pestañas níveas estaban empapadas por las lágrimas. Aunque Lorelei no estaba hecha para ofrecer consuelo, iba a tener que intentarlo. Por Sylvia.

—No lo has matado. Han sido las nixes. Si hubieras sido tú quien hubiera muerto, él no estaría sufriendo. Pero eres demasiado buena, Sylvia. Guarda tus lágrimas para quien las merezca.

Sylvia se sorbió la nariz y se secó las lágrimas como pudo.

—Sí… Sí, tienes razón. Supongo que el chaval con el que me crie murió hace mucho tiempo. Es solo que… Ojalá todo hubiese sido distinto.

—Has hecho lo que tenías que hacer —dijo Lorelei—. E incluso has hecho más por el bien mayor. Sin él, es posible que tengamos una oportunidad.

Sylvia frunció el ceño.

—¿A qué te refieres?

—No fue él quien mató a Ziegler, sino Adelheid.

—¿Adelheid? —repitió—. No… No puede ser.

—Es cierto. —Lorelei siempre había sabido que Adelheid poseía una determinación férrea. Y ya había comprobado que también podía ser despiadada. Le contó todo lo que había ocurrido después de que le pidiera que distrajese a Heike, así como el plan que tenía Adelheid para asesinar a Wilhelm y su propuesta de proteger a los yevaníes en Ebul.

»Creía que estaba escogiendo el mal menor. Pero me equivoqué. Tenía miedo. He tenido miedo toda mi vida y me temo que eso no va a cambiar. —Aunque se había puesto a parlotear como una sensiblera, no parecía que pudiese parar—. Soy la criatura cobarde y desalmada que siempre has creído que soy. Soy brusca y egoísta y cruel. Pero tendría que haber ido en contra de lo que soy. No debería haberte traicionado.

Tendría que haberte elegido a ti.

—Cielos, Lorelei —exclamó Sylvia, y sus palabras le sentaron como una absolución—. Eres humana. ¿Entiendes lo que ha pasado? Has interpretado tan bien el papel de la villana que has terminado convenciéndote de que es lo que eres. De verdad que no tienes ni la más mínima idea de quién eres.

—¡Claro que sé quién soy! Tú brillas más que el propio sol, mientras que yo…

—Para ya —la cortó con voz temblorosa—. Has cometido errores, como todos. Pero ¿acaso no te ves a ti misma? Eres muy lista y observadora. Proteges con uñas y dientes a aquellos que quieres y tu lealtad no conoce límites, por mucho que sea a tu manera. No me creo que hayas obrado ni una sola vez en aras de tus propios intereses, para bien o para mal. Y eso es algo que siempre he admirado de ti.

Lorelei no supo qué decir. Era como si le hubiesen subido todos los calores de pronto.

—Te perdono. —Sylvia le dedicó una sonrisa piadosa que pareció como si el sol mismo le sonriera—. Pero bueno, si te doy un abrazo, ¿voy a perder alguna extremidad?

—Ya veremos.

A Sylvia no le hizo falta mayor confirmación para apretujarla entre sus brazos. Por un instante, a Lorelei le pareció que iba a asfixiarla, pero, una vez se relajó, notó que en realidad era… agradable, con la humedad de su camisa y el golpeteo de su corazón contra la mejilla. Sylvia enredó los dedos con delicadeza en su cabello, para sostenerla contra ella. Aunque la ternura de aquel gesto casi bastó para hacer que se echara a llorar, prefería morir antes que ponerse a llorar frente a Sylvia von Wolff. Era un animal de costumbre, según parecía.

Cuando se apartó, le buscó la mirada a Sylvia. Algún día encontraría la forma de expresar todo lo que quería decirle.

—Gracias.

—No hay de qué. Creo…

—Podremos juntas con ella.

Sylvia parpadeó como si le hubiese dado un buen sopapo.

—Eh… ¿Claro? Ah, cierto. ¡Adelheid! Tú siempre directa al meollo.

—Céntrate, Von Wolff.

Sylvia puso mala cara, pero Lorelei estaba llena de una determinación renovada. Además de con muchas ganas de evadir el tema de los *sentimientos.* En su lugar, recordó la cara de Adelheid cuando Johann había desaparecido bajo el río: la expresión de una mujer a la que solo le quedaba una cosa por perder.

—Johann estaba dispuesto a defender a Adelheid hasta la muerte —dijo—. Pero ahora ya no tienen ninguna ventaja. Heike no sabe luchar y Adelheid estará fuera de control por haber perdido a Johann. Si encontramos el Ursprung antes que ellas, podremos decidir qué hacer con él.

—¿Y cuando volvamos a Ruhigburg? Wilhelm nunca se pondría en contra de Adelheid.

—Pues tendrá que hacerlo. Ni siquiera él es tan idiota como para lanzar todos sus esfuerzos por la borda por algo tan ridículo como el amor.

—¡No es ridículo!

Justo en ese momento, el sol decidió atravesar las copas de los árboles y su luz iluminó la indignación apasionada y sincera que ardía en los ojos invernales de Sylvia. La pintó de colores pasteles y jugueteó en su cabello salvaje. Era una obra de arte y siempre lo había sido.

—Es obvio que tenemos opiniones distintas —musitó con voz ronca.

Porque decir cualquier otra cosa sería faltar a la verdad.

A Sylvia se le formó el hoyuelo que tenía en la cicatriz de su mejilla, como si estuviese haciendo un esfuerzo por no sonreír.

—Vale, vale. Supongo que tendremos que ir yendo, entonces.

—¿Ah, sí? —Lorelei alzó las cejas—. ¿Sabes dónde está?

—Pues no —contestó Sylvia de buena gana—. Pero los wildeleute nunca me han llevado por el mal camino.

Lorelei la miró sin poder creérselo.

—Porque eso nos ha servido siempre, claro.

—A ver, que estamos vivas, ¿no? Yo diría que eso es algo positivo.

—Apenas. Pero menos da una piedra, supongo. —Lorelei soltó un suspiro—. Venga, tú dirás por dónde empezamos.

Veinticuatro

Para media tarde, la lluvia había disminuido un poco. Unos gotones colgaban desde las hojas y relucían en las finísimas telarañas. Por todas partes resonaba el eco de las gotas al caer. La humedad había vuelto el ambiente espeso, como si a la isla entera la cubriera un peso asfixiante.

Lo poco del cielo que se podía ver era del color intenso de un cardenal. A Lorelei le recordaba a la cima del Himmelstechen. Donde fuera que estuvieran, hacía rato que había dejado de ser el Mar Inferior.

Pero un problema a la vez, se recordó a sí misma.

Conforme la noche se deslizaba por el horizonte como una daga contra la garganta de la isla, un orbe de luz parpadeó entre la oscuridad y luego otro. Yacían suspendidos entre los árboles delgados y se bamboleaban de arriba abajo como si estuviesen en la corriente de un río. Cuanto más se quedaba mirándolos, más le quemaba la cadena que tenía en el cuello.

—He encontrado unos wildeleute que puedes perseguir.

—¿Ah, sí? —La emoción en la voz de Sylvia no tenía ningún derecho a sonar tan adorable.

Se detuvo y entornó la vista al mirar los arbustos. Una decena de lucecitas espectrales danzaban por el aire, moviéndose en círculos unas con otras. Al verlas más de cerca, Lorelei distinguió la silueta de algo similar a un pixie en medio de aquellas auras doradas: extremidades frágiles y esbeltas como ramitas y cabello como ascuas de fuego.

—Ah, no —Sylvia les restó importancia—. Esos son irrlicht, les gusta hacer que los viajeros se pierdan solo para pasar un buen rato.

—Ah, claro. No se parecen en nada a los otros wildeleute.

En algún lugar a lo lejos, se oía el canto de las nixes.

—Estamos cerca —la animó Sylvia.

—Estupendo —contestó de mala gana.

El canto de las nixes la atormentaba. No podía apartar de su mente la imagen de la sangre que se extendía sobre la superficie del agua. Juraría que podía ver a Johann entre los árboles, con su silueta tan alta dibujada gracias a la luz espectral de los irrlicht. Un muerto más se había unido a su legión de acompañantes. Se encontraba allí plantado con los labios azules y un rastro de sangre que manaba de su garganta como un montón de amapolas. Sus ojos le lanzaban una acusación:

Por tu culpa estoy muerto.

Aunque no era nada que él no les habría hecho a ellas. Quería decírselo, pero no serviría de nada y solo conseguiría asustar a Sylvia. Si fuese ella, no querría arriesgarlo todo en el mismo bando que alguien que claramente estaba al borde de la locura o, como mínimo, que era un imán para los wiedergänger, unas criaturas que se ponían la cara de los muertos como máscaras.

—¿Lorelei? —Sylvia la miró con expresión preocupada—. ¿Qué miras?

—Nada —dijo, restándole importancia. No se trataba de un wiedergänger, entonces. Qué decepción—. No llevo muy bien esto de la muerte.

—Sí me contaste que te atormenta —comentó Sylvia, vacilante—. ¿A qué te referías?

Consideró darle una respuesta mordaz, aunque fuera solo para esconderse tras la seguridad de su muro de espinas. Pero la tranquilidad en la mirada de Sylvia y la compasión de su voz hicieron que Lorelei no pudiera huir. *Arg.* Había querido ganarse su perdón, suponía que abrirse con ella —y contarle la verdad— era un buen inicio.

—A veces veo fantasmas —admitió a regañadientes.

—¿En serio? —Sylvia ladeó la cabeza para observar entre los árboles, como si pudiera captar algún vistazo ella también—. ¿Es Ziegler?

—A veces —contestó ella—. Pero hay otros.

—¿Tu hermano?

—Sí. Cuando éramos niños… —Lorelei llevaba años sin contarle a nadie aquella historia y no sabía si iba a poder sostenerle la mirada a Sylvia cuando lo hiciera. Su mente pareció flotar por encima de su cuerpo para permitir que el recuerdo la recorriera sin tocarla—. Lo convencí para que nos escapáramos del templo. Estaba jugando a ser naturalista cuando unos hombres de Ruhigburg cruzaron las puertas del Yevanverte.

Si bien suponía que había más detalles que contar, cómo había sucedido todo exactamente era algo que la eludía. ¿Cuántos hombres había en realidad? ¿Qué apariencia tenían? Los detalles más ínfimos e inconsecuentes eran lo que la atormentaba.

—Lo mataron. Para ellos fue como un juego.

—Dios…, qué horrible.

El dolor en la expresión de Sylvia parecía burlarse de ella. Cuando supiera toda la verdad, no la miraría con semejante ternura.

—Me dijo que huyera y eso hice. Salí corriendo.

—Pues claro que…

—No lo entiendes. Dejé que lo mataran. Lo abandoné. —La voz se le quebró de forma humillante—. Así que ya ves, siempre he sido una cobarde. Sacrificaría a cualquiera y cualquier cosa con tal de salvarme.

Cerró los ojos. No podría soportar lo que sabía que le esperaba. El reproche. El asco. La culpa.

Solo que, cuando se atrevió a volver a mirar a Sylvia, sus ojos la esperaban con una ternura de lo más apenada.

—¿Qué más podrías haber hecho? —Sylvia la sujetó del codo para atraerla hacia ella—. Lorelei, piénsalo con la cabeza fría, como haces con todo lo demás. Eras una niña. Te habrían matado a ti también. Tienes mucha suerte de que no lo hicieran.

—No sé yo si fue suerte. —Las palabras se le atascaron en la garganta.

—Yo tampoco creí que la tuviera al principio. —Sylvia le sonrió con tristeza—. No conocí a Aaron, pero, si eso fue lo último que hizo, fue lo más valiente y bondadoso que podría haber hecho. No quería que hicieras justicia, Lorelei. Lo que quería era que vivieras.

Detrás del hombro de Sylvia, apenas podía distinguir la silueta de su hermano. La sombra que siempre la seguía, su tormento, su pobre corderito.

Su rostro aún albergaba la redondez de la infancia y su silueta era desgarbada. Mientras se obligaba a sostenerle la mirada, vio que esta no era siniestra como siempre había imaginado, sino que apenas podía distinguir sus rasgos. Estaban ocultos, como si estuviera sumergido en unas aguas turbias. Y, cuando entendió por qué, casi se quedó sin aliento. Lo estaba perdiendo.

Quizás había sido ella la que no había estado dispuesta a pasar página.

—Vivir —repitió—. No estoy segura de saber hacer eso.

—De momento, tú respira. —Sylvia le acunó el rostro con las manos—. Céntrate en mí y quédate aquí conmigo.

Llevo años haciéndolo, podría haberle dicho. Porque ¿qué otra opción tenía?

Sin embargo, lo que escapó de ella en un hilo de voz fue:

—Lo intentaré.

Cuanto más se adentraban en el bosque, más extraño se volvía. Parecía como si hubiera mil ojos parpadeando en la oscuridad. Unas setas blancas florecían en troncos caídos, con sus láminas agitándose cuando pasaban por su lado. Las esporas eran bioluminiscentes y parpadeaban en la oscuridad como si fuesen luciérnagas. Todo lo que las rodeaba olía a verdor, como a humedad y a descomposición.

En aquel lugar, Sylvia parecía sentirse más cómoda, más ligera. Se detenía de vez en cuando para dar unos golpecitos en los troncos de los árboles, como si estuviera llamando a la puerta del vecino, o para agacharse y echar agua en sus raíces. Unos waldschratten salían a su encuentro con sus capas raídas hechas de hojas a cambio de baratijas y trocitos de pan. Todo parecía muy ridículo, pero a Lorelei no le quedaba más remedio que confiar en Sylvia. Y ella juraba que los wildeleute nunca la habían llevado por el mal camino.

Si lo pensaba, Sylvia tampoco la había llevado por el mal camino a ella.

Cuando avanzó por delante para abrirle paso y sostener una rama llena de vides en un movimiento muy caballeroso, Lorelei estuvo tentada a regañarla por pasarse de considerada, pero no consiguió obligarse a quejarse. Se había pasado las últimas horas alternando entre una agonía pulsante en las palmas y un entumecimiento que agradecía. La rozó al pasar y casi se cayó de bruces en lo que parecía un agujero enorme en el suelo.

Retrocedió con dificultad.

—¿Quieres matarme o qué?

—Hemos llegado —dijo Sylvia, con una sonrisita presumida.

Lorelei no veía de qué se sentía tan orgullosa. Ya que estaba, no sabía lo que estaba viendo. Cuando se inclinó hacia el borde, se dio cuenta de que estaban junto a una resurgencia. La superficie del agua era lisa como un espejo y estaba rodeada de unos tonos azules similares al de la piedra ágata. Ningún poder irradiaba de allí. El reflejo de su propia expresión cansada le devolvió la mirada con sorpresa.

—¿Esto es el Ursprung?

—¿Eh? No, claro que no —repuso Sylvia—. Esto nos conducirá a una serie de cuevas subterráneas. Los waldschratten me han dicho que el Ursprung podía estar en algún lugar más allá.

—Unas cuevas —repitió Lorelei.

—Exacto —dijo Sylvia de buena gana—. Las nixes suelen refugiarse en lugares como este, así que me lo creo. Pero tendremos que sumergirnos.

—Anda —comentó Lorelei, sin pizca de emoción—. Qué maravilla.

Y, como si le hubiese leído la mente, una silueta oscura atravesó el estanque. Una nixe.

A Lorelei se le aceleró la respiración. Lo único que podía ver eran tragedias potenciales hechas realidad. Lo único en lo que podía pensar era en Johann, arrastrado hacia las aguas turbulentas y ensangrentadas. En la expresión de pánico de Sylvia, en su cabello que ondeaba a su alrededor mientras el alp la arrastraba a las profundidades de aquel lago alpino. No sabía si podría soportarlo de nuevo.

—¿Confías en mí? —le preguntó Sylvia.

En aquella ocasión, no vaciló al contestar:

—Por supuesto.

Sylvia le sonrió.

—En ese caso, adelante.

—¿Adelante? ¿En eso consiste tu plan?

Sylvia pasó de ella y se agachó para que sus pies colgaran sobre el agua. Muy en contra de su voluntad, Lorelei la siguió. El dulce aroma de la hierba aplastada se alzó entre ellas. Lorelei se quitó el sobretodo y lo dejó a un lado, en el suelo. La luz que se reflejaba en el estanque iluminó

el rostro de Sylvia. Sus ojos tenían un brillo travieso y Lorelei volvió a notar (con algo de fastidio) que lo que sentía era ternura. A Sylvia todo le entusiasmaba. Incluso aquello que podía matarlas.

El canto de una nixe se alzó desde las profundidades y la magia hizo que sus protecciones ardieran.

Sí que confiaba en Sylvia. No le quedaba otra opción.

Como si pudiera sentir su reticencia, Sylvia le apoyó una mano sobre la suya. La nixe atravesó el agua como un cuchillo y volvió a emerger a unos pocos centímetros de su posición. Los dedos de Sylvia se aferraron a los suyos mientras se ponía a tararear. Era algo extraño eso de verlas comunicarse con aquel llamado y respuesta. Lorelei quiso salir por patas cuando la nixe alzó una mano del agua. Dejó algo en el suelo al lado de Sylvia y luego, con una sonrisa que casi parecía de picardía, volvió a sumergirse. Una escama con forma de corazón descansaba sobre la hierba, brillante como un ópalo bajo la luz del sol.

—¿Y eso para qué es? —preguntó Lorelei con impaciencia—. ¿Qué te ha dicho?

—No me ha dicho nada. —Sylvia recogió la escama y le dio algunas vueltas—. Es un regalo. No sé bien para qué, pero creo que implica que podremos ir tranquilas.

—Tus «no sé» y «creo» no me tranquilizan nada.

—Por mucho que lo intentemos, no se puede tenerlo todo planeado —repuso Sylvia—. ¿Sabes bucear?

—¿Cómo voy a saber…? ¡Pues claro que no!

—Ah… En ese caso, sígueme y no te desvíes.

Antes de que Lorelei pudiera decirle nada, Sylvia tomó aire y se sumergió. A Lorelei se le subió el corazón a la garganta. Bajo la superficie, Sylvia era una mancha blanca en contraste con el fondo del estanque. Unas siluetas oscuras la rodeaban en círculo y, desde tan arriba, la veía tan pequeñita que temió por ella.

Se le había ido totalmente la olla para siquiera considerar la idea de seguirla. Aun con todo, muy para sus adentros, sabía que nunca había tenido ninguna oportunidad de hacer nada sensato en cuanto Sylvia von Wolff entraba en la ecuación. Si ya había perdido el corazón, ¿qué más daba perder algo más?

Respiró hondo y, antes de poder cambiar de opinión, se sumergió de un movimiento. Había esperado quedarse sin respiración por el frío, pero el agua tenía una calidez de lo más extraña, además de una oscuridad tremenda. Lo único que atravesaba la penumbra era una columna de luz que se filtraba desde arriba. El cabello le flotó a su alrededor y pareció estirarse en dirección al sol.

Conforme los ojos se le acostumbraban a la oscuridad, vio que estaban rodeadas de nixes, acomodadas tranquilamente en unas formaciones rocosas. Algunas nadaban más abajo, rozando

el fondo del estanque y levantando nubes de arena por su paso. Su belleza era algo siniestro, con sus aletas traslúcidas y de un brillo poco natural. Las había doradas y plateadas, y otras brillantes como gemas. Pero todas tenían unos dientes lo bastante afilados como para hacerlas pedazos.

El canto de las nixes reverberaba por el agua y le llegó hasta lo más hondo de su ser. En la superficie, su magia se veía amortiguada por sus protecciones. Sin embargo, bajo el agua, el sonido le parecía más dulce que cualquier aria. Allí, los colores parecían más intensos. Notaba cada latido del corazón en todos los lugares del cuerpo donde le llegaba el pulso. Se sentía mareada, ya fuera por el éxtasis o por la falta de oxígeno. O quizás era que no había mucha diferencia entre ambos.

Sylvia se volvió hacia ella, con aquellos ojos tan brillantes como una llama ardiente. Le hizo un ademán con la mano para que la siguiera. A Lorelei le ardían los pulmones y eso fue suficiente para recordarle que debían seguir nadando. No podía permitirse morir ahogada allí como una tonta enamorada. Mientras nadaba hacia Sylvia, las nixes se deslizaron entre ambas, provocándolas. Notaba el roce de sus manos con membranas en la tela de su camisa. Algunas se le acercaron tanto que temía que fuesen a rozar sus labios con los suyos. Por muy horribles que fueran, también eran algo precioso. Si había algún modo de comunicarse con Dios, de posar la vista en algo sublime, seguro que aquella experiencia se acercaba bastante.

Unas cuantas nixes se colaron por una abertura angosta que había en la parte rocosa del estanque. Sin dudarlo, Sylvia se apretujó para seguirlas. Lorelei vaciló un poco. Si la confianza que tenía Sylvia en aquellas criaturas resultaba ser su perdición, pensaba volver en forma de dibbuk para atormentarla. No iba a dejar que lo olvidase nunca. Tras tomar fuerzas, rozó la piedra con la punta de los dedos y se impulsó para pasar.

La abertura era más angosta de lo que había anticipado. Las rocas la rodeaban y le arañaban la espalda. El pánico amenazó con paralizarla mientras sus pulmones sufrían por el esfuerzo de retener el oxígeno en su interior. Con un ademán de los dedos, tiró un poco de la corriente y esta avanzó a toda prisa para guiarla a la superficie.

Un rayo de luz se filtraba en lo alto. Sylvia nadó hacia allí, con el cabello agitándose a su alrededor como el humo en torno a una vela apagada.

A Lorelei se le empezó a oscurecer la visión en los bordes. *Un poco más y ya está.*

No podía sucumbir a las ansias de respirar cuando una bocanada de agua conseguiría hacer que se hundiera como una roca. Movió las piernas con desesperación hacia la superficie mientras su magia las impulsaba a las dos. Y salieron para dar una gran bocanada. Con lo último de sus fuerzas, Lorelei se arrastró hasta tierra firme, tosiendo y escupiendo agua.

Cada respiración que le llegaba a los pulmones hacía que le escocieran, como si los tuviera llenos de cristales rotos. Sylvia se la quedó mirando con algo entre el alivio y la sorpresa.

—Eso me enseñará a no seguirte a ciegas nunca más —gruñó Lorelei.

Sylvia se echó a reír.

—¿No te ha parecido maravilloso?

Cuanto más la miraba, menos podía discutírselo.

Sylvia casi parecía brillar, con el cabello cayendo a su alrededor como la plata derretida. Lorelei quería quedarse disfrutando toda la vida de su sonrisa. Quería dejarse arrastrar por la corriente de sus caprichos. Quería discutir con ella hasta quedarse sin aliento. Quería hacerla suplicar, una y otra vez, durante todo el tiempo que pudieran pasar juntas.

Y la voracidad de su hambre era algo que la asustaba.

—Supongo que sí —admitió con voz ronca.

Sylvia separó ligeramente los labios. Tenía la mirada entornada y parecía animarla a acercarse, como si sus pensamientos hubieran seguido el mismo camino delirante del deseo. *Quiero, quiero, quiero…* Si la seguía mirando, Lorelei estaba segura de que iba a terminar besándola hasta perder la razón.

—Deberíamos seguir con nuestro camino —dijo a toda prisa.

—Ah, cierto —añadió Sylvia, antes de aclararse la garganta.

Se adentraron más en la cueva. Una niebla flotaba cerca del suelo y se les enredaba en torno a las rodillas, pero las fisuras que había en el techo de roca dejaban pasar un atisbo de la luz del atardecer. Unos helechos testarudos se las habían arreglado para crecer en aquella escasa luz y emanaban su propio brillo sobrenatural. Suponía que la concentración de éter en el agua hacía que todo lo que creciera por aquella zona fuese ligeramente extraño. A Ludwig le habría encantado verlo.

Cuando acabemos con esto, pensó, *podrá ver miles de paisajes maravillosos como este.* No pensaba dejar morir a ningún otro de sus seres queridos.

Tras un rato, la cueva dio paso a una cuenca amplia de caliza, con una suerte de ventana redonda por donde se veía el firmamento y que dejaba pasar una cascada que parecía provenir del mismísimo cielo. El agua era de un color plateado espumoso y desembocaba en un manantial. La tierra estaba cálida y parecía viva bajo sus pies y hasta el propio aire parecía brillar, como si tuviera cristales flotando en el ambiente. Una sensación de paz las invadió a ambas. No había ninguna duda.

Habían encontrado el Ursprung.

Ninguna de las dos pronunció palabra durante varios segundos. Si bien Lorelei siempre se había sentido orgullosa de su mente racional, las últimas semanas le habían dejado claro que la filosofía natural era incapaz de explicar cómo funcionaba el mundo. Aquel lugar tenía algo mágico y salvaje, algo imposible de explicar, como la emoción que provocaba el canto de una nixe. Como ver a Sylvia cuando…

—¡Lo hemos conseguido! —Lorelei soltó un quejido ahogado cuando Sylvia la agarró de la

mano y apretó. Todos y cada uno de sus tendones gritaron de dolor, como si el propio brazo se le hubiese prendido fuego.

—Ay, Dios, ¡cuánto lo siento! —Sylvia se cubrió la boca con las manos.

—No pasa nada —musitó entre dientes, mientras unos puntitos negros aún le moteaban la visión—. Solo… ten cuidado.

Al menos el dolor la había ayudado a despejar la mente de aquella ensoñación. Por un momento, se sintió como el chaval de la historia albense sobre el Ursprung. Casi podía imaginarse a un dragón muerto en lo alto, con su sangre plateada cayendo hasta la tierra desde su herida abierta. ¿Cómo sería tener un poder semejante surcándole las venas? Nunca más tendría que depender de nadie para protegerse ni para proteger a los suyos. Solo que, incluso si el Ursprung la consideraba digna de su poder, le darían caza. El mundo la odiaría.

Y aquel era un precio demasiado alto que pagar.

—Voy a recoger una muestra —dijo.

—Claro. —La voz de Sylvia aún parecía vibrar por la reverencia.

Lorelei se sacó un vial de la mochila y metió las manos en el agua, imaginando que se le llenarían de ampollas. Por suerte, no pareció distinguir entre un verdadero ciudadano de Brunnestaad y una yeva, o quizás era que uno debía pronunciar las palabras mágicas para que el agua pudiera leer tus intenciones. Con un resoplido, llenó el vial y le puso el tapón. El agua tenía un brillo sobrenatural que le iluminó la cara con una luz fría y grisácea. Dentro, unas partículas brillaban como si fuesen diamantes, aunque el agua era de un sorprendente color negro. Parecía como si hubiese embotellado el cielo nocturno. Aun así, se puso de pie y lo guardó.

—Lorelei.

Sorprendida, se dio la vuelta. Sylvia la miraba con una extraña mezcla de incertidumbre, esperanza y ansias que no conseguía interpretar bien del todo. Tenía el rostro ligeramente sonrojado, y Lorelei consideró preguntarle si se encontraba bien.

—¿Sí?

Sylvia se removió en su sitio.

—¿Puedes venir un segundo?

—¿Ahora? —Había muchísimo por hacer. Tenía que cambiarse las vendas, por ejemplo, y revisar las provisiones que les quedaban. No sabía qué podían haber perdido durante su viaje. Se puso a rebuscar en la mochila—. Estoy liada.

Sylvia se quedó allí plantada, mirándola con una expresión indescifrable. Tras unos segundos, se dio media vuelta con un sonidito de indignación muy dramático.

Solo cuando Lorelei se las arregló para abrir con algo de torpeza su bote de tinta, se percató de que Sylvia la había estado observando con una expresión decepcionada. El frasco se le cayó de las manos y rebotó por el suelo. La tinta se derramó y tiñó la piedra.

Menuda estúpida estás hecha, se regañó a sí misma.

Y, tras dejar tirada su mochila junto al manantial, salió corriendo tras Sylvia.

Veinticinco

Cuando encontró a Sylvia, ya había montado la mitad del campamento.

Los trozos de su tienda estaban repartidos sin ton ni son por el suelo de la cueva, al igual que la mitad de sus pertenencias. La propia Sylvia estaba sentada sobre el montón de pieles que usaba para dormir, mientras se recogía el cabello húmedo en lo alto de la cabeza con una horquilla adornada con un granate. Unos cuantos rizos rebeldes le cayeron frente a los ojos y le dieron una apariencia desaliñada de lo más encantadora.

—¿Qué haces?

Sylvia alzó la vista hacia ella con un ligero jadeo por la sorpresa. Se soltó el cabello que había estado sosteniendo y toda la melena se le derramó sobre los hombros en una cascada alborotada. La horquilla cayó al suelo con un sonido metálico que reverberó contra las paredes de piedra.

—Nada. —Una pizca de vergüenza adornaba su voz. Al no ser algo nada propio de ella, Lorelei sonrió—. ¿Y tú por qué me miras así?

—¿Necesito una razón para mirarte? —Entonces hizo una pausa, para contenerse a sí misma. Si había un momento en el que tenía que controlar su carácter, era aquel. Por muy asustada que estuviera, no podía refugiarse detrás de su temperamento—. Quería hablar contigo.

Sylvia la miró con recelo.

—¿Ah, sí?

—He estado pensando —admitió a regañadientes—. Bastante, la verdad.

—Ya. Es algo que sueles hacer.

Lorelei (en un despliegue de autocontrol digno de reconocimiento) se abstuvo de contestar. En lo que concernía al amor, las acciones le resultaban más sencillas que las palabras. Expresar sus sentimientos con palabras bonitas no se le daba bien —más bien era algo que evitaba a toda costa —, por lo que le iba a costar toda su concentración poder llevar a cabo semejante tarea.

—Ayer me dijiste que nunca hago nada en aras de mis propios intereses. Y supongo que tienes razón, en cierta forma. Siempre me invento algún infortunio o socavo mi propia felicidad para no hacerme ilusiones, al igual que mantengo las distancias con los demás para que no puedan conocerme de verdad. Me he desplazado por el mundo con el corazón totalmente cerrado a él. —Entonces se animó a devolverle la mirada—. Te mentí cuando te dije que no podía imaginarnos juntas.

A lo lejos, podía oír el rumor del agua en movimiento. Le parecía que Sylvia había dejado de

respirar.

—A pesar de todo lo que hemos pasado, me has demostrado que la belleza existe en el mundo. Tu alegría contagiosa, tu extravagancia, tu absoluta y extrema falta de instinto de preservación… Eres todo lo que no soy y, al mismo tiempo, todo lo que admiro. La idea de que pudieras ser mía me aterrorizaba, el daño que podía seguir haciéndote —le confesó—. No tengo nada más que ofrecerte que no sea mi total devoción. Pero, si así lo quieres…

Lo que estaba haciendo era una locura, desde luego. Allí estaban las dos, abandonadas a su suerte, heridas y con su honor mancillado. Eran un par de cadáveres andantes. Solo que, si no le confesaba lo que sentía en aquel momento, ¿cuándo lo haría?

—Seré tuya —concluyó.

Sylvia le sonrió con semejante felicidad que a Lorelei le dio un brinco el corazón.

—No necesito nada más. Es lo que siempre he querido. Si me lo permites, encontraré un modo de que estés a salvo. Tú y todo el Yevanverte. Daría mi vida por ello.

Lorelei no podía creer que hubiese desperdiciado cinco años peleando con alguien que la quería. Cinco años procurando congraciarse con un hombre que no dudaría ni medio segundo en hacerla a un lado si ello le convenía a sus politiqueos. Cinco años arrancándose trozos de sí misma para conseguir que los nobles siquiera toleraran su presencia. Nunca lo había logrado. Pero Sylvia había contemplado de qué estaba hecha su alma y no le había dado la espalda.

Se echó a reír, aunque fuera para evitar ponerse a llorar.

—¿De verdad harías eso?

—Eso y más.

—Si nos atacaran por la noche, me apoyarías con tu espada.

—Por supuesto.

—Si intentaran separarnos…

—Lorelei, por favor —le dijo en un susurro, y el anhelo que captó en su voz casi bastó para acabar con ella—. Tienes que saber que haría cualquier cosa que me pidieras.

Lorelei se dejó caer sobre las rodillas, a su lado.

—¿Cómo es posible que seas real? Si parece como si hubieses salido de un cuento de hadas.

—Así como tú. Pero existo, al igual que tú. —Sylvia bajó más la voz y, con un tono de lo más dulce, añadió—: ¿Así que podrías hacerme el favor de callarte ya y besarme?

El deseo se apoderó de ella de inmediato, pero le llevó algunos segundos recordar cómo hablar para contestarle:

—Como ordenes.

Mordiendo la punta de uno de sus dedos, se quitó con cuidado uno de los guantes antes de hacer lo mismo con el otro. Sylvia la observó con una fascinación casi embelesada. Con movimientos suaves, se deshizo de sus vendajes y los hizo a un lado. Aunque se le habían

cerrado las heridas, las cicatrices aún le dolían y cada una tenía la forma desigual de una estrella. Sylvia contuvo la respiración al verlas y, con una ternura que casi era demasiado para ella, le sujetó una muñeca y presionó un suave beso contra su palma. La calidez, acompañada del atisbo más mínimo de dolor, la invadió.

—Lorelei…

—No temas. —Le pasó la yema del pulgar por el labio inferior. El calor que irradiaba su boca era casi insoportable. Podía notar cómo se le aceleraba el pulso ante su roce. Con sumo cuidado, enredó los dedos en el cabello que le cubría la nuca y se agachó lo suficiente para rozar los labios con los suyos. Sylvia se aferró a su camisa con semejante ferocidad que un poco más y la hizo perder el equilibrio.

—Como me hagas…

Sin hacer caso de su protesta, Sylvia la hizo callar al volver a besarla, aquella vez más profundo y más lento y con toda su emoción contenida. De pronto, Lorelei no pudo pensar en nada más. Sabía a lavanda, como el río, intensa y oscura. Sylvia se arqueó contra ella, como si cualquier distancia que las separara fuese demasiado.

Lorelei le enroscó un brazo en torno a la cintura y la hizo tumbarse sobre el suelo, con su cabello blanco extendido sobre las pieles como si la luz de la luna se hubiese derramado. Sylvia alzó las manos para desabrochar los botones de su chaleco, pero Lorelei le sujetó las muñecas y se las inmovilizó sobre la cabeza. El dolor que la atravesó fue inmediato y agonizante.

—Joder —siseó. Y luego—: Perdona.

Sylvia hizo el ademán de sentarse, pero Lorelei la cubrió con el cuerpo y le enterró el rostro en el cuello. Su risa amortiguada le hizo cosquillas en la oreja.

—Madre mía. ¿Estás bien?

Dolía como los mil demonios, aunque no tanto como su orgullo… y su propia decepción, también. Se consideraba a sí misma una persona metódica para todo, incluso cuando se trataba de odiar a una persona. Incluso en sus fantasías. Había tantísimas cosas que quería hacerle a Sylvia. Había fantaseado con ella mil veces, cada encuentro repleto de sus deseos más sórdidos y desesperados, de todas las formas que quería hacer que sufriera, suplicara y se corriera. Quería follarla hasta que no recordara ni su propio nombre. Quería que dejara de pensar en todo menos en ella: en sus manos y en su boca sobre su cuerpo, en cómo controlaba su placer. Nunca le habían fastidiado tanto las limitaciones de su propio cuerpo como en aquel momento.

Cuando los puntitos negros que le habían salpicado la visión por fin desaparecieron, le dijo:

—Me temo que tengo algunas limitaciones de momento.

—Tenemos tiempo. —Sylvia le acunó la barbilla, con una sonrisa llena de cariño que le tiraba de los labios—. Y te quiero de todas las formas posibles. Con brusquedad y con ternura. En tu mejor y en tu peor momento. Por Dios, Lorelei, te quiero a ti y…

Lorelei la volvió a besar, con fuerza suficiente para hacerle daño. El deseo la había abierto en canal, con un borde tan afilado que casi dolía. Cuando se apartó, se quedaron mirando la una a la otra con la respiración entrecortada en medio de la oscuridad. Sylvia tenía las pupilas dilatadas y Lorelei podía ver cómo el pulso le latía sin control en el hueco de la garganta. Parecía una criatura encarcelada y frenética.

Te quiero a ti, Lorelei.

El cuerpo entero parecía cantarle con aquellas palabras. Sylvia quería todo de ella. Todas sus respuestas mordaces, toda su crueldad, la escasa dulzura que fuera capaz de dejar caer en su lengua como si de miel se tratara. No había creído ser capaz de sentirse así. Apasionada, insaciable, temeraria. Le daba mucho miedo sentir que perdía el control y que este se le escapaba de las manos, que sus muros se venían abajo. Necesitaba que Sylvia experimentara siquiera una pizca de lo que amenazaba con devorarla en aquellos momentos.

—Desabróchate la camisa —le ordenó con voz ronca.

Sylvia obedeció sin rechistar. Sus dedos con callos resiguieron la columna de botones de nácar relucientes. Se fue descubriendo centímetro a centímetro y Lorelei sintió que se le secaba la boca. Rozó el valle de su vientre con la punta de los dedos mientras la plata delicada de sus gemelos se le deslizaba por la piel y hacía que se le erizara ante su roce. Sylvia la observó con hambre y tragando en seco por la anticipación.

Era todo un espectáculo verla de ese modo, sedienta de deseo y totalmente suya. Unos patrones enredados se le proyectaron sobre la piel como si de encaje se tratara. Lorelei se agachó y le acarició la clavícula con la lengua mientras bajaba más y más. Sylvia soltó un gemido por lo bajo en lo que sus dedos encontraban refugio entre su cabello. Mientras tanto, Lorelei se aseguró de aferrarla de la cadera.

—Sigues llevando mucha ropa.

—Lo mismo digo —se quejó Lorelei.

Sylvia se meneó en su sitio hasta quitarse los pantalones y la ropa interior con una eficiencia digna de un mercenario. Si Lorelei hubiese seguido pensando, quizás se le habría ocurrido chincharla un poco por ello. Su camisa delgada seguía colgando abierta de sus hombros y Lorelei admiró las curvas de sus pechos antes de distraerse con la herida que tenía justo por encima de la clavícula, la cual no había sanado del todo bien por detrás de los puntos que le había hecho ella misma. Cuando Sylvia la sorprendió mirándola, se acomodó la camisa. Al ver que se estiraba para quitarle el chaleco, Lorelei no la apartó.

La prenda cayó sobre el suelo a su lado con un suave siseo de la tela.

Sylvia la besó y le trazó la comisura de los labios con la lengua. Se afanó para desatarle el pañuelo y, cuando por fin pudo sacárselo, resiguió el camino de su garganta con los labios. Lo siguiente en lo que se concentró fue en su camisa, deslizando cada botón de marfil por su ojal

con una precisión reverente y llena de ternura que casi consiguió avergonzarla. Una vez terminó, se la empujó por los hombros con tanta desesperación que Lorelei temió que fuese a rasgarse. Le enganchó los dedos en el cinturón y alzó la vista hacia ella con los ojos cargados de deseo.

—Eres preciosa —le susurró.

—Gracias.

A Lorelei se le cerró la garganta por la vergüenza. Nadie la había llamado así nunca. Nadie la había mirado como estaba haciendo Sylvia en aquellos momentos, jadeante y muerta de deseo. Joder, quería dárselo todo. Quería llevarla a la ruina. La mirada que Sylvia le dedicaba parecía arder mientras trazaba una línea desde la rodilla hasta la delicada piel del interior del muslo.

—Dime algo —le dijo—. ¿Aún crees que soy cruel? ¿Te gustaría ver hasta qué punto puedo serlo?

—Por favor —pidió Sylvia sin aliento.

Por favor. Jamás en la vida había oído palabras más bonitas.

Lorelei le dejó un beso en la curva de la cadera y luego más abajo. Sylvia alzó las caderas con insistencia para alcanzarla, hasta que se le agitaron las pestañas cuando tuvo que cerrar los ojos por el placer. A Lorelei le hizo falta todo su autocontrol para no dejarse llevar. Aunque no estaba muy segura de cómo se suponía que debía mantener el control de ese modo, con el calor de su cuerpo y el sonido de su nombre en los labios de Sylvia. La desesperación le encendió la mirada mientras Lorelei se negaba una y otra vez a darle lo que quería. Resultaba casi demasiado como para soportarlo. No quería que acabara nunca.

No estaba segura de cuánto tiempo había pasado cuando Sylvia le suplicó que dejara de torturarla. Con un escalofrío, le tiró del pelo con fuerza y cayó rendida contra ella. Tenía la piel sonrojada y cubierta por una capa de sudor.

Menuda maravilla. No podía ser más hermosa.

Sylvia le dedicó una sonrisa radiante. Lorelei no se había dado cuenta de que lo había dicho en voz alta.

Lo daría todo con tal de permanecer cerca del brillo de su amor para siempre. Pero, de momento, la besó hasta que sintió que se encendía por dentro, brillante y calentita y segura.

La despertó la luz clara del amanecer.

La noche anterior le parecía totalmente irreal, pero cuando Sylvia abrió sus ojos plateados, un escalofrío la recorrió de pies a cabeza. Qué extraño era vivir en un mundo en el que Sylvia von Wolff le sonreía a ella. En el que se despertaran una al lado de la otra como si fuese lo más normal en el mundo.

—Buenos días —dijo Sylvia, aún medio dormida.

—Buenos días. —Lorelei le acomodó un mechón de cabello detrás de la oreja. Y luego, más arrepentida de lo que esperaba sentirse, se incorporó. Hizo el ademán de ponerse la camisa, pero Sylvia la sujetó de la muñeca.

—Deja que te ayude.

—No necesito que me andes cuidando…

—Ya sé que no lo necesitas —la interrumpió—, pero quiero hacerlo. ¿No quieres que sea feliz?

El sonrojo le subió por la garganta.

—Más que nada en el mundo.

—Pues ya está.

Una vez vestidas, recogieron sus cosas y se quedaron cerca del borde del Ursprung. Su superficie brillaba sin ápice de calidez, como si hubiera pasado la noche bebiendo la luz de las estrellas. Lorelei no tenía ganas de abandonar su nidito de amor cuando lo que tenían por delante no le hacía ni la más mínima ilusión. Recordó lo que le había dicho Adelheid:

«¿Te crees que vacilaría siquiera un poco antes de echar a los yevaníes a los leones si creyera que eso le ganaría siquiera una pizca de la aprobación del pueblo? Confiar en que Wilhelm te protegerá es el peor error que podrías cometer».

Lorelei aún no sabía qué poder iba a conceder el manantial, pero tampoco si podía entregárselo así como así a Wilhelm.

—Podríamos decirle que no lo encontramos.

Las palabras se le escaparon antes de que pudiera retenerlas. Cuando se atrevió a mirar a Sylvia, esta parecía menos sorprendida de lo que se había esperado. Aunque una ligera sonrisa le tiraba de los labios, había tristeza en su mirada.

—Debo confesar que he pensado lo mismo.

Conque la incorruptible Sylvia von Wolff tenía ideas traicioneras de vez en cuando. Casi hizo que Lorelei soltara una carcajada. Si volvía sin el Ursprung, no sabía lo que Wilhelm podría hacerle. Pero, si había otro modo de mantenerlo a él y a sus caprichos bajo control…

—Podríamos hacernos con el poder nosotras —dijo, algo dudosa.

Sylvia dejó de sonreír.

—¿Tú crees?

—De convenirle, no dudaría en darnos la espalda a cualquiera de las dos.

Después de todo lo que habían visto, ni siquiera Sylvia podía defenderlo.

—Sí, supongo que sí. Solo que protegerlo es el mejor modo de asegurar la estabilidad. Además, ¿de verdad querrías tener semejante poder?

—Yo no. Si tiene que ser una de las dos, deberías ser tú. Tienes que ser tú.

Sylvia meneó la cabeza.

—¿Yo?

—Le has jurado lealtad. Con el poder del Ursprung, podrías protegerlo. Podrías ser la consejera que siempre has querido ser. Ya que estamos, podrías convertirlo a él en tu títere. ¿Qué podría hacerte o a Albe si depende de ti para tener controlados a sus enemigos?

Sylvia paseó la vista por el Ursprung. Sus aguas parecían centellear, tentadoras. El brillo sobrenatural que emitía hizo que a Lorelei la embargara una fascinación sutil pero imposible de pasar por alto.

—Llevo años sin usar mi magia. Desde la guerra.

—No pienso obligarte a nada —le dijo Lorelei con suavidad—, pero mereces perdón.

Sylvia soltó una risa ahogada al tiempo que se secaba las lágrimas con el dorso de la muñeca.

—¿De verdad te lo parece? Me moría de miedo de tocar ese manantial en Albe, ¿sabes? Me preocupaba que no me considerara digna. Y aún me preocupa.

Lorelei apenas podía procesar lo que le había dicho. Allí, en aquel lugar desolado, con la luz bañando de color plateado las facciones y las cicatrices de Sylvia, era la cosa más absurda que había oído en la vida.

—¿Cómo no vas a ser digna tú?

Sylvia abrió la boca para contestar, pero Lorelei se le adelantó.

—Sylvia von Wolff, eres la mujer más noble y compasiva que he conocido en la vida. Eres amiga de los wildeleute. Estás llena de un optimismo sin límites y le has abierto tu corazón a todas las maravillas y la magia que alberga este horrible mundo en el que vivimos. ¿Quién va a ser más digna que tú?

Sylvia no le contestó, sino que le acunó el rostro con las manos y llevó los labios hasta los suyos. Por un instante, lo único que Lorelei pudo hacer fue quedarse mirando sus pestañas largas y blancas. El corazón se le estrujaba por la ternura. Nada le había parecido más correcto en la vida.

Pero entonces una voz conocida resonó a sus espaldas:

—Lo sabía —dijo Heike.

Veintiséis

Adelheid y Heike se encontraban a unos pocos metros de donde estaban, con el cabello chorreando. Eran unas figuras oscuras dibujadas contra el brillo siniestro de la caverna.

Heike parecía muy distinta a como Lorelei la había visto, como si algo en su interior se hubiese roto y lo hubiese intentado arreglar con cierta torpeza. Sin embargo, en medio de toda su apariencia desaliñada, parecía arder con la intensidad del propósito. La mirada de Adelheid era algo que Lorelei conocía a la perfección. Ella misma la había llevado durante años, día a día. Un frío gélido parecía arder en sus ojos verdes hasta vaciarlos de cualquier cosa que no fuera una rabia absoluta. Todas ellas eran mujeres atormentadas. La violencia las había destrozado y vuelto a formar y los bordes afilados que había dejado a su paso las había vuelto peligrosas.

—Apartaos del Ursprung —dijo Adelheid—. No tenéis ni idea de lo que os puede hacer.

A regañadientes, Lorelei soltó a Sylvia.

—Tú tampoco.

Adelheid le dedicó una sonrisa carente de humor.

—¿Cómo habéis llegado hasta aquí? —preguntó Sylvia en voz baja.

—No ha sido tan difícil seguiros los pasos.

Su llegada no tendría que haberlas sorprendido. Por norma general, Lorelei debería haber estado más atenta a sus alrededores. Pero su determinación, que en algún momento había sido uno de sus puntos fuertes, había hecho que su mundo se redujera muchísimo. Durante una noche maravillosa, no había habido nada más que ellas. Hasta aquel punto la había llevado su estupidez.

—Hemos llegado a un punto muerto —anunció Lorelei—. Has jugado bien tus cartas, Adelheid, pero me temo que te has quedado sin peones. El juego ha acabado.

—Esto no ha acabado. —Adelheid alzó los brazos y el agua que tenía en el cabello y en la ropa escapó de ella en una nube hecha de niebla. Se fusionó frente a ella, tan afilada como una lanza, y refulgió por el calor.

Sylvia tensó la mandíbula.

—¡Adelheid, mantengamos la paz! Podemos solucionar esto con palabras y siendo racionales…

—No. Ya he oído palabreo más que de sobra.

Aquella fue la única advertencia que les dio antes de lanzarse hacia adelante. Era un torrente

de acero y furia que hizo que el agua adoptara la forma de un látigo. Este se agitó con la fuerza de un huracán antes de solidificarse al golpear a Lorelei en las costillas con tanta fuerza que la hizo caer de rodillas. El hielo se rompió con el impacto y unas esquirlas cayeron por el suelo de piedra con un repiqueteo intenso.

Con un movimiento de sus dedos, el látigo se volvió a formar, demasiado rápido como para que Lorelei pudiera reponerse. Cortó el aire y le dio un golpe decisivo a Sylvia en el hombro, justo donde tenía la herida. Aunque se trataba de un golpe bajo, también era efectivo. Sylvia soltó un jadeo ahogado por el dolor.

Adelheid se valió de la oportunidad para desarmarla: con otro giro de muñeca, consiguió que a Sylvia se le escapara el sable y este se deslizó por el suelo de la cueva hasta golpear una de las paredes con un sonido metálico similar al de una campana. El agua rodeó los tobillos de Adelheid y fluyó hasta su palma abierta. Poco a poco, se cristalizó en la forma de una pica que apuntó de manera deliberada hacia la garganta de Sylvia.

—Habéis luchado bien —reconoció sin pizca de sarcasmo. Miró de reojo a Lorelei, quien seguía tirada en el suelo—. Ni se te ocurra moverte. No quiero matarla, pero lo haré si es necesario.

Sylvia le lanzó una mirada asesina a Adelheid, aferrándose el hombro.

—¿Eso es porque ya te has cansado de matar?

—¿A qué se refiere? —exigió saber Heike, pero Adelheid apretó la mandíbula y se negó a contestar.

—¿Aún no se lo has contado? —murmuró Lorelei con los dientes apretados—. ¿Planeas hacerlo antes o después de atravesar a Wilhelm con tu lanza?

Heike se quedó con la boca abierta un segundo antes de obligarse a cerrarla. No obstante, una sombra le cruzó la expresión: la de la duda. Una muestra de debilidad suficiente que Lorelei podía aprovechar.

—Mientes.

—Adelheid odia a Wilhelm por no haber hecho nada por Ebul. Pretende hacerse ella misma con el poder del Ursprung y…

—Lo que pretendo es ver qué clase de poder le otorgará —la cortó Adelheid con frialdad—. Ahora estate quieta.

A pesar de la incertidumbre en su mirada, Heike alzó las manos como si se estuviera preparando para canalizar éter. Con aquella daga de hielo presionada contra la delicada garganta de Sylvia, Lorelei no se atrevió a volver a abrir la boca. No había nada que pudiera hacer para detenerla con la fuerza bruta. Adelheid tenía las mismas habilidades con la magia que Johann, solo que el doble de control.

Tras agacharse a un lado del manantial, Adelheid acunó las manos para sumergirlas. El agua

que recogió en las palmas, oscura e inmóvil, se la llevó a los labios y bebió. Permaneció en su sitio unos segundos, con la barbilla alzada hacia el cielo y a la espera de… ¿qué, en realidad? ¿De que el cielo se abriera de par en par?

No ocurrió nada.

Lorelei soltó la respiración que había estado conteniendo.

Adelheid se enderezó y se volvió hacia ellas de un movimiento, como si les exigiera alguna explicación. Se la veía confusa. Una vez más, Lorelei recordó por qué odiaba tanto la falta de precisión de los cuentos de hadas. Quizás había bebido muy poco o debía sumergirse entera. A lo mejor, como el joven que había matado al dragón, tenía que ahogarse.

O quizás se trataba de algo más sencillo.

Lorelei no pudo evitar sonreír.

—No eres digna.

A Adelheid se le torció la expresión con una furia gélida y silenciosa.

—¿Cómo es posible? Mi causa es justa.

—¿Cómo que tu causa? —La comprensión pareció llegar poco a poco a Heike—. ¿No es mentira, entonces? ¿Fuiste tú? ¿Fuiste tú quien ha hecho todo esto?

Adelheid cerró los ojos con fuerza. Al volver a abrirlos, había recuperado su máscara de frialdad.

—Lo he hecho para protegernos.

—¿Para protegernos? —repitió Heike—. ¿Te atreves a decir que ha sido por nosotros? Johann está muerto, Adelheid… ¡Y Ludwig va en camino! No vas a parar hasta que nos hayas matado a todos… ¡Hasta que mates a la única persona en este reino de los mil demonios que puede salvarme!

—¿Y quién soy yo, entonces? Yo habría cuidado de ti —suplicó Adelheid—. Wilhelm te habría devorado viva.

Lorelei apartó la vista de ellas.

—Por muy conmovedora que sea esta escenita…

Pero ambas pasaron de ella. Heike se pasó las manos por el cabello.

—Joder, es que has perdido la cabeza. Es como prometían todas las historias. El Ursprung solo trae desgracias a aquellos que no lo merecen. Lo único que has conseguido es que la gente muera… y todo en vano.

Adelheid agachó la cabeza.

—No, no ha sido en vano. Aún hay algo que podemos hacer.

Y allí estaba. Podía hacerse con el poder… a cambio de un precio terrible.

—No lo hagas —exclamó Lorelei—. No seas idiota, ¡te va a matar!

Pero Adelheid no vaciló. Salpicándolo todo, se lanzó hacia las profundidades del manantial.

Las tres se quedaron a la espera en la orilla. Era muchísimo más profundo de lo que parecía y Adelheid se sumergió más y más, con el cabello como una brillante estela dorada. La luz que se reflejaba en la superficie del Ursprung parecía palpitar como un latido. Y entonces empezó a borbotear con un siseo. El éter chisporroteó por el aire como un rayo a punto de caer.

Tras lo que pareció una eternidad, el agua, y Adelheid con ella, dejó de moverse. Se quedó en el fondo del manantial, mientras los pulmones se le llenaban de agua como si tuviese piedras en los bolsillos. Las miraba sin ver, hasta que los ojos se le cerraron y se quedó con los labios ligeramente entreabiertos en una mueca que parecía una sonrisa.

—Venga, ayúdame a sacarla —le espetó Lorelei a Heike y, por primera vez en la historia, Heike no rechistó.

Entre las dos, con ayuda del éter, consiguieron hacer subir a Adelheid hasta la superficie. El agua le caía por el rostro, con lo que tenía las mejillas como salpicadas por el rocío y los labios brillantes. El cabello se le pegaba a la cara y flotaba a su alrededor como un halo. Casi parecía que estaba durmiendo, como una jovencita que había mordido una manzana envenenada.

Heike apartó la vista, conteniendo un sollozo.

Sylvia se puso pálida.

—¿Está…?

Con sumo cuidado, Lorelei la arrastró hasta la orilla. No respiraba.

—Creo…

Pero entonces Adelheid abrió los ojos.

Lorelei se echó hacia atrás. Adelheid tenía los ojos de un extraño tono de azul, tan profundo como el mar al anochecer. Brillaban ligeramente, con unas chispas que imitaban las motitas de éter que adornaban el aire. No parecía viva del todo… ni tampoco humana.

Adelheid tosió y se tumbó de lado. Escupió agua, más de la que Lorelei creía posible, y, en cuanto terminó, volvió a dejarse caer, aquella vez haciéndose un ovillo en el suelo entre gimoteos. Tenía los labios entreabiertos, húmedos por el agua y la saliva ensangrentada. Sin embargo, los ojos le brillaban demasiado, como si estuvieran hechos de cristal, y observaba todo en la cueva con una curiosidad casi voraz. Parecía como si estuviera contemplando el mundo por primera vez.

—Adelheid —la llamó Sylvia, algo insegura—. ¿Estás… bien?

Adelheid se incorporó, tiritando.

—Sí. Me siento…

Alzó una mano frente a ella y admiró la forma en que doblaba los dedos, el movimiento de la muñeca, como si su propio cuerpo fuese alguna especie de máquina perfecta. Poco a poco, el agua se alzó de su piel en unas gotas enormes que flotaron hacia arriba como si la gravedad se hubiese revertido, cada una brillando cual perlas. El aire se volvió espeso por la humedad, casi

de forma opresiva. Los helechos que recubrían las paredes de piedra de la cueva se extendieron hacia Adelheid como si se tratara del sol.

Lorelei sintió que se acaloraba de pronto y, al echarse un vistazo a sus propias manos, cada vez más rojas, se dio cuenta con horror de que la sangre le estaba intentando salir del cuerpo.

—Lo siento todo.

El cabello rubio de Adelheid se le alzó desde la nuca. El agua se concentró en una nube sobre ella, espesa y furiosa. La lluvia empezó a caer desde la abertura de la cueva, primero despacio y luego a mansalva. Una piedra de granizo le dio a Lorelei en la frente y alzó el brazo para protegerse la cara. Se encontraban en plena tormenta, con Adelheid como su epicentro.

—Adelheid —gritó Sylvia—, no hagas esto. Podemos huir todas juntas.

—¿Y dejar que vuelvas a Albe y pongas a tus ejércitos en mi contra? No. Nuestra infancia juntas ya quedó atrás, Sylvia.

La expresión de Sylvia se endureció por la determinación.

—En ese caso, no me dejas otra opción.

Adelheid se la quedó mirando, imperturbable.

—Podría hacer que te hirviera la sangre en este instante.

Y Lorelei se lo creía. La presión que había en la cueva hizo que se le destaparan las orejas. Nunca había visto nada igual, ni siquiera con aquellos practicantes de magia más experimentados. Lo único que parecía impedir que se saliera de control era el tono enfermizo de su piel. Como todas las historias prometían, el poder de ese tipo siempre se cobraba un precio muy alto.

—Pues hazlo —la instó Lorelei, con una mueca de desdén.

Adelheid la fulminó con aquella mirada tan horrible e inhumana que tenía. Pero, en lugar de hacer que le hirviera la sangre, el agua del manantial se alzó a sus espaldas. Era de un color demasiado claro, como una ola a punto de estallar que se hubiera preservado en cristal, y Adelheid era una diosa bajo ella.

Entonces impulsó los brazos hacia adelante.

Lorelei se preparó. Si Adelheid estaba débil, quizás podría desviarla. Tras respirar hondo, concentró toda su voluntad en la ola que se le acercaba a toda prisa, pero esta no pareció ni hacerle cosquillas, como si su poder fuese infinitesimal. Casi no tuvo tiempo para sorprenderse antes de que el agua se estrellara contra ella y la hiciera salir disparada por el suelo. No conseguía recuperarse; era como si el mar la hubiese arrastrado y la estuviera lanzando hacia lo más hondo. Apenas consiguió incorporarse un poco a tiempo para ver como Heike se golpeaba la cabeza contra la pared de caliza con un ruido sordo antes de desplomarse sobre el suelo.

Adelheid se la quedó mirando con tan solo una pizca de remordimiento. Y luego salió corriendo.

—¡Que no huya!

Si conseguía llegar antes que ellas a la barcaza, las iba a dejar abandonadas en aquella isla. Lorelei se puso de pie con dificultad. Heike yacía tendida en el suelo, con un hilillo de sangre brotándole de la herida que tenía en la parte de atrás de la cabeza. El estómago le dio un vuelco al verlo.

Sylvia se agachó a su lado y le colocó un dedo bajo la nariz.

—Aún respira, solo ha perdido el conocimiento. Es probable que tenga una conmoción.

—Menos mal —dijo Lorelei, sin mayor emoción—. Quédate con ella. Iré a por Adelheid.

—¿Cómo? —soltó Sylvia—. ¡Claro que no! Voy contigo.

—Heike necesita atención médica que no podemos darle. Lo único que podemos hacer es vigilar que no le pase nada. Además…

Tenía demasiado por decir y muy poco tiempo.

Además, no podría soportar que te pasara algo.

No podría existir en un mundo en el que no estuvieras.

¿Qué sería de mí sin ti?

Durante mucho tiempo, Lorelei había existido para ir en contra de Sylvia y gracias a ella. Las palabras se le atascaron en la punta de la lengua y al final se conformó con decirle:

—Si mueres, no habrá nadie que pueda contar en Ruhigburg lo que ha pasado aquí.

Sylvia soltó un resoplido.

—No pienso morir.

—Eso no me lo puedes prometer.

—¡Ni tú tampoco! —Sylvia se sonrojó. Joder, no podía ser más obstinada—. En la vida hay muchísimas cosas más allá del miedo, Lorelei. Por una vez en la vida, deja que alguien más se preocupe por ti como haces tú por los demás. —Le acunó la mejilla, sin dejar de mirarla con intensidad—. Deja que yo me preocupe por ti.

En los ojos brillantes de Sylvia, Lorelei vio la libertad.

Quizás, solo en aquella ocasión, ella podría ser la heroína de la historia. Quizás y solo quizás, podían tener un final feliz esperándolas al salir de aquella pesadilla.

—No se puede ser más cabezona, en serio. Pero bueno, vale. ¿Qué sugieres que hagamos?

—Pues lo que has dicho antes. —Sylvia frunció el ceño—. Si queremos tener siquiera la esperanza de poder con ella, tengo que usar el poder del Ursprung.

—¿Estás segura?

Sylvia le dedicó una sonrisa triunfante.

—¿No me crees capaz? ¿Te arrepientes de todas las cosas bonitas que me has dicho antes?

Lorelei la fulminó con la mirada y Sylvia se echó a reír. Conforme se acercaron al manantial, se pusieron serias. Sylvia se arrodilló frente a él como un penitente frente a un altar. Cuando

Lorelei y Adelheid la habían tocado, el agua había permanecido dormida. Sin embargo, cuando Sylvia hundió los dedos en el manantial, la cueva entera pareció cobrar vida. Lorelei notó un suspiro en la nuca. Cada planta extraña pero encantadora pareció estirarse en dirección a Sylvia y unas cintas de éter centelleante le rodearon las muñecas.

Cuando se llevó el agua a los labios y la bebió, fue como si se hubiera tragado la propia luna. La luz le iluminó la piel desde dentro y la hizo irradiar con suavidad. Incluso los ojos parecía que le brillaban con el poder maravilloso y extraño del Ursprung.

Mondscheinprinzessin.

No, pedazo de idiota, se regañó Lorelei. *Es solo Sylvia.*

Aun con todo, permaneció de rodillas hasta que Sylvia la ayudó a levantarse.

Veintisiete

Gracias a Adelheid, salir de la cueva resultó más sencillo que entrar. En lugar de tener que nadar por las aguas infestadas de nixes, había hecho un agujero en una pared de la caverna. El agua goteaba de forma constante por la piedra lisa de las paredes; miles de años de erosión paciente habían llegado a su fin en un visto y no visto. Lorelei casi que se lo agradecía.

Una vez fuera, la niebla se había vuelto lo bastante espesa para devorar el bosque. Se movía como si estuviese en unas madejas compactas y cargadas y titilaba como si la llenara la extraña magia del Ursprung. Apenas podía verse la mano a unos cuantos centímetros de la cara. Cuando empujó la cortina de niebla con su magia, fue como si se hubiera dado de bruces contra una pared sólida. Era obvio que esa magia solo respondía ante su señora. O quizás ante dos.

—¿Puedes apartarla de algún modo?

—No sin muchísimo esfuerzo —contestó Sylvia, con un tono casi avergonzado. Lorelei no creía que fuese a acostumbrarse a aquel brillo sagrado y sobrenatural que habían adoptado sus ojos—. Aún me estoy acostumbrado a usar mi magia de nuevo. Y parece que Adelheid se está aferrando a ella con todas sus fuerzas.

Estupendo.

—No te apartes —le indicó Lorelei—. No quiero perderte en medio de todo esto.

Avanzaron con cuidado por encima de unas raíces traicioneras y unas rocas resbalosas por la humedad. Unas figuras siniestras —la rama que sobresalía de un árbol, el goteo del liquen— se asomaban entre la penumbra de vez en cuando y hacían que pareciera que había monstruos a su alrededor. Todo estaba al acecho, hostil y receloso mientras pasaban por su lado.

Oyeron el crujido de una rama.

Sylvia reaccionó de inmediato. Apoyó la espalda contra la de Lorelei y llevó la mano a la empuñadura de su sable. Incluso en aquellos momentos, con todo el poder del mundo en la punta de los dedos, seguía prefiriendo el consuelo sólido de aquella espaducha de plata. Lorelei alzó las manos, lista para arrancar la humedad del aire. Pasó un segundo y luego otro. El bosque pareció contener el aliento y aquella quietud horrible e inquietante volvió a rodearlas.

Lorelei dejó caer los brazos, sintiéndose muy tonta por asustarse por nada más que una sombra. Quizás Adelheid ya se hubiese marchado. Sería de lo más sencillo llegar hasta el *Prinzessin* y dejarlas tiradas, para luego navegar entre risas malvadas hasta llegar a Ruhigburg.

Era lo que habría hecho ella.

Sin embargo, había ido conociendo a Adelheid; no se arriesgaría a dejarlas con vida y querría ver que Sylvia pagaba por lo que le había hecho a Johann. La idea de tener que pelear con Adelheid la aterraba. Las había hecho salir volando como si no fuesen nada más que muñecas de las que ya se había aburrido. E incluso si Sylvia…

—¡Lorelei, por allí!

Una púa de hielo salió disparada de entre la linde del bosque, como una fina aguja de luz de luna. Antes de que pudiera siquiera pensar en reaccionar, Sylvia ya había desenvainado su espada y la había blandido. El hielo se hizo trizas con el impacto.

Por detrás de Lorelei, la magia vibraba en el aire. Se volvió justo a tiempo para ver una silueta aparecer como si fuera un fantasma entre la niebla.

—¡Detrás de ti!

Adelheid avanzó hacia ellas. Con un movimiento de la mano, una columna enorme estalló del río y cayó sobre ellas como un puño. Maldiciendo, Sylvia se aferró a ella con su magia e intentó redirigirla lo mejor que pudo. El agua se estrelló contra el suelo (bastante más cerca de Lorelei de lo que habría querido) y las salpicó como si de sangre se tratase. La terrible realidad de su situación se apoderó de ellas. Por muy poderosa que fuese, Sylvia aún tenía que superar la falta de costumbre que había desarrollado al no usar su magia durante cinco años. Adelheid, por otro lado, no solo tenía más poder del que había tenido en la vida, sino que estaba furiosa.

Su contrincante no tardó en recuperarse. Los charcos que había a su alrededor temblaron y luego volvieron de un salto hacia la mano de Adelheid con la forma de una delgada espada de hielo. Con el rostro tenso por la determinación, blandió la espada hacia el corazón de Sylvia. Alguien que supiera usar la magia la habría derretido o vaporizado en un instante. Sylvia, por su parte, respondió al ataque de Adelheid con su propia espada y el fuego de la determinación en la mirada, aferrándose a la empuñadura con ambas manos. La espada de hielo de Adelheid se partió al instante y el sonido que produjo fue similar al estallido de un trueno. Con un grito de frustración, Adelheid sacó su propia espada.

Lorelei nunca había visto a Sylvia en su elemento, sin nada que la retuviera. Se movía como el cauce de un río, cada movimiento fluido. Adelheid respondió a sus estacadas una a una. Entre las dos, parecía que estaban en medio de un baile coreografiado a la perfección, demasiado rápido para seguirle la pista. Aunque hizo todo lo que pudo por intervenir, no podía arriesgarse a atacar sin cuidado, pues podía terminar apuñalando a Sylvia en el intento.

Por fin, Sylvia consiguió detener los ataques de Adelheid al enganchar ambas armas. La deslizó sin problema hasta la cruceta y, con una floritura, la hizo salir volando hacia el otro extremo del claro, donde cayó dentro del río con un ruido sordo. Adelheid soltó un jadeo por la sorpresa.

—Los duelos nunca fueron lo tuyo —dijo Sylvia, con una sonrisa que Lorelei antes habría creído que era de lo más irritante. En aquel momento, le pareció hasta encantadora. *Arg.* Sylvia blandió su espada en un movimiento descendente y el agua brotó de la punta.

—Ríndete, Adelheid. Desiste de tu plan y te perdonaré la vida.

Adelheid se volvió a poner su máscara de seriedad.

—Y a ti ya no se te da bien canalizar la magia —contrapuso, con un tono divertido teñido de amargura.

La niebla que las rodeaba giró como un tornado hasta volverse unas nubes espesas y enfadadas. Oyeron truenos y el cielo pareció abrirse de par en par. La lluvia las empapó al instante. A Sylvia se le agitó el cabello con el viento y unas hojas volaron sin control a su alrededor. Estaba invocando su propio poder. A juzgar por la concentración en su expresión, lo que intentaba era hacerse con el control de la tormenta. Las gotas que la rodeaban a ella y a Adelheid se congelaron en pleno aire y las envolvieron en un velo de agua. Se trataba de un espectáculo tanto maravilloso como aterrador. Por un instante, Lorelei creyó que estaban empatadas.

Pero entonces los ojos de Adelheid brillaron con una luz etérea. La lluvia suspendida cayó como piedras. Lanzó una columna de agua directo hacia Sylvia y esta se echó hacia atrás por el impacto. Cuando llegó la segunda volea, Lorelei intentó desviarla, pero fue como si estuviese manipulando las riendas de un caballo a todo galope. Solo que aquella vez Sylvia estaba lista. Extendió la mano justo a tiempo para cortar el agua que se abalanzaba sobre ella y esta se partió en dos y fluyó por sus lados como el cauce de un río al encontrarse con una piedra.

Adelheid no vaciló al contraatacar. Con otro movimiento de las manos, la lluvia en lo alto se solidificó hasta convertirse en granizo. Lorelei alzó un brazo para protegerse de las ventiscas y apretó los dientes ante el dolor que le causaba el frío en los ojos. A través de su visión borrosa, podía ver la expresión de pánico de Sylvia. Mientras que para Adelheid su magia era como una extremidad más, para Sylvia era un arma burda cuyo peso aún no podía controlar. Solo que Adelheid no iba a poder seguir mucho tiempo más con aquel ritmo. La sangre le perlaba la frente y le goteaba por una de las fosas nasales.

Al igual que el rey y su espejo, pensó Lorelei con amargura. Aquel poder la estaba matando. El éter siempre le pasaba factura a cualquiera que usara magia. Nadie podía pretender canalizar tantísimo y vivir para contarlo, sobre todo si se había hecho con aquel poder a la fuerza.

—¿Por qué haces esto? —gritó Sylvia por encima del aullido de la tormenta.

—No tengo otra opción —contestó Adelheid—. Wilhelm se ha quedado de brazos cruzados mientras nuestras cosechas se pudrían en los campos, mientras nuestros hogares ardían y mi familia y mis súbditos se morían de hambre. Y ahora pretende sacrificarnos a todos por su propia ambición. No puedo permitirlo.

—¡Podríamos haberte ayudado! Yo te habría ayudado.

Adelheid hizo una mueca de desdén.

—Siempre has pecado de ingenua, Sylvia. Para cuando Wilhelm acabe con su plan, todo el reino estará en ruinas. La poca influencia que tienes ahora no valdrá de nada. La cultura que tanto aprecias desaparecerá cuando se nos obligue a todos a adaptar otra. Y algunos desapareceremos del todo. —Hizo un ademán con el brazo, como si estuviese señalando la vasta expansión de Brunnestaad—. Abre los ojos. Ya somos reliquias. ¿Acaso vas a hacer que nos extingamos antes incluso?

En algún momento, todos ellos habían sido miembros de la realeza. Pero Wilhelm los había llevado a comportarse como una manada de perros matándose por unos cuantos huesos.

—Me he obligado a hacer muchas cosas —admitió Sylvia, con una mueca de determinación—. Ahora pienso proteger lo que es mío.

En respuesta, Adelheid le lanzó un latigazo de agua. Lorelei se concentró en un charco que había a los pies de Sylvia y levantó una pared de hielo para protegerla. Aunque Sylvia no la miró, casi podía sentir su gratitud. No había forma de que pudiera competir con el poder descomunal que tenía ninguna de las dos, pero sí que podía tocarle las narices a Adelheid. Si conseguía distraerla lo suficiente, quizás Sylvia pudiera aprovechar una oportunidad para atacar con su sable.

Mientras Sylvia luchaba por acortar el espacio entre ella y Adelheid, Lorelei envió trocitos de hielo y chorros de agua a toda velocidad en dirección a Adelheid. Incluso frente a dos oponentes y su propia fuerza consumida por la maldición del Ursprung, Adelheid era como una autómata violenta, fría y bajo control mientras desviaba los ataques de Lorelei y lanzaba los suyos hacia Sylvia. Sin embargo, lo único que necesitaba era una distracción para que Sylvia pudiera llegar hasta ella. Con una fuerza inhumana, consiguió que uno de sus ataques le diera en el brazo. La sangre empezó a flotar de su herida.

Adelheid retrocedió con un brillo preocupado en los ojos, como un animalillo acorralado, al darse cuenta de que estaba perdiendo. Mientras Sylvia se preparaba para volver a atacar, la magia pareció rasgar el aire como una corriente. Un temblor recorrió la tierra y el río se desbordó. La fuerza de la corriente casi hizo que Lorelei terminara en el suelo, pero consiguió trepar hasta una rama baja. Los pájaros salieron disparados de sus nidos y las ramas crujieron al partirse de los árboles. Incluso llegó a ver a un schellenrock aferrándose a un trocito de cristal marino mientras la marea lo apartaba, entre gritos, de su madriguera.

Adelheid iba a ahogarlos a todos si seguía así.

No tenían ninguna esperanza contra su poder desatado. Lorelei tenía que hacer algo, lo que fuera. Solo que nunca había matado a nadie. Sí que había pensado muchas veces cómo sería, claro, pero al enfrentarse a la posibilidad, las manos le temblaban como si fuese una niñita

asustada. No sabía si podría soportarlo. Toda esa sangre y mucho menos toda la culpabilidad que acarreaba.

Pero no. No podía dejarse llevar por sentimentalismos.

Conocía la mirada de Adelheid, vacía y afilada. Pensaba arrasar con cualquiera que se le cruzara en el camino y no tendría ningún problema con tal de garantizar su propia supervivencia. La cuestión era que Lorelei estaba dispuesta a morir mil veces con tal de proteger a Sylvia y aquella convicción la cubrió como una armadura. Se negó a tener miedo, ya había pasado suficiente tiempo caminando a la sombra de la Muerte.

En aquella ocasión, pensaba pelear por lo que quería.

Solo que no podía hacerlo a lo bruto. No era ningún galante caballero de brillante armadura. Pero, si podía idear algún plan, fuera cual fuese…

A unos pocos centímetros de su nariz, un par de ojos cetrinos parpadearon al mirarla. El propio aire pareció ondear como una capa al viento. Aunque no podía verle el cuerpo, supo de inmediato de qué se trataba.

Un alp.

Su alp.

Apenas tuvo tiempo para procesarlo antes de que la criatura se materializara en pleno aire. El tono escarlata de su tarnkappe era tan intenso como una mancha de sangre y se aferraba a su sombrero con sus garritas diminutas.

Su vocecilla llena de odio le taladró el cerebro al murmurar:

—He *volvido.*

Lorelei casi se cayó de su rama.

—¡No es buen momento!

La criatura tuvo el descaro de ofenderse.

—¡Casi me *murí*!

—Pues ya estamos en paz. —Qué ganas tenía de estrangularlo. Quizás en aquella ocasión sí que podría hacer trizas su tarnkappe. Pero no, tenía que mantener la calma.

Entonces se le ocurrió algo. Una idea que le llegó poco a poco y luego de sopetón con una urgencia que casi parecía quemarla. Canalizando su Sylvia interior todo lo que fue capaz, respiró hondo y se obligó a sonreír. El alp dio un bote por el susto.

—En estos momentos tenemos una enemiga en común.

La criatura la observó con recelo, claramente sin haber olvidado cómo lo había engañado.

El agua seguía corriendo a toda prisa bajo ellos, llena de una espuma marrón conforme arrasaba con la tierra. A Sylvia y Adelheid las cubría hasta las rodillas. Unos chorros intensos intentaron golpear a Sylvia como si fuesen látigos, pero esta los detuvo en el aire al alzar una mano. Los ojos le brillaban con una determinación férrea. Adelheid respiraba con dificultad y

tenía el rostro manchado con hilillos de sangre que se le escapaba de los poros y por las comisuras de los ojos.

Resiste un poco más.

—Esa mujer —la señaló— nos va a llevar a la guerra. Imagino que eres lo bastante mayor como para recordar la anterior. Unos ejércitos vendrán con sus máquinas y sus caballos y destruirán tu hogar sin pestañear.

Aunque no le podía leer la expresión al alp, algo en su silencio pensativo le dejó entender que estaba recordando alguna pérdida lejana. Parecía más bien patético con su pelaje enredado y su capa empapada.

—Y, cuando todo esto acabe —añadió, muy en contra de su voluntad—, aún te debo una taza de café por haberme perdonado la vida.

—Dos —negoció él.

—Puedes beberte la cafetera entera, si quieres. —Estaba demasiado desesperada como para negociar como era debido. Además, ¿qué le costaba tener un gesto de generosidad tan diminuto? —. ¿Trato hecho?

Por muy resentido que estuviera, terminó aceptando con un gesto de lo más infantil.

Lorelei casi se cayó por el alivio.

—Nos has estado siguiendo, ¿verdad? ¿Recuerdas al chico que iba con nosotras?

Sin dignarse a responderle, la forma del alp cambió bajo la lluvia. En cuestión de un segundo, se volvió a formar hasta adquirir la apariencia de… Bueno, algo similar a Johann. Había imitado bien su tamaño imponente, así como la textura y el color de su cabello demasiado largo, echado hacia atrás por la lluvia. También había conseguido imitar aquella mirada torturada que tenía detrás de sus gafas de marco metálico. Pero sus facciones no eran… del todo correctas. Demasiado delicadas, demasiado bonitas. Más de lo que habían sido en realidad.

Al menos alguien lo recordaba con cariño.

—Ese mismo —le dijo—. Ahora vete. Llámala y asegúrate de que te vea.

El alp vaciló un segundo antes de sumergirse en el agua.

A Lorelei le latía el corazón desbocado mientras manipulaba la niebla a su alrededor para darle algo de cobertura. Rebuscó en su mochila a toda prisa hasta que dio con un cuchillo y luego se soltó de la rama. Cayó con un chapoteo. La lluvia y el viento la empujaron sin piedad. La corriente la urgía a rendirse y sus súplicas le daban vueltas en la mente como el canto de las nixes, pero se abrió paso muy despacio en círculo hasta situarse en un lugar estratégico detrás de Adelheid.

Solo tenía una oportunidad.

El alp se había colocado justo por detrás del hombro de Sylvia.

Es ahora o nunca, pensó y manipuló la niebla. Esta se arremolinó en torno al Johann falso y

ocultó su silueta con un brillo fantasmagórico. Desde lejos, lo único que lo delataba era su tarnkappe, el cual había adquirido la forma de un pañuelo rojo que parecía la herida que las nixes le habían abierto en la garganta.

—Adelheid —la llamó el alp.

Al oír su nombre, se volvió hacia él de inmediato. Toda ella pareció venirse abajo, ya fuera por la sorpresa o la esperanza. Sabía cómo era aquel momento imposible cuando una se daba cuenta de que quizás los muertos no lo estuvieran del todo, pero la lástima se le había acabado. Tras prepararse mentalmente, se puso de pie y salió a hurtadillas de la niebla, aferrándose con todas sus fuerzas al cuchillo. Le parecía de un peso desmedido, como una condena.

Cuando se alzó por detrás de Adelheid, su mirada se encontró con la de Sylvia. Parecía decidida y, que Dios la ayudara, hasta comprensiva. Casi pudo imaginar sus dedos rodeándole la muñeca y ayudándola a dar en el blanco. Flotando unos metros más allá, distinguió a su hermano. Y el recordatorio fue brutal: nunca más. Nunca más iba a volver a dudar al usar su magia para proteger a alguien. Aquello le arrebató el último rescoldo de su indecisión.

—¿Johann? —preguntó Adelheid, destrozada.

—¿Ahora ves fantasmas? —Lorelei le clavó el cuchillo en la espalda y casi dio un brinco hacia atrás de puro horror. La hoja se había hundido sin la menor dificultad y Adelheid prácticamente no había soltado ningún sonido.

El alp se disolvió en un remolino de sombras. Cuando Adelheid cayó de rodillas, la tormenta cesó de inmediato. La niebla se disipó y lo que quedaba de la lluvia cayó en un último aluvión brillante. Finalmente, los vientos se fueron apagando hasta colocarle un mechón de cabello a Adelheid sobre un hombro y detenerse por completo con un suspiro triste.

Las tres se quedaron en medio de aquel desastre. El claro era un cementerio de ramas flotantes, partidas como huesos rotos. Los cuerpecitos de algunos wildeleute flotaban bocabajo, enredados entre las hojas. Pero lo peor de todo era Adelheid, arrodillada a los pies de Lorelei con la cabeza gacha. Aunque el cabello le cubría la cara como un velo, a través de su melena enredada vio todo su agotamiento. Los vasos sanguíneos le habían explotado detrás de los ojos y unos moretones le salpicaban los brazos. Cada vez que respiraba lo hacía con dificultad y entre temblores, como si estuviese respirando barro y no aire.

—No quiero matarte, Adelheid —dijo Sylvia en voz baja—. Seguro que podemos curarte esa herida. Pero no me obligues a hacerte daño, por favor.

A Lorelei le pareció que se trataba de un optimismo absurdo, pero guardó silencio.

—De acuerdo —dijo Adelheid con voz ronca—. Me rindo.

—¿De verdad? —preguntó Sylvia casi sin aliento.

—De verdad. —Su voz parecía rota—. Le ahorraré una vergüenza a mi familia. Si no puedo protegerlos, al menos moriré con honor en la capital.

El alivio en Sylvia fue inmenso.

—Muchas gracias.

—Quiero saber algo —interpuso Lorelei—. ¿Habrías cumplido con lo que me prometiste?

Adelheid alzó la cabeza muy despacio hasta dedicarle una mirada desafiante.

—Solo mientras me hubiese convenido.

Casi ni le dolió oír que lo admitía. Ese era el problema que tenían todos. No solo los miembros de la expedición, sino todo el condenado reino. Se aferraban a la supervivencia y se atacaban como víboras desesperadas por llegar a lo más alto. El reinado de Adelheid en Ebul habría sido frágil y ella lo sabía bien. Jamás habría conseguido descansar tranquila en su vida. Lo que quedaba de Brunnestaad la habría tenido siempre vigilada, a la espera de algún punto flaco. Pero la promesa que le había hecho a Lorelei había sido a su conveniencia, igual que la de Wilhelm. Siempre y cuando tuviera una yeva en su corte, tenía un último recurso.

Una última vía de escape.

—Lo entiendo —dijo Lorelei.

Y sí que lo hacía. *De víbora a víbora.*

Lo que entendía incluso mejor era la desesperación que se había apoderado de su rostro. La resignación que se apreciaba en su mirada resultaba desoladora.

Un ligero temblor en la niebla hizo que a Lorelei se le pusieran los pelos de punta.

Siguió la mirada de Adelheid y vio la humedad en el aire volviéndose sólida y afilada. Parecía la hoja de una guillotina, reluciente bajo la luz opaca, y apuntada directa hacia Sylvia. Siempre había un momento de quietud absoluta, de aliento contenido, cuando la Muerte estiraba las alas y blandía su guadaña. En aquella ocasión, Lorelei no vaciló. Tiró del agua que las rodeaba con todas sus fuerzas. Y al apretar el puño, una lanza de hielo afilado le atravesó el pecho a Adelheid.

El hielo que había estado suspendido sobre Sylvia se derritió de inmediato, como si su espíritu se hubiese esfumado. El agua le cayó encima sin hacerle daño y Sylvia soltó un gritito por la sorpresa. Tenía los ojos muy abiertos por el miedo mientras contemplaba el cuerpo sin vida de Adelheid. Le había salpicado sangre en el rostro y respiraba con dificultad en pequeños jadeos.

Gracias a Dios. Lorelei había estado a punto de perderla.

No estaba segura de si lo que la iba a hacer colapsar era el alivio o el pánico. La mirada de Adelheid no se apartó de ella ni siquiera cuando aquella luz sobrenatural se fue apagando. Tenía los labios manchados de sangre y su cuerpo colgaba inerte, suspendido de forma muy siniestra por la lanza que la había empalado. Esta se había empezado a derretir por el calor de su cuerpo y unas gotas de agua ensangrentada caían al suelo, una tras otra. Era un espectáculo horrendo que no podía dejar de mirar.

—Me has salvado —dijo Sylvia—. Otra vez.

—Y te sigue sorprendiendo que lo haga.

Sylvia avanzó hacia ella con piernas temblorosas. Cuando estuvo lo bastante cerca, le envolvió la cintura con los brazos y apoyó todo el peso contra ella.

—Ay, Lorelei. No puedo ser más idiota.

La constancia de los latidos de Sylvia contra su pecho y la calidez de su cuerpo contra el suyo consiguieron que Lorelei volviese en sí. Se le aclaró la visión y volvió a notar las extremidades.

—No eres idiota. —Se apartó solo lo suficiente para doblar un dedo bajo la barbilla de Sylvia y hacer que la mirara—. Lo que pasa es que siempre ves lo mejor en la gente y yo no.

—¿Podría haber impedido esto? —susurró ella.

—No. —Su respuesta fue tajante—. No puedes torturarte con esa posibilidad.

—¿Cómo podría no hacerlo? —Sylvia le enterró el rostro en la curva del cuello y dejó escapar un sollozo en voz baja. Lorelei la abrazó con más fuerza. El cuento de hadas al que Sylvia se había aferrado durante tantos años, aquel sueño de su infancia con los seis juntos en la cima de un mundo mejor, yacía tendido a sus pies, tan muerto como la propia Adelheid—. ¿Cómo no me va a atormentar esto?

A su alrededor, el agua goteaba de los árboles, como cuando todo se descongelaba por primera vez tras un gélido y largo invierno. A lo lejos, las aves volvieron a entonar su canto, vacilantes. Podía notar el latido desbocado del corazón de Sylvia.

—Porque la vida es dulce pero también amarga —le explicó Lorelei—. Es un dicho yevaní en el que nunca creí. Hasta conocerte.

Sylvia le devolvió la mirada sin vacilar, con la incertidumbre y la esperanza entremezcladas.

—Venga, vámonos —añadió Lorelei, secándole las lágrimas con toda la delicadeza que pudo —. No es bueno quedarse donde los muertos pueden oírte.

Juntas se abrieron paso entre las aguas de aquella inundación, con los brazos entrelazados, mientras la niebla iba escampando y el sol volvía a iluminarlo todo.

Veintiocho

Cuando llegaron a Ruhigburg, no las recibió una fanfarria, sino unos soldados.

Fue como si el viento hubiese llevado las noticias antes de su llegada, pues un batallón ataviado en uniformes escarlata formaba unas filas ordenadas sobre el muelle, con los mosquetones listos para usarlos. Lorelei supuso que ese era su comité de bienvenida. Tampoco era que hubiera estado esperando un festival en la plaza, pero aquel despliegue le parecía un poquitín descortés.

Se había quedado en la cubierta de observación del *Prinzessin*, con el viento agitándole el dobladillo del sobretodo. Sylvia se encontraba a su lado, bastante cerca, y con los brazos apoyados de forma elegante sobre la barandilla. Incluso Heike y Ludwig habían subido hasta la cubierta para contemplar cómo se iban acercando a la ciudad. Si bien la última semana había sido complicada, los cuatro habían llegado a una especie de acuerdo.

Pasara lo que pasase, pensaban respaldarse el uno al otro.

Cuando Lorelei se había imaginado aquel momento, creía que habría sido algo triunfal, de todas las formas que importaban y también de las que no. Sin embargo, mientras contemplaba la extensión grisácea que componía Ruhigburg, lo único que sentía era resignación.

—Ya veo que Wilhelm sigue siendo tan hospitalario como siempre —dijo Heike con un resoplido—. ¿Deberíamos preocuparnos? Porque yo lo estoy.

—¿Y eso por qué? —Lorelei hizo un ademán desinteresado hacia Sylvia—. Le estamos llevando lo que quería.

—No creo que esto sea exactamente lo que tenía en mente —comentó Ludwig. Aún tenía la voz algo ronca por su roce con la muerte, y aquel era uno de los últimos efectos que le habían quedado—. Sin ofender, claro.

—No me ofendo, no —repuso Sylvia, sin ganas.

Componían un dúo de lo más interesante: Sylvia con sus ojos relucientes y Ludwig con su… Vaya, era imposible no mencionar la corteza que le subía por la garganta, a la cual le había brotado una ramita y unas cuantas hojas. No obstante, sus ojos habían adquirido un tono verdoso y, cuando uno los miraba, casi podía distinguir un fresno reflejado en las pupilas. Si su transformación lo había molestado, no lo había compartido con Lorelei. Aun así, de vez en cuando lo descubría en la cubierta, plantado tan quieto que casi parecía que había echado raíces ahí mismo. En aquellos momentos le parecía tan perdido en su soledad que prefería dejarlo en

paz con sus pensamientos.

Cuando le habían contado qué había sido de Adelheid y Johann en la Isla Fantasma, lo único que dijo fue:

—Joder, menuda pesadilla.

No quiso hablarles de lo que le había pasado la noche en que desapareció. Por mucho que él y Johann no hubiesen sido muy cercanos, su traición lo había afectado más de lo que estaba dispuesto a reconocer. Lorelei no lo había presionado, en parte por consideración, pero más que nada porque Heike parecía irradiar una malicia inconmensurable cada vez que Lorelei miraba en su dirección siquiera. Desde su retorno al *Prinzessin*, habían sido como uña y carne.

—Sea como sea —se obligó a decir Sylvia con un entusiasmo forzado—, Wilhelm no suele ser un hombre al que no se pueda hacer entrar en razón. Seguro que se alegra de vernos.

Lorelei esperaba que tuviera razón.

Hacía una semana que habían abandonado la Isla Fantasma. Una vez que consiguieron reorientarse y encontrar el pueblo más cercano, Lorelei contrató a un mensajero para que llevara un informe de la expedición, un dossier sellado con cera azul oscuro y estampado con el anillo de sello de Ziegler. Dentro había una descripción exacta de lo que había sucedido durante la Expedición Ruhigburg, así como las entradas del diario de Ziegler y sus documentos: pruebas de la traición que habían cometido ella y Anja von Wolff.

Y, por alguna razón, aquello le había resultado más sencillo que escribirle una carta a su familia.

Como ya era costumbre, se veía poco preparada para la tarea de expresar sus sentimientos en palabras. ¿Cuánto de la verdad podrían soportar? ¿Cuán dispuesta estaba a hurgarse las heridas cuando estas aún no habían tenido la oportunidad de curarse? Había escrito y hecho pedazos como mínimo cinco intentos de carta antes de inclinarse por el pragmatismo. Pensaba volver con ellos —más o menos sana y salva— en cuestión de una semana. No pudo evitar añadir como postdata:

Lo siento mucho. Os quiero.

En aquellos momentos, el *Prinzessin* atracó en el puerto y los marineros ataron la embarcación con unas cuerdas gruesas y desgastadas. Las aguas oscuras del Vereist acariciaban con ansias el casco de la barca. Después de todo lo que habían pasado, Lorelei casi echaba de menos el clima soso y las tierras pantanosas de Ruhigburg.

Casi.

Los cuatro bajaron por la rampa de desembarco en dirección a la compañía de soldados. Detrás de ellos esperaban unos carruajes como globos de nieve adornando una estantería, todos ellos relucientes con sus amplias ventanas de cristal. Cuatro, según vio. De modo que Wilhelm iba a separarlos, como si no hubiesen tenido tiempo suficiente para ponerse de acuerdo con lo que iban

a decir.

—Lorelei Kaskel, líder de la Expedición Ruhigburg —se presentó—. ¿Qué significa esto?

Uno de los soldados, el de cargo más alto según indicaban las estrellas que le colgaban de los hombros, dio un paso hacia adelante.

—Nos envía su majestad imperial para acompañaros hasta el palacio.

Heike extendió una mano, impaciente. Su mochila colgaba de la punta de los elegantes dedos que tenía. Cuando la sacudió, todo su equipamiento emitió un traqueteo amenazador.

—Bueno, ¿y qué hacéis ahí plantados? Si vais a mostraros tan groseros, como mínimo haced algo para justificar vuestra existencia.

Conforme las ruedas traqueteaban sobre el suelo adoquinado, el carruaje se balanceó hasta marearla. Apenas podía pensar de forma coherente en aquel condenado cacharro que no dejaba de sacudirle el cerebro como si fuese un frasco lleno de monedas. Por la ventana, vio el palacio alzarse como un leviatán desde la franja oscura que era el río. De día parecía incluso más imponente, una obra de arquitectura fría y precisa que casi parecía tallada en hielo. El sol se reflejaba en sus chapiteles, tan brillante que tuvo que apartar la mirada. A diferencia de la noche del baile, no había flores ni risas ni ninguna anticipación delicada que pudiera suavizar sus bordes. Lo único que había era la roca sólida que era su propio miedo en la tripa y la realidad sobria de aquellas horribles puertas negras.

Si habían hecho todo lo que les había pedido, ¿por qué sentía como si estuviesen a punto de castigarla? Cuantas más vueltas le daba a aquella sensación, más ardía su enfado. Después de todo lo que habían sacrificado por él, ¿cómo osaba tratarlos como si fuesen unos desconocidos? Como a prisioneros, incluso. De verdad lamentaba que Sylvia no estuviera allí para poder desquitarse con ella. O quizás la habría ayudado a sentirse mejor. Nah, poco probable. El optimismo implacable de Sylvia (o su orgullo herido) solo conseguirían ponerla de peor humor.

Cuando el conductor le abrió la puerta del carruaje, Lorelei hizo caso omiso de su mano extendida y bajó hecha un bólido por las escaleras, con la parte baja del sobretodo ondeando a sus espaldas como su sombra. Las puertas se abrieron frente a ella como por arte de magia, aunque en realidad era cosa de un par de lacayos sorprendidos. Era obvio que no era ella a quien estaban esperando.

—¿Y Wilhelm?

Uno de ellos señaló hacia un pasillo sin decir nada.

El palacio real hacía que el *Prinzessin* pareciese un barquito de juguete. El mármol bajo sus pies era pálido como la luna y moteado de oro, y las paredes estaban recubiertas por una capa de agua tan fina que parecía cristal. Caía sin fin desde el techo gracias a algún hechizo o mecanismo

que Lorelei no tenía ni el tiempo ni la paciencia para desentramar.

Oyó unas pisadas que resonaban con urgencia por las paredes. Fuera quien fuese, respiraba de un modo que Lorelei solo podría haber descrito como «deliberado», como si quisiera hacerle saber que no estaba nada contenta de tener que andarla persiguiendo.

—Señorita Kaskel…

Lorelei abrió de par en par las puertas que daban a la sala del trono.

—Su majestad la recibirá en esta sala —dijo la sirviente que la había estado persiguiendo. El sonido de su voz quedó amortiguado cuando las puertas se cerraron con un estruendo bastante siniestro.

Los demás ya se encontraban frente a la tarima. Lo primero que Lorelei notó fue que Anja von Wolff se encontraba al lado de Wilhelm con toda la elegancia estirada de una estatua sobre su pedestal. Parecía encajar a la perfección en aquel lugar, con su perfil majestuoso y su clásica mirada de desdén que tan bien le salía. Sin embargo, tenía las muñecas atadas con grilletes y había un par de guardias apostados en la puerta más cercana.

Wilhelm se quedó mirando a Lorelei con una expresión de cansancio absoluto. Estaba despatarrado en su trono como si fuese un adolescente haciendo los deberes a regañadientes. Llevaba una capa de color añil intenso, muy elegante y coronada con un broche de zafiro enorme que hacía que se le mantuviera sobre los hombros. La corona, con la fina forma de unas olas, descansaba sobre el cabello oscuro del rey.

—¿Ya estáis todos, entonces? —preguntó—. Veo que algunos se han quedado por el camino.

El comentario no le sentó nada bien a Sylvia, quien parecía más que dispuesta a subir de un salto a su tarima para estrangularlo.

—¿Eso es lo único que nos vas a decir? ¡Ni se te ocurra tomártelo a la ligera!

—Mis perdones —dijo Wilhelm, sin mucha emoción—. Tras recibir vuestro recuento de los hechos, he descubierto que me faltan las palabras. ¿Se puede saber qué carajos ha pasado? ¿Cómo os las habéis arreglado para cagarla tanto?

Era una pregunta retórica, desde luego. Lorelei le había explicado «qué carajos había pasado» con todo lujo de detalles.

—¿Eso cree? —repuso de mala gana—. Porque sabía bien a los peligros a los que nos enfrentábamos. Esta expedición estaba condenada al fracaso desde sus inicios.

—¡Pues claro que lo sabía! Pero no me esperaba que fuese a pagarlo ella. —La voz se le quebró un poco—. Joder, jamás tendría que haber…

—El arrepentimiento no hará que vuelva a la vida —lo cortó Heike—. Adelheid tomó su decisión, una que tú la llevaste a creer que era necesaria. Ahora tendrás que vivir con ello, como el resto de nosotros.

A Wilhelm se le tiñeron las mejillas por la vergüenza. Antes de que pudiera decir nada, Heike

alzó una mano para detenerlo. Era un gesto tan propio de Adelheid que Wilhelm pareció quedarse boquiabierto.

—No. Es imposible que tengas algo que decir al respecto.

—Heike tiene razón —repuso Lorelei—. Adelheid luchó con valentía y valiéndose de los pocos recursos con los que contaba. Hizo lo que creyó que era mejor para su pueblo, sin que le importara lo que usted pudiera pensar.

Wilhelm se quedó despatarrado en su trono, sin moverse. Enterró el rostro entre las manos y los segundos pasaron muy despacio.

—¿Y tú qué, Lud? ¿También te gustaría culparme de todo?

—¿Yo? —se sorprendió el aludido. No habría sido la primera persona a la que Lorelei hubiera recurrido para mitigar su culpabilidad, la verdad. Su voz sonaba como el rumor de las hojas secas en el viento y uno no podía hacer como que no veía la rama que le estaba creciendo desde la base del cuello—. Pues… No, claro que no. No diría que toda la culpa es tuya, pero…

—Ya basta. —Cuando el rey volvió a alzar la cabeza, Lorelei vio la desolación detrás de su mirada—. No, tenéis razón. Doy gracias de poder contar con la honestidad de mis viejos amigos… Y de los nuevos también.

Sus palabras tenían un dejo hipócrita y petulante, pero de momento tendrían que bastar.

Wilhelm se frotó las sienes.

—En fin, ¿qué novedades hay respecto al Ursprung?

Los cuatro supervivientes de la expedición se miraron entre sí. Aunque Lorelei le había escrito que lo habían encontrado, había decidido que las buenas nuevas era mejor contárselas en persona. Heike, por suerte, parecía tener muchas ganas de hacer de mensajera.

—Me temo que no puedes hacerte con él —le dijo con una sonrisa maliciosa—. No te quiere a ti.

—¿Y qué quieres decir con eso? —preguntó él, sin mucha paciencia.

Wilhelm conocía las leyendas tanto como Lorelei, por lo que sabía exactamente a qué se referían. Lo único que le interesaba saber era quién lo había traicionado.

—Escogió a Von Wolff.

—Ya veo. —Wilhelm soltó una carcajada amarga—. Retenedla.

Sus guardias avanzaron un paso… y se detuvieron a mitad del siguiente, con los ojos muy abiertos por el miedo. Con los puños apretados, Sylvia los tenía inmovilizados al manipular su sangre. Wilhelm se los quedó mirando con una mezcla de horror y fascinación. Anja parecía casi exultante.

—¿Puedes esperar un segundo? —pidió Sylvia con impaciencia. Relajó las manos y el agarre que tenía en los guardias, quienes retrocedieron de inmediato para alejarse de ella—. No soy ninguna amenaza para ti. Mi lealtad no ha cambiado. Cualquiera que quiera enfrentarse a ti

tendrá que enfrentarse a mí primero.

—¡No! —exclamó Anja.

—Qué propuesta más generosa. Ya lo hablaremos en breve. —Wilhelm hizo un mohín con los labios, claramente fastidiado—. En fin, ¿Lorelei?

Lorelei prestó atención de inmediato.

—¿Sí, su majestad?

—Sin duda eres tan cabrona como Ziegler me dijo. —El comentario casi parecía un cumplido —. Me recuerdas a ella, de hecho.

—Gracias. —Su recuerdo aún le dolía, por mucho que fuese un dolor espinoso que hacía que sintiera tanto amargura como vulnerabilidad—. Ya me lo han dicho.

—Te concedo el estado de shutzyeva con efecto inmediato. Puedes abandonar el Yevanverte y vivir donde te plazca. Y desde mañana, si lo aceptas, estarás a mi servicio como mi nueva chambelán. —Se inclinó hacia adelante—. He oído que te llaman víbora y diría que el apodo te sienta bastante bien. Sin duda has demostrado ser capaz de dar con las ratas y me atrevo a decir que hay varias más entre los miembros de mi corte.

Lorelei casi no sabía cómo sentirse. Por poco se había desplomado de pura sorpresa, de la emoción de conseguir lo que había querido durante cinco largos años. Aunque no era precisamente felicidad lo que sentía. Ziegler le había servido como chambelán y había odiado cada segundo de aquel puesto. Sin embargo, con aquel cargo, Lorelei tendría acceso al hombre más poderoso de Brunnestaad, uno que necesitaba algo de ella. Podía volverse indispensable para él. Y, con aquel salario, jamás tendría que buscar que financiaran sus investigaciones.

Tendría que ser idiota para decirle que no.

—Muchísimas gracias, su majestad. —Hizo una reverencia—. Me esforzaré para servirlo lo mejor posible.

Anja soltó una carcajada burlona y cortante.

—Buena suerte para usted, Wilhelm. A las ratas se les da muy bien multiplicarse. En especial ahora que ha invitado a una a su palacio.

El odio se encendió en su interior. Qué bien le sentaría ver la cara de Anja retorcida por la indignación cuando le contara que estaba enamorada de su hija. Que pretendía hacerle de todo y que, pensándolo bien, ya lo había hecho. Solo que, antes de que pudiera decirle algo de lo que luego se habría arrepentido, Wilhelm salió a su rescate:

—Supongo que empezaremos contigo, Anja —dijo en tono amable—. Hacía mucho que esperaba esto.

—¿A mí no me preguntas qué quiero que hagas con ella? —La voz de Sylvia cortó la tensión del ambiente como si fuese un hacha. Al verla, Lorelei se quedó sin respiración. Una haz de luz le caía en medio de la cara y sus facciones quedaban escondidas entre las sombras. Los ojos le

ardían con un frío gélido.

Anja se quedó mirando a su hija con los labios apretados en una mueca de disgusto.

—Tú calla, Sylvia.

—Te escucho. —Wilhelm dobló una pierna en una pose perfecta para la indolencia—. ¿Qué quieres que haga con ella?

—Si quieres contar con el apoyo de Albe, lo más sensato es dejarla con vida. —Sylvia respiró hondo y le devolvió la mirada indiferente a su madre—. Lo mejor sería que la exiliaras.

Aquella expresión fría y desinteresada desapareció del rostro de Anja como si de una máscara se tratara. Se lanzó hacia adelante en su silla, debatiéndose con sus ataduras.

—¿Qué dices?

—Ha demostrado que Albe y el bienestar de su gente no le importan lo más mínimo. No es una buena gobernante. —Sylvia alzó la barbilla con un toque de aquel desafío arrogante que Lorelei había detestado tanto en su momento—. Asumiré el cargo de duquesa de Albe y pondré sus ejércitos y el poder del Ursprung a tu servicio.

—Muchachita estúpida, ¡nos vas a llevar a la ruina! —espetó Anja—. Nos arrebatarán todo por lo que he luchado, todo lo que hace que Albe sea el lugar que es.

Wilhelm le hizo un pequeño ademán a uno de los guardias apostados en las puertas.

—Lleváosla.

Conforme los guardias arrastraban a Anja de la sala del trono, Sylvia clavó la mirada en el suelo, con la mandíbula apretada.

—Les pondré fin a todos los intentos de rebelión en mi región. Pero a cambio —añadió—, me dejarás ir.

Wilhelm vaciló.

—¿A qué te refieres?

—No sé si pretendes cumplir con lo que prometiste en un principio. Si es así, quiero que sepas que pienso servirte, aunque no como tu esposa. No creo que seamos una buena pareja por un sinfín de razones. —Entonces se le iluminó la expresión—. Heike, por otro lado…

—Sylvia —siseó la aludida.

Wilhelm parpadeó, como si no pudiera decidir entre si debía sentirse insultado o aliviado. Tras echarles un vistazo a los demás, soltó un suspiro.

—Marchaos. Parece que Sylvia y yo tenemos mucho de lo que hablar.

Lorelei hizo una reverencia profunda, lo que le venía la mar de bien porque los ojos se le habían llenado de lágrimas. Habrase visto. ¿Cuándo había sido la última vez que había llorado? Y por algo tan sumamente ridículo como el amor, para colmo. Aquello era lo que habían acordado, lo que ella misma había sugerido. Aun así, no se había preparado como debía ser para lo que el nuevo cargo de Sylvia iba a implicar. Estabilizar Albe (así como Herzin y Ebul, dado

que sus herederos correspondientes habían muerto) podía llevarle muchísimos años. Y lo más seguro era que no fuese un trabajo pacífico.

Si bien Sylvia había rechazado a Wilhelm, la guerra era un adversario bastante celoso que bien podría querer arrebatársela. Cuando consiguió contener las lágrimas lo mejor que pudo, se irguió cuan alta era, se acomodó las solapas del sobretodo y salió de la sala del trono dando unas amplias zancadas.

Al llegar a la seguridad del pasillo, se dejó caer contra las puertas.

—Todo irá bien —le aseguró Heike.

Y, con eso, Lorelei se vio apretujada en un abrazo junto a Ludwig. Se debatió como si se estuviese asfixiando, pero no sirvió de nada. Casi no podía respirar y tenía el cuello torcido en un ángulo poco natural.

—Oye, Heike —jadeó Ludwig—. Nos estás…

Heike los soltó de sopetón. Hizo una mueca y se sacudió la falda como si hubiese tocado algo que la hubiese contaminado.

—Tienes razón. Eso ha sido… raro. No lo hagamos más.

—Eso —aceptó Lorelei con un gruñido—. Casi me asfixias.

Ludwig les dedicó una mirada a ambas y, algo vacilante, preguntó:

—¿Creéis que todo va a ir bien de verdad?

—Pues claro. —Heike le dio un golpecito en la nariz como si fuese un niño—. Sylvia y Wilhelm lo tendrán todo bajo control. Así que… ¿y si vamos a beber algo? Si no va a montar una fiesta en nuestro honor, como mínimo tenemos que festejar nosotros.

—¿No deberíamos esperar a Sylvia? —preguntó Ludwig.

Heike se encogió de hombros.

—Ya nos encontrará.

Sin embargo, Lorelei no volvió a ver a Sylvia aquella noche. Y, días después, cuando recibió la noticia de que había vuelto a Albe, empezó a sospechar que no iba a volver a verla nunca más.

Veintinueve

A Lorelei se le pasó el tiempo volando.

Tras la Expedición Ruhigburg, una vez que la tinta se hubo secado en sus títulos y los certificados de defunción, se fue a vivir fuera del Yevanverte y se labró una existencia mediocre. Cada semana bebía el té con Ludwig; como era de esperar, su maldición demostró despertar la fascinación académica que había imaginado. Paseaba por los jardines de rosas con su majestad imperial, la reina Heike (larga vida a su reino), cuando ambas encontraban un hueco en sus horarios. Volvía a casa para visitar a su familia siempre que podía y también para contarle los últimos cotilleos de la corte a su hermana Rahel. Y, más que nada, servía en la corte. De tanto en tanto, a Wilhelm se le antojaba contarle cómo iban sus asuntos con Albe o cómo se encontraba Sylvia, fuera en un acto de generosidad o de la más pura maldad. Fuera como fuese, Lorelei se tragaba cada bocadito de información como si fuese el más dulce de los venenos.

La guerra civil se había desatado y había llegado a su fin en cuestión de cuatro meses, tan breve y brutal como la vida misma. Una sola demostración del poder del Ursprung y los oponentes de Wilhelm se habían rendido. Por primera vez en décadas, incluso los albenses se habían sometido. Según parecía, habían empezado a llamar a su nueva duquesa «santa Sylvia».

Y aquello era algo que hacía rabiar a Lorelei. ¡Santa Sylvia, menudo descaro! Si bien no era ninguna experta en el asunto, estaba bastante segura de que una no podía estar viva y ser una santa a la vez.

Le resultaba más sencillo fastidiarse por aquello a lo que ella misma había dado pie. De vez en cuando, el peso de la responsabilidad la aplastaba tanto que no podía dormir. Sin embargo, de momento, el Yevanverte estaba a salvo. Ella estaba a salvo. Y durante sus peores noches, se aferraba a ese nimio consuelo. Al menos sus fantasmas ya no la seguían de forma tan despiadada como habían hecho antes. Y, cuando lo hacían, eran mucho más amables. Las carcajadas de Aaron por los callejones que había cerca de casa de sus padres. La voz potente de Ziegler llevada por la brisa fuera del anfiteatro. En ocasiones, le parecía ver la silueta amplia de Adelheid en una ventana sobre el río que daba hacia el este. Y, aunque no podía verle los ojos, sí que notaba su mirada. Era una melancólica, casi nostálgica. Había optado por evitar aquellas zonas del campus cuando le tocaba visitarlo.

En su lugar, soñaba con unos ojos plateados entre las sombras, con la calidez de los labios de Sylvia sobre los suyos. El haber vivido cuatro meses sin ella se trataba de una tortura muchísimo

peor que cualquiera que se hubiera impuesto a sí misma. Cuatro meses sin oírla cantar o parlotear sobre una cosa u otra. Cuatro meses sin ver su sonrisa, más brillante que el propio sol. No sabía si algún día podría olvidarla, cuando todo lo que la rodeaba le recordaba a ella.

Era una tarde de verano bastante normal, pegajosa y letárgica por el calor. Lorelei estaba, como le pasaba últimamente, ordenando documentos. Según había descubierto, Ziegler no solo odiaba su cargo de chambelán, sino que se le daba de pena. Había miles y miles de cartas para su mentora y la mayoría de ellas eran para adularla y mandarle recuerdos. Además, también había cientos de documentos que necesitaban su aprobación y que era obvio que no se había molestado en mirar siquiera. Si bien el mundo entero ya se había enterado de su muerte, Lorelei disfrutaba de una forma muy retorcida al «informarles» a algunos de sus seguidores más zalameros sobre su muerte. Por mucho que Ziegler la hubiera traicionado, Lorelei aún la quería. Y el resto de aquellos arribistas debía saberlo. Una vez hubo terminado con eso, se puso a revisar la correspondencia que pasaba por su oficina.

Al fin y al cabo, tenía muchas ratas que atrapar.

Encargarse de la correspondencia era un trabajo a tiempo completo. Aquella mañana, se había encontrado con una nueva pila enorme que se había dejado caer hacia un lado en cuanto había cerrado la puerta a sus espaldas. Le había dado una patada al montón, con lo que las había desperdigado por toda la sala, y aquello la había hecho sentir mejor. Al menos hasta que le tocó recoger todo el desastre y organizarlo de nuevo. Tras unas cuantas horas, encontró un sobre de un color morado muy peculiar en el suelo.

Tenía una ramita de lavanda atada con una cuerda. Por un instante, consideró la posibilidad de que pudiera ser un elaborado intento de asesinato. O una broma cruel. Se trataba de la clase de carta que alguien le enviaba a su pareja.

Durante los últimos meses, Lorelei se había acostumbrado al lenguaje de los miembros de la corte. Según estos, la lavanda implicaba devoción, aunque también silencio. Se preguntó cuál de los dos mensajes había querido transmitir el remitente. Cuando la giró, casi se le cayó de las manos al ver la letra: no cabía duda de que era la de Sylvia. Cómo no, solo ella podía enviar documentos importantes sobre temas del reino como si fuesen cartas de amor.

Sin embargo, al observarlo más de cerca, Lorelei vio que la carta era para ella.

Las manos se le agarrotaron. El médico de la corte había hecho todo lo que había podido por su herida, pero aún seguía dándole problemas. No había nada que hacer cuando el clima —o su temperamento— la hacía pasar un mal rato. Dedicó unos segundos a aliviar el nudo que se le había formado en la palma, con los nervios en tensión como si estuviese esperando un golpe. Quería hacer trizas aquella carta y lanzar los restos al viento. Quería anotar la dirección y escribir una respuesta mordaz. Pero ¿qué podría decirle?

Todo. O nada.

No se atrevía a abrirla. Sylvia no le había escrito durante todo aquel tiempo y temía lo que podría haber hecho que tardara tanto. Quizás sus sentimientos habían cambiado. Quizás estaba demasiado ocupada disfrutando de su divinidad. O quizás…

Las espinas que le rodeaban el corazón se habían marchitado en algún momento de aquellos días maravillosos en los que había creído que Sylvia podía ser suya. Sin embargo, unas hiedras horribles e intrincadas las habían reemplazado. La esperanza. Una que no podía arrancarse, por mucho que lo intentara.

No podía dejar de quererla.

Había pasado a tener su propio anillo de sello, su propia oficina, su propia vida. Muchísimas cosas habían cambiado para ella y, al mismo tiempo, nada había cambiado en absoluto. Seguía estando triste y amargada. Así que volvió a meter el sobre en el montón de cartas y siguió trabajando.

En una noche que hacía bueno, Lorelei volvió a su lugar favorito junto al río. El Vereist se agitaba sin fuerzas al pasar por su lado, de un negro profundo contra la luz del atardecer. Bajo el ocaso, el mundo parecía teñido de color esmeralda y dorado. Las luciérnagas sobrevolaban los campos, raudas hacia el horizonte, y le recordaron a los irrlicht que brillaban como farolillos en el bosque de la Isla Fantasma.

—Me han dicho que podría encontrarte aquí.

Lorelei casi se atragantó con su propia saliva.

Sylvia von Wolff estaba detrás de ella. Su cabello danzaba con el viento que se alzaba del río, el sol poniente la bañaba con su suave luz dorada. Era…

Y Lorelei se sentía como si…

Le faltaban las palabras. Cuando se puso de pie y avanzó un paso hacia ella, su sombra la cubrió entera. Sylvia alzó la barbilla para devolverle la mirada, con los ojos muy abiertos y expectantes. Estaba igual que como la recordaba y, al mismo tiempo, totalmente cambiada. Le examinó el rostro en busca de nuevas cicatrices de batalla, pero no encontró ninguna. Lo único nuevo era aquel cansancio que parecía llegarle hasta los huesos. Solo que, incluso con eso, la esperanza parecía irradiar de ella como una baliza.

Las ramas del sauce llorón se estremecieron y se agitaron suavemente con la brisa. El ambiente olía a cosas que iban muriendo; un olor cálido y como a ámbar. La última vez que habían estado allí había sido hacía casi una vida, con la niebla enredándose entre ellas y la expedición pendiendo sobre ambas como una guillotina. Si Lorelei cerraba los ojos, casi podía imaginar el rostro pálido de una nixe alzándose del agua.

—Mira qué suerte la mía —exclamó Lorelei—. ¿A qué debo el inmenso honor de que una

santa se digne a visitarme?

Sylvia hizo una mueca.

—No sabía que eso había llegado hasta aquí.

—Pues claro. Me han llegado las buenas nuevas de nuestra salvadora. —Si bien sabía que estaba siendo borde, no podía evitarlo. Oírla de nuevo había despertado algo en ella. Por primera vez en meses, se sentía ligera e incandescente y absolutamente furiosa—. Ruhigburg no está tan lejos.

—Me alegro de ver que sigues siendo la misma. —De alguna manera, se las arregló para sonar tanto fastidiada como cariñosa—. ¿Cómo está tu familia?

—¿En serio? ¿Eso es lo único que piensas decirme?

Sylvia hizo otra mueca.

—Están muy bien, gracias por preguntar —le espetó—. Y ahora, que pase un buen día, su alteza. ¿O debería llamarla su santidad? Sé que estás muy ocupada, he visto tu calendario y…

—Lorelei —la llamó con urgencia—. Lo siento.

—¿Que lo sientes? —Lorelei se sentía al borde de la histeria—. No creas que no entiendo por qué hiciste lo que hiciste. Pero una vez que la guerra terminó, creía que… —*Creía que volverías a por mí.* Las palabras se le quedaron atascadas en la garganta—. Ya sé que tienes muchas más responsabilidades. Pero si no querías estar conmigo, podrías habérmelo dicho. Si ya no me querías…

—Cómo no voy a quererte, pedazo de mártir insufrible que no se entera de…

—Pero si… —Ni siquiera podía disfrutar de las palabras que había pasado tanto tiempo esperando oír. Se sentía como si fuese a prenderse fuego en cualquier momento—. ¿Qué se suponía que debía pensar? Si nunca me escribiste. No te despediste. Habría creído que estabas muerta de no ser por las cartas que vi que le enviabas a Wilhelm o todos esos templos que han construido en tu honor por la ciudad. Así que…, ¿qué carajos estás haciendo?

Sylvia se había puesto de rodillas para tomarla de la mano.

—Intenté escribirte. Y, de hecho, lo hice muchas veces. Pero comunicarse contigo es muy complicado, Lorelei Kaskel. Nunca me respondiste. Creo que la que tendría que estar enfadada debería ser yo.

Su tono era despreocupado, como si la estuviese chinchando. Lorelei no entendía nada. ¿Acaso todas aquellas cartas habían sido para ella? No se había molestado en abrirlas. ¿Por qué lo haría? Si todas le llegaban a su oficina y no a su hogar. Joder. Llevaba meses pasándole toda esa correspondencia a Wilhelm. ¿Por qué no le había dicho nada? Conociendo a Sylvia, seguro que contenían todo tipo de… coloridas declaraciones y quién sabía qué más. Pensándolo bien, el rey le había dedicado alguna sonrisita extraña de vez en cuando o (lo que era incluso más raro) le había recitado poesía de procedencia desconocida solo para saber su opinión. ¡Poesía, por el

amor de Dios! Quería morirse allí mismo.

—He estado un poco liada —consiguió musitar.

El ocaso oscurecía el cielo y las luces de las velas se fueron encendiendo en las ventanas de los edificios de la universidad. Las noches empezaban a llegar más pronto y el otoño ya iba devorando los bordes del verano, pero el ambiente seguía siendo cálido y húmedo. Las luciérnagas brillaban como estrellas.

—Igual que yo. —Sylvia le sujetó la muñeca con delicadeza y se la llevó a los labios. Le dejó un beso en la palma, un gesto elegante digno de la corte. La calidez de sus labios casi la quemó, incluso a través de los guantes—. He perdido la cuenta de todas las aldeas que he visitado y de todos los «milagros» que me han pedido que lleve a cabo. Además de eso, nos estamos preparando para la época de cosecha y ha sido muy agotador intentar llegar a un acuerdo con mi corte en lo que respecta a nuestra relación con Brunnestaad. Aun así, creo que por fin todo está solucionado.

Lorelei no tenía ni idea de qué era lo que Sylvia estaba diciendo. La cabeza le daba vueltas. Heike se había casado con Wilhelm hacía cosa de un mes, pero él tenía una hermana. Desde luego, tenía sentido que quisieran unir sus familias.

—Enhorabuena. ¿Cuándo es la boda?

A Sylvia le brillaron los ojos.

—Cuando tú quieras.

—No te burles de mí —le pidió Lorelei en un susurro.

—Lo digo en serio. —Parecía algo enfadada. Las cosas no estaban yendo bien. Lorelei abrió la boca, pero Sylvia continuó hablando con lo que estaba bastante convencida de que era un discurso que había preparado con antelación—: Con una palabra tuya, seré la mujer más feliz del universo.

—¿Eh?

—Esa no —repuso Sylvia.

—Mmm… —Lorelei parpadeó con fuerza. Pero, al abrir los ojos, Sylvia von Wolff seguía arrodillada frente a ella. Tenía que tratarse de un sueño del que no iba a poder despertar. Sylvia la miraba con aprensión, algo que no iba para nada con ella—. Espero que entiendas que haré cada uno de tus días más difícil que el anterior, más complicado de lo que tendría que ser, la verdad.

—Cuento con ello.

—Y… Y discutiríamos todo el tiempo, ¿sabes? En la corte y también fuera de ella. Esto no cambiaría nada.

—Desde luego.

—Y mis deberes con el rey…

—Puedes seguir cumpliendo con ellos mientras tienes tu propia vida, asumiendo por supuesto que no te puedo secuestrar y llevarte conmigo. —Sylvia la miró con una sonrisa—. Por favor, Lorelei. Hay muchísimo que hacer en esta vida tan maravillosa que nos ha tocado vivir. Podemos viajar. Podemos escribir. Podemos cabalgar a lomos de maras que nos lleven por el campo abierto y correr junto a los kornhunds. Podemos nadar con las nixes y domar lindworms. Y, quizás algún día, con el tiempo, el mundo se dé cuenta de que no hay nada malo en que alguien como yo quiera a alguien como tú.

—Eso es una fantasía —susurró Lorelei—. El cuento de hadas más bonito que he oído en la vida.

—Pues sí —repuso Sylvia, con una ternura casi devastadora—. Pero es el nuestro.

Lorelei no pudo hacer otra cosa que dejarse caer de rodillas y besarla. La tumbó sobre la hierba y cuando se apartó, sin aliento, Sylvia le dedicó la sonrisa más esplendorosa de todas. En todas las historias que había recopilado, nunca se había encontrado una que tuviera un final más encantador y extraño que aquella.

—Claro que quiero casarme contigo, tontorrona —le dijo contra los labios—. Y que juntas escribamos muchísimas historias más.

Agradecimientos

Este se lo dedico a todas aquellas personas que interactuaron conmigo mientras planeaba, escribía y revisaba este libro, así como a todos aquellos con los que hablé de él. A diferencia de lo que es sabido en el mundo editorial, mi segunda y tercera novela no me dieron demasiados problemas. *Una marea oscura y letal*, sin embargo, me ha torturado durante dos años. Y sigo viva, así que chúpate esa, querido libro.

Hablando en serio, quiero darles las gracias a Claire Friedman y a Jess Mileo, mis agentes. ¡Hemos llegado a un nueva franja de edad! Leísteis miles de borradores, calmasteis mis preocupaciones tanto con humor como con soluciones prácticas y le encontrasteis el hogar perfecto a este libro. Siempre lo digo, pero de verdad que no podría pedir compañeras mejores que vosotras.

A Sarah Peed, mi editora, con quien trabajar es un gusto infinito. Tu paciencia, visión y entusiasmo lo significan todo para mí y han transformado este libro de modos que jamás podría haber imaginado. Gracias por querer a esta panda de bichos raros y por facilitarme la perspectiva que necesitaba para darles vida a todos. *Una marea oscura y letal* de verdad que no sería lo que es sin tu ayuda. También quiero darle las gracias a Anne Groell, quien me dio la bienvenida en su lista y supo guiar este libro hasta su publicación.

A todo el equipo de Del Rey, cuyo esfuerzo ha conseguido que este libro llegue hasta las manos de los lectores en todo el mundo y con un empaque tan bonito. Gracias a Ashleigh Heaton, Tori Henson y Sabrina Shen del equipo de márquetin; a mi publicista, Jordan Pace; a Rachel Kind y Denis Cronin del equipo de derechos internacionales; a Lara Kennedy, mi correctora, y también a Keith Clayton y a Alex Larned, de publicidad. Mi gratitud eterna para Audrey Benjaminsen y Ella Laytham por las ilustraciones y diseños, respectivamente, que componen esta obra maestra gloriosa y gótica que es la cubierta. Es posible que haya llorado al verla por primera vez.

Al equipo de Daphne Press: Davi Lancett, Daphe Tonge, Tori Bovalino y Caitlin Lomas.

¡A mis amigas! Courtney Gould, me hiciste creer que de verdad había algo en esta idea. Audrey Coulthurst, Rebecca Leach, Elisha Walker y Helen Wiley: siempre puedo contar con vosotras cuando llega el momento de lloriquear un poco y luego hacernos cargo de las cosas. Un agradecimiento especial para Helen, quien, en el último momento posible, descendió del cielo como un ángel y me dio unos cuantos comentarios que consiguieron arreglar el libro entero. A

Kai Wallace, gracias por recomendarme *La invención de la naturaleza*, de Andrea Wulf, que me ayudó a comprender muchísimas cosas mientras revisaba. Mi agradecimiento eterno para Kat Hillis, Emily Grey, Rachel Morris, Ava Reid, Charlie Lynn Herman, M. K. Lobb y Alex Huffman, quienes me dieron sus primeras impresiones cuando me estaba ahogando en un pozo. Por último, quiero darles las gracias al pueblo de Ithaca y a los miembros de Team Claire, Jo Schulte, Ava Wilder, Jenna Voris y Courtney Gould (otra vez) por leerse a toda pastilla el primer borrador conmigo allá por julio de 2021.

A los artistas que colaboraron conmigo en las preciosas ilustraciones para este libro: RiotBones, Ashe Arends, Therese (@warickaart), Jaria Rambaran, Bri (@beforeviolets), Lu Herbert e Isa Agajanian. Sois magia pura.

Y, finalmente, a ti, ya sea que me sigas desde mis inicios en literatura juvenil o que le hayas dado a una oportunidad a mi debut adulto. Es gracias a ti que puedo perseguir mis sueños.

¿Te ha gustado esta historia?
Escríbenos a...
umbriel@uranoworld.com
Y cuéntanos tu opinión.
Conoce más
sobre nuestros libros en...
UmbrielEditores
UmbrielEditores